

**EN LAS FUENTES DE LA ALEGRÍA - SAN FRANCISCO DE SALES  
(Recopilación y engarce de textos por el canónigo F.Vidal)**

<b>1- RESEÑA BIOGRAFICA DE SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622)</b> .....	<b>5</b>
<b>2-VOLUNTAD DE DIOS Y SANTIDAD</b> .....	<b>11</b>
<b>S.Francisco de Sales explica en qué consiste la verdadera santidad</b> .....	<b>11</b>
<b>La observancia de los mandamientos</b> .....	<b>11</b>
<b>El amor a nuestra vocación</b> .....	<b>12</b>
<b>Cumplimiento de nuestros deberes de estado</b> .....	<b>16</b>
<b>La aceptación de la voluntad de Dios</b> .....	<b>20</b>
<b>El amor a la voluntad de Dios</b> .....	<b>23</b>
<b>3-LA SENCILLEZ EN EL COMPORTAMIENTO HABITUAL</b> .....	<b>26</b>
<b>“Amo tanto la sencillez que me asombro”</b> .....	<b>26</b>
<b>La sencillez en el lenguaje</b> .....	<b>27</b>
<b>La sencillez en el estilo</b> .....	<b>29</b>
<b>La sencillez en el porte y los modales</b> .....	<b>31</b>
<b>La sencillez en el modo de proceder</b> .....	<b>34</b>
<b>4- LA SENCILLEZ EN LA ADHESIÓN A LA VOLUNTAD DE DIOS</b> .....	<b>36</b>
<b>Qué es amar a Dios</b> .....	<b>36</b>
<b>No atormentéis tu espíritu</b> .....	<b>37</b>
<b>El amor a nuestra debilidad y la cordial confianza en Dios</b> .....	<b>39</b>
<b>La libertad de los hijos de Dios</b> .....	<b>42</b>
<b>La prudencia del mundo y la prudencia sobrenatural</b> .....	<b>44</b>
<b>Entregarse a Dios en un total abandono: paz y santa indiferencia</b> .....	<b>47</b>
<b>5- HUMILDAD Y DULZURA CONSIGO MISMO</b> .....	<b>49</b>
<b>Sapricio y Nicéforo</b> .....	<b>49</b>
<b>Humildad y dulzura de corazón</b> .....	<b>50</b>
<b>La dulzura consigo mismo</b> .....	<b>54</b>
<b>Dulzura en las exigencias de nuestra vocación</b> .....	<b>55</b>
<b>Dulzura en las miserias de nuestra condición humana</b> .....	<b>56</b>
<b>Dulzura en nuestras pruebas</b> .....	<b>61</b>
<b>6.- HUMILDAD Y DULZURA CON EL PRÓJIMO</b> .....	<b>64</b>
<b>La flor de la caridad</b> .....	<b>64</b>
<b>En el obispado de Annecy</b> .....	<b>65</b>
<b>La dulzura de corazón para con todos</b> .....	<b>66</b>
<b>El precio de la dulzura</b> .....	<b>70</b>
<b>El “corazón de carne” de S. Francisco de Sales</b> .....	<b>71</b>
<b>La firmeza en la dulzura</b> .....	<b>76</b>
<b>7.-LA PAZ INTERIOR (primera parte)</b> .....	<b>79</b>
<b>Hay que vivir con paz siempre y en todo</b> .....	<b>79</b>
<b>La paz nace de la humildad</b> .....	<b>80</b>

El desprecio de las críticas y de las calumnias .....	82
La abnegación de la propia voluntad y la mortificación de los deseos .....	83
Amistades buenas y amistades malas.....	86
El desprendimiento de los bienes de este mundo .....	91
<b>7.-LA PAZ INTERIOR(segunda parte).....</b>	<b>93</b>
Las tentaciones .....	93
Escrúpulos, cavilaciones sobre sí mismo, miedo al futuro .....	97
La excesiva solicitud natural.....	100
<b>8.-LA IRRADIACIÓN DE LA PAZ.....</b>	<b>104</b>
El método “suave” de S.Francisco de Sales.....	104
Cómo conservar la santa tranquilidad de corazón.....	104
La paciencia y el espíritu de dulzura en el claustro y en la familia.....	106
Hacer la devoción amable para todos .....	108
Estad alegres.....	110
Cómo ser buen cristiano.....	113



# 1- RESEÑA BIOGRAFICA DE SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622)

Francisco nació el 21 de agosto de 1567 en el Castillo de Sales, en Saboya. Su madre, Francisca de Sionnaz, aún no había cumplido los dieciséis años; su padre contaba alrededor de cuarenta y cinco. Tal desproporción, que ahora nos parece extraña, no asombraba en absoluto en aquella época; y quizá esté ahí la fuente secreta de la gracia ingenua, del candor del alma, de la delicadeza y frescura de sentimientos que concurrieron en el futuro obispo de Ginebra, junto a la madurez de espíritu, prudencia y ponderación de juicio.

La madre de Francisca entregó como dote a su hija el señorío de Boisy, poco distante del de Sales, a condición de que su esposo adoptase ese nombre; así se explica que, desde entonces, se llamase al Sr. de Sales, Sr. de Boisy. Muy pronto tuvo el niño a su lado un preceptor, el Sr. Déage, sacerdote recto y austero, de carácter más bien áspero y de una abnegación absoluta. Sus maneras rudas, a veces extrañas y totalmente desprovistas de gracia, procuraban al joven Francisco continuas ocasiones de ejercitar la tolerancia, la paciencia y la dulzura, virtudes éstas en las que llegaría a sobresalir.

El Sr. de Boisy empezó a temer que «el exceso de mimos», sobre todo por parte de su esposa, llegara a ser contraproducente en la formación viril que quería para su hijo. Y decidió enviarle, con sólo seis años, a la vecina escuela de La Roche y después a la de Annecy. Sus pequeños camaradas sintieron hacia él una amistad llena de respeto. A los doce años dijo que quería ser sacerdote y pidió recibir la tonsura. Como eso en nada comprometía su futuro, el Sr. de Boisy no puso obstáculos. Pero tenía para su hijo muy distintos proyectos, por lo que al cumplir quince años, Francisco fue enviado a París para cursar allí sus estudios.

En el colegio de Clermont, dirigido por los jesuitas, siguió los cursos de célebres maestros; estudió retórica y filosofía y, por elección propia, griego, hebreo y teología. Como su padre «había pedido al Sr. Déage que su hijo aprendiera todo lo que era propio de la nobleza», Francisco tuvo además que dedicarse a la esgrima, la equitación y la danza. Estos ejercicios le ayudaron en su desarrollo físico de adolescente, confiriéndole una agilidad de movimientos, una soltura y una gracia, que más adelante contribuyeron a su poder de atracción. Mas por entonces una prueba íntima, con su fuerza purificadora, templó esta alma dilatándola para siempre en la alegría de la amistad divina:

En aquella época se discutía apasionadamente en las Escuelas el problema de la predestinación. La doctrina que sostenía la vieja Sorbona, pretendiendo apoyarse en san Agustín y santo Tomás -a quienes excedía y deformaba-, era que por una decisión absoluta de su voluntad soberana, Dios destinaba a los hombres a la salvación o a la condenación sin tener en cuenta sus méritos. ¡Qué angustia para el corazón de Francisco! ¿Cómo estar seguro de no encontrarse entre aquellos a los que la voluntad divina condena a las penas eternas y a la privación perpetua del amor de Dios? ¿Es realmente así como Dios manifiesta su misericordia para con los que destina a su gloria y su justicia para los que condena?

Para no caer en la desesperación, Francisco tuvo que sostener una lucha extenuante. Su salud se resintió por ello, y el trabajo excesivo a que se había sometido en sus estudios le agotó, hasta el punto de que al principio ni siquiera lograba ver cuánto más conforme era a la sabiduría y a la bondad divinas la opinión de los jesuitas, que, aun manteniendo la gratuidad de la predestinación -puesto que la elevación al orden sobrenatural sobrepasa las fuerzas naturales-, pone de relieve los méritos y deméritos de los hombres, que Dios tiene previstos, y según los cuales Él predestina a la gloria o al castigo.

Francisco estudiaba las razones, sopesaba los motivos que le movían a abrazar una u otra tesis, pero no conseguía decidirse. Este desconcierto tan cruel no podía calmarse sólo mediante el razonamiento. Además, Francisco no había cesado de invocar el auxilio de lo alto. Y un día, al entrar, según su costumbre, en la iglesia de Saint-Etienne des Grés, se arrodilló a los pies de la imagen de la Virgen, cogió una tablita que estaba colgada en la balaustrada de la capilla y leyó en ella la oración «Acordaos, oh piadosísima Virgen María...». Inmediatamente desapareció la duda. La luz divina alumbró su espíritu y cautivó su mente, madura ya tras esa dolorosa lucha de seis semanas. En agradecimiento, «consagró a Dios y a la Virgen su virginidad, y, en memoria y testimonio de esto, se comprometió a rezar el rosario todos los días de su vida».

Esta crisis fue decisiva en la vida de Francisco. Además de fortalecer su profunda devoción a la Virgen, lo afianzó en el optimismo, al que se sentía inclinado por temperamento, y lo confirmó en la confianza y

abandono filial en Dios, a los que le impulsaba su alma. Este optimismo, esta gozosa confianza, iluminarán más tarde su dirección espiritual.

En el verano de 1588 Francisco ya estaba de vuelta en Sales. Pero permaneció allí poco tiempo. Su padre, que quería para él una formación amplia y sólida, le envió a Padua, cuya Universidad era tan ilustre como la de París. En Padua estudió sobre todo Derecho y profundizó sus conocimientos teológicos. Tras una brillante defensa de su tesis, que le valió el título de doctor «en Derecho civil y canónico», emprendió el camino de vuelta, y, después de visitar Venecia, Loreto y Roma, regresó a Saboya.

¡Qué hermosos sueños de futuro se había forjado el Sr. de Boisy para su hijo mayor, de quien se sentía tan orgulloso! Le regaló una propiedad, cuyo nombre llevaría Francisco: se le llamará desde entonces Sr. de Villaroget; le envió a Chambéry, y allí fue recibido como «abogado del soberano Senado»; le presentó a una familia de la alta nobleza, cuya hija sería para él una perfecta esposa... Bruscamente se desvanecieron esos sueños. Francisco, tras haber vacilado durante un tiempo por temor de contrariar excesivamente a su padre, le comunicó que estaba resuelto a consagrar su vida a Dios y sería sacerdote. Sucedió por entonces algo que ayudó al Sr. de Boisy, por otra parte profundamente cristiano, a aprobar la decisión de su hijo: el deán del cabildo de la catedral había muerto, y Monseñor de Granier, obispo de Ginebra, había dado los pasos necesarios para lograr que Roma otorgara el cargo vacante al Sr. de Villaroget. ¡Cómo no iba a sentirse halagado el Sr. de Boisy por esta designación que convertía a su hijo en el primer personaje eclesiástico después del obispo! Francisco de Sales fue ordenado sacerdote el 18 de diciembre de 1593. Muy pronto se le presentó una vasta empresa, difícil y audaz: la evangelización del Chablais. Esta región, perteneciente a la diócesis de Ginebra y que se extendía desde el lago Léman a los montes de Faucigny, se había pasado al calvinismo hacía sesenta años y seguía tenazmente adicta al mismo. Los calvinistas ocuparon Ginebra en 1534 y expulsaron al obispo de su sede episcopal. Desde entonces, los obispos de Ginebra establecieron su residencia en Annecy, aunque conservaban el título de Príncipe-Obispo de Ginebra, como sus predecesores, que, antes de la Reforma, ejercían jurisdicción espiritual y temporal en la diócesis.

Esta empresa, en la que el duque de Saboya estaba muy interesado, se la propuso Mons. Granier al deán, que la aceptó con prontitud. No hay más remedio que admirar sin reservas el heroísmo del misionero, durante los cuatro años que pasó en el Chablais. Ni la obstinación de los protestantes, que se negaban a escuchar su palabra, ni los rigurosos fríos del invierno, ni los atentados que estuvieron a punto de costarle la vida, ni las dificultades de toda clase -llegaron a prohibir que fueran a escuchar al «papista»-, que intentaban paralizar su acción, lograron hacerle desistir de su empeño.

Como los habitantes de Thonon no venían a escuchar sus sermones, decidió ponerlos por escrito; y todas las semanas, durante casi dos años, hizo distribuir por las casas del pequeño pueblo sus instrucciones sobre la doctrina cristiana. Esas hojas, que se encontraron sesenta años más tarde en los archivos de la casa de Sales, fueron reunidas y publicadas en un compendio titulado «Las Controversias» o «Meditaciones sobre la Iglesia». Su argumentación precisa y exacta, presentada en un estilo sobrio y ágil, obliga a reflexionar, espeja las dudas y prepara a la adhesión. Roturar el campo costó mucho tiempo, pero la cosecha fue magnífica: a finales de 1598 todo el Chablais había vuelto a la fe de la Iglesia Romana. Mientras tanto, Mons. de Granier había solicitado al Soberano Pontífice que nombrara al deán su coadjutor. Y Francisco, pese a su resistencia al honor del episcopado, acabó aceptando, no queriendo oponerse a la voluntad de Dios que así se le manifestaba. Y en los últimos meses del año 1598 marchó a Roma a buscar las bulas o documentos que lo acreditaban como obispo coadjutor de Ginebra.

Recién vuelto a Saboya, Francisco se vio obligado a trasladarse a París con una misión delicada que le había encomendado Mons. de Granier: obtener de Enrique IV que las parroquias católicas del país de Gex (entre el lago Léman y el Franco-Condado), retenidas por los protestantes, fueran devueltas a los católicos. El asunto supuso mucho tiempo, y obligó a Francisco a prolongar su estancia en la capital, donde estuvo en contacto con la sociedad más distinguida. Allí frecuentó especialmente el círculo de la Sra. Acarie, cuya discreción y profunda piedad admiraba. Y, sobre todo, predicó. Predicó la cuaresma en la «Capilla de la reina» en el Louvre; predicó en Fontainebleau ante Enrique IV; predicó en numerosas iglesias y capillas, donde multitudes de fieles acudieron con interés a escucharle.

En sus predicaciones empleaba un lenguaje sencillo, agradable, fácilmente accesible a todos. Ya con ocasión de sus primeros sermones, en Annecy, su padre le había hecho este reproche: «Deán, predicas demasiado a menudo; oigo tocar al sermón, incluso en días de trabajo, y siempre me dicen que es el deán. En mis tiempos no era así; los predicadores escaseaban, pero ¡había que ver qué predicaciones! Bien lo

sabe Dios: eran doctas, muy estudiadas; en ellas se decían maravillas. Cada una contenía más citas en latín y griego de las que tú empleas en diez sermones. Tú has convertido esta actividad en algo tan común, que ya no se te estima tanto». ¡Qué le importaba a Francisco la estima en que le tuvieran! No buscaba su propia gloria. Lo que pretendía era instruir a las almas, elevarlas a Dios y comunicarles la llama que a él le abrasaba.

En el camino de vuelta a Saboya se enteró de la muerte de Mons. de Granier. A partir de ese momento, Francisco era, por tanto, obispo de Ginebra. Recibió la consagración episcopal el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1602. Inmediatamente se dedicó a sus nuevas obligaciones, pero la administración de la diócesis no le impedía dedicarse a las almas. Se hacía todo para todos, mostrando sus preferencias con los pobres, los humildes, los pequeños.

Le gustaba mucho enseñar el catecismo a los niños. Tenía asimismo su confesonario en la catedral, «junto a la puerta del lado del Evangelio», para estar más accesible a quienes quisieran encontrarle allí. Y seguía predicando como antes. El año 1604 es una fecha importante en la vida de san Francisco de Sales. A petición de los regidores de Dijon, fue a predicar allí la cuaresma. Y en esa ciudad tuvo lugar el encuentro con la baronesa de Chantal, hermana de Mons. Andrés Fréinyot, joven arzobispo de Bourges, que invitaba a menudo a Francisco a su casa. Ese fue el comienzo de una amistad magnífica, bella y pura como la que más, preparada por la Providencia y que desembocaría en la fundación de la Orden de la Visitación.

También conoció en Dijon a la abadesa de Puits d'Orbe, Rosa Bourgeois, y a su hermana, María Brúllart, esposa del presidente del Parlamento de Borgoña. Ellas habían notado la unción y la piedad del obispo de Ginebra en sus instrucciones cuaresmales y quisieron beneficiarse de su dirección espiritual. Tanto las cartas dirigidas a la Sra. de Chantal, como las que Francisco escribió a la abadesa de Puits d'Orbe y, en especial, a la Sra. Brúllart, mujer de inteligencia superior, son muy valiosas por los sensatos consejos que contienen para hacer que la «devoción» -o sea, la vida cristiana- se adapte a todas las circunstancias y resulte amable y atrayente.

Tal fue el inicio de una abundante correspondencia que seguiría creciendo cada vez más, convirtiéndose pronto en una carga no ligera para el obispo. «No había día en que no contestase a veinte o veinticinco cartas de toda clase de personas, de Francia o de Saboya», afirmó el criado que «cerraba los sobres y hacía los paquetes». ¿ero, ¿acaso podía rechazar su ayuda a las personas que la solicitaban? Ellas le exponían sus dificultades, le confiaban sus aspiraciones; y él, con toda el alma, con «una suavidad sin igual», una prudencia sobrenatural y una gran experiencia, respondía a sus deseos.

El éxito de la Introducción a la vida devota prueba que sobresalía como excelente director, pues este libro, en el fondo, no es más que una recopilación de notas y de «pequeños tratados» referentes a la vida espiritual, dirigidos a la Sras. de Chantal, Brúllart y, sobre todo, de Charmoisy, la Filotea de la Introducción. El libro fue publicado por primera vez en 1609. Se imprimió más de cuarenta veces en vida de su autor, y Francisco, con su esmero de gran humanista, revisó cuidadosamente las diferentes ediciones. El éxito de esta obra maestra no ha conocido el ocaso y continúa encantando a sus lectores por la sencillez de su estilo, la superabundancia de imágenes, la naturalidad del lenguaje y la encantadora prudencia de sus consejos.

El 24 de agosto de 1604 Francisco de Sales se reunió en Saint-Claude con la Sra. de Chantal, como lo habían acordado. Aceptó dirigir a esta alma que Dios, evidentemente, confiaba a su cuidado. Y la orientó hacia las cimas más altas de la santidad por la generosa abnegación de su propia voluntad en el cumplimiento lleno de amor de la voluntad de Dios. Encontró en Juana Francisca Frémyot de Chantal un alma fuerte, muy templada y decidida a toda clase de entregas.

La baronesa de Chantal había quedado viuda, con cuatro hijos, a los veintiocho años, tras siete de una unión muy feliz. A partir de entonces se entregó por entero a la oración, a sus hijos y a las obras de caridad. No salía de su castillo de Bourbilly más que para cuidar de sus tierras, atender a los enfermos y visitar a los pobres. Su abnegación era total; su caridad, heroica, hasta el punto de recoger en su casa y cuidar, con la amorosa dedicación de una madre, a una mujer atacada de un horrible lupus que le destrozaba el rostro, o dar consuelo a un leproso, besándole en el momento de fallecer.

Sin embargo, poco después de la muerte de su marido, el padre de éste llamó junto a él a la baronesa. Se trasladó a Monthelon (no lejos de Autun) y encontró que junto al anciano vivía una sirvienta que había logrado un nocivo ascendiente sobre él y que pretendía no perder un ápice de su insolente dominio. Sin decir palabra, la Sra. de Chantal aceptó esta humillante situación y se ocupó de los cinco hijos de la criada

igual que de los suyos. ¿No era voluntad de Dios que ella pudiera así domar su orgullo y ejercitar la paciencia? Tal era el valor humano y sobrenatural de aquélla que iba a ser la «piedra fundamental» de la Congregación que san Francisco de Sales iba a fundar, y cuyas grandes líneas poco a poco se perfilaban en su mente.

Durante el ejercicio de su ministerio, el obispo había encontrado a muchas jóvenes, señoras y viudas, a quienes las austeridades del claustro impedían abrazar la vida religiosa por la que suspiraban. Él soñaba con una Congregación que no hiciera excesivo hincapié en las penitencias corporales, y donde las Hermanas pudieran entregarse por entero al amor de Dios y a la práctica de las «pequeñas virtudes» de humildad, paciencia y dulzura, que obligan a una continua renuncia y al olvido propio. Este proyecto había sido largamente madurado en la reflexión y en la oración. El 29 de marzo de 1610, la baronesa de Chantal dejaba a su familia e iba a Annecy, y el 6 de junio, en la fiesta de la Santísima Trinidad, nacía en esta ciudad la «Visitación de Santa María».

Este pequeño Instituto iba a crecer rápidamente y a producir admirables frutos de santidad. Muchos capítulos del Tratado del amor de Dios -que el obispo escribió aprovechando «los breves ratos libres» que lograba hurtar a «la urgencia de otros deberes»- fueron inspirados al ver las maravillas que el Espíritu Santo realizaba en la Madre de Chantal y en sus religiosas. El obispo velaba celosamente por sus hijas y las visitaba a menudo. Ellas le preguntaban sobre algún punto de sus constituciones o sobre la práctica de las virtudes. Él les respondía en su estilo sencillo, claro, rico en imágenes y dulce. Las religiosas anotaban en el momento sus respuestas, o las redactaban de memoria inmediatamente después. Estas notas, recopiladas cuidadosamente por la M. de Chantal, fueron editadas con el título de Conversaciones espirituales y son de un encanto y un sabor indescriptibles.

En 1618, Francisco de Sales volvió a París formando parte del cortejo que debía concertar el matrimonio del príncipe del Piamonte, hijo del duque de Saboya, con la princesa Cristina de Francia, hermana de Luis XIII. Enseguida los parisienses quisieron oír su palabra. En ocasiones tuvo que predicar dos, tres y hasta cuatro sermones al día. En los nueve meses que pasó en París predicó ciento sesenta y cinco veces.

Aparte de los sermones, dio conferencias que iluminaban a las almas y reavivaban su fervor. También confesó y dirigió espiritualmente a un grupo selecto de señoras de la nobleza que en esos comienzos del siglo XVII se sentían fuertemente inclinadas a la piedad. Al mismo tiempo, se ocupó de preparar una casa de la Visitación - la sexta- que la M. de Chantal fue a fundar en la primavera siguiente y que él confió a un sacerdote que llegaría a ser el gran «padre de los pobres»: Vicente de Paúl.

En esta época fue cuando conoció a la abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld. La visitó varias veces en su monasterio, y, cuando se marchó de París, mantuvo con ella una correspondencia en la que se adivina lo que hubiera él conseguido de esta alma enérgica, autoritaria y obstinada, si su pronta muerte no le hubiera impedido seguir dirigiéndola.

Las cartas de dirección espiritual y la fundación de casas de la Visitación estaban lejos de agotar toda la actividad del obispo, que se dirigía, ante todo, a las necesidades de su diócesis, inmensas, porque la herejía había hecho terribles estragos.

Había que reorganizar las parroquias y confiarlas al cuidado de un clero dedicado a los intereses sobrenaturales de las almas e instruido. Desde el primer contacto mantenido con sus sacerdotes, en el sínodo del año 1603, el obispo les dijo que «la ciencia, para un sacerdote, es el octavo sacramento de la jerarquía de la Iglesia». Y no consintió jamás confiar la cura de almas a sacerdotes poco capaces, aunque le fueran recomendados por protectores influyentes.

Dedicó cuatro años, de 1605 a 1608, a visitar todas las parroquias de su diócesis, muchas de las cuales se encontraban en parajes montañosos, con accesos difíciles y a menudo peligrosos. En sus visitas animaba a los párrocos, estimulaba su celo y llevaba por todas partes, con la irradiación de su bondad, la llama de su palabra, siempre adaptada a las necesidades del auditorio. Uno de sus sirvientes, que le acompañó en esta gira agotadora, hacía notar con admiración que «aunque Monseñor predicaba en todas las parroquias, nunca le había oído repetir las mismas cosas».

Le gustaba conversar amigablemente con los campesinos y se sentía edificado con el ejemplo de las «santas aldeanas». Admiraba su fe sólida y sencilla, pero sufría por el mal que habían causado las nuevas doctrinas. Sufría aún más por la relajación de los monasterios, que, en su mayor parte, habían perdido el fervor primitivo. En estos antiguos núcleos de vida religiosa no había entonces más que vida mundana y fácil y, a veces, escandalosa.



¡Con qué prudente persuasión promovió la reforma! ¡Con qué incansable firmeza, y al precio de cuántos esfuerzos la consiguió en la abadía de Notre-Dame d'Abondance, en el monasterio de los canónigos de Sixt y en los benedictinos de Talloires...! Y continuaba predicando. No sabía negarse a las invitaciones que le dirigían. Como él mismo reconocía, «prefiero predicar un sermón que decir `no'. Me haría falta un vicario que se negase por mí». Eran sermones de circunstancia, que lograban convertir a las gentes. En época de adviento o cuaresma los fieles se apiñaban junto a su confesonario y alrededor del púlpito. Les decía: «La cuaresma es el tiempo de la cosecha de almas... Yo cosecho un poco con lágrimas, en parte de alegría y en parte de amor»."

El obispo de Ginebra, que nunca pretendió sino la gloria de Dios y la salvación de las almas, sufrió muchas veces la desconfianza de su soberano, el duque de Saboya, Carlos Manuel. Éste sentía por él verdadera estima, pero como su carácter era suspicaz, prestaba fácilmente oídos a insinuaciones malévolas. Por eso, cuando en 1609 Francisco atravesó Ginebra para ir a la región de Gex, a hacerse cargo de tres parroquias devueltas por Enrique IV al culto católico, el duque se alarmó, temiendo que el obispo «anduviera en manejos de Estado con extranjeros». Y a pesar de que Francisco apaciguó sus sospechas, el duque le negó autorización para salir de Sahoya y trasladarse a París, donde se le reclamaba para la cuaresma de 1611, así como para ir al año siguiente a Lyon.

Idénticas sospechas volvieron a surgir en 1615, cuando Francisco fue a Lyon para tratar con el arzobispo sobre las constituciones de la Visitación, y cuando tres meses después Mons. de Marquemont fue a Annecy, a devolver la visita al obispo. Estos disgustos, que hubieran podido enojarle, no alteraron la serenidad del obispo, que se disculpaba con paz. Pero, en tono distinto y con firmeza llena de nobleza, alzó su voz en defensa de uno de sus hermanos y de su primo, el Sr. de Charmoisy, a quienes el duque de Nemours había acusado injustamente ante Carlos Manuel.

La fama de que gozaba Francisco más allá de las fronteras saboyanas halagaba al duque, orgulloso de tener tal súbdito en sus Estados. Quizá también le inquietaba, temiendo que Francisco se dejase retener en París. Eso era no conocerle bien. Enrique IV, que sentía gran admiración por el obispo de Ginebra, deseaba tenerlo a su lado. A través de su secretario, des Hayes, le hizo interesantes propuestas para lograrlo, a las que Francisco siempre respondió con un cortés y firme rechazo.

Incluso se quedó indiferente ante la perspectiva de un capelo cardenalicio que sus amigos quisieron procurarle, o ante la proposición de ser nombrado coadjutor que le hizo el cardenal de Retz, Enrique de Gondí, obispo de París. ¿Por qué iba a dejar Annecy? «Mi obispado -decía- es para mí tanto como el arzobispado de Toledo, pues puede suponerme el paraíso o el infierno, igual que le sucede al arzobispo de Toledo en su sede. Todo depende de cómo uno y otro nos comportemos en nuestros cargos».

En el suyo, él se comportaba como un santo; un santo cuyo rostro aparecía, a veces, nimbado por una aureola luminosa, y que, como sin quererlo, hacía milagros. Pero todo eso a sus ojos contaba poco: Se esforzaba sobre todo en hacer más estrecha su unión con Dios mediante la meditación, el espíritu de oración, el cumplimiento de la voluntad divina; en hacer más perfecto su desprendimiento por el don de sí a los que se-le acercaban, siempre sereno, sonriente y bueno, sin que nadie supiese el «tormento de la multitud de preocupaciones» que le agobiaban.

Sin embargo, Francisco de Sales notaba que sus fuerzas declinaban y los achaques de salud le advertían que pronto llegaría al fin de su tarea. Ya tenía a su hermano Juan Francisco como coadjutor y soñaba con acabar sus días en soledad, lejos de la multitud de los asuntos, entregándose a la oración y ocupándose en escribir algunas obras que tenía en proyecto, sobre todo un tratado sobre el amor al prójimo.

Soñaba con soledad y reposo. El año 1622 le negó lo uno y lo otro. Al cansancio habitual de cada jornada, que minaba duramente sus energías, se unieron diversos acontecimientos que agotarían sus fuerzas y apresurarían su fin. Por orden de Gregorio XV, que ignoraba el estado de salud del obispo, debió ir a Pinerolo, al otro lado de los Alpes, para abrir el 30 de mayo el capítulo de los monjes de san Bernardo", que iban a elegir superior general.

Terminada esa misión, se trasladó a Turín, donde la Corte le reclamaba. Se alojó en el convento de los fuldenses, en una pequeña celda expuesta al ardor del sol. Agotado, se vio obligado a guardar cama durante varias semanas. Apenas recobró las fuerzas necesarias para retornar a Annecy. Sin embargo, no permaneció allí mucho tiempo. El duque de Saboya, Carlos Manuel, había decidido salir al encuentro de Luis XIII, que, tras derrotar a los hugonotes en Montpellier, recorría las ciudades del valle del Ródano, de regreso hacia París. El duque puso mucho empeño en que el obispo de Ginebra formase parte de su comitiva. A pesar de su gran agotamiento, y sin escuchar los consejos de quienes le instaban a excusarse, se

unió a la Corte en Avignon, donde Luis XIII hizo su entrada el 17 de noviembre. El día 29 del mismo mes, tras un descanso en Valence, el cortejo real llegó a Lyon.

Francisco no admitió otro alojamiento que la humilde casa -«la chocita»- del jardinero de la Visitación. Hacía frío y la casa «estaba expuesta a todos los aires y al humo», porque la chimenea funcionaba mal. A pesar de ello, el obispo aseguró «que jamás estaba mejor que cuando no se encontraba bien». Recibía con su benevolencia acostumbrada a todos los que deseaban verle. El tiempo que le dejaban libre las numerosas visitas que le asediaban y sus deberes para con la Corte lo consagró a sus Hijas de la Visitación.

En una breve entrevista que mantuvo con la M. de Chantal, creyó notar en ella demasiado afán en hablar de su alma. «Qué es esto, Madre mía - le dijo-, ¿aún tenéis deseos y gustos demasiado impulsivos?». Por lo que a él respecta, ya estaba abandonado a la voluntad divina. Se sentía cerca del puerto y murió apaciblemente en la tarde del 28 de diciembre a causa de una apoplejía, soportando con paciencia los dolorosos remedios con que los cirujanos trataron de salvarle. Había pedido los últimos sacramentos y conservó hasta el fin su lucidez y su admirable fidelidad para aceptar amorosamente todas las exigencias de la voluntad divina, auténtica señal de santidad.

## 2-VOLUNTAD DE DIOS Y SANTIDAD

### ***S. Francisco de Sales explica en qué consiste la verdadera santidad***

«La perfección de la vida cristiana consiste en la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, que es la soberana regla y ley de todas las acciones» Desde «Nécy, el día de la santa Cruz de 1604», escribía Francisco de Sales a la Sra. de Chantal: «No cesaré nunca de rogar a Dios que quiera perfeccionar en vos su santa obra, es decir, el buen deseo y el propósito de llegar a la perfección de la vida cristiana; deseo que debéis guardar y alimentar con ternura en vuestro corazón, como un don del Espíritu Santo y una chispa de su fuego divino.

En Roma vi un árbol plantado por el bienaventurado santo Domingo: todo el mundo lo va a ver y lo cuidan por amor a quien lo plantó; por eso, al ver en vos el árbol del deseo de santidad que nuestro Señor ha plantado en vuestra alma, lo amo y me complace pensar en él ahora aún más que en vuestra presencia, y os exhorto a hacer lo mismo y decir conmigo: que Dios os haga crecer, oh hermoso árbol que Él plantó; divina semilla celestial, que Dios os haga producir frutos maduros y que, una vez producidos, Dios mismo los guarde del viento para que no caigan por tierra y se los coman las alimañas. Señora, este deseo debe permanecer en vos como los naranjos de la costa de Génova, que están casi todo el año cargados de frutos, de flores y de hojas a un mismo tiempo. Porque vuestro deseo ha de estar presto para fructificar en cuanto se presente la ocasión, sin dejar por ello de seguir deseando más cosas y más motivos para ir adelante. Esos deseos son las flores del árbol de vuestros propósitos; las hojas serán el reconocimiento constante de vuestra flaqueza, que os conservará las buenas obras y los buenos deseos... Encomendadme a nuestro Señor, pues lo necesito más que nadie en el mundo. A Él le suplico que os conceda abundantemente su santo amor».

No sólo en su hija predilecta, sino en todas las almas, ve el obispo de Ginebra el árbol del deseo de santidad que el Señor ha plantado, y él lo cuida tiernamente y lo ayuda para que produzca con las hojas de la humildad y las flores de los generosos deseos, los frutos de las sólidas virtudes. Son innumerables las almas a quienes, con su gracia delicada y su gran poder de persuasión, él ha encaminado del deseo de la santidad a su realización más elevada, bajo el fuego del divino amor. Para llevarlas a la perfección de la vida cristiana les ha enseñado «la verdadera y viva devoción», que «no es otra cosa -nos dice en su Introducción- que un verdadero amor a Dios. Este no es un amor cualquiera, porque cuando el amor divino embellece nuestra alma, se llama gracia y nos hace agradables a su divina Majestad; cuando nos da fuerza para obrar el bien, se llama caridad; y cuando llega al grado de perfección en que no solamente nos mueve a obrar el bien, sino a hacerlo de forma cuidadosa y frecuente y con prontitud, entonces se llama devoción». Así se lo explicaba a una de sus dirigidas, que le había preguntado qué era la devoción y cómo adquirirla.

«La virtud de la devoción -le respondía- no es más que una general inclinación y prontitud del alma para hacer lo que se sabe agradable a Dios; es esa dilatación del corazón de que hablaba David cuando decía: corrí por la senda de tus mandatos cuando me ensanchaste el corazón. Los que son simplemente buenos -proseguía el obispo- andan por los caminos de Dios, pero los devotos corren; y si son muy devotos, vuelan». Según esto, lo que sabemos que agrada a Dios es el cumplimiento de su voluntad; voluntad significada en los mandamientos y en los deberes de nuestro estado; voluntad de beneplácito, manifestada en los acontecimientos que nos ocurren, ya sean agradables o desagradables para nuestra naturaleza. Estudiemos bajo esos diversos aspectos las enseñanzas de san Francisco de Sales. Él nos permitirá comprender mejor la voluntad de Dios, incitándonos a cumplirla siempre con todo amor.

### ***La observancia de los mandamientos***

Cumplir los mandamientos es el primer deber de un alma deseosa de hacer la voluntad de Dios. Escribe san Francisco de Sales: «Antes que nada, es necesario observar los mandamientos generales de la ley de Dios y de la Iglesia, que obligan a todo fiel cristiano; y sin ello -añade- no puede haber ninguna devoción; esto lo sabe todo el mundo». Pero aunque todo el mundo lo sepa, quizá no sea inútil insistir en ello. Es

bueno convencerse de esta verdad, de que la observancia de los mandamientos es condición necesaria para toda vida cristiana y que ninguna práctica de supererogación dispensa jamás de las prescripciones formales de la ley." «Por eso, siempre debemos procurar cumplir lo que Dios manda a todos los cristianos... y quien esto no observe cuidadosamente, sólo tendrá una devoción falsa». Y aún hay más: quien aspire a una vida fervorosa, tiene que observar los mandamientos «con prontitud y con gusto». Puesto que son la expresión de la voluntad de Dios, deben encontrarnos siempre dispuestos a cumplirlos, y a hacerlo de buen grado, tanto más cuanto que, por su naturaleza, son «dulces, agradables y suaves». ¿Es ésta, sin embargo, nuestra actitud? El Santo observa: «Muchos cumplen los mandamientos como quien traga una medicina, más por miedo a condenarse que por el placer de vivir según la voluntad del Salvador». Y es ésa una peculiaridad de la condición humana, que siente horror a todo lo que le es impuesto. Por ello prosigue: «Y así como hay personas que, por agradable que sea un medicamento, lo toman de mala gana, sólo porque es medicamento, así hay almas que tienen horror a lo que se les manda por el hecho mismo de ser mandado.

En este sentido -continúa-, se cuenta que un hombre había vivido a gusto en la gran ciudad de París sin salir de ella durante ochenta años y en cuanto el rey le ordenó permanecer allí para siempre, salía a diario a disfrutar del campo, cosa que antes nunca había echado de menos». "Es cierto que este humor caprichoso se remonta a los comienzos de la humanidad: «Eva, de cien mil frutos deliciosos, escogió el que se le había prohibido, y seguro que, si se le hubiera permitido probarlo, no se lo habría comido». "Gusto por la independencia, ciertamente, pero también debilidad de nuestra naturaleza, que se asusta a veces de las exigencias de los mandamientos. Si tuviéramos verdadero amor de Dios, las dificultades, en vez de echarnos para atrás, aumentarían nuestro ánimo y convertirían en dulce y agradable lo que nos parece áspero y molesto. «Un corazón que está lleno de amor, ama los mandamientos, y, cuanto más difíciles son; más dulces y agradables los encuentra, porque así complace más al Amado y le hace mayor honor». El amor de Dios, la adhesión a su santa voluntad expresada en los mandamientos, dan prontitud en la obediencia y gozo en su ejecución. El obispo se preocupa mucho por nuestro progreso en este camino y en la Introducción a la vida devota nos invita a «examinar el estado de nuestra alma para con Dios»: «¿Cómo se encuentra vuestro corazón respecto a los mandamientos de Dios? ¿Los encuentra buenos, dulces, agradables? ¡Ay, hija mía!, quien tiene el gusto en buen estado y el estómago sano, disfruta con la comida buena y rechaza la mala...-¿Cómo está vuestro corazón para con Dios? ¿Se complace en acordarse de Él? ¿Siente su agradable dulzura? David dice: me he acordado de Dios, me he complacido en él. ¿Sentís en vuestro corazón cierta facilidad para amarle y un gusto particular en saborear ese amor? ¿Se recrea vuestro corazón al pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad y en su dulzura? Si el recuerdo de Dios os sobreviene en medio de las ocupaciones del mundo y de sus vanidades, ¿logra hacerse sitio, se apodera de vuestro corazón? ¿Os parece que vuestro corazón se vuelve hacia Él y en cierto modo sale a su encuentro? Ciertamente hay almas así, que, por muy ocupadas que estén, si les viene el recuerdo de Dios, les resulta imposible atender a otra cosa, por el placer que sienten al experimentarlo, lo que constituye una buenísima señal».

### ***El amor a nuestra vocación***

«Además de los mandamientos generales -escribe san Francisco de Sales-, hay que cumplir exactamente los mandamientos particulares que nuestra vocación nos impone», porque también ellos son expresión de la voluntad divina. «Y quien no los cumpliera -prosigue-, aunque resucitara muertos, no dejaría de estar en pecado y condenarse si muriera así. Por ejemplo, los obispos tienen el deber de visitar a sus ovejas, para enseñarles, corregirlas y consolarlas. Si yo permaneciera toda la semana en oración, si ayunara toda mi vida, pero no visitase a las mías, me perdería. Si una persona casada hiciera milagros pero no cumpliera sus deberes matrimoniales para con su cónyuge, o no cuidase de sus hijos, sería peor que un infiel, dice san Pablo». Esta es una verdad que es necesario profundizar: nuestra vocación y sus deberes son queridos por Dios. Pero ¿nos consagramos verdaderamente a los deberes de nuestro estado de vida para agradar a Dios? «¡Ay! -decía el Santo-, todos los días pedimos a Dios que se haga su voluntad, y, cuando llega el momento de cumplirla, ¡cuánto trabajo nos cuesta! Nos ofrecemos al Señor, le repetimos: Señor, soy todo vuestro, aquí tenéis mi corazón. Pero cuando quiere servirse de él, ¡somos tan cobardes! ¿Cómo podemos decirle que somos suyos, si no queremos acomodar nuestra voluntad a la de Él?». "Tengamos en cuenta,

además, que esos «mandamientos particulares de nuestra vocación», son, al igual que los generales, «dulces, agradables y suaves». «¿Qué es, pues, lo que nos los hace molestos? En realidad, solamente nuestra propia voluntad, que quiere reinar en nosotros al precio que sea... Queremos servir a Dios, pero haciendo nuestra voluntad y no la suya. No nos corresponde a nosotros escoger a nuestro gusto; tenemos que ver lo que Dios quiere, y si Él quiere que yo le sirva en una cosa, no debo servirle en otra». Pero eso no hasta. Una persona fervorosa, «devota», como dice el obispo, debe cumplir sus deberes, todos sus deberes, con amor y con gozo.

«Esto no es todo -continúa san Francisco de Sales-, sino que, para ser devoto, no sólo hay que querer cumplir la voluntad de Dios, sino hacerlo con alegría. Si yo no fuera obispo, quizá no querría serlo, por saber lo que sé; pero, puesto que lo soy, no solamente estoy obligado a hacer todo lo que esa penosa vocación exige, sino que debo hacerlo con gozo, y complacerme en ello y sentir agrado. Es lo que dice san Pablo: que cada uno permanezca en su vocación ante Dios. No tenemos que llevar la cruz de los demás, sino la nuestra, y para poderla llevar, quiere nuestro Señor que cada uno se renuncie a sí mismo, es decir, a su propia voluntad. Es una tentación decir: Yo quisiera esto y lo otro, yo preferiría estar aquí o allá. Nuestro Señor sabe bien lo que hace; hagamos lo que Él quiere y quedémonos donde Él nos ha puesto»."

Y es que, efectivamente, nos sucede que no queremos aceptar nuestra vocación e intentamos huir de ella. ¿Es quizá la prosaica monotonía de la vida cotidiana, para la que tanta paciencia necesitamos; o el gris descolorido de nuestras jornadas, que exaspera nuestros nervios y nos hace soñar con otra situación más fácil que podría darnos la sensación de que estábamos en nuestro lugar y, libres de irritantes servidumbres, podríamos, por fin, lograr la felicidad? Todo eso es un vano sueño que corre el riesgo de ser peligroso, porque nos hace imaginar un estado de vida que no es el que Dios ha querido para nosotros. «Es cierto -escribía san Francisco de Sales a la baronesa de Chantal-, que nada nos impide tanto perfeccionarnos en nuestra vocación como aspirar a otra; porque, en vez de trabajar en el campo propio, enviamos nuestros bueyes y nuestro arado al campo del vecino, donde ciertamente no cosecharemos este año. Y todo eso es una pérdida de tiempo, pues es imposible que, teniendo puestos nuestros pensamientos y esperanzas en otra parte, podamos aplicarnos a conseguir las virtudes requeridas para el lugar en que nos encontramos».

Las carmelitas acababan de establecerse en Francia. La Sra. Brúllart, esposa del presidente del Parlamento de Borgoña, se ocupaba activamente en su instalación y le gustaba hablar largo y tendido con ellas. San Francisco de Sales, a quien esta mujer, de elevada y sólida piedad, había confiado la dirección de su alma, no dejaba de inquietarse por ello y escribía así a la Sra. de Chantal:

«¡Cuánto me satisface que nuestro Dijon haya recibido a las buenas carmelitas de la Madre Teresa! ¡Que Dios las haga fructificar para gloria suya! Mucho me alegra que la Sra. Brúllart se ocupe tanto de ellas, con tal que su corazón no se deje llevar por vanos deseos de esa vida, puesto que ella debe cultivar otra distinta. Es de maravillar, hija mía, la firmeza de mis ideas respecto a no sembrar en el campo del vecino, por hermoso que sea, mientras que el nuestro tiene tanta necesidad. La dispersión del corazón es siempre peligrosa: tener el corazón en un lugar y el deber en otro» .

Y, en efecto, la presidenta Brúllart, al salir de esas conversaciones espirituales que encantaban su espíritu y ensanchaban su corazón, experimentaba cierto fastidio al tener que enfrentarse con la monotonía de su vida cotidiana. Y su santo director le escribía: «Ved, hija mía, que los que comen miel frecuentemente, encuentran más agrias las cosas agrias y más amargas las amargas y sólo quieren comida refinada. Vuestra alma, dedicada con frecuencia a ejercicios espirituales que son dulces y agradables al espíritu, al volver a los quehaceres corporales, exteriores y materiales, los encuentra. Y es que, efectivamente, nos sucede que no queremos aceptar nuestra vocación e intentamos huir de ella. ¿Es quizá la prosaica monotonía de la vida cotidiana, para la que tanta paciencia necesitamos; o el gris descolorido de nuestras jornadas, que exaspera nuestros nervios y nos hace soñar con otra situación más fácil que podría darnos la sensación de que estábamos en nuestro lugar y, libres de irritantes servidumbres, podríamos, por fin, lograr la felicidad?

Todo eso es un vano sueño que corre el riesgo de ser peligroso, porque nos hace imaginar un estado de vida que no es el que Dios ha querido para nosotros. «Es cierto -escribía san Francisco de Sales a la baronesa de Chantal-, que nada nos impide tanto perfeccionarnos en nuestra vocación como aspirar a otra; porque, en vez de trabajar en el campo propio, enviamos nuestros bueyes y nuestro arado al campo del vecino, donde ciertamente no cosecharemos este año. Y todo eso es una pérdida de tiempo, pues es

imposible que, teniendo puestos nuestros pensamientos y esperanzas en otra parte, podamos aplicarnos a conseguir las virtudes requeridas para el lugar en que nos encontramos».

Las carmelitas acababan de establecerse en Francia. La Sra. Brúllart, esposa del presidente del Parlamento de Borgoña, se ocupaba activamente en su instalación y le gustaba hablar largo y tendido con ellas. San Francisco de Sales, a quien esta mujer, de elevada y sólida piedad, había confiado la dirección de su alma, no dejaba de inquietarse por ello y escribía así a la Sra. de Chantal:

«¡Cuánto me satisface que nuestro Dijon haya recibido a las buenas carmelitas de la Madre Teresa! ¡Que Dios las haga fructificar para gloria suya! Mucho me alegra que la Sra. Brúllart se ocupe tanto de ellas, con tal que su corazón no se deje llevar por vanos deseos de esa vida, puesto que ella debe cultivar otra distinta. Es de maravillar, hija mía, la firmeza de mis ideas respecto a no sembrar en el campo del vecino, por hermoso que sea, mientras que el nuestro tiene tanta necesidad. La dispersión del corazón es siempre peligrosa: tener el corazón en un lugar y el deber en otro»

Y, en efecto, la presidenta Brúllart, al salir de esas conversaciones espirituales que encantaban su espíritu y ensanchaban su corazón, experimentaba cierto fastidio al tener que enfrentarse con la monotonía de su vida cotidiana. Y su santo director le escribía: «Ved, hija mía, que los que comen miel frecuentemente, encuentran más agrias las cosas agrias y más amargas las amargas y sólo quieren comida refinada.

Vuestra alma, dedicada con frecuencia a ejercicios espirituales que son dulces y agradables al espíritu, al volver a los quehaceres corporales, exteriores y materiales, los encuentra molestos y desagradables y, por ello, se impacienta fácilmente». En verdad es bueno desplegar las alas y volar cual mística paloma hacia las serenas cimas de la alta piedad, lejos de las mezquindades de la tierra. Pero debemos permanecer en la vida real, en los valles profundos, con sus preocupaciones, y en medio de la confusión de lo material, puesto que ésa es la voluntad de Dios. En este sentido, el obispo apunta la siguiente idea:

«Habéis de ser paloma, no solamente al volar en la oración, sino también en el nido y con todos los que están a vuestro alrededor» Y no se cansa de repetir a la Sra. Brúllart en sus cartas esta austera doctrina: «Perseverad en venceros en esas pequeñas contrariedades que sentís cada día, poniendo en ello todo vuestro empeño. Y estad segura de que Dios, por el momento, no quiere otra cosa de vos; por lo tanto, no os entretengáis en hacer otra cosa. No sembréis vuestros deseos en jardín ajeno, sino cultivad bien el vuestro. No queráis ser lo que no sois, sino desead, más bien, ser con perfección lo que sois; ocupad, para ello, vuestro pensamiento en ser cada vez mejor y en llevar las cruces, pequeñas o grandes, que vayáis encontrando. Creedme, esta es la palabra clave, y la menos entendida, en la dirección espiritual. La mayoría escoge según su gusto, pero pocos escogen según su deber y según el gusto de Dios nuestro Señor. ¿De qué nos serviría edificar castillos en España teniendo que vivir en Francia? Esta es mi lección de siempre, y la comprendéis muy bien. Decidme si la practicáis, hija mía».

Ella, al menos, se esforzaba en practicarla. Y un día el obispo recibió una carta suya que le hizo estremecer de gozo. La carta se ha perdido, pero conservamos la respuesta de san Francisco de Sales: «Son palabras maravillosas las que me decís: que el Señor me ponga en la salsa que quiera; todo me es igual, con tal de que yo le sirva». Efectivamente, son palabras maravillosas, porque, en su prosaico realismo, suponen una gran docilidad a la voluntad divina. Y san Francisco de Sales le contesta siguiéndole el juego con esas mismas palabras: «Saboread bien esa salsa en vuestro espíritu, paladeadla en vuestra boca, sin tragarla de golpe». Pero le advierte que esté atenta, pues en un momento de entusiasmo ¡es tan fácil hacerse ilusiones...!

«La Madre Teresa, a quien me complace saber que amáis tanto, dice en alguna parte que a menudo decimos tales palabras por costumbre y sin demasiada reflexión, y nos aconseja que las digamos desde el fondo del alma, aunque ni si quiera entonces las pongamos en práctica, como sabemos por experiencia». Efectivamente, la presidenta lo había experimentado...

«Me decís que cualquiera que sea la salsa en que Dios os ponga, os da lo mismo. Pues bien, ya sabéis en qué salsa os ha puesto, en qué estado y condición. Y, decidme, ¿os da lo mismo? Bien sabéis cuál es vuestra deuda diaria, la que Dios quiere que le paguéis, y a la que os referís en vuestra carta; pero no veo que os dé lo mismo. ¡Dios mío, qué sutilmente se mete el amor propio en nuestros gustos y afectos, aunque parezcan devotos!» .Por tanto, hay que reconocer y aceptar la voluntad de Dios; es más, hay que amarla y amar todas sus consecuencias.

«Ahí está la clave -concluye san Francisco de Sales-. Hay que buscar lo que Dios quiere y, una vez sabido, tratar de hacerlo con alegría o, al menos, con valor. Y no sólo eso; hay que amar la voluntad de Dios y las obligaciones que de ella se derivan para nosotros, aunque tuviéramos que guardar puercos toda

la vida, o hacer los menesteres más bajos del mundo, porque cualquiera que sea la salsa en que Dios nos ponga, nos debe dar lo mismo. En la perfección, esa es la diana a la que debemos apuntar, y quien más se aproxime a ella, se llevará el premio ».

Es la misma doctrina que trata de hacer comprender a otra de sus dirigidas, la Sra. Le Blanc de Mions, a la que había conocido cuando predicaba la cuaresma en Grenoble, en 1617. A esta señora la habían casado imprudentemente en su juventud, con un hombre que derrochaba su fortuna y que, para colmo, su conducta dejaba mucho que desear. Ella tenía una imaginación muy viva, lo cual acrecentaba sus males. «Tiene mucha necesidad de ser ayudada, escribía san Francisco de Sales, y apoyada con dulzura, por la multitud de dificultades que la vivacidad de su espíritu le proporciona, lo cual es causa de que se le acrecienten sus males».

Ella misma confesaba a la Sra. de Chantal que no podía pensar en un pastor que está en el campo «sin suspirar de envidia por su felicidad». Y precisamente, en esta tentación era donde estaba el peligro. Por ello, san Francisco de Sales le escribe: «Os digo, hija mía, con respecto a esa tentación vuestra de siempre, y os lo digo con toda firmeza, que seríais muy fiel a la voluntad de la Providencia, si aceptaseis con toda humildad y sinceridad el designio celeste, que es el que os ha puesto donde estáis. Tenemos que permanecer en la barca en que estamos mientras dura el trayecto de esta vida a la otra. Y debemos hacerlo de buen grado y con amor; porque, aunque algunas veces no haya sido la mano de Dios la que nos ha puesto allí, sino la de los hombres, una vez en la barca, estamos allí porque Dios lo quiere, por lo que debemos seguir en ella de buena gana y con gusto». Bien sabe el obispo que esta doctrina le será dura de oír, y por eso, vuelve sobre ella con insistencia: «Os ruego encarecidamente que seáis fiel en practicar la aceptación y dependencia propia de vuestro estado».

Pero esto lleva consigo exigencias que le serán penosas, como, por ejemplo, que el nombre de su marido, que ella calla obstinadamente, salga a veces de sus labios. «Por eso, querida hija, habrá ocasiones en las que deberéis nombrar a la persona que sabéis, y cuyo nombre os cuesta tanto pronunciar» .¿Esto quiere decir que debe abstenerse de todo reproche? No, ciertamente. «Yo le he dicho que puede hablar enérgica y resueltamente cuando la ocasión lo requiera, para mantener en su sitio a quien ella sabe; pero que su fuerza será mayor si está tranquila y actúa razonablemente y sin dejarse llevar de la pasión». El obispo le pide aún más: «Es preciso que algunas veces, junto a vuestros reproches, empleéis palabras de respeto». Y añade: «Esto es de tal importancia para la perfección de vuestra alma que lo escribiría gustosamente con mi sangre».

No ignora que le está pidiendo algo heroico, pero, si Dios así lo exige, no debemos dudar: «Hay que dejar que las espinas de las dificultades ciñan nuestra cabeza y que la lanzada de la contradicción traspase nuestro corazón. Beber la hiel y tragar el vinagre... puesto que Dios así lo quiere». Aceptar lealmente nuestro estado de vida sin tratar de rehuirlo bajo ningún pretexto, es lo que nos pide san Francisco de Sales, si estamos resueltos a cumplir la voluntad de Dios. Pero esta tentación de evasión no se da solamente entre los casados. El claustro tampoco la ignora. A la propia Sra. Brúllart, cuya hermana, Rosa Bourgeois, era la abadesa de Puits d'Orbe, le escribía así:

«El mayor de los males entre personas de buena voluntad, es que suelen querer ser lo que no pueden ser. Me han dicho que esas buenas monjas están prendadas del olor de santidad que exhalan las santas carmelitas y que todas desearían estar en el Carmelo. Pero, puesto que eso no es factible, pienso que no sacan el debido fruto de ese buen ejemplo, que debería servirles para animarse a abrazar la perfección de su estado y no para turbarlas y hacerles desear algo que no pueden conseguir. La naturaleza ha dado una ley a las abejas: que cada una haga la miel en su panal y de las flores que tiene a su alrededor». Pero nosotros no tenemos la docilidad de las abejas y envidiamos otros panales. Y esto, ¡ay!, es cosa muy común, como le dice el obispo a la Sra. de Chantal hablando de estas mismas religiosas: «He escrito a la abadesa de Puits d'Orbe, de la que no he recibido noticias desde hace mucho tiempo. Tengo entendido que sus hijas suspiran por las carmelitas, donde no pueden entrar, y descuidan la perfección de su monasterio, cosa que tienen mucho más a su alcance. Es lo que suele ocurrir».

Esta fue la constante doctrina del Santo. Para ir a Dios hay muchos caminos, y quizá más excelsos que el nuestro. Reconozcamos su excel situd, pero pongamos todo nuestro empeño en progresar en el que Dios nos ha puesto, porque es ahí donde Él nos quiere. «No lo dudéis, mi querida hija, la verdadera luz del cielo os hace ver vuestro camino y os conducirá por él felizmente. Hay, sin duda, caminos más excelentes, pero no para vos; y las excelencias del camino no son las que hacen excelentes a los caminantes, sino su rapidez y agilidad. Todo lo que intente apartaros de ese camino, tenedlo por tentación, tanto más

peligrosa cuanto más atractiva. Nada es tan agradable a la divina Majestad como la perseverancia; y las virtudes pequeñas, como la hospitalidad, hacen más perfectos a los que en ellas perseveran hasta el fin, que las grandes, si sólo se practican de cuando en cuando y por variar. Estad, por tanto, tranquila y decid: ¡cuántos caminos para ir al cielo!; benditos sean los que andan por ellos; pero ya que éste es el mío, lo recorreré con paz, sinceridad, sencillez y humildad. Sin duda, querida hija, la simplicidad del corazón es el más excelente medio de perfección. Amadlo todo, alabadlo todo, pero no sigáis, no aspiréis sino a la vocación de esta Providencia celestial, y no tengáis sino un corazón dirigido a ello». «Marchad con decisión por el camino en que la Providencia de Dios os ha puesto, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, porque ése es el camino de la perfección para vos. Y esa satisfacción espiritual, aunque sea sin gusto, vale más que mil agradables consuelos». «¡Vamos, hija mía!, estamos en el buen camino. No miréis ni a derecha ni a izquierda, porque éste es el mejor para nosotros. No nos distraigamos en considerar la hermosura de otras vías; saludemos simplemente a quienes transitan por ellas y digámosles con sencillez: que Dios nos guíe hasta encontrarnos en su morada».

### **Cumplimiento de nuestros deberes de estado**

La voluntad de Dios exige, en fin, que cumplamos con amorosa fidelidad todos los deberes que comporta nuestro estado de vida, que por esa razón se les llama «deberes de estado». Santa Francisca era una mujer casada que vivía en Roma en el siglo XV. Estaba persuadida de que la santidad está en el camino que nos ofrece cada una de nuestras jornadas, en que los deberes de nuestra vida cotidiana se presentan ante nosotros con desigual atractivo.

Un día, mientras rezaba «el Oficio de nuestra Señora, su marido la llamó para algún quehacer doméstico». Dejó la oración y acudió inmediatamente junto a su marido. Apenas vuelta a su rezo del Oficio, la volvieron a llamar; y así ha ta cuatro veces seguidas. Y cada vez, con la misma prontitud, dejaba la oración, convencida de que sus deberes de esposa y de ama de casa eran más importantes que un ejercicio piadoso. Y cuando al fin pudo ponerse en oración, el versículo «que tantas veces había dejado por obediencia y vuelto a tomar por devoción», lo encontró «escrito en bellas letras de oro». Me diréis: ¡una piadosa leyenda! ¿Lo creéis así? Cuántas veces nos sucede tener que dejar nuestras ocupaciones: a veces, porque llega una visita cuando estamos sumidos en un trabajo que nos absorbe; en otras ocasiones, son los niños, una tarea doméstica, nuestra vida social o las múltiples molestias cotidianas las que interfieren en nuestra actividad y la interrumpen. Y cuando por la noche volvemos la mirada hacia ese día tan fragmentado y vemos nuestros trabajos interrumpidos, nuestras ocupaciones abandonadas y nuestros proyectos echados por tierra, sentimos la tentación de entristecernos y lamentarnos del vacío y pobreza de nuestra vida. Pero si consintiésemos en admitir un sentido más exacto de la realidad, ¿no nos daríamos cuenta de que todo eso es oro puro, porque con ello estamos cumpliendo nuestro deber y, en definitiva, la voluntad de Dios sobre nosotros?

Nuestra vida será tanto más rica cuanto más estrecha sea nuestra unión con la voluntad divina. «Pensad a menudo que todo el valor de lo que hacemos está en la conformidad que tengamos con la voluntad de Dios. Si yo como o bebo porque ésa es la voluntad de Dios, le soy más agradable que si sufriera la muerte sin tener esa intención». El amor que ponemos en nuestros actos es lo que les da diferente valor, cualesquiera que sean las tareas en que nos ocupemos: «Estas tareas pueden ser, ciertamente, muy variadas, pero el amor con el que las tenemos que hacer es siempre el mismo. Solamente el amor es el que da diferente valor a nuestras acciones.

El divino Salvador es el Hijo muy amado del Padre cuando se humilla en el río Jordán, cuando es exaltado en las bodas de Caná, cuando aparece transfigurado en el monte Tabor y cuando está crucificado en el Calvario, porque en todas sus obras honra a su Padre con el mismo corazón, la misma sumisión y el mismo amor. Tratemos también nosotros de tener un amor exquisito y noble, que nos haga buscar únicamente lo que agrada a nuestro Señor, y Él hará que nuestras acciones sean grandes y perfectas, por pequeñas y vulgares que puedan parecer».

Afortunadamente, esto es así. Debajo de la pobre ganga que envuelve la mayor parte de nuestros actos, se descubre el oro de «un amor exquisito y noble», que busca únicamente «agradar a nuestro Señor». Por



eso, el obispo no duda en aconsejar: «Haced mucho por Dios, pero no hagáis nada sin amor. Poned amor en todos vuestros actos, incluso cuando comáis y bebáis».

Y afirma: «El amor es el que da valor a todas nuestras obras. No agradamos a Dios por la grandeza de éstas, o por su gran número, sino por el amor con que las hacemos». ¡Qué error creer que la multiplicidad de nuestras obras favorece nuestro progreso espiritual! Esa era la ilusión de aquellas religiosas, que hacía sonreír, con su amable indulgencia, a san Francisco de Sales.

«Hace algún tiempo -contaba él a sus Hijas de la Visitación- unas santas religiosas me dijeron: Monseñor, ¿qué podemos hacer este año? El año pasado ayunamos tres días por semana y nos disciplinamos otros tantos. ¿Qué haremos este año? Tendremos que hacer algo más, para dar gracias a Dios por el año pasado, y para ir avanzando en el camino hacia Él. Y les respondí: como bien decís, hay que avanzar siempre; pero no se avanza como pensáis, por el número de ejercicios piadosos, sino por la perfección con que los hacemos... El año pasado ayunasteis tres días por semana y os disciplinasteis también tres veces semanales. Si quisierais hacer el doble este año, os ocuparía la semana entera. Pero, ¿cómo os las arreglaríais el año próximo? Necesitaríais una semana de nueve días, o ayunar dos veces al día». Y concluía el Santo: «¡Es gran locura la de aquellos que sueñan con ser martirizados en las Indias y no ponen todo el empeño en hacer lo que deben según su estado! Se engañan también quienes quieren comer más de lo que pueden digerir». Y con frecuencia insiste sobre esta verdad que nos parece evidente, pero que a veces estamos tentados de olvidar en la práctica: «No conquistamos la perfección por la multiplicidad de cosas que hacemos, sino por la exactitud y pureza de intención con que las hacemos». Pongamos, pues, nuestro empeño, no en hacer mucho, sino en hacerlo bien. Y cuando queramos hacer el doble, que sea nuestro esmero, no nuestras devociones, el que se duplique:

«Pongamos todo nuestro interés, no en redoblar nuestros deseos ni nuestras obras, sino en aumentar la perfección de lo que hacemos, tratando así de ganar más por un solo acto, cosa que indudablemente lograremos, que por otros cien hechos siguiendo nuestra inclinación y nuestro gusto».

La perfección de nuestros actos revela el amor que tenemos en el corazón:

«Hay que hacer crecer ese amor por las raíces y no por las ramas».

Y lo explicaba así: «Crecer por las ramas es querer hacer una infinidad de actos de virtud, muchos de los cuales son no solamente defectuosos, sino a menudo hasta superfluos, parecidos a esos pámpanos inútiles de la vid que hay que cortar para que engorden las uvas. Crecer por la raíz, por el contrario, es hacer pocas obras, pero con mucha perfección, o sea, con gran amor de Dios, pues en esto consiste la perfección del cristiano». ¡Cuánto nos engañaríamos si tan sólo juzgásemos el valor de nuestros actos por su grandeza! ¿Hay algo más grande que el martirio? ¿Qué es a su lado una bofetada? Sin embargo, no juzguemos por las apariencias; valoremos el peso del amor: «El amor es el que da perfección y valor a nuestras obras...»

Si una persona sufre el martirio por Dios con una onza de amor, tiene mucho mérito, porque no podría dar nada más grande que su vida. Pero si otra recibe una bofetada con dos onzas de amor, tendría mucho más mérito, porque la caridad y el amor son los que dan valor a todo" Y decía a sus visitandinas: «A menudo encontramos personas débiles de cuerpo y de espíritu, que sólo se ocupan en cosas pequeñas, pero que las hacen con tanta caridad que sobrepasan con mucho el mérito de acciones grandes y elevadas». Y añadía: «Sin embargo, si se hace una obra grande con tanta caridad como la pequeña, sin duda el que la hace tendrá más mérito y mayor recompensa». Concluía diciéndoles: «La caridad da el valor y el mérito a todas nuestras obras, de forma que todo el bien que hacemos es preciso hacerlo por amor de Dios y el mal que evitamos, es preciso evitarlo por amor de Dios».

Tenemos que penetrar hasta el fondo de esta hermosa doctrina salesiana, tan rica en atractivos perspectivas; doctrina que introduce la santidad en toda nuestra vida, que nos la pone al alcance de la mano y la acrecienta y fortalece mediante la práctica de las «pequeñas virtudes» que con tanta frecuencia nos salen al paso cada día.

Hace entrar la santidad en toda nuestra vida, porque cada ademán y cada paso a que nos obliga el deber cotidiano aumenta en nosotros la gracia santificante. La oración y los sacramentos son las fuentes ordinarias de la vida de gracia. Pero también lo son -y pensamos poco en ello-, toda la serie de actos que a lo largo del día hacemos estando en amistad con Dios.

«Porque así como en la `Arabia Feliz' no sólo las plantas aromáticas, sino todas las demás, tienen buen olor porque participan de la bondad del suelo, así las almas llenas de caridad comunican la virtud del

santo amor no sólo a sus obras importantes, sino también a sus pequeñas tareas, y las hacen de olor agradable a la Majestad de Dios, por lo cual el Señor aumenta en ellas la santa caridad». Así pues, Dios tiene tanto amor a nuestras almas que «su divina Bondad hace que saquemos provecho de todas las cosas, que todas redunden para nuestro bien, por pequeñas y humildes que sean.

Pero quiere que nos esforcemos por crecer en su amor. Porque, en mayor o menor medida, todos perseguimos la amistad con Dios, pero únicamente las almas generosas -y, por supuesto, en muy diversos grados- penetran en la intimidad de Dios. ¡Qué diferencia a este respecto, entre un cristiano corriente, que vive en estado de gracia pero con tibieza, y el santo que pone en sus obras un gran amor! Y es a esto a lo que debemos aspirar, porque si bien hasta «las pequeñas obras que se hacen con cierto descuido, sin poner en ellas toda la fuerza de la caridad, son agradables a Dios y tienen valor ante Él», sin embargo «un corazón lleno de amor tratará de poner en sus acciones todo su fervor y cariño, para aumentar mucho su caridad».

Esta doctrina pone la santidad al alcance de nuestra mano. Quizá creíamos que había que ir a buscarla muy lejos, muy arriba, allá en las nubes, cuando en realidad está muy cerca, en las obligaciones de cada día, y nos va arraigando al suelo donde la Providencia nos ha colocado. «El modo con que hagamos la santa voluntad de Dios, sea mediante obras elevadas o humildes, carece de importancia. Suspirad con insistencia por la unión de vuestra voluntad con la de nuestro Señor... No os afanéis, ni multipliquéis los deseos de hacer cosas que os son imposibles». Y es que no tenemos siempre la posibilidad de hacer algo grande, y quizá nunca la tengamos; pero, en cambio, siempre está a nuestro alcance el aceptar con amor las pequeñas contrariedades que a diario se nos ofrecen con largueza.

«Yo sé muy bien, mi querida hermana, que las pequeñas contrariedades suelen molestar más que las grandes, porque son muchas e inoportunas; y las domésticas más que las de fuera. Pero también sé que dominarlas es muchas veces una victoria irás agradable a Dios que otras que a los ojos del mundo parecen de mayor mérito».

Por eso, es conveniente que nos preparemos no solamente para «las grandes aflicciones, sino también para los pequeños disgustos y molestias...». Y hace notar el obispo que en esto «se engañan muchas personas, porque sólo se preparan para las grandes adversidades y se quedan apenas sin fuerzas y sin la menor resistencia ante las pequeñas; cuando sería preferible estar menos preparado para las grandes, que suelen llegarnos muy de tarde en tarde, y estarlo más para las pequeñas, que se nos presentan diariamente en cualquier momento. Voy a poneros un ejemplo de lo que digo: si yo me preparase a soportar la muerte con paciencia, aunque no me va a llegar más que una sola vez, pero no me preparo para soportar las incomodidades que me ocasiona el carácter de las personas con las que trato, o el mal humor que puede depararme mi cargo, cosas que se presentan cien veces al día, ésa sería la causa de mis imperfecciones». No nos lamentemos; esforcémonos por someternos mansamente a la voluntad de Dios cuando lleguen «esas pequeñas molestias diarias». «En cuanto a vuestras quejas, de que sois miserable y desgraciada, ¡Dios mío, querida hija!, es preciso que os guardéis de ellas, porque, aparte de que tales expresiones son impropias de una sierva de Dios, provienen de un corazón muy abatido y, más que de impaciencia, son de cólera.

Hija mía, tenéis que hacer un gran esfuerzo por ser dulce y por someteros a la voluntad de Dios, no sólo en cosas extraordinarias, sino, sobre todo, en los pequeños disgustos cotidianos. Preparaos por las mañanas, al dar gracias después de comer, o antes y después de cenar, y obtendréis con ello vuestra recompensa, aunque sólo sea temporal. Pero hacedlo con mucha tranquilidad y alegría, me refiero a esos ejercicios; y si cometéis alguna falta, humillaos y volved a empezar». Aceptemos valerosamente las mortificaciones que se nos presentan, las cruces que Dios pone sobre nuestros hombros, sean de la madera que sean:

«Cuidad de practicar especialmente aquellas mortificaciones que se os presentan más a menudo. Ésa es vuestra primera tarea; después, vendrán otras. Besad con frecuencia y de todo corazón las cruces que el mismo Señor ha puesto sobre vuestros hombros; no miréis si son de madera preciosa y aromática; son más cruz si están hechas de madera vulgar, sin valor, y de olor desagradable».

Guardémonos de despreciar estas pequeñas renunciaciones. Estemos atentos, pues, por su insignificante apariencia, corren el peligro de ocultarnos a Cristo. Dada nuestra manía de grandezas, podemos ser víctimas de la ilusión, como María Magdalena, que no reconoció a Jesús «bajo el sencillo traje de jardinero». «Magdalena busca a nuestro Señor teniéndole delante; y le pregunta a Él mismo. Puesto que no le veía en la forma que ella quería, no le bastó con tenerle delante, empeñada en encontrarlo lleno de

gloria... y no vestido como un pobre jardinero. Pero al fin lo reconoció cuando Él le dijo: ¡María! Ya veis, mi querida hermana, hija mía, es al Señor vestido de jardinero al que encontraréis todos los días aquí y allá, cada vez que se os presenten esas mortificaciones corrientes. Os gustaría que Él os enviase otras mortificaciones más grandes. Pero, ¡oh, Dios mío!, sabed que las más grandes no son siempre las mejores. ¿No creéis que os está diciendo María, María? No, antes de que le veáis en su gloria, quiere plantar en vuestro jardín muchas flores pequeñas y humildes, pero a su gusto; por eso va vestido así. ¡Que nuestros corazones estén por siempre unidos al suyo y nuestras voluntades a la suya!».

En consecuencia, la vida cotidiana, por las incesantes renunciaciones que nos impone, es una maravillosa maestra de santidad, si sabemos someternos a su austera disciplina.

«¡Oh Dios mío!, mi querida hija, ¡qué santos y qué agradables a Dios seríamos si supiésemos aprovechar bien todas las ocasiones de mortificarnos que nuestra vocación nos proporciona!»..Son precisamente las mortificaciones que nos proporciona nuestra vocación, y no las que escoge nuestra propia voluntad, las que nos hacen santos y agradables a Dios. Esforcémosnos, por tanto, en imitar no a «los jóvenes aprendices en el amor a Dios», sino a «los viejos maestros en el oficio». «Los jóvenes aprendices se ciñen ellos mismos; eligen las mortificaciones que les parece, escogen la penitencia, así como su propia entrega y devoción y mezclan mucho su voluntad con la de Dios. En cambio, los viejos maestros en el oficio se dejan atar y ceñir por otro y se someten al yugo que se les impone, yendo por caminos que no recorrerían de seguir su inclinación. Es verdad que extienden las manos; pero, a pesar de la resistencia que encuentran en sus inclinaciones, se dejan gobernar de buen grado contra su voluntad, y dicen que vale más obedecer que hacer ofrendas. Y así glorifican a Dios, crucificando no solamente su carne, sino también su espíritu».

Vemos que la doctrina de san Francisco de Sales nos obliga a la práctica de «esas pequeñas y humildes virtudes que, cual flores, crecen al pie de la cruz» y extraen del sacrificio un aroma discreto y penetrante que perfuma toda nuestra vida. Imaginémosnos lo que supone de renunciaciones íntimas y, por tanto, de fuerza de voluntad y de amor, esa página de la Introducción a la vida devota, en el capítulo que lleva como sugestivo título «De cómo hay que ser fiel en las ocasiones grandes y en las pequeñas». San Francisco de Sales enumera allí algunas de esas «cosas pequeñas y abyectas», mediante las cuales podemos «arrebatar por amor» el corazón de Dios. «Soportad con toda dulzura -le dice allí a Filotea-, las pequeñas ofensas, las ligeras molestias y privaciones que sufrís a diario, pues con todas estas menudas ocasiones, si las aprovecháis con amor y dilección, ganaréis enteramente su Corazón y será todo vuestro. Las pequeñas obras de caridad de cada día, un dolor de cabeza o de muelas, una desilusión, las rarezas del marido o de la mujer, el vaso que se rompe, un desprecio o una burla, los guantes, el anillo o el pañuelo que se pierden, la molestia de tener que acostarse pronto y levantarse temprano para orar, para comulgar, el ligero sonrojo que sentimos al hacer ciertas devociones en público. En fin, todos estos pequeños sufrimientos, aceptados y abrazados con amor, agradan mucho a la divina Bondad, que ha prometido que por un solo vaso de agua dará un océano de felicidad a sus fieles. Y puesto que esas ocasiones se nos presentan a cada momento, si las empleamos bien, son un magnífico medio de acumular grandes riquezas espirituales».

Pero esas riquezas espirituales no las obtendremos sino al precio de un gran esfuerzo y gracias a «esas pequeñas y humildes virtudes» a las que el obispo quiere que todos nos apliquemos. «¡Ánimo, pues, hija mía!; caminemos por esos valles de las pequeñas y humildes virtudes. Allí encontraremos rosas entre las espinas, veremos la caridad que brilla entre las penas interiores y exteriores; los lirios de la pureza, las violetas de la mortificación... y tantas cosas más. Por encima de todo, prefiero estas tres pequeñas virtudes: la dulzura de corazón, la pobreza de espíritu y la sencillez de vida. Y estas acciones tan vulgares: visitar a los enfermos, servir a los pobres, consolar a los afligidos y otras semejantes. Pero todo ello sin afán, con verdadera libertad. No, nuestros brazos aún no son suficientemente largos para alcanzar los cedros del Líbano; contentémosnos, pues, con el hisopo de los valles». San Francisco siente gran desprecio por esos espíritus enfermizos que se imaginan tener grandes arrebatos y éxtasis, con lo cual se creen dispensados de ejercitarse en desprenderse de su propia voluntad y en sufrir con paciencia al prójimo. Por eso, escribe: «La verdadera santidad está en el amor de Dios y no en futilidades de la imaginación, como raptos y arrebatos, que alimentan el amor propio y alejan de la obediencia y de la humildad. Fingirse extasiados es un engaño. Ejercitémosnos en la verdadera dulzura y sumisión, en el renunciamiento propio, en la docilidad de corazón, en el amor a lo que nos humilla, en la condescendencia hacia los demás: ése es el éxtasis verdadero y más amable de los siervos de Dios». A esta clase de

éxtasis es a la que invitaba a las personas que se ponían bajo su dirección espiritual. A la Sra. de Chantal, que era el alma más grande, más fuerte y más generosa que había conocido, le escribía en estos términos: «Hilad, no con esos gruesos husos que vuestros dedos no sabrían manejar, sino sólo con los que están a vuestro alcance, esto es, la humildad, la paciencia, la humillación, la dulzura de corazón, la resignación, la sencillez, la caridad con los pobres enfermos, la tolerancia con los que os enojan. Éstos y otros actos semejantes son los que se acomodarán al pequeño huso, que os resultará fácil de manejar conversando con santa Mónica, santa Paula, santa Isabel, santa Ludivina y tantas otras que están a los pies de vuestra gloriosa Abadesa. Ella, que bien puede manejar husos de cualquier tamaño, prefiere los pequeños, yo creo que para darnos ejemplo»."

Y, por eso, el obispo admiraba la santidad de las modestas aldeanas, que con la sencillez de su corazón, daban a Dios el fiel testimonio de su amor mediante la aceptación generosa de los deberes que su estado les imponía. «Pronto os enviaré -escribía a la Sra. de Chantal- el resumen de la vida de una santa campesina de mi diócesis, casada, y que a sus cuarenta y ocho años nos ha dejado todas las señales de una vida de perfección en lo interior y en lo exterior; porque ella ha sido una Mónica en su familia y una Magdalena en la oración»." Os digo la verdad-añadía el obispo-, hay un no sé qué de bueno en esa pequeña historia de una mujer casada, que tuvo la benevolencia de ser una de mis grandes amigas y que muchas veces me encomendó a Dios» .«¡Oh, hija mía! -concluía-, ¿por qué no seremos santos teniendo tantos ejemplos cerca y lejos, en la ciudad y en el campo? Todo nos habla a favor de la santidad y, sin embargo, vacuos muy lentos hacia ella. Esta idea me deja muy confundido». De hecho, él mismo se acusaba de tibieza en el cumplimiento de los deberes de su cargo y confesaba «ser muy poco diligente en la búsqueda de sus ovejas».

Con ocasión de la visita pastoral que hizo en 1606 a las parroquias de su diócesis, comentaba que entre «montes que aterraban, cubiertos por espesos hielos», había visto «maravillas en esos lugares: valles llenos de casas y montes totalmente cubiertos de hielo». Y se decía a sí mismo: «Las pobres viudas y las pobres campesinas son fértiles como los hondos valles; y los obispos, tan encumbrados en la Iglesia de Dios, ¡están completamente helados! ¡Ay!, ¿dónde habrá un sol lo suficientemente fuerte para fundir el hielo que a mí me congela?». Estas reflexiones se le suscitaban con motivo de un accidente, cuyo solo relato le hacía «estremecer las entrañas de temor»: «Unos ocho días antes de llegar a la región de los hielos, un pobre pastor que andaba buscando una vaca que se le había perdido, dio un paso en falso y cayó en una sima muy profunda. Nunca se hubiera sabido de él, a no ser por el sombrero, que, al caerse el pastor, se quedó enganchado en el borde de la sima, indicando así el lugar de su desaparición. Y, ¡oh, Dios!, he ahí que uno de sus vecinos, que se había prestado a que le bajasen con una cuerda para ir a buscarlo, lo encontró no ya muerto, sino casi convertido en un témpano de hielo. En ese estado, se abrazó a él y gritó que tiraran de la cuerda enseguida, para no morir él también congelado. Y lo izaron con el muerto entre sus brazos... ¡Qué aguijón fue esto para mí, mi querida hija! Ese pastor corriendo por lugares tan peligrosos, sólo por una vaca; esa caída terrible sufrida en el ardor de la búsqueda, mientras piensa más en el animal y dónde habrá ido, que en dónde ponía los pies él mismo; la caridad de ese vecino que se descuelga al abismo buscando a un amigo, para sacarlo de allí; ¿no deberían esos hielos congelarse de temor o arder en amor ante ese espectáculo?»

### ***La aceptación de la voluntad de Dios***

Al caminar por aquí abajo, procurando cumplir con los deberes de nuestro estado, de pronto aparecen ante nosotros las cruces por las que la divina Providencia nos muestra el agrado divino. Y adivinamos cuál será la actitud de un alma de fe, que conoce la verdadera ciencia de Dios, ante las contrariedades, las pruebas o las aflicciones.

«La verdadera ciencia de Dios nos enseña, ante todo, que su voluntad es la que debe marcar la pauta a nuestro corazón para que le obedezca y encuentre bueno -como ciertamente lo es, y muy bueno- todo lo que ella ordena a sus amados hijos».

Por eso el obispo recomienda la sumisión a la divina voluntad en todas las ocasiones: «Someted vuestra voluntad a la de Dios, dispuesta a adorarla, tanto si os envía tribulaciones como en tiempo de consolación». Y nos da esta regla de conducta -ciencia santa, verdadero tesoro- de la que nunca nos empaparemos bastante:

«Debemos cumplir nuestro deber porque es nuestra obligación y por el simple deseo de agradar a Dios, y ello tanto en la tempestad como en la calma. La verdadera y santa ciencia consiste en dejar a Dios que haga y deshaga en nosotros y en todas las cosas lo que le plazca, sin otra voluntad ni elección, reverenciando en profundo silencio lo que, por nuestra humana debilidad, el entendimiento no acierta a comprender, porque sus designios pueden a veces estar ocultos, pero siempre son justos. El tesoro de las almas puras no está en recibir bienes y favores de Dios, sino en darle gusto, no queriendo ni más ni menos que lo que Él nos da».

A veces podremos sentirnos defraudados al no recibir las satisfacciones que, por alguna razón, esperábamos. No nos inquietemos. Moderemos nuestros deseos, adoptemos una santa indiferencia, sin buscar otra cosa que el amor de Dios y su santa voluntad:

«Cuando nos falten las razonables satisfacciones que deseáramos recibir, debemos tener paciencia y tratar de moderar un poco nuestros deseos, aceptando las cosas, incluso cuando son buenas, con espíritu de santa indiferencia, al que constantemente debemos recurrir para decir: no deseo tal virtud ni tal otra; lo único que quiero y deseo es el amor de Dios y que se cumpla en mí su voluntad».

Esa misma ha de ser nuestra actitud ante los proyectos que nos son más queridos:

«Debéis poner mucho empeño en procurar ser religiosa, puesto que Dios os concede tantos deseos de serlo. Pero, si una vez hecho todo lo posible, no lo lográis, la mejor manera de agradar a nuestro Señor será sacrificarle vuestra voluntad y permanecer tranquila, humilde y devota, totalmente entregada y sumisa a su divino querer y designio; voluntad y designio divino que se os muestran claramente en el hecho de no haber conseguido vuestros deseos, pese a haber hecho todo lo posible para ello. Porque nuestro Dios prueba a veces nuestro valor y nuestro amor, privándonos de cosas que nos parecen muy buenas para el alma, y que efectivamente lo son. Y si nos ve muy afanados en conseguir algo, pero, al mismo tiempo, humildes, tranquilos y resignados a no lograrlo, nos da mayores bendiciones en esa privación que las que hubiéramos recibido con aquello que deseábamos. Porque siempre y en toda ocasión, Dios ayuda a aquéllos que de todo corazón y en cualquier circunstancia pueden decirle: hágase tu voluntad».

Cuando nuestro Señor nos llama para algún trabajo, no debemos anteponer a sus deseos nuestros gustos personales, ni nuestras inclinaciones, ni mirar nuestras fuerzas. «Querida hija, haced descansar vuestros pensamientos sobre los divinos hombros del Señor y Salvador. Él cargará con ellos y os fortificará. Si os llama (y realmente os está llamando) a un servicio que sea de su agrado, aunque no lo sea del vuestro, no por eso debéis tener menos ánimo, sino más aún que si vuestro gusto coincidiera con el suyo, porque cualquier asunto marchará mejor cuanto menos haya de nosotros en él. Mi querida amiga e hija mía, no permitáis que vuestro espíritu se mire a sí mismo, ni vuelva sobre sus fuerzas o sus inclinaciones; nuestros ojos tienen que estar fijos en los designios de Dios y en su Providencia. No hay que entretenerse en discurrir cuando hay que correr, ni en hablar de las dificultades, cuando lo que hay que hacer es superarlas».

El obispo exhorta también a las almas generosas a abrazar con sinceridad y sin reservas, libre y alegremente, la santa voluntad de Dios: «Confirmad cada día más y más la resolución que habéis tomado de servir a Dios según sus designios y de ser enteramente suya, sin reserva alguna ni para vos ni para el mundo. Abrazad sinceramente sus santos deseos, sean los que fueren, y no creáis haber alcanzado la pureza de corazón que le debéis, mientras vuestra voluntad no esté del todo y en todo, incluso en las cosas más desagradables, libre y gozosamente sometida a la suya santísima. Para ello, fijaos no en la apariencia de lo que hagáis, sino en Quien os lo ordena, que saca su gloria y nuestra santa perfección de las cosas más miserables y ruines, cuando le place».

Efectivamente, ésa es la manera de aceptar con alegría las cosas que repugnan a nuestra naturaleza: mirar no sólo su apariencia, sino la mano amorosa de Aquél que nos las presenta. «Las penas, consideradas en sí mismas, ciertamente no pueden ser amadas; pero, consideradas en su origen, es decir, en la Providencia y bondad divina que las ordena, son infinitamente amables... Las tribulaciones, de por sí, son horribles, pero, vistas en la voluntad de Dios, son amables y deliciosas. ¡Cuántas veces nos hemos visto obligados a tomar de mala gana la medicina que nos daba el médico o el boticario! Pero si nos la ofrecía una mano muy querida, el amor se sobreponía al horror y la tomábamos con gusto».

Él mismo lo hacía así y los disgustos -a los que no era insensible-, los soportaba con total resignación ante la voluntad divina: «Veréis por la carta de ese buen Padre el disgusto que he tenido, que, ciertamente, me ha afectado un poco; pero, como la noticia encontró mi espíritu lleno del sentimiento que tengo de una

total resignación y conformidad con la manera como me guía la santísima Providencia, sólo dije en mi interior: Sí, Padre celestial, pues así lo habéis querido. Y esta mañana, al despertar, he tenido una impresión tan intensa de vivir entera y puramente según el espíritu de fe, que, a pesar mío, yo quiero lo que Dios quiera, y quiero lo que sea para su mayor servicio, sin reserva ni de consuelos sensibles ni espirituales. Y pido a Dios que no permita jamás que cambie de propósito». Consolaba también, con afectuosa delicadeza, a sus amigos afligidos por la enfermedad:

«Ve a vuestra esposa, a la que quiero muy cordialmente, en la cruz, entre los clavos y las espinas de muchas tribulaciones que la hacen sufrir, lo mismo que a vos. ¿Qué puedo deciros ante esto, mi querido hermano? Preguntad a menudo al corazón de nuestro Señor de dónde procede esta aflicción, y Él os hará saber que tiene su origen en el amor divino. Es bueno que pensemos en la justicia que nos castiga, pero es mucho mejor bendecir la misericordia que nos pone a prueba».

Y le explicaba a una enferma que ofrecer el sufrimiento es algo preferible a la oración:

«En cuanto a la meditación, tienen razón los médicos al decir que mientras estéis enferma, debéis dejarla. En su lugar, incrementad el uso de las jaculatorias y ofreced vuestro sufrimiento a Dios, aceptando enteramente su voluntad, pues, aunque os impide la meditación, eso no os separa en absoluto de Él, sino que os une más, mediante el ejercicio de una santa y serena resignación. Con tal de estar con Dios, ¿qué más da que sea de una manera o de otra? Puesto que realmente sólo le buscamos a Él, y no lo encontramos menos en la mortificación que en la oración -sobre todo cuando nos envía la enfermedad-, nos deben parecer tan buenas tanto la una como la otra. Además, las jaculatorias, ímpetus de nuestro espíritu, son verdaderas y continuas oraciones; y el ofrecimiento de nuestros males es el más digno que podemos hacer a Aquél que nos salvó sufriendo»

Con una ternura profundamente humana enjugaba las lágrimas de quienes habían perdido un ser querido, mientras que les animaba dulcemente a que aceptasen sobrenaturalmente el sacrificio:

«Tomad, hija mía, las vendas y el sudario con que fue envuelto nuestro Señor en el sepulcro y enjugad con ellos vuestras lágrimas. Ciertamente, yo también lloro en esas ocasiones, y mi corazón, de piedra para las cosas celestiales, derrama lágrimas por estos motivos; pero, ¡bendito sea Dios!, lo hago siempre calladamente y, por hablaros como a una hija querida, con un sentimiento de amorosa dilección hacia la Providencia de Dios; pues desde que nuestro Señor aceptó la muerte y nos la dio como objeto de nuestro amor, ya no puedo dejar de querer la muerte de mis hermanas, ni la de nadie, con tal que mueran en el amor de esa muerte sagrada de mi Salvador» .

Recomendaba, sobre todo, que, con el amor, diéramos valor a nuestras pruebas: «Es preciso que nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras tristezas y todas nuestras aflicciones adquieran mérito mediante la santa dilección. Son buenos materiales para hacer avanzar a un alma en el servicio de su divina

Majestad». Puede que, bajo el golpe que nos hiere, no sintamos el amor que nos lo hace soportar con valor. No importa, siempre que permanezcamos totalmente abandonados al divino beneplácito - lo que es señal de verdadero amor-, y que la experiencia del sufrimiento nos permita comprender y acoger con corazón compasivo a quienes atraviesan por esos duros caminos. Eso es lo que explicaba a una religiosa:

«¿Qué nos puede importar que sintamos o no el amor? En realidad no estamos más seguros de tenerlo cuando lo sentimos que cuando no, sino que la mayor seguridad está en el total, puro e irrevocable abandono de nosotros mismos en los brazos de su divina Majestad, tanto en el consuelo como en la desolación, para que, con un corazón abatido, humillado y muerto, reciba el aroma agradable de un santo holocausto y para que nuestras Hermanas atormentadas encuentren en nosotros un corazón compasivo y un apoyo dulce y amoroso». Por su parte, su más ardiente deseo era el de valorar por encima de todo el amor de Cristo crucificado; lo demás, apenas si contaba a sus ojos. «No puedo decir otra cosa de mi alma, sino que siente cada vez más el deseo ardentísimo de no querer sino el amor de nuestro Señor crucificado, y que yo me siento tan invencible a los acontecimientos del mundo, que apenas me afectan».

Y es que no quería otra cosa que la voluntad de Dios:

«No sé más que una canción. Se trata, sin duda, querida hermana, del Cántico del Cordero, que, aunque un poco triste, es armonioso y bello: Padre mío, que se haga, no lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis»."

¿Un poco triste? Tal vez sí, según la naturaleza; pero, fuente de alegría para los que se han encontrado y amado en esta peregrinación terrena, ayudándose unos a otros a vivir según el querer divino. «Pidamos mucho al Señor que nos dé la gracia de vivir de tal modo según su beneplácito durante esta peregrinación, que al llegar a la patria celestial, podamos alegrarnos de habernos conocido aquí abajo y de haber

conversado sobre los misterios de la eternidad. Sólo por ello nos alegraremos de habernos amado en esta vida, pues todo ha sido para gloria de su divina Majestad y para nuestra eterna salvación...

Id en paz, mi querida hija, y que Dios sea siempre vuestro protector. Que Él os tenga siempre de su mano y os guíe por el camino de su santa voluntad».

Y el obispo resume en una frase lapidaria la actitud que nos mantendrá firmes ante los golpes de la adversidad: «En suma, el que desee soportar bien los golpes de las adversidades de esta vida mortal, ha de tener puesto su espíritu en la santísima voluntad de Dios y su esperanza en la venturosa eternidad».

También para hacer aquí abajo una feliz travesía, debemos dejarnos guiar siempre por la voluntad de Dios. Ella es la estrella que nos conducirá a buen puerto en las riberas celestes.

«Esta vida es breve, la recompensa por lo que aquí hagamos será eterna. Practiquemos el bien, unámonos a la voluntad de Dios. Que sea ella la estrella que guíe nuestros ojos en esta travesía. Es la manera cierta de que lleguemos con bien».

### ***El amor a la voluntad de Dios***

San Francisco de Sales escribía un día a una de sus hijas: «Acordaos, querida hija, de cumplir bien la voluntad de Dios en las ocasiones en que tengáis más dificultad. Cuesta poco agradar a Dios en lo que nos agrada a nosotros; nuestra fidelidad de hijos exige que queramos agradecerle en lo que nos disgusta, recordando lo que el Hijo amado decía de Sí mismo: Yo no he venido a hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado. Además, no sois cristiana para hacer vuestra voluntad, sino la de Aquél que os ha adoptado para ser su hija y su heredera por toda la eternidad».

Para conseguir esa perfecta sumisión que requiere la fidelidad de hijos, san Francisco de Sales nos pide, no sólo aceptar enteramente la voluntad de Dios, aunque sea con repugnancia", sino también amar en todo acontecimiento, y ejercitarnos en amar su santísima y amabilísima voluntad.

«Hay que amar la santísima voluntad de Dios en las pequeñas y en las grandes ocasiones»<sup>1</sup>, escribía. Y también: «Os aconsejo que os ejercitéis mucho en amar la amabilísima voluntad de Dios». "Y cuando esa voluntad sea para nosotros dolorosa, nuestra fidelidad, lejos de desmentirse, estrechará los lazos de amor que nos unen a Cristo crucificado. «¿Qué mejor bendición puedo desearos que la de ser fiel a nuestro Señor en medio de las adversidades de toda clase que os rodean? Porque siempre que os recuerdo, siento fervientes deseos de que avancéis en el amor de Dios. Amadle mucho, querida hermana, cuando os retiréis para orar y adorarle; amadle cuando le recibís en la sagrada comunión; amadle cuando inunde vuestro corazón de consuelo; pero, amadle, sobre todo, cuando lleguen las preocupaciones, las molestias, las sequedades del alma, las tribulaciones; porque así os ha amado Él en el paraíso y aún os ha demostrado más amor en medio de los azotes, los clavos, las espinas y las tinieblas del Calvario».

El propio san Francisco ponía en práctica la doctrina que enseñaba, y amaba la voluntad de Dios «en las pequeñas y en las grandes ocasiones». ¡Las «pequeñas» le llovían en su ministerio pastoral!

«Os suplico que recéis mucho por mí. Es increíble lo que me agobia y oprime un cargo tan grande y difícil».

«No son ríos, son torrentes, los asuntos de esta diócesis». "«Seguramente no hay otro obispo en cien leguas a la redonda que tenga tal cantidad de asuntos como tengo yo» Este tumulto de asuntos no le dejaba tiempo para abrir sus queridos libros y descansar un poco mediante el estudio. «Estoy en continuo desasosiego por la variedad de asuntos de esta diócesis, sin tener ni un día para poder ocuparme de mis pobres libros, que tanto he querido y que no me atrevo a seguir amando, por temor de sentir pesar y amargura por haberme visto obligado a separarme de ellos». ¿Y qué era lo que absorbía su precioso tiempo. «Son infinidad -nos dice- las pequeñas nimiedades que la vida me obliga a resolver cada día, que me cansan y enojan y me hacen perder el tiempo»."

Además, las cartas de dirección espiritual eran un trabajo adicional que cada vez le abrumaba más.

«Acaba de llegar el Sr. Miguel con un número enorme de cartas, a las que, ¡oh Dios mío, tendré que responder! Lo iré haciendo en mis ratos libres». ¡Vana esperanza! Los ratos libres no llegaban, y las esperadas respuestas tenía que redactarlas a toda prisa. «Os estoy escribiendo sin tiempo porque tengo la habitación llena de gente que me reclama». «Estoy tan agobiado por mil impedimentos, que no puedo escribiros cuando quiero».

«Os escribo a toda prisa, pero quiero contestar a las dos preguntas que me hacéis, pues sé muy bien que no tendré ocasión de hacerlo más sosegadamente, ya que estoy destinado a tener que correr siempre».

«Os escribo de prisa, como casi siempre, debido a la multitud de asuntos que me agobian.» «De haber tenido más tiempo, os hubiese escrito más ordenadamente, pero siempre escribo a retazos, cuando tengo un rato libre».

Y bendecía a Dios: «¿Qué importa me moleste yo con tal de contribuir algo a la salvación de las almas?». Nos descubre que el secreto de su serenidad en su abandono a los designios divinos, reside en la simple aceptación de todas las cruces que la mano de Dios nos envía:

«La Cruz es de Dios, pero es Cruz porque no nos abrazamos a ella; puesto que, si estuviéramos firmemente resueltos a querer la que Él nos envía, dejaría de ser cruz. Es Cruz porque no la queremos, pero si es de Dios, ¿por qué no la queremos?».

«La Cruz es de Dios, y no debemos sólo mirarla, sino conformarnos con ella, como haríamos con una persona con la que nos viéramos obligados a convivir. Sin pensarlo más, hay que cargar con ella dulcemente, tomando las cosas con sencillez, como venidas de la mano de Dios, sin más reflexiones. Desnudez y pura simplicidad de espíritu.» «Es cierto que la Cruz puede estremecer nuestra carne, sin que, por ello, deje de exultar nuestro espíritu. Ese es el sentimiento que expresaba san Francisco de Sales a la Sra. de Chantal la víspera de comenzar una visita pastoral, que prometía ser rica en mortificaciones.

«Me ha detenido una serie de asuntos urgentes, querida hija, y ahora parto para esa bendita visita, en la que preveo que en cada esquina me esperan cruces diversas. Mi carne se estremece, pero mi corazón las adora. Sí, yo os saludo, pequeñas y grandes cruces, espirituales o temporales, exteriores o interiores; saludo y beso vuestros pies, yo, indigno del honor de vuestra sombra».

Porque él no quiere sino lo que Dios quiera, y no ama más que su voluntad. A esto se dirigen sus exhortaciones: «No queráis más que lo que Dios quiera para vosotras; abrazad con amor los acontecimientos y las diversas manifestaciones de su divina voluntad, sin distraeros en ninguna otra cosa.» «¿Oh, qué felices seríamos si no nos preocupásemos de lo que hacemos o sufrimos, sino únicamente de que estamos cumpliendo la voluntad de Dios, y ella fuera todo nuestro contento! Es grande y perfecta sencillez no detenerse voluntariamente sino en solo Dios.»

Amar la voluntad de Dios en las pequeñas contrariedades cotidianas es señal de que un alma está desprendida de sí misma, pero conservar ese amor y practicarlo, para enraizarlo en nosotros, cuando llegan acontecimientos que desgarran el corazón, supone haber abandonado toda nuestra voluntad en la de Dios.

La Sra. de Boisy había confiado su hija menor, Juana, a la Sra. de Chantal. Ésta la acogió encantada en Borgoña y velaba con gusto por su educación. De improviso, una rápida enfermedad se llevó a la niña. Tenía catorce años y era hermana de san Francisco de Sales... Es fácil comprender que la baronesa se sintiera a punto de enloquecer; en su enorme angustia, había pedido al Señor que se la llevase a ella o a alguno de sus hijos, pero que salvase a la joven. El obispo, afectadísimo por esta muerte, escribió en una carta a la Sra. de Chantal manifestando su pena y su resignación:

«¡Ay, hija mía!, soy tan humano como cualquiera. Nunca hubiera creído que mi corazón se conmoviera tanto, pero la verdad es que la pena de mi madre y la vuestra han contribuido mucho a mi dolor, porque he temido tanto por vuestro corazón como por el suyo. Pero por lo demás, ¡viva Jesús! yo estaré siempre conforme con la divina Providencia, que todo lo hace bien y dispone las cosas del modo mejor. Esta niña ha tenido la suerte de haber sido arrebatada del mundo para que la malicia no pervirtiera su corazón, y de salir de este sucio mundo sin mancharse. Las fresas y las cerezas se recogen antes que las peras y las manzanas porque maduran antes. Dejemos que Dios recoja lo que ha plantado en su huerto; Él todo lo coge en su momento oportuno.

Podéis imaginar, querida hija, lo que amaba a esa niña. Yo le di la vida para su Salvador, pues con mi propia mano la bauticé hace unos catorce años; fue la primera criatura con la que ejercí mi sacerdocio. Yo era su padre espiritual y esperaba sacar un día algo bueno de ella; y lo que aún me la hacía más querida (y os digo la verdad) es que era vuestra. Sin embargo, mi querida hija, en ¡ni corazón de carne, al que tanto duele esta muerte, experimento cierta suavidad y paz, como un dulce reposo de mi espíritu en la Providencia divina, que llenan mi alma de un gran gozo en medio de la pena».

Si el obispo, a pesar de su extremo dolor, permaneció dulcemente resignado, ¿cuál fue la reacción de la Sra. de Chantal ante esta desgracia?

«Explicadme, querida hija -le preguntaba san Francisco- qué queréis decir cuando me escribís que en esta ocasión os habéis visto tal como sois. Decidme, os ruego: ¿es que nuestra brújula no ha tendido siempre a su hermosa estrella, a su astro santo, a su Dios? ¿Qué ha hecho vuestro corazón? ¿Habéis escandalizado a



quienes os han visto en este trance? Decídmelo francamente, porque no apruebo que hayáis ofrecido vuestra vida ni la de ninguno de vuestros hijos a cambio de la vida de la difunta. No, querida hija, no sólo hay que

aceptar que Dios nos hiera, sino que sea en el lugar que le plazca; hay que dejar la elección a Dios, porque es a Él a quien corresponde. David ofrecía su vida por la de su hijo Absalón, pero fue porque moría para su perdición; y en ese caso sí debemos suplicar insistentemente a Dios. Pero en las pérdidas temporales, querida hija, dejemos a Dios que toque y pulse la cuerda de nuestro laúd que Él prefiera; siempre logrará un sonido armonioso. ¡Señor Jesús!, sin reservas, sin un `si...!', sin un `pero', sin excepciones, sin limitaciones, que se cumpla vuestra voluntad sobre el padre, la madre, la hija, en todo y siempre. No digo que no tengamos que desear y rogar que nos los conserve; pero decir a Dios: dejad esto y llevaos lo otro, eso, querida hija, nunca debemos hacerlo. Y no lo haremos, ¿verdad? No, hija mía, con la gracia de Dios no lo haremos»."

Y no le basta esta resignación a la divina voluntad. Exige más del alma generosa a la que sueña con llevar a la más alta santidad. La baronesa no sólo tiene que adorar la voluntad de Dios en las cosas más insoportables, sino quererla y amarla por encima de todo. Le pide, por ello, que haga un examen particular sobre este punto una vez por semana.

«Creo ver en vos, mi querida hija -le dice-, un corazón vigoroso, que ama y quiere con ardor; cosa que mucho me agrada, porque ¿para qué valen esos corazones medio muertos? Pero debemos hacer examen particular, una vez por semana, sobre la forma de querer y amar la voluntad de Dios con más fuerza, o, más aún, con mayor ternura y amor que a ninguna otra cosa en el mundo; y eso no sólo en las ocasiones fáciles, sino también en las más difíciles...». Sin duda, es preciso que la pura luz de la fe ilumine semejantes simas, para que nos sea posible llegar hasta ellas. «Es verdad, hija mía, que es ésta una lección muy elevada, pero Dios, que nos la enseña, es el Altísimo. Tenéis, hija mía, cuatro hijos, un padre, un suegro y un hermano querido; y, además, un padre espiritual. A todos los queréis mucho, y ello es meritorio, porque Dios lo quiere. Pues bien, si Dios os lo arrebatara todo, ¿no tendríais bastante con tenerle a Él? ¿Verdad que estáis de acuerdo?».

Francisco de Sales había prometido a su querida hija, «escribirle con algún detenimiento sobre la obediencia y el amor a la voluntad de Dios», en cuanto tuviera tiempo. No habían pasado tres meses desde la muerte de Juana de Sales, cuando la Sra. de Chantal recibió estas líneas del obispo: «Tenía muchos deseos de escribiros algo sobre el amor a la voluntad de Dios... Cuando paseéis sola, o en cualquier otro momento, pensad sobre la voluntad general de Dios, por la que Él quiere todas las obras de su misericordia y de su justicia tanto en el cielo como en la tierra, o bajo la tierra. Y, con profunda humildad, aceptad, alabad y luego amad esta voluntad soberana, santísima, justísima y buenísima. Después, contemplad la voluntad especial de Dios, por la que Él ama a los suyos y obra en ellos mediante consuelos y tribulaciones. Os será preciso saborearla, considerando la variedad de consuelos y, sobre todo, de tribulaciones, que sufren los buenos; y, enseguida, con humildad grande, aceptad, alabad y amad toda esa voluntad. Pasad luego a considerar esa voluntad en vuestra persona concreta, en todo lo que os sucede, bueno y malo, y en todo lo que pueda sucederos, excepto el pecado; después, aceptad, alabad y amad todo ello, reiterando el deseo de honrar, querer y adorar por siempre jamás esta santa voluntad, poniendo a su disposición y entregándole vuestra persona y la de todos los vuestros, uno de los cuales soy yo. Y, por último, terminad con una gran confianza en esa voluntad, que todo lo hará para nuestro bien y felicidad».

Olvidemos que estas líneas fueron dirigidas a la baronesa de Chantal. Digamos que el obispo las escribió también para nosotros. Y volvamos a leer esa página admirable, tanto por el dinamismo de las ideas y el sobrio vigor de su estilo, como por el hálito que rodea a esas estrofas, cuyo estribillo nos prosterna por tres veces en la adoración de la voluntad divina, haciéndonos aceptarla, alabarla y amarla, y nos lleva, en fin, más allá de esta aceptación amorosa, hasta lograr la entrega absoluta de nosotros mismos y de todos los nuestros a esta voluntad soberana.

¿El alma que se entrega sin reservas a merced de Dios, podrá sentir temor? No. Muy al contrario, se llenará de un sentimiento de gran confianza en la bondad de un Padre que todo lo hará bien, porque quiere nuestra felicidad.

Este ejercicio debe producir en nosotros una disposición permanente, un estado del alma. Por ello, el obispo aconseja a la baronesa que «lo acorte, que lo varíe», como le resulte más conveniente. Entonces

surgirá un latido y como un grito espontáneo, que brota cien veces al día de un corazón total y amorosamente sometido a la santísima voluntad de Dios.

«Ya casi os he dicho todo lo necesario -concluye su carta el obispo-, pero quiero añadir que, cuando hayáis hecho dos o tres veces este ejercicio de la manera que os digo, podéis acortarlo o variarlo, adaptándolo como mejor os parezca, pues hay que clavarlo en el corazón, como un impulso». " Esto supone, evidentemente, largos y perseverantes esfuerzos, porque la naturaleza se resiste y se rebela ante tales renunciaciones. Francisco de Sales confiesa que también él quisiera ser más dócil: «Que se haga su divina voluntad», escribe. Y, añade: «Yo quisiera ser aún más dócil para humillarme ante esta soberana Providencia, y no sólo doblegar mis afectos a los designios de Dios, sino además amar tierna y afectuosamente su sagrada voluntad». Pero escuchad esta confidencia: «Debo haceros una pequeña confidencia: no hay persona en el mundo que tenga un corazón más tierno y afectuoso para sus amigos, que yo, ni que sienta más las separaciones. Sin embargo, tengo en tan poco la vanidad de esta vida nuestra, que nunca me vuelvo a Dios con mayor amor que cuando me hiere, o permite que me hieran. Hija mía, dirijamos nuestro pensamiento hacia el cielo y nos libraremos de los accidentes de la tierra». El corazón de san Francisco de Sales está totalmente penetrado de amor a la voluntad divina. A ejemplo suyo, y siguiendo sus enseñanzas, esforcémonos en amar la voluntad de Dios. Entonces gustaremos la suprema felicidad.

«¡Oh, qué felices son las almas que viven sólo de la voluntad de Dios! Si al saborearla un poquito, con una consideración pasajera, siente tanta paz interior el corazón que acepta esta santa voluntad, con todas las cruces que ella presenta, ¡cuál no será la paz que experimenten las almas totalmente sumergidas en la unión a esta santa voluntad!"

### **3-LA SENCILLEZ EN EL COMPORTAMIENTO HABITUAL**

***“Amo tanto la sencillez que me asombro”***

«No sé si me conocéis bien; pienso que sí, al menos conocéis mucho de mi corazón. No soy bastante prudente, y es ésa una virtud que no amo demasiado. La quiero a la fuerza, porque es necesaria, o mejor, muy necesaria, y por esto voy de buena fe, apoyándome en la Providencia de Dios. No, realmente yo no soy sencillo, pero amo tanto la sencillez que me asombro. La verdad es que las pobres palomitas blancas son mucho más agradables que las serpientes; y, si quisiéramos unir las propiedades de ambas, por lo que a mí toca, yo no daría a la serpiente la sencillez de la paloma, porque no por ello dejaría de ser serpiente; pero con gusto daría la prudencia de la serpiente a la paloma, pues no dejaría de ser bella».

Cuando san Francisco de Sales dirigía estas líneas a la Sra. de Chantal, el 24 de julio de 1607, hacía algo más de tres años que se habían conocido, surgiendo de inmediato entre ellos una santa y estrecha amistad. La baronesa sabía muy bien que el obispo amaba la sencillez y que ésta inspiraba su conducta.

Ciertamente era sencillo quien podía asegurar a su amigo, el obispo de Belley, que desconocía totalmente «el arte de mentir, de disimular o de fingir con destreza»; era sencillo quien confesaba predicar «con el mismo interés, e incluso con más gusto», a la gente humilde de Rumilly, que cuando lo hacía en los púlpitos de París; en fin, era igualmente sencillo quien, después de una catequesis en la que se había permitido «bromear un poco» con los niños para hacer reír a los asistentes, burlándose de las máscaras y de los bailes, contaba: «Yo estaba de muy buen humor y un gran auditorio me animaba con sus aplausos a continuar haciéndome niño con los niños. Me dicen que eso se me da muy bien y yo lo creo... Pero, ¿no soy demasiado simple al escribiros esto?».

En las siguientes páginas, no pretendemos tanto edificarnos con el ejemplo de san Francisco de Sales, como instruirnos con sus enseñanzas sobre la sencillez, que él ama en el lenguaje, en el estilo, en el porte o en los modales, tanto como en nuestra conducta en la vida.

## ***La sencillez en el lenguaje***

La sencillez en el lenguaje se manifiesta por la franqueza. Y ésta debe ser bastante rara, puesto que el santo no esconde su admiración cuando, por casualidad, la encuentra.

Después de predicar la cuaresma en Grenoble, Francisco de Sales quiso visitar la Gran Cartuja. Allí fue recibido con mucha consideración por el prior del monasterio, que era también el General de la Orden. Éste estuvo un rato conversando con su ilustre huésped y luego se despidió de él, para ir a maitines, pues se celebraba la fiesta de «un santo muy venerado en la Orden».

Al dirigirse a su celda, el prior encontró en su camino a uno de sus consejeros, que le preguntó a dónde iba y dónde había dejado al obispo de Ginebra.

-«Lo he dejado en su habitación -contestó el prior- y me he despedido de él para prepararme en nuestra celda y acudir a maitines, con motivo de la fiesta de mañana.

-Reverendo Padre, le contestó el religioso, ciertamente sabéis muy poco de las ceremonias del mundo. Y lo habéis dejado por una simple fiesta de la orden; ¿es que tenemos todos los días prelados de esa categoría en este desierto? ¿No sabéis que Dios se complace en los sacrificios de la hospitalidad? Siempre tendréis tiempo para cantar las alabanzas de Dios; maitines no os faltarán otros días; y ¿quién mejor que vos, puede atender a un prelado tan importante? ¡Qué vergüenza para esta casa que le hayáis dejado solo!

-Hijo mío, respondió el prior, creo que tenéis razón y que he obrado mal».

E inmediatamente volvió con el obispo de Ginebra. Y ¿qué creéis que le dijo el prior para pedirle disculpas por su incorrección? Simplemente esto:

«Monseñor, cuando me marchaba, encontré uno de mis consejeros que me dijo que había cometido una incorrección al dejaros solo y que podría rezar maitines otras veces, pero que no todos los días tendríamos aquí al obispo de Ginebra. Pensé que tenía razón y por eso he vuelto a pedir os perdón y rogaros que excuséis mi falta, pues os aseguro que lo hice sin pensar. Os digo la verdad».

El obispo quedó asombrado. Puso este hecho por las nubes, y admiró al prior más que si le hubiera visto hacer un milagro.

Un día, recibió una carta de una de sus Hijas de la Visitación, en la que ésta se acusaba de haber tenido un pequeño sentimiento de envidia y antipatía para con una Hermana, en circunstancias que nos son desconocidas y que hacían especialmente penosa la confesión. Ante esta confidencia, el santo exultaba de gozo y no pudo contener su admiración:

«Vuestra carta ha embalsamado mi corazón con una fragancia tan deliciosa, que hacía mucho tiempo que no leía nada que me produjera tan perfecto consuelo... ¡Dios mío, qué satisfacción para el corazón de un padre tan amante, escuchar al de su querida hija que le confiesa haber sido envidiosa y mala! ¡Feliz envidia que ha provocado tan ingenua confesión! Al escribir vuestra carta, hacían vuestras manos un acto más valiente que los que hizo Alejandro...».

Y es que la franqueza no se da con frecuencia, porque es difícil; es costosa para nuestro orgullo. Es tal nuestra vanidad, que preferimos hablar mal de nosotros mismos, para ser notados, antes que guardar silencio y pasar inadvertidos. El desprecio nos parece menos duro que el olvido.

Claro está que, desde luego, contamos con que nadie va a creer lo que decimos.

«Muchas veces decimos que no somos nada, que somos la miseria misma y el desecho del mundo, pero nos molestaría mucho que nos lo tomasen al pie de la letra y se hiciese público lo que hemos dicho»

En este sentido, el obispo hace notar con mucha precisión:

«Las palabras de autodesprecio, si no salen de un corazón lleno de cordialidad y bien persuadido de su propia miseria, son la flor más refinada de la vanidad, ya que es raro que quien las profiere se las crea, o desee realmente que se las creen quienes le escuchan».

¡Qué complejo es el hombre y qué difícil le resulta ser sencillo, si es que llega a lograrlo alguna vez! San Francisco de Sales ha dicho la verdad:

«El espíritu humano da tantos rodeos y vueltas, sin que nos demos cuenta, que es imposible que no salga algo al exterior; por eso, a quien menos se le note, es el mejor».

Contemplemos algunas de esas señales que el ojo observador del obispo ha captado con agudeza:

«El que habla mal de sí mismo, busca directamente la alabanza y actúa como el remero, que da la espalda al lugar a dónde quiere llegar».

De igual modo, la palabra enmascara muchas veces el pensamiento que debiera expresar. Por eso, san Francisco de Sales aconseja no hablar de uno mismo, «ni para bien ni para mal, sino por pura necesidad; y, aun entonces, con mucha sobriedad». Así es como evitaremos la vanidad:

«Sin duda, quien habla poco de sí mismo hace muy bien, porque, ya lo hagamos para acusarnos o excusarnos, ya para alabarnos o despreciarnos, veremos que siempre las palabras sirven para alimentar nuestra vanidad. Por tanto, salvo que una gran caridad nos exija hablar de nosotros y de nuestra familia, deberíamos permanecer callados».

Además, san Francisco nos invita a seguir la regla de los santos:

«Tomad buena nota de la regla de los santos, que a todos los que quieren llegar a serlo, les invitan a que hablen poco o nada de sí mismos y de sus cosas».

¿Tendremos, entonces, que guardar silencio por miedo de atraernos alabanzas o por temor de ser hipócritas, puesto que no obramos tan bien como decimos? A esta pregunta que le hace alguien con quien mantenía correspondencia, contesta el obispo lo siguiente:

«No hay que hacer ni decir nada para que se nos alabe, ni dejar de decir o de hacer nada por temor de ser alabados. Y no es ser hipócrita el no actuar tan perfectamente como decimos, porque, ¡Dios mío!, ¡qué sería de nosotros! En ese caso yo mismo tendría que callarme para no ser hipócrita, puesto que si hablo de la perfección, pensarían que me creo perfecto. No, mi querida hija, no creo ser perfecto cuando hablo de la perfección; como tampoco me creo italiano cuando hablo esa lengua. Pero creo entender el lenguaje de la perfección, porque lo he aprendido de los que lo sabían».

«Decid siempre `sí' cuando es sí y `no' cuando es no», enseñaba Jesús. San Francisco de Sales se atiene estrictamente a esta regla:

«Los hijos de Dios, nos dice, caminan sin rodeos y no tienen repliegues en el corazón». "Y Dios los colma de bendiciones.

«Deseáis no mentir nunca; ése es el gran secreto para atraer a nuestro corazón el Espíritu de Dios. Señor, ¿quién habitará en vuestros tabernáculos?, dice David. Y responde: Aquel que dice la verdad de todo corazón».

Pero para no exponerse a mentir, hay que vigilar la lengua, mortificarla y unir a la sobriedad de las palabras una dulce afabilidad.

«Apruebo que se hable poco, siempre que ese poco se haga con agrado y caridad, sin melancolía ni artificios. Sí, hablad poco y dulcemente, poco y bien, poco y con modestia, poco y con verdad, poco y con amabilidad».

Se arriesgan a no observar todo esto quienes dan libre curso a la viveza de su espíritu. Las agudezas, las réplicas espirituales y rebuscadas, suenan a afectación y a vanidad y están muy lejos de la modestia. «No estoy satisfecho de lo que os dije el otro día, al contestar vuestra primera carta, sobre esas réplicas mundanas y esa viveza de vuestro espíritu que os impulsa a ellas. Hija mía, poned empeño en mortificaros en esto; haced a menudo la señal de la Cruz sobre vuestra boca, para que se abra sólo para Dios. Ciertamente, a veces da mucha vanidad el resultar gracioso y ocurrente y con frecuencia se manifiesta el orgullo antes en el espíritu que en el rostro. Se atrae con las palabras tanto como por las miradas. No es bueno andar empujados ni con el espíritu ni con el cuerpo, porque, si se tropieza, la caída será más dura. Así pues, ¡ánimo, hija! Poned mucho cuidado en podar poco a poco esas ramas superfluas de vuestro árbol y mantened vuestro corazón muy humilde y tranquilo, al pie de la Cruz»."

¿Y qué decir de aquéllos que para no mentir emplean equívocos, o sea, palabras de doble sentido, con las que pretenden «salir del paso sin decir la verdad» y, en definitiva, «mentir con tranquilidad de conciencia»" A esto lo llamaba san Francisco de Sales «canonizar la mentira».

«Quienes creen salvar la verdad mediante este artificio, decía, la matan y la sofocan doblemente, porque nada hay que ofenda tanto a la verdad y a la sencillez como la doblez. ¿Y hay algo que tenga más doblez que un equívoco?». Donde especialmente se impone la franqueza es al acusarnos de nuestros pecados en la confesión. A la Sra. de Chantal, que le había confiado las dificultades que a este respecto tenía una de sus amigas, le escribía así san Francisco de Sales:

«Quitadle toda aprensión que le haga sufrir en lo que a esto se refiere, ya que, en verdad, la primera y principal base de la sencillez cristiana está en la franqueza en confesar los pecados, cuando hay necesidad, claramente y sin rodeos, sin miedo a que los oiga el confesor, que está allí precisamente no para escuchar virtudes, sino toda clase de pecados. Por tanto, que con decisión y valor descargue su conciencia con gran humildad y desprecio de sí misma, sin miedo a dejar ver su miseria a aquél por cuyo intermedio Dios la quiere curar».

En ciertas circunstancias más delicadas, la naturalidad exigirá que se evite amablemente una discusión: «A menudo os encontraréis entre las gentes de mundo, que, según acostumbran, se burlarán de todo lo que vean, o crean ver en vos, que sea contrario a sus miserables inclinaciones. No perdáis el tiempo discutiendo con ellos ni mostréis tristeza ante sus ataques; al contrario, reíos con alegría de sus risas, despreciad sus desprecios, tomad a broma sus reproches, burlaos delicadamente de sus burlas y, sin hacerles caso, seguid siempre gozosa en el servicio de Dios, y en la oración encomendad a esos pobres espíritus a la divina misericordia. Son dignos de compasión, pues no saben divertirse más que riéndose y mofándose de lo que merece respeto y reverencia».

A veces, lo mejor será guardar silencio: «En las conversaciones, mi querida hija, que no os inquiete nada de lo que allí se diga o cómo se diga; pues, si es malo, serviréis a Dios apartando vuestro corazón de ello, sin mostrar asombro o enfado, puesto que no podéis hacer nada para evitar las malas palabras de quienes quieren decirlas; y dirán otras peores si ven que tratáis de impedirselo. Obrando así permaneceréis inocente entre los silbidos de las serpientes y, lo mismo que a las hermosas fresas, no os hará daño ningún veneno aunque tratéis con lenguas venenosas».

## ***La sencillez en el estilo***

Al atardecer de un día de intenso trabajo, san Francisco de Sales escribía a la Sra. de Chantal lo siguiente: «Mucho me consuela hablaros en este lenguaje mudo después de un día en que tanto he hablado a mucha gente con lenguaje sonoro» El lenguaje mudo -el que expresa la pluma sobre el papel o los caracteres de imprenta sobre un libro-, el estilo, tendrá también su sencillez y realzará su encanto si es ágil, agradable y afectuoso.

Uno de los amigos del obispo, Dom Asseline, le remitió el proyecto de una Suma teológica, solicitando su parecer. Era un tema delicado. Francisco de Sales no era amigo de esos «infolios» escritos en latín, que asustan por su volumen y a los que de buena gana se deja dormir bajo el polvo en las bibliotecas.

Además, el indicado trabajo era especialmente pesado, debido a sus muchas páginas inútiles que avisan al lector de lo que a continuación se va a tratar o que vuelven sobre lo ya expuesto. Con exquisita prudencia, no exenta de elogios, el obispo le hace sus observaciones:

«He visto con mucho gusto el proyecto de vuestra Suma Teológica que, a mi parecer, está bien y juiciosamente hecha... Mi opinión sería que redujeseis al mínimo las referencias metodológicas, pues si bien hay que emplearlas en la enseñanza, al escribir resultan superfluas y, si no me equivoco, hasta inoportunas... Claramente se ve que seguís un método, sin que haya necesidad de que reiteradamente lo advirtáis... Tampoco es necesario que incluyáis un prefacio si continúa la misma materia... Eso sería preciso para quienes no siguen un método, o tienen necesidad de explicarlo, por ser éste excepcional o muy complicado».

Así reducida la obra, ¡quedará mucho más manejable y sustanciosa!:

«Haciendo esto, vuestra Suma no será tan voluminosa; todo en ella será jugo y sustancia y, a mi modo de ver, resultará más sabrosa y agradable» Y es que el estilo elegante no daña a la sencillez; es como una cierta caridad hacia el lector, un medio de atraer a las almas y ganarlas para Dios, sobre todo en una época en que se han hecho tan delicadas. Así se lo escribía el obispo a uno de sus sacerdotes, Pedro Jay: «El conocimiento que voy adquiriendo cada día del talante del mundo me hace desear vivamente que la bondad divina inspire a alguno de sus siervos para que escriba al gusto de este pobre mundo... Somos pescadores, y pescadores de hombres; por tanto, tenemos que emplear en esta pesca no sólo nuestro afán, nuestro trabajo y nuestras vigiliass, sino también nuestro encanto, nuestras habilidades, nuestro atractivo y, me atrevo a decir que, incluso, una santa astucia. El mundo se ha vuelto tan delicado, que ya no se le va a poder tocar más que con guantes perfumados y habrá que curarle sus llagas con emplastos aromáticos. Pero, ¡qué más da!, lo que importa es que los hombres se curen y al final se salven. Nuestra reina, la caridad, hace todo por sus hijos».

A eso se había dedicado san Francisco de Sales; y el prodigioso éxito de su Introducción a la vida devota era testimonio de que su autor había escrito a gusto del mundo y se había empleado a fondo en la pesca de las almas.

Cómo no va a dejarse prender por el encanto de ese estilo, una mujer de mundo que al abrir ese «librito», de título poco seductor, lee en las primeras líneas de su prefacio:

«Tenía tan delicado gusto la florista Glycéra en variar la disposición y mezcla de las flores con que hacía sus ramilletes, que con unas mismas los formaba de muchos modos, en tanto grado, que se quedó corto Parrasio, célebre pintor, queriendo imitar tal diversidad, porque no pudo variar de tantos modos su pintura como variaba Glycéra sus ramilletes. Así también el Espíritu Santo ordena con tanta variedad las lecciones de devoción que da por las palabras y escritos de sus siervos, que, siendo siempre una misma la doctrina, son, sin embargo, muy diferentes los discursos, según los diversos modos con que están compuestos. Yo, a la verdad, ni puedo, ni quiero, ni debo escribir en esta Introducción otra cosa que lo que ya, sobre esta materia, han publicado nuestros predecesores, y así, las flores que te presento, lector, son las mismas, pero es muy diverso el ramillete que forman, a causa de la diversidad con que van colocadas» Lejos estamos de la Suma teológica, e incluso, ¿por qué no confesarlo?, del Tratado del amor de Dios. Es que la materia expuesta en esta última obra es más abstracta, y, aunque san Francisco de Sales la haya amenizado con imágenes y referencias concretas, él mismo teme que su lectura no resulte tan fácil ni tan agradable como la de la Introducción. Eso es lo que escribe a su amigo, Mons. Fenouillet, obispo de Montpellier:

«En cuanto al libro del Amor de Dios... os confieso, Monseñor, que esta obrita no me disgusta del todo; pero tengo mucho miedo de que no alcance tanto éxito como la anterior, por ser, a mi entender, algo más vigorosa y fuerte, aunque he tratado de suavizarla y de evitar los términos difíciles». Al menos, el libro estará lleno de unción, escrito en ese «estilo afectuoso», como le llama san Francisco de Sales, que sale del corazón y que a él tanto le gustaba.

En una carta dirigida a Mons. Andrés Frémyot, arzobispo de Bourges, le expone sus puntos de vista sobre la predicación. Debe estar animada por la llama interior:

«El soberano artificio es no tener artificio. Nuestras palabras han de estar inflamadas, no con gritos o acciones desmesuradas, sino por el afecto interior; tienen que salir del corazón más que de la boca. Por mucho que se diga, el corazón habla al corazón, mientras que la lengua no habla más que a los oídos». Esta es la pura verdad. El obispo la ha experimentado muchas veces, y, últimamente, al leer una carta de la Sra. de Chantal. Le dice:

«He recibido vuestra carta del día de santa Ana, escrita con un estilo particular y que sale del corazón». Ese estilo que sale del corazón desea encontrarlo en la pluma de Dom Asseline, en su Suma:

«Sé que cuando queréis, tenéis un estilo afectuoso... Me gustaría que, siempre que buenamente se pueda, redactaseis vuestros argumentos en ese estilo»

Él mismo, en la obra que se proponía escribir sobre la predicación, pensaba tratar del «método para convertir a los herejes» y destruir «sus más célebres argumentos... utilizando un estilo, no sólo instructivo, sino cordial».

San Francisco de Sales emplea constantemente ese estilo afectuoso y pone todo su corazón en sus cartas. ¿Cómo iba a dudar esa «queridísima hija» en confiarse a un director tan amable, al leer estas líneas que la invitaban a ello con una ternura penetrada de espíritu sobrenatural?:

«Con todo, mi queridísima hija, tenemos motivos para vivir contentos en el santo amor que Dios otorga a las almas unidas en el mismo propósito de servirle, puesto que sus lazos son indisolubles, sin que nada, ni siquiera la muerte, pueda romperlos, permaneciendo eternamente firmes en su inmutable fundamento, que es el Corazón de Dios, por el cual y en el cual nos amamos.

Creo que ya veis, por mis palabras, el deseo que tengo de que os sirváis de mí con toda confianza y sin reserva. Si, como me decís, os sirve de consuelo el escribirme a menudo hablándome de vuestra alma, hacedlo con toda confianza, porque os aseguro que el consuelo será recíproco».

### ***La sencillez en el porte y los modales***

Si la palabra es el reflejo del pensamiento, nuestro porte refleja nuestros gustos más íntimos. A quien ama la sencillez, la modestia en el vestir le resulta indispensable. Modestia, o sea, el justo medio entre la afectación y el desaliño.

Es muy interesante, tanto por los matices que encierra, como por la precisión del pensamiento, ese capítulo veinticinco de la tercera parte de la Introducción a la vida devota, en el que san Francisco de Sales trata «de cómo vestirse adecuadamente».

Sin duda, sonreiréis. Y estaréis pensando: pero, bueno, ¿es que vamos a ir al obispo de Ginebra a pedirle consejos sobre este punto? ¿A un director espiritual, al que únicamente preocupa inspirar el amor de Dios a las señoras del mundo, a quienes dirige, y que está convencido de que el fuego del amor divino pronto les hará despojarse de todo adorno superfluo? Tranquilizaos; san Francisco de Sales es hombre de gusto exquisito, que jamás incitará a dar a la devoción aspectos poco atractivos. Es cierto que su método, con una psicología muy firme, tiende a reformar el interior, sin preocuparse de lo exterior. Así lo explica él mismo en su Introducción:

«En cuanto a mí, dice, nunca he podido aprobar el método de los que, para reformar al hombre, comienzan por lo exterior, por los modales, por el atuendo, por el cabello. Me parece que es al contrario, que se debe comenzar por el interior. 'Convertíos a Mí, dice el Señor, de todo vuestro corazón: Hijo mío, dame tu corazón'. Porque, siendo el corazón el manantial de nuestras obras, éstas son reflejo de aquél...

Quien tiene a Jesucristo en su corazón, bien presto lo tendrá en todas sus actuaciones externas.

Por eso, querida Filotea, es por lo que he querido, ante todo, grabar y escribir en vuestro corazón estas sagradas palabras: ¡Viva Jesús!, seguro de que después de esto, vuestra vida, la cual procede de vuestro corazón como un almendro de su semilla, producirá todas sus obras, que son sus frutos, escritas y grabadas con el mismo nombre de salvación, y al igual que este dulce Jesús ha de vivir en vuestro corazón, vivirá también en todo lo demás y se mostrará en vuestros ojos, en vuestra boca, en vuestras manos, e incluso, en vuestro cabello».

El obispo de Belley, que conocía muy bien al de Ginebra, decía de él: «Cuando quería llevar a las almas a la vida cristiana y hacerles abandonar la mundana, no les hablaba nunca de lo externo, del peinado, de los trajes, o cosas parecidas; sólo les hablaba al corazón y desde el corazón, pues sabía que, una vez ganada esa torre, el resto vendría por añadidura. 'Cuando hay fuego en una casa, decía, veis cómo tiran los enseres por la ventana. Del mismo modo, cuando el verdadero amor de Dios reina en un corazón, lo que no es de Dios nos parece poca cosa'».

Es significativa la anécdota que nos refieren los Anales del primer monasterio de la Visitación de Annecy: «Fue un día una señorita a ver a san Francisco de Sales y le dijo ingenuamente: 'Monseñor, me agradan mucho sus Hijas de la Visitación y sobre todo la digna Madre; yo quisiera unirme a ellas para servir a Dios toda mi vida; pero tengo una sola dificultad, y es que no logro decidirme a quitarme los pendientes'. `Vamos, vamos, le respondió el obispo sonriendo bondadosamente, no dejéis por eso de

entregaros a Dios'. Y le permitió seguir llevándolos». Ya os imagináis lo que sucedió: la novicia pronto prefirió la sencillez de su velo a la vanidad de sus joyas.

El obispo no daba importancia a esas naderías, y nunca juzgaba por ellas el valor de un alma.

Alguien le dijo una vez que «estaba asombrado de que una persona de mucha categoría y muy devota, a la que el obispo dirigía, no se hubiera quitado los pendientes. Os aseguro, respondió, que no sé siquiera si tiene orejas, porque viene a confesarse con un tocado en la cabeza y con un chal tan grande que no se sabe cómo va vestida. Y además, creo que la santa mujer Rebeca, que era tan virtuosa como ella, no perdió nada de su santidad por llevar los pendientes que Eleazar le ofreció de parte de Isaac». El obispo era de una condescendencia admirable.

La Sra. de Chantal había llevado consigo a Annecy a su hija menor, Francisca, para cuidar de su educación. La niña es «guapa, simpática y alegre por demás». Si su atractivo por la piedad es escaso, es mucha su inclinación a la coquetería. Una vez que su madre estaba ausente, no paraba de quejarse y de llorar por no poderse vestir tan elegantemente como quisiera. En cuanto el obispo supo la pena de Francisca, informó a la Sra. de Chantal, que se encontraba en Lyon:

«El domingo fui a ver a la Hna. de Brécharde... Me contó que la pequeña de Rabutin... está triste y llora por no poder vestir con elegancia; le he dicho que había que hacerle un bonito cuello de encaje para los días de fiesta y que con esto bastaría en el pueblo, en espera de vuestro regreso. Creo que la niña piensa que va a ser feliz ya con sus encajes y sus cuellos altos (como veis, sé algo de esas cosas), y hay que procurárselos; cuando vea que eso no es tan importante, entrará en razón»."

Y la Sra. de Chantal tuvo que enviar desde Lyon los encajes para el cuello de Francisca. Cuando cumplió quince años, la joven dejó el monasterio, para ir a vivir con su hermana María Amada en el castillo de Thorens y allí pudo engalanarse a su gusto. Un día, en una visita, el obispo se encontró con ella:

«Francisca, le dijo, estoy seguro que no es vuestra madre la que os ha vestido así». Y le dio unos alfileres para que se cerrase un poco el cuello, demasiado escotado. En otra ocasión, la vio «muy ceñida y espléndida, con cantidad de lazos y rizos». Ella, apurada, se ruborizó, y él le dijo:

«No estoy tan enfadado como pensáis. Vais arreglada a la moda del siglo. Pero ese rubor vuestro parece venir del cielo y de una conciencia de la que no está lejos la gracia de Jesucristo». Y él mismo le recogió algunos rizos bajo el tocado, mientras añadió sonriendo: «Lo que os sobra podéis taparlo vos misma, sin ayuda de nadie; no hay que quitaros ese mérito; y así seréis más agradable a Dios de lo que ibais a serlo para el mundo»."

Si el obispo se muestra severo, es porque ya la tendencia a la vanidad era excesiva. Francisca sobrepasaba la justa medida. La medida, la justa medida, tan lejos del desaliño como del exceso de arreglo, es la que determina «el decoro en el vestir».

Francisco de Sales aborrece el desaliño que raya en la suciedad. Por ello, no duda en recomendar que se cuide el aseo: «Nuestra ropa debe estar siempre limpia, y evitar, en la medida de lo posible, las manchas y la suciedad». Y es que «la limpieza exterior, en cierta manera, es señal de la pureza interior».

Con el mismo empeño tenemos que evitar el desaliño, pues es falta inconsciente de respeto hacia quienes nos rodean:

«Sed limpia, Filotea, no llevéis nada mal arreglado o con descuido, pues sería un desprecio presentarnos ante aquellos con quienes conversamos con algo desagradable en nuestro atuendo»."

No tornemos demasiado a la ligera estos sabios consejos; quizá sea útil que echemos una mirada sobre nosotros mismos y nos preguntemos si nos preocupa de verdad ofrecer la imagen viva de la piedad bajo su verdadera luz, amable y atractiva; no nos vaya a ocurrir que alguien se aleje de la vida cristiana por nuestro descuido en la apariencia exterior.

Y tanto como de la suciedad o del desaliño, debemos guardarnos del exceso contrario, o sea, de la «afectación, vanidades, extravagancias y coqueterías mundanas»."

Con cuánto vigor critica san Francisco a las «jóvenes mundanas que llevan el cabello suelto y empolvado, la cabeza cubierta de alambres como se guarnecen los cascos de los caballos, que van engalanadas y adornadas a no poder más; en fin, demasiado acicaladas».

Es cierto que en un sermón, con motivo de una toma de hábito, habló del contraste entre «las jóvenes mundanas» y las religiosas, que cubren «sus cabezas con el velo de la humillación y del desprecio, no sólo de las vanidades del mundo sino también de sí mismas, para configurarse mejor a su Amado»."

Aunque haya cierta exageración verbal, tenemos ahí claramente expresado el pensamiento del obispo, que condena esos «acicalamientos», que se apartan en exceso de la sencillez cristiana y del buen gusto.



Es necesario, sin embargo, mantener el rango social; y el obispo reprende suavemente a la Sra. de Charmois porque no viste a su hijo como conviene a su categoría:

«Os escribí anteayer, mi muy querida prima, hija mía. Lo hago ahora de nuevo, para enfadarme un poco con vos, porque mi sobrino no va vestido como conviene a su categoría ni a la función que desempeña; además de que esto le turba el ánimo, al ver a sus compañeros mucho mejor vestidos que él, sus amigos le critican y algunos de ellos enseguida me lo han dicho. No queda más remedio, querida hija, que seguir los usos del mundo, pues estamos en él, en todo aquello que no sea contrario a la ley de Dios». Las exigencias de decoro en el vestir varían, desde luego, según la edad y la clase social; no son las mismas para las solteras, las casadas o las viudas. Así lo había escrito en la Introducción:

«Se permiten más adornos a las jóvenes solteras, porque ellas pueden lícitamente desear agradar a varios, para poder elegir a uno como esposo en santo matrimonio». Con la misma claridad de ideas hace notar que «la mujer casada se puede y debe arreglar para agradar a su marido siempre que él lo desee»:

«Conozco una señora, escribe a la presidenta Brúllart, que es una de las almas, más grandes con las que me he encontrado, que ha vivido mucho tiempo en tal sujeción al cambiante humor de su marido, que, cuando más devota y fervorosa se hallaba, se veía obligada a llevar escote e ir cargada de vanidades externas; salvo por Pascua, sólo podía comulgar en secreto y a escondidas, pues, de no hacerlo así, hubiera levantado mil tempestades en su casa. Y, siguiendo ese camino, ha llegado muy alto; bien lo sé yo, que la he confesado a menudo».

Francisco de Sales recordaba estas exigencias cuando escribía algunos años más tarde: «Sin duda, un buen marido es una gran ayuda; pero buenos hay pocos y, por buenos que sean, la mujer encuentra más sujeción que ayuda».

En cuanto a las viudas que piensan en un segundo matrimonio, «no parece mal... que se arreglen», aunque siempre sin excesos. «Pero a las verdaderas viudas, que lo son no sólo de cuerpo sino también de corazón, no les convienen otros adornos que la humildad, la modestia y la devoción. Porque si buscan el amor de los hombres, no son verdaderas viudas; y si no lo buscan, ¿para qué aderezarse? Quien no quiera recibir huéspedes, debe quitar el anuncio de su puerta».

Así escribía a la Sra. de Chantal con respecto a determinadas predicaciones a las que ella se proponía asistir: «Yo sé que en Dijon habrá predicadores excelentes.» Las palabras santas son las perlas que el verdadero Océano de Oriente, el Abismo de misericordia, nos procura. Juntad muchas y ponedlas alrededor de vuestro cuello, en vuestras orejas, rodead con ellas vuestros brazos; todas esas joyas no están prohibidas a las viudas, pues con ellas no se envanecen, sino que se hacen más humildes».

Conocéis lo que nos narran las Memorias de la Madre de Chaugy sobre los primeros encuentros de san Francisco de Sales con la baronesa de Chantal. El Santo predicaba la cuaresma en Dijon e iba a menudo a comer a casa de Mons. Andrés Frémyot, hermano de la baronesa. Un día que la Sra. de Chantal fue a comer, algo más compuesta y arreglada que de ordinario, le dijo el obispo:

-«Señora, ¿queréis casaros otra vez?».

-«¡Oh, no!, Monseñor», respondió ella con viveza.

-«Pues, entonces, debéis arriar la bandera», le dijo el Santo.

Ella entendió muy bien lo que le quería decir, y al día siguiente se había quitado algunas «galas y adornos» que solía llevar y que estaban permitidos a las señoras de la nobleza tras su segundo luto.

En otra ocasión el obispo observó «unos encajes de seda en su primoroso tocado». «Señora, le dijo, si no llevarais esos encajes, ¿dejaríais de ir correctamente vestida?».

Con eso bastó; esa misma tarde los descosió. Otra vez, al ver las borlas del cordón de su cuello, el Santo las cogió por la punta y dijo con su santa dulzura: Señora, ¿dejaría vuestro cuello de estar bien sujeto si el cordón que lleva no tuviera estos remates?».

Ella, al instante, se volvió, cogió las tijeras y cortó las borlas.

Hermosas lecciones de sencillez propuestas por el Santo a un alma generosa que un día haría llegar a la renuncia total. Pero no hablaba así a quienes, viviendo en el mundo, debían mantener su rango. Y escribe en la Introducción:

«Yo quisiera que los verdaderos cristianos fueran siempre los mejor vestidos del grupo, pero los menos afectados y presumidos y, como se lee en los Proverbios, que estuviesen adornados de gracia, compostura y dignidad. En breves palabras lo ha dicho san Luis: hay que vestirse según lo requiere el estado y condición de cada uno, de manera que los buenos y prudentes no puedan decir que os pasáis, ni los jóvenes que no llegáis».

En el mismo sentido recomendaba a la Sra. le Blanc de Mions:

«Por lo demás, que la Santísima y Divinísima humildad viva y reine en todo y por doquier. Los vestidos sencillos, pero de acuerdo con las conveniencias de nuestro estado y condición, de modo que las jóvenes no se alejen sino que se sientan movidas a imitarnos; nuestras palabras, sencillas, corteses y dulces; nuestros ademanes y nuestro trato, ni muy serios y distantes, ni excesivamente relajados y muelles; nuestra cara limpia y sin cremas; en una palabra, que en todo reine la sencillez y la modestia, como conviene a una hija de Dios».

He aquí el resumen de su pensamiento sobre este punto: «Inclinaos siempre tanto como os sea posible, del lado de la sencillez y la modestia, que es, sin duda, el mayor adorno de la belleza y -añade sonriendo- la mejor excusa para la fealdad».

### ***La sencillez en el modo de proceder***

También en nuestra conducta florecerá la sencillez, si aceptamos de buen grado nuestro estado y todos los deberes que el mismo comporta. Encontramos de nuevo una idea tan querida para san Francisco de Sales, principio fundamental de su dirección espiritual, en el que insiste reiteradamente. Pero ¿no es cierto, sin embargo, que no se cansa uno de escuchar las múltiples variaciones con las que ameniza ese mismo tema?: «¡Animo! Si estáis en vuestro hogar y sois esposa y madre, las cosas no se pueden cambiar. Debéis ser lo que sois y serlo con gusto y con amor de Dios, por el amor de Dios».

Puesto que nuestro estado es querido por Dios, cuanto más estrechamente unida esté nuestra voluntad a la divina, habrá más unidad y sencillez en nuestra vida.

Pero, a veces, nuestra condición es difícil de soportar porque acarrea muchas dificultades y contrariedades que nos abruma; de ahí nos viene la ilusión de que estaríamos mejor en otra parte y la envidia por la suerte de los demás. ¡Ay si estuviéramos plenamente resignados a la voluntad de Dios, sin dejarnos agitar por la fiebre de la propia voluntad!

«Hay que tener en cuenta -hace notar san Francisco de Sales- que no hay ninguna vocación que no suponga molestias, amarguras y disgustos. Y lo que es más, de no ser aquellos que están plenamente resignados a la voluntad de Dios, todos querrían cambiar su condición por la de otros; los que son obispos, querrían no serlo; los que están casados, querrían no estarlo. ¿De dónde nos viene esta general inquietud del espíritu, sino de la aversión que sentimos a lo que nos contraría y de una mezquindad que nos hace pensar que todos los demás están mejor que nosotros? Todo viene de lo mismo: el que no está plenamente resignado, ya puede mirar para acá o para allá porque nunca encontrará reposo. Los que tienen fiebre no encuentran buena ninguna postura; no llevan ni un cuarto de hora en una cama, cuando ya quisieran pasarse a otra; y no depende de la cama, sino de la fiebre que los atormenta en cualquier lugar. Quien no tiene la fiebre de la propia voluntad, se siente a gusto con todo; con tal de que Dios sea servido, no se preocupa del lugar en que Él le ha colocado: siempre que se cumpla su Divina voluntad, lo demás nada le importa» .

También nosotros debemos guardarnos de esos disgustos que nos entristecen, de esos deseos ilusorios que dejan ver nuestra cobardía ante las inmolaciones que Dios espera de nosotros: «Es una fuerte tentación la de disgustarse y estar triste en el mundo, cuando sabemos que tenemos que estar en él por necesidad. La Providencia de Dios es más sabia que nosotros. Pensamos que cambiando de navío estaremos mejor, cuando sólo lo estaremos si cambiamos nosotros mismos. ¡Dios mío!, soy enemigo acérrimo de esos deseos vanos, peligrosos y nocivos. Pues, aunque lo que deseamos sea bueno, el desearlo es malo porque Dios no quiere para nosotros ese bien sino otro, en el que quiere que nos ejercitemos. Dios quiere hablarnos desde las espinas y las zarzas, como a Moisés; y nosotros queremos que nos hable en la brisa dulce y fresca, como a Elías».

Y, ciertamente, preferimos sentir en la piel la caricia de la brisa, que el pinchazo de las espinas, y nos imaginamos que nuestro Señor está más cerca de nosotros cuando gozamos de una apacible tranquilidad, que cuando estamos expuestos a las dificultades inherentes a nuestra vocación. ¡Desengañémonos!

«No creáis que nuestro Señor está más alejado de vos cuando os veis rodeada de las aflicciones que comporta vuestra vocación, que lo estaría si os vierais en medio de las delicias de una vida tranquila. No, mi queridísima hija, no es la tranquilidad la que le acerca a nuestros corazones, sino la fidelidad de nuestro amor; no es el sentimiento que tenemos de su dulzura, sino el consentimiento que damos a su

santa voluntad, pues es mucho más deseable que ésta se cumpla en nosotros, que hacer la nuestra en Él» Renunciemos a nuestros gustos y preferencias personales para ser lo que Dios quiere que seamos; así alcanzaremos esa perfecta sencillez que nos hará estar «a merced de la voluntad de Dios».

«No es lo propio de las rosas ser blancas, me parece, porque las rojas son más bellas y huelen mejor; el color blanco es, en cambio, propio del lirio. Seamos lo que somos y seámoslo bien para hacer honor al Artífice cuya obra somos... Seamos lo que Dios quiere con tal de que seamos suyos, sin empeñarnos en ser lo que nosotros queremos, contra sus deseos; pues, aunque fuéramos las más excelentes criaturas del cielo, no nos serviría de nada, si no es ésa la voluntad de Dios».

Si aceptamos decididamente nuestra vocación, nos esforzaremos por cumplir todos los deberes que ésta nos impone, sin dejarnos nunca llevar por multitud de deseos de obras extraordinarias, que distraerían nuestro espíritu, apartándonos de nuestro deber. Lo que cuenta a los ojos de Dios no son los grandes y vanos deseos, sino la fidelidad a los humildes deberes cotidianos:

«Es bueno desear mucho, pero hay que poner orden en los deseos y hacer que se realicen, cada uno en tiempo oportuno y según nuestra capacidad. Se evita que las viñas y los árboles se pueblen de hojas para que éstas no se lleven la humedad y la savia e impidan al árbol dar frutos, haciendo que toda su fuerza natural se reduzca a dar hojas. Es buena cosa impedir la proliferación de deseos, pues nuestra alma podría entretenerse con ellos, descuidando los resultados que, aunque sean pobres, son siempre más útiles que los grandes deseos de cosas que están fuera de nuestro alcance; por eso, Dios prefiere nuestra fidelidad en las cosas pequeñas que nos encomienda, mucho más que el ardor por las grandes que no dependen de nosotros».

San Francisco de Sales conocía bien esa debilidad de nuestra naturaleza, que muestra un extraordinario valor ante peligros imaginarios, pero que retrocede enseguida ante la más pequeña dificultad que encontramos todos los días. Por ello, reconduce nuestro esfuerzo, que tiende a irse por las nubes, hacia su objetivo real, que es la prosaica realidad:

«Poned empeño en aprovechar las pequeñas ocasiones que Dios os va presentando, poned en ello vuestra virtud y no en desear grandes empresas; porque suele suceder que se deja uno vencer por un mosquito y está combatiendo contra monstruos imaginarios».

El obispo no se cansa de recordarnos esta realidad cotidiana:

«Aprovechad las diarias contradicciones para mortificaros, aceptándolas con amor y dulzura». «Porque esas contradicciones no son fantasías, ni son según nuestro gusto. Precisamente por eso tienen gran valor: «Las mortificaciones que no van condimentadas con la salsa de nuestra propia voluntad son las mejores y las más excelentes, como las que nos tropezamos por la calle, sin pensar en ellas ni buscarlas, y las de cada día, aunque sean pequeñas». Ejercitándonos en soportarlas con dulzura adquiriremos la suficiente fuerza de ánimo para resistir el martirio o para vivir abandonados en Dios, con un desprendimiento total. «Aprendamos a sufrir con gusto las palabras humillantes y que tienden a desprestigiar nuestras opiniones y nuestro modo de pensar; después aprenderemos a sufrir el martirio, a anonadarnos en Dios y a hacernos insensibles a todo».

Pero ¡qué grande es nuestra inconsecuencia! Con la imaginación, aceptamos heroicamente los sufrimientos más terribles, que no se presentarán, probablemente, jamás; y en la realidad, huimos vergonzosamente de las humildes cruces de cada día.

«Hay almas que se forjan grandes proyectos de prestar excelentes servicios a nuestro Señor, con obras eminentes y sufrimientos extraordinarios, pero esas ocasiones no se presentan y quizá no se presenten jamás. Con ello creen haber hecho un gran acto de amor. En esto se equivocan a menudo, pues sucede que se creen capaces de abrazar grandes cruces futuras y huyen de inmediato del peso de las presentes, que son menores. ¿No es una gran tentación ser tan valientes en la imaginación y tan cobardes en la realidad?».

El obispo escribía así a una religiosa que soñaba con verter su sangre para dar testimonio de su fidelidad a Dios: «Sobre todo, no deseéis persecuciones para probar vuestra fidelidad, pues vale más esperar las que Dios nos envíe que desearlas. Tenéis muchas otras ocasiones para ejercitar vuestra fidelidad: la humildad, la dulzura, la caridad al servicio de vuestro pobre enfermo, pero con un servicio cordial, amoroso y lleno de afecto. Dios os da un poco de tiempo para que hagáis provisión de paciencia y resistencia; ya vendrá luego el momento de emplearlas».

Mantengámonos más cerca de la realidad: «No siempre encontramos en nuestro camino grandes acciones; pero siempre podremos hacer excelentemente las pequeñas, es decir, con mucho amor» .

Y eso es lo que él hacía. Entonces, ¿por qué se negó durante tanto tiempo a dejarse retratar? Él, que siempre se hacía todo para todos y que había dicho: «ya que estamos obligados por imperativo de la caridad a transmitir al prójimo la imagen de nuestra alma, haciéndole partícipe, con franqueza y sin envidia, de lo que hemos aprendido sobre la ciencia de la salvación, no deberíamos poner trabas para proporcionar a nuestros amigos el consuelo que desean de tener ante sus ojos, mediante la pintura, la imagen de nuestro cuerpo» .

Quizá lo consideraba una vanidad: «Me dicen, escribía, que nunca me han retratado bien; pero creo que eso importa poco». El caso es que se negó durante mucho tiempo a que le retrataran, hasta el punto de que hubo que recurrir a una estratagema para que se decidiera. «Una dama devota» -probablemente la Sra. de Granieu- convenció a Miguel Favre para que intercediera ante el obispo. Miguel Favre era el confesor del Santo, y le dijo «con cierto aire severo... que estaba siendo causa de algunos pecados veniales de murmuración y de inquietud, que cometía la gente por su resistencia a dejarse retratar, y que le rogaba que se enmendase».

Atrapado en esta emboscada, el buen Santo obedeció con admirable humildad.

Y el retrato colmó de gozo a la Sra. de Granieu. El obispo le escribió así, con este motivo: «¡Dios mío!, querida hija, ¡qué será el ver eternamente el rostro del Padre celestial tal como es, puesto que el retrato mudo y muerto de un mísero mortal tanto regocija el corazón de una hija que le ama! Me respondéis que ese retrato no está mudo, porque habla a vuestro espíritu y le dice hermosas palabras. Pero eso solamente lo oyen vuestros oídos, porque oyen con tanta finura que, sin decir una sola palabra, os habla y os recuerda lo que me habéis oído en el púlpito, cuando os decía que la voluntad de Dios es vuestra santificación».

San Francisco de Sales no nos dice jamás otra cosa, y la sencillez a la que nos exhorta, es la adhesión a la voluntad divina, es el camino que nos conduce derechos a la santidad.

## **4- LA SENCILLEZ EN LA ADHESIÓN A LA VOLUNTAD DE DIOS**

### ***Qué es amar a Dios***

«La voluntad de Dios sea siempre el único refugio de la nuestra, y su cumplimiento, nuestro consuelo».

«Preguntamos muchas veces: ¿cómo os encontráis?, a pesar de que vemos a los interrogados en muy buena salud. Permitidme, pues, que sin desconfiar de vuestra virtud y constancia, yo os pregunte por

amor: ¿amáis mucho a Dios, señora? Si lo amáis mucho, pensaréis mucho en Él, hablaréis mucho con Él y de Él, os uniréis a menudo a Él en el Santísimo Sacramento. Que sea para siempre Él nuestro propio corazón».

¿No es delicioso este fragmento de una carta de san Francisco de Sales a la Sra. de Traves? Me preguntaréis por qué lo traigo a colación. Porque es un modelo acabado de exquisita sencillez y porque contiene en resumen toda la doctrina del Santo sobre esta virtud, que debe caracterizar nuestras relaciones con Dios y que él explicaba así a sus Hijas de la Visitación:

«La sencillez no es sino un acto de caridad puro y simple, sin otro fin que conseguir el amor de Dios; y nuestra alma es sencilla cuando no tenemos otra pretensión en todo lo que hacemos».

Pero San Francisco de Sales hace notar que «no sabernos lo que es amar a Dios. El amor de Dios no consiste en grandes gustos o sentimientos, sino en una mayor y más firme resolución de darle gusto en todo y tratar, lo más que podamos, de no ofenderle; y en rogar para que aumente la gloria de su Hijo. Estas cosas son señal de amor».

Respecto a los que andan buscando «muchos ejercicios y medios para poder amar a Dios», escribe san Francisco de Sales:

«¡Pobres gentes! Se atormentan por encontrar el arte de amar a Dios y no saben que el único arte es amarlo; piensan que se necesita cierta destreza para adquirir este amor y, sin embargo, sólo se encuentra en la sencillez». Para amar a Dios «no hay más arte que... ponerse a practicar las cosas que le son agradables, pues es el único medio de encontrar y conseguir ese amor sagrado, siempre que esta práctica se lleve a cabo con sencillez, sin turbarse ni inquietarse».

Ahí, precisamente, está la dificultad. Nuestro amor propio lo complica todo e incesantemente tenemos que superar los obstáculos que pone en el camino del puro amor: inquietudes de espíritu, consideración de nuestras miserias, apego excesivo a nuestra voluntad. Todo esto lo supera la sencillez, que nos sitúa en un profundo espíritu de fe, en la paz y en la santa indiferencia.

### ***No atormentéis tu espíritu***

Un hecho cierto es que aspiramos al reposo del espíritu y, sin embargo, nos las ingeniamos para no tenerlo, pues nos causa mucha inquietud el temor de los disgustos que puedan sobrevenirnos, o el examen ansioso de nuestra conducta. ¿Hay algo más opuesto a la sencillez cristiana?

¿Por qué temer el futuro? Además de que exageramos muchas veces los posibles peligros, debemos confiar en Dios, que nos da cada día los auxilios necesarios.

«Os recomiendo la santa sencillez. Mirad hacia delante sin fijaros en los peligros que veis lejos, según me escribís. Os parecen ejércitos, y no son más que sauces cortados, y, mientras los miráis, podríais dar un mal paso. Hagamos un firme y general propósito de querer servir a Dios con todo nuestro corazón y nuestra vida y luego no nos preocupemos por el mañana. Pensemos sólo en hacer el bien hoy; y cuando llegue el día de mañana, también se llamará hoy, y podremos pensar en él. Para esto es también necesario tener una gran confianza y resignación en la Providencia de Dios. Tenemos que recoger maná solamente para el día de hoy y no más; sin dudar de que también mañana volverá Dios a mandar maná. Y pasado mañana, y todos los días de nuestra peregrinación».

Más lamentable todavía es volver sobre sí mismo, fruto de nuestro amor propio «que, so capa de bien, busca complacerse en la vana estima de nosotros mismos».

Convengamos de antemano en que por lo menos es cosa inútil:

«Por tanto, no os examinéis tan cuidadosamente sobre si estáis o no en la perfección... No examinemos eso, puesto que, aunque fuéramos los más perfectos del mundo, nunca debemos saberlo ni conocerlo, sino tenernos siempre por imperfectos. Nuestro examen no debe nunca tratar de conocer si somos imperfectos, pues jamás debemos dudar de que lo somos».

Además, esto impide seguir buscando serenamente la perfección, por el nerviosismo, la agitación y la inquietud que nos ocasiona.

«Me parece que os veo agitada con mucha inquietud en la búsqueda de la perfección. Dejaos gobernar por Dios, no penséis tanto en vos misma... Os mandaría, en primer lugar, que tengáis una general y universal resolución de amar y servir a Dios lo mejor que podáis, pero que no perdáis el tiempo en examinar e indagar detalladamente cuál es la mejor manera de hacerlo. Es una impertinencia propia de

vuestro carácter perspicaz y agudo, que quiere tiranizar vuestra voluntad y dominarla con supercherías y sutilezas».

¡Ay! Estas sutilezas del espíritu ¡qué perjudiciales son para la sencillez de nuestra vida interior! «Quisiera tener un buen martillo para quitar filo a vuestro espíritu, que es demasiado sutil en lo tocante a vuestro progreso. Os he dicho muchas veces que hay que ir de buena fe a la devoción, 'grosso modo' como se dice. Si obráis bien, alabad a Dios; si hacéis mal, humillaos. Sé bien que el mal hecho a propósito no lo queréis y los otros males nos sirven solamente para humillarnos. No temáis, pues, y no andéis picoteando en vuestra pobre conciencia; de sobra sabéis que después de tantos esfuerzos sólo podéis pedir su amor a Quien no desea de vos más que el vuestro ».

Así es. Sirvamos a Dios «sin mañas ni sutilezas», con sencillez de corazón, aunque con la inevitable imperfección inherente a nuestra naturaleza.

«Sabéis que, en general, Dios quiere que le sirvamos amándole por encima de todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos... Esto basta, pero hay que hacerlo de buena fe, sin artimañas ni sutilezas, como se hace en este mundo, donde no reside la perfección; a lo humano y en el tiempo, esperando hacerlo un día a lo divino y angélico y según la eternidad. El apresuramiento, la agitación en el esfuerzo, de nada sirven; el deseo es bueno, pero que sea sin agitación. Os prohíbo expresamente la agitación, madre de todas las imperfecciones»."

¿Cómo pretendemos avanzar si, en lugar de fijar la mirada en la meta, caminamos preocupados por ver dónde ponemos el pie para evitar pasos en falso? ¡Qué trabajos nos imponemos! ¡Y cuánto mejor caminaríamos si estuviéramos menos preocupados por la perfección y más confiados en la divina Bondad!

«Vuestro camino es muy bueno, mi querida hija, y sólo tengo que deciros que al andar medís demasiado vuestros pasos, por miedo a tropezar. Hacéis demasiadas reflexiones sobre las salidas de vuestro amor propio, que son sin duda frecuentes, pero que no serán nunca peligrosas, si, tranquilamente, sin enfadaros por su inoportunidad ni asombraros por su frecuencia, decís 'no'. Caminad con sencillez, sin desear tanto el descanso del espíritu; y ese descanso será mayor...

Queridísima hija, fijad arriba vuestras miradas, con una total confianza en la bondad de Dios; sin inquietud, sin examinar tanto los progresos de vuestra alma, sin querer ser tan perfecta».

Así, a pesar de las «pequeñas sacudidas y tropiezos» que acompañarán nuestro caminar, permaneceremos unidos a Dios, yendo hacia Él decididamente, con el corazón abierto de par en par a la confianza y al gozo. «Simplificad vuestro juicio, no hagáis tantas reflexiones ni réplicas, sino avanzad con sencillez y confianza... Mientras veáis que Dios os conduce, por la buena voluntad y la resolución que os ha dado de servirle, caminad con decisión, y no os asombréis de los pequeños sobresaltos y tropiezos que tengáis; no os disgustéis por ello, siempre que de vez en cuando os arrojéis en sus brazos y lo beséis con el beso de la caridad. Caminad con alegría, con el corazón lo más dilatado que podáis; y si no lográis ir siempre alegremente, al menos hacedlo con valor y confianza».

Quizá tendremos que luchar contra el error demasiado frecuente que atormenta nuestro espíritu y nos obliga a preguntarnos si en la mayoría de las ocasiones no hubiéramos debido actuar de modo diferente de como lo hicimos. «En cuanto podáis, haced perfectamente lo que hacéis, y, una vez hecho, no volváis a pensar en ello, sino en lo que os queda por hacer. Id con sencillez por el camino de nuestro Señor, sin atormentar vuestro espíritu».'

Esta es una costumbre que debemos adquirir si queremos evitar muchos disgustos de conciencia y romper desde el principio una peligrosa serie de imperfecciones y faltas, fuente del malestar que experimentan muchas almas.

«No os disgustéis o al menos no os turbéis por haberos sentido turbada; no os alteréis por haberos alterado; no os inquietéis por haberos inquietado por esas molestas pasiones; recobrad el ánimo y poned vuestro corazón suavemente en las manos del Señor, suplicándole que os lo sane»."

Como prudente director de conciencia, san Francisco de Sales insiste en este punto por el empeño que tiene en alertar contra una tentación tan contraria a la sencillez y a la cual están particularmente expuestas las almas delicadas y generosas.

El mecanismo de esas penosas complicaciones, que dejan el corazón abatido y extenuado, lo explica así el obispo a la Sra. de Chantal:

«Cuando esta bagatela se presenta en vuestro espíritu, se inquieta y no quisiera verla pues teme que no se le vaya jamás. Y ese temor quita la fuerza al espíritu, le deja pálido, triste y tembloroso; ese temor le

disgusta y además genera en él otro temor más, que produce un espanto mayor; todo ello es causa de muchas dificultades y estorbos para el espíritu. Teméis el temor, y luego teméis temer al temor. Os disgustáis por el disgusto y luego os disgustáis de haberos disgustado por el disgusto. He visto a muchos que habiéndose encolerizado, encima se encolerizan por haberse encolerizado. Todo eso me recuerda los círculos que se forman en el agua cuando se tira una piedra en ella: primero uno pequeño y de él sale otro mayor y luego otro mayor... ».

Para evitar los `círculos viciosos', lo mejor es no dar importancia a esos `embrollos': distraerse, descansar, y sobre todo crecer en la confianza, con la certeza de que nunca pretendemos sino la gloria de Dios. «¿Qué remedio, mi querida hija? Primero, la gracia de Dios y luego no ser tan delicada... burlaos de esos `embrollos', no os agitéis pensando que tenéis que rechazarlos con violencia; burlaos de ellos, distraeos trabajando, procurad dormir bien... Y mucho ánimo, hija mía, pues no tenemos más deseo que la gloria de Dios, ¿no es cierto? Así es, al menos, dándonos perfecta cuenta. Porque si viéramos otros deseos distintos, los arrancaríamos enseguida de nuestro corazón. Pues entonces, ¿por qué nos atormentamos? ¡Viva Jesús, hija mía! A veces me parece que estarnos llenos de Jesús, pues al menos no tenemos voluntad deliberada que sea contraria. Y no lo digo con arrogancia, hija mía, sino con espíritu de confianza y para animarnos».

Él mismo tuvo esta tentación, que desapareció inmediatamente, como el humo; porque en cuanto la advirtió, la rechazó sin prestarle atención:

«Nunca en mi vida había tenido yo el menor asomo de tentación contra mi profesión pero el otro día, sin pensar en eso, se me ocurrió una, entró una en mi espíritu. No consistía en desear no ser eclesiástico, eso hubiera sido demasiado grosera; sino que un poco antes, hablando con personas de confianza, dije que si yo estuviera todavía libre y fuera heredero de un ducado, con todo elegiría el estado eclesiástico porque lo amo sobremanera; y me vino entonces una lucha si sería o no así, que duró algún tiempo. Me parecía ver al enemigo allá abajo, en el fondo de la parte inferior del alma, que se hinchaba como un sapo. Yo me burlé y ni siquiera consentí en pensar si pensaba en eso; se esfumó enseguida y no volví a verlo. La verdad es que estuve a punto de turbarme y hubiera echado todo a perder, pero reflexioné que no merecía yo tener una paz tan grande que el enemigo no se atreviera a mirar de lejos mis defensas».

Por lo tanto, es preciso no consentir en ese volver sobre nosotros mismos y levantar nuestro corazón por la confianza. Es la urgente recomendación del obispo:

«Permaneced en paz, mi queridísima hija, y no analicéis tanto los sentimientos de vuestro corazón; despreciadlos, no los temáis y elevad a menudo vuestro corazón con una total confianza en Aquél que os ha llamado al seno de su amor de predilección».

Todo esto nos será tanto más fácil cuanto más firme sea nuestra voluntad de agradar a Dios.

«El que está atento a agradar amorosamente al Amante celestial, ni quiere ni tiene tiempo de volver sobre sí mismo, pues su espíritu tiende continuamente hacia donde el amor le lleva».

Y si alguna vez vuelve sobre sí, esta «reflexión» la purifica enseguida y se convierte en un testimonio de delicadeza extrema, que no tiene otro motivo sino el de agradar al divino Esposo.

«¡Oh, qué sabias y prudentes son las verdaderas amantes del Amante celestial! ¿Sabéis lo que hacen? De vez en cuando vuelven sobre sí mismas para asegurarse de que su atuendo y sus galas espirituales están en perfecto orden, que no les falta ninguna perla de virtud, y que todas sus ricas joyas resplandecen vivamente. ¡Qué purificada queda así esta reflexión sobre sí mismas, qué sencilla y qué preciosa es!, pues no tiene otro fin que contentar y agradar al divino Esposo»

No debemos contemplar nuestro corazón, sino el de Dios, objeto infinitamente amable de nuestro amor.

Nos seducirá por sus encantos. «No os preguntéis si vuestro corazón le agrada, no lo hagáis; más bien examinaos para ver si su Corazón os agrada a vos. Y, si le miráis, es imposible que no os agrade, porque ¡es tan dulce, tan suave, tan condescendiente, tan enamorado de sus miserables criaturas, con tal que ellas reconozcan sus miserias, tan cariñoso para con los desgraciados, tan bueno con los arrepentidos!

¿Cómo no amar este Corazón regio, paternalmente maternal para con nosotros?».

### ***El amor a nuestra debilidad y la cordial confianza en Dios***

Ciertamente, somos «miserables» y «pobres criaturas». La sencillez es la que nos hace aceptar nuestras miserias y amar la debilidad, puesto que por esas mismas miserias se manifiesta la misericordia de Dios y se consolida nuestra confianza en su indulgente bondad. No nos irriteamos a la vista de nuestras miserias.

Soportémoslas con dulzura; sepamos utilizarlas para que concurran a nuestra santificación por la humildad en que ellas nos ejercitan.

«Permaneced en paz y soportad pacientemente vuestras pequeñas miserias. Perteneceis a Dios sin reservas, Él os guiará. Si Él no os quiere liberar tan pronto de vuestras imperfecciones, es para hacerlo con más provecho, para que os ejercitéis más en la humildad y arraigaros así mejor en esta querida virtud».

Esta querida virtud, nos es, en efecto, sumamente preciosa; nos hace vencer uno de los mayores obstáculos para la unión divina, al domar nuestro orgullo y echar por tierra la exagerada estima que tenemos de nosotros mismos. Nos muestra lo que somos ante Dios, en toda nuestra miseria y pobreza. «Pero, ¿qué es la humildad? ¿Es el conocimiento de esta miseria y pobreza? Sí, dice san Bernardo -le explica san Francisco de Sales a la baronesa de Chantal-; pero ésa es la humildad moral y humana. ¿Y qué es entonces la humildad cristiana? Es el amor a esta pobreza y debilidad al contemplar la de nuestro Señor. ¿Sabéis que sois una débil y pobre viuda? Pues amad vuestra ruin condición; gloriaos de no ser nada, alegraos, puesto que la bondad de Dios se va a servir de esa miseria para ejercitar su misericordia. Entre los mendigos, los más miserables y con mayores y más terribles llagas son los mejores mendigos, por ser más aptos para conseguir limosnas. Nosotros sólo somos mendigos, y los más miserables son los mejores, la misericordia de Dios los mira con agrado» por tanto, de nuestras flaquezas, pues, como le gustaba repetir al Santo, «nuestra miseria es el trono de la misericordia de Dios» .

Así pues, «la virtud de la humildad consiste en el conocimiento verdadero y en el reconocimiento voluntario de nuestra debilidad. Y la cumbre de esta humildad consiste en no solamente reconocer nuestra debilidad, sino en amarla y complacerse en ella; y esto, no por falta de valor y generosidad, sino para exaltar aún más a la divina Majestad y estimar mucho más al prójimo al compararlo con nosotros mismos».

Para ilustrar esta doctrina en la que tan manifiestamente se complace, san Francisco de Sales nos da numerosos ejemplos, tanto en la **Introducción** como en sus cartas.

«Yo hago una tontería que me humilla; bueno. Doy de bruces en el suelo, y me dejo llevar por una cólera desmesurada: estoy pesaroso de la ofensa que he hecho a Dios, pero a la vez me alegro de que por ella se vea cuán vil, abyecto y miserable soy. Sin embargo -prosigue-, aunque amemos la debilidad que se sigue del mal, tenemos que remediar ese mal. Procuraré no tener un cáncer en la cara, pero si lo tengo, amaré la humillación que me acarrea. Y, en lo tocante al pecado, hay que guardar esta regla aún más. Si he caído en esto o en aquello, estaré triste, pero he de aceptar de corazón la humillación que se sigue; y si se pudieran separar estos dos sentimientos, me quedaría gustoso con la humillación y rechazaría el mal y el pecado. Pero, teniendo en cuenta la caridad, a veces tendremos que ocultar nuestra debilidad para edificar al prójimo. En ese caso, la tendremos que ocultar de la vista del prójimo para que no se escandalice, pero no de nuestro corazón, pues servirá para edificarle».

Si deseamos «saber cuáles son las mejores humillaciones», el obispo nos responde: «Son aquéllas que no hemos escogido nosotros y que nos son menos agradables; y aún mejor, aquéllas por las que no sentimos ninguna inclinación. Hablando claro: las de nuestra vocación y profesión. Por ejemplo: esta mujer casada escogería cualquier otra debilidad menos las que le causan sus deberes de casada; aquella religiosa obedecería a cualquiera menos a su superiora; y yo preferiría ser reprendido por una superiora religiosa que por un suegro en mi casa».

Aquí se nos muestra el «doctor» de la sencillez, tanto más perfecta cuanto más nos somete a la voluntad de Dios. Y añade: «Os digo que, para cada uno, la propia humillación es la mejor; las que elegimos nosotros quitan mucho mérito a la virtud». Esta es una enseñanza difícil de comprender, y que solamente Cristo puede darnos la gracia de practicar: «¿Quién me dará la gracia de amar mucho nuestra debilidad, mi querida hija? Nadie, sino Aquél que amó tanto la suya que, para conservarla, quiso hasta morir».

Siempre debemos tener ante los ojos este ejemplo divino: «Vivid así, queridísima hija; amad la santa sencillez, la humildad y la debilidad, tan estimadas por la divina sabiduría que por ellas ha dejado temporalmente su realeza para practicar la pobreza y anonadamiento, incluso hasta la Cruz, en cual su Madre, después de beber este amor, lo derrama en el corazón de todas sus verdaderas hijas y siervas. Que vuestra gloria, pues, queridísima hija, esté siempre en la Cruz de Aquél sin cuya Cruz no hubiéramos podido conseguir nuni la gloria».

El Santo, en sus cartas, anima también con frecuencia a amar la propia bajeza:



«Queridísima hija, vivid en Dios con dulzura sencillez, con un continuo amor a vuestra bajeza y con mucho valor para servir a quien por salvaros murió en la Cruz».

«Amad constantemente vuestra propia debilidad; estimad el desprecio y acariciad las cruces que Dios quizá permita que os lleguen». El obispo piensa que, para servir bien a Dios, es cosa excelente que la humillación siempre acompañe a la aflicción:

«¡Animo, hija mía!, habéis sido afligida del modo más conveniente para servir bien a Dios, porque las penas sin debilidad engrían muchas veces el corazón en vez de humillarlo. Pero cuando recibimos un mal sin honor, o el propio deshonor, la humillación y la debilidad son nuestro mal, ¡cuántas ocasiones de ejercitar la paciencia, la humildad, la modestia y la dulzura de corazón! El glorioso san Pablo exulta, con una humildad santamente gloriosa, porque él y sus compañeros son tenidos por la basura y la inmundicia del mundo».

Pero la vista de nuestras propias miserias y el sentimiento de nuestra extrema debilidad ¿no nos llevarán a descorazonarnos? Nunca. La humildad y la sencillez vienen aquí en ayuda nuestra. Nos permiten olvidarnos de nosotros mismos, siendo así instrumentos dóciles en las manos de Dios. «La humildad es siempre sencilla, y, así como la verdadera sencillez rehusa humildemente los cargos, la verdadera humildad los ejerce con sencillez». Y eso porque confía en Dios:

«La desconfianza que tenéis en vos misma es buena, siempre que sirva de base a vuestra confianza en Dios; pero si os llevase al desánimo, a la inquietud, a la pena y a la melancolía, os suplico que la arrojéis de vos como la mayor de las tentaciones... Dios permite que les sucedan muchas dificultades a los que emprenden su servicio, pero nunca les deja caer bajo la carga, si confían en Él. En una palabra, ése es el gran secreto: no ocupar nunca el espíritu discutiendo con la tentación de desánimo, bajo ningún pretexto». El obispo no admitirá jamás el desaliento: «No volváis nunca vuestra mirada hacia vuestras flaquezas e insuficiencias, sino para humillaros; nunca para descorazonaros».

Venga de donde venga la desconfianza, siempre tenemos que vencerla por la confianza que tenemos puesta en Dios. Es lo que enseña san Francisco de Sales a sus Hijas de la Visitación:

«La desconfianza en nosotros mismos proviene del conocimiento de nuestras imperfecciones. Está bien no fiarse de uno mismo, pero de poco nos serviría si al mismo tiempo no ponemos toda nuestra confianza en Dios, esperando su misericordia».

Así escribía a aquellas personas con quienes mantenía correspondencia:

«Alimentad vuestra alma con el espíritu de una cordial confianza en Dios, y, aunque os veáis rodeada de miserias e imperfecciones, abrid vuestro corazón a la esperanza. Tened mucha humildad, pues es la virtud de las virtudes; pero que sea una humildad generosa y serena.»

En ocasiones, la desconfianza puede provenir de nuestras faltas.

«Es muy razonable que, habiendo ofendido a Dios, nos retiremos un poco, humildes y confundidos; pues si ofendemos a un amigo, sentimos vergüenza de acercarnos a él. Pero no hemos de quedarnos ahí; las virtudes de la humildad, la debilidad y la confusión son virtudes mediante las cuales debemos lograr la unión de nuestra alma con Dios».

No nos cansemos de esta experiencia tan repetida, de nuestras faltas, de nuestras caídas, precisamente cuando estábamos resueltos a permanecer santamente indiferentes a todo lo que no es la voluntad de Dios. En vez de abandonarlo todo, retomemos con suavidad la trama de nuestra existencia cotidiana, en la armonía del himno que canta en nuestro corazón a la gloria de Dios.

«Y cuando quebrantemos las leyes de la indiferencia ante cosas indiferentes, o por las repentinas salidas del amor propio y de nuestras pasiones, postremos inmediatamente, lo antes que podamos, nuestro corazón ante Dios y digamos con espíritu de confianza y humildad: Señor, ten misericordia de mí porque soy débil. Levantémonos con paz y tranquilidad y reanudemos el hilo de nuestra indiferencia; y luego sigamos nuestro trabajo. No hay que romper las cuerdas del laúd ni abandonarlo cuando notamos que desafina. Hay que escuchar para ver de dónde proviene el desajuste y luego, suavemente, tensar o aflojar la cuerda, según lo requiera el arte». Sepamos pues, que esas «pequeñas sorpresas de las pasiones son inevitables en esta vida mortal» y que «el amor propio no muere más que con nuestro cuerpo; siempre sentiremos sus ataques sensibles o sus manejos secretos mientras estemos en este destierro».<sup>1</sup>

No nos inquietemos demasiado, pues esto nos mantiene en la humildad y nos ejercita en el valor.

«Nuestras pequeñas cóleras, nuestras pequeñas penas, los pequeños estremecimientos del corazón, son secuelas de nuestras enfermedades, que el soberano médico quiere que conservemos para que temamos recaer, nos humillemos y permanezcamos en una sincera sumisión. Iremos afirmándonos de día en día y,

con la ayuda de Dios, esas alteraciones se irán debilitando». «Esas rebeliones del apetito sensual, tanto en la ira como en la codicia, se nos dejan para que nos ejercitemos y practiquemos el valor espiritual al resistirlas».

Por eso, humildemente y con paz, tenemos que empezar cada día nuestro esfuerzo de santificación; y no derramar lágrimas de despecho al encontrar la miseria en nosotros y ver la poda que tendremos que hacer. «He visto el llanto de la pobre Hermana María Magdalena, y me parece que nuestras niñerías proceden todas de este defecto: que olvidamos la máxima de los santos, que nos advierten que cada día hemos de comenzar el avance en nuestra perfección. Si nos acordásemos de esto, no nos asombraría encontrar en nosotros miserias que arrancar. Nunca está terminado este trabajo; siempre hay que comenzar de nuevo y debemos hacerlo con ánimo. Dice la Escritura: "cuando el hombre haya terminado, entonces comenzará". Lo que hemos hecho hasta ahora es bueno, pero lo que vamos a empezar será mejor; y cuando lo hayamos acabado, empezaremos otra cosa todavía mejor, y luego otra, hasta que salgamos de este mundo para comenzar otra vida que no tendrá fin, puesto que ya no podrá sucedernos nada mejor. Así que, pensad si hay que llorar cuando se encuentren miserias».

El santo obispo no nos pide lágrimas que deprimen, sino una alegría franca y serena; «la santa alegría cordial, que nutre las fuerzas del espíritu y edifica al prójimo». Y nos invita a practicarla en la humildad y debilidad: «Abatirse y humillarse, despreciarse a sí mismo hasta la muerte de todas las pasiones y yo diría, hasta la muerte en cruz, es caminar con el Esposo crucificado. Pero, queridísima hija, fijaos bien que digo que ese abatimiento, esa humildad, ese desprecio de sí mismo hay que practicarlos con suavidad, con paz, con constancia y no sólo suavemente, sino alegre y gozosamente».

Insiste diciendo a la Sra. de Chantal: «Humillémonos, os suplico, y no hablemos de nuestras llagas y miserias más que a la puerta del templo de la piedad divina. Pero recordad que debe hacerse con alegría». «Mostraos ante Dios gozosamente humilde, pero sed también alegre y humilde ante el mundo. Alegraos de que el mundo no os tenga en cuenta: si os estima, burlaos de él alegremente, reíos de sus juicios y de vuestra miseria que los recibe; si no os estima, consolaos alegremente, pensando que al menos en esto, el mundo está en lo cierto. En cuanto a lo exterior, no finjáis una humildad visible, pero tampoco rehuyáis la humildad; abrazadla, y siempre con gozo. Apruebo el rebajarse, a veces, a prestar servicios bajos, incluso a los inferiores... pero siempre sencilla y gozosamente. Lo repito mucho, porque es la clave de este misterio, para vos y para mí... Los oficios humildes y externos son solamente la corteza, pero sirven para conservar el fruto».

Él mismo nos hace esta confesión de encantadora simplicidad, que resume toda la doctrina que acabamos de exponer: «Yo no sé cómo estoy hecho; aunque me veo miserable, eso no me turba, y, a veces, hasta me siento dichoso por ello, porque pienso que soy una buena tarea para la misericordia de Dios».

## ***La libertad de los hijos de Dios***

Una vez liberados de las inquietudes del espíritu y, mediante el amor a nuestra debilidad, liberados también del peso de nuestras miserias, tenemos todavía que desprendernos de nuestra propia voluntad, para progresar en la sencillez por una adhesión cada vez más íntima a la voluntad divina, hasta llegar al perfecto abandono.

Y es que, como lo explica san Francisco de Sales, «la sencillez... no busca sino el puro amor de Dios, que no se encuentra más que en la mortificación de nosotros mismos; y, a medida que la mortificación crece, nos aproximamos más al lugar en el que podemos encontrar su divino amor».

Pero, ¡qué gran esfuerzo hay que hacer!, pues esa mortificación de nosotros mismos implica una constante negación de nuestros gustos, una incesante renuncia a nuestras inclinaciones naturales para poder «vivir según el espíritu» y no «según los sentidos y los sentimientos, que están en la carne».

«Vivir según el espíritu, escribe el Santo a la Hermana de Blonay, es pensar, hablar y actuar según las virtudes, que son del espíritu, y no según los sentidos y los sentimientos, que están en la carne...»

Pero ¿cuáles son esas virtudes del espíritu? La fe, que nos enseña verdades que están por encima de los sentidos; la esperanza, que nos hace aspirar a bienes invisibles; la caridad, que nos hace amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, con un amor no sensual, natural ni interesado, sino puro, firme e invariable, que tiene su fundamento en Dios...

Vivir según el espíritu es amar según el espíritu; vivir según la carne es amar según la carne... Si una Hermana es dulce y agradable, yo la quiero mucho; ella también me quiere, me ayuda; mutuamente nos

queremos. ¿Quién no ve que este amor es un amor según los sentidos y la carne?; porque los animales, que carecen de espíritu y sólo tienen carne y sentidos, aman a sus bienhechores y a aquellos que son buenos con ellos. Otra Hermana es tosca, áspera, mal educada, pero es muy devota y con deseos de suavizarse y cambiar; yo la quiero, no porque me agrada ella ni por otro interés cualquiera, sino por agradar a Dios; la quiero, la atiendo, la sirvo, le muestro cariño: ese amor es según el espíritu, porque la carne ahí no tiene parte.

Yo soy una pobre infeliz, la última de todos, y además por carácter soy miedosa, tímida, desconfío de mí misma y quisiera poder vivir siguiendo mis inclinaciones, para no tener que enfrentarme con el inoportuno sentido de vergüenza y de temor que tengo. ¿Es esto vivir según el espíritu? No, mi querida hija, porque cuando yo era joven y aún sin espíritu, ya vivía así; pero, si a pesar de ser por naturaleza vergonzosa, cobarde, recelosa como un topo, sin embargo quiero tratar de superar esas pasiones naturales e ir poco a poco haciendo todo lo que la obediencia, que viene de Dios, me ordene, ¿cómo no ver que esto es vivir según el espíritu?

Mi querida hija, vivir según el espíritu es actuar, hablar y pensar como el Espíritu de Dios nos pide. Y, al hablar de pensamientos, me refiero a los voluntarios. Estoy triste, y por tanto no quiero hablar: eso lo hacen las personas groseras y los papagayos; estoy triste, pero si la caridad lo exige, hablaré; así actúan las personas espirituales. Si me desprecian, me enojo; hago lo mismo que los pavos reales y los monos; pero si me gozo en el desprecio, estoy actuando como los Apóstoles. Por tanto, vivir según el espíritu es hacer lo que la fe, la esperanza y la caridad nos enseñan, sea en las cosas temporales, sea en las espirituales».

Ahí tenemos la manera eminentemente sobrenatural y profundamente realista que tenía san Francisco de Sales de dirigir a las almas; la misma que condena los deseos de grandes virtudes que no nos son necesarias y que nos lleva a la práctica de las de uso corriente y que mortifican nuestra voluntad, sometiéndola continuamente a las exigencias de la voluntad de Dios, manifestada en los humildes quehaceres diarios. «¿De qué nos sirven esos ardientes y apremiantes deseos de virtudes cuya práctica no nos es necesaria? La dulzura, el amor a nuestra debilidad, la humildad, la caridad y cordialidad con el prójimo, la obediencia, son todas virtudes en las que debemos adiestrarnos, pues nos son muy necesarias por las muchas ocasiones que se presentan de ejercitarlas. En cuanto al tesón, la generosidad, y otras virtudes así, que quizá nunca tengamos ocasión de practicar, no nos preocupemos por ellas; no por eso seremos menos magnánimos y generosos».

¡Qué error cometeríamos y qué «fantasma de santidad» perseguiríamos si, encerrados en nuestros deseos y puntos de vista personales, nos obstináramos en seguir nuestros caprichos en lugar de someternos a quienes están encargados de dirigirnos! Este apego a nuestra propia voluntad enojaba a san Francisco de Sales.

«Tiene razón esa joven al temer que su deseo de ayunar sea una tentación; lo ha sido, lo es y lo será mientras continúe con esas abstinencias, que debilitan su cuerpo y la voluptuosidad del mismo, es cierto, pero que, en cambio, refuerzan el amor propio al hacer su propia voluntad; enflaquece su cuerpo, pero sobrecarga el corazón con la grasa venenosa de su propia estima y de sus propios apetitos. Una abstinencia practicada en contra de la obediencia quita el pecado del cuerpo para ponerlo en el corazón. Mejor sería que se esforzara en dominar su propia voluntad, y pronto desaparecerían esos fantasmas de santidad en los que se detiene tan supersticiosamente. Ella ha consagrado a Dios sus fuerzas corporales y no puede ya usarlas mal, desgastándolas, a no ser que Dios lo quiera, y la voluntad de Dios sólo la podrá saber obedeciendo a las criaturas que el Creador le ha puesto como guías».

¡Y con qué vigor denuncia la vanidad de semejantes quimeras, la tontería de extravagancias tan manifiestas!: «Jamás he visto una tentación tan manifiesta y tan evidente; tan sin disimulo ni pretexto. Romper los votos por ayunar; presumir de ser buena en solitario sin serlo para la Congregación; querer vivir para sí misma con el fin de mejor vivir para Dios; querer gozar de su propia voluntad para así hacer mejor la voluntad de Dios; ¡qué quimeras! Que una tendencia o, mejor, una fantasía y una imaginación melancólica, extraña, despechada, dura, agria, amarga y terca pueda ser una inspiración, es una total contradicción. Cesar en la alabanza a Dios callándose por despecho en el Oficio que manda la santa Iglesia, porque no puede alabarlo en el rincón que le gustaría, ¡qué extravagancia!».

Pero el obispo cuenta firmemente con el poder de la Gracia, y así le escribe a la superiora de la novicia obstinada: «Creo que Dios sacará su gloria de todo esto y que esta pobre joven se someterá por fin a lo que se le ordene y será respetuosa. Dadle órdenes frecuentes; imponedle mortificaciones contrarias a sus

inclinaciones; os obedecerá, y, aunque parezca que lo hace a la fuerza, le será muy útil, con la gracia de Dios».

El hábito de renunciamiento nos desprenderá poco a poco de nosotros mismos y nos procurará un inmenso beneficio: la libertad de espíritu. Libertad de espíritu, que san Francisco de Sales define como «un desprendimiento del corazón cristiano de todas las cosas, para seguir la voluntad de Dios tan pronto como ésta se manifieste...». «Pedimos al Señor ante todo que su nombre sea santificado, que venga su Reino, que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo. Todo eso no es otra cosa sino el espíritu de libertad; porque con tal que el nombre de Dios sea santificado, que su Majestad reine en nosotros, que se haga su voluntad, nuestro espíritu no se preocupa de nada más».

Y en unas líneas dignas de ser meditadas, nos indica las señales, los efectos y las ocasiones de esa libertad:

«Primera señal: el corazón que tiene esta libertad no está apegado a las consolaciones, sino que recibe las aflicciones con toda la dulzura que la carne le permite. No digo que no ame y no desee las consolaciones, sino que no se apega a ellas su corazón.

«Segunda señal: tampoco se apega a los ejercicios espirituales, de modo que si la enfermedad u otro motivo se los impide, no siente pena. No digo que no los ame; digo que no se apega a ellos.

«Tercera señal: nunca pierde la alegría, porque ninguna privación es capaz de entristecer a quien no tiene el corazón apegado a nada. Y si a veces la pierde, será por poco tiempo.

Los efectos de esta libertad son: una gran suavidad de espíritu, una gran dulzura y condescendencia a todo lo que no es pecado o peligro de pecado. Es ese ánimo afable que se pliega a los actos de virtud y de caridad. Por ejemplo: cuando un alma está apegada a la meditación, si la interrumpimos en ella, veremos que la deja con disgusto, agitada y sorprendida. La que tiene la verdadera libertad, irá con rostro sereno y de buen corazón adonde le pide el importuno que la ha molestado, porque le es igual servir a Dios en la meditación que servirlo soportando al prójimo: ambas cosas son voluntad de Dios, pero en ese momento lo más necesario es soportar al prójimo.

Son buenas ocasiones para ejercer esta libertad, todas las cosas que nos suceden contra nuestra inclinación, pues quien no se ha apegado a ella, no se impacienta cuando la contrarían».

Esa es, nos dice el santo obispo, «la libertad de los hijos de Dios», a la que él nos llama, cuando, después de habernos pedido que seamos «sencillos como palomas», nos invita a hacernos «como niños pequeños».

El Santo observa: «un niño, cuando es muy pequeño, es tan sencillo que no conoce más que a su madre; sólo tiene un amor: el de su madre; y un solo deseo: el regazo de su madre; mientras está en el regazo materno no quiere nada más. El alma que tiene la perfecta sencillez, sólo tiene un amor, que es el de Dios, y en este amor tiene una sola pretensión: la de recostar su cabeza en el pecho del Padre celestial, y allí, como un hijo amado, hacer su morada, dejando todo su cuidado en su Padre, sin que ya nunca vuelva a preocuparse sino de permanecer en esta santa confianza».

Durante toda su vida, los hijos del Padre celestial «deben caminar invariablemente en espíritu de sencillez, de abandono, y entregando su alma, sus acciones y sus éxitos en manos de Dios, mediante un amor de perfecta y absoluta confianza, abandonándose a la merced y al cuidado del amor eterno que la divina Providencia tiene para ellos».

### ***La prudencia del mundo y la prudencia sobrenatural***

Este amor de perfecta y absoluta confianza nos mantiene en el más puro espíritu de fe; inspira nuestros esfuerzos por lograr criterios sobrenaturales, ayudándonos así a buscar en todas las cosas la gloria de Dios y a no vivir ya sino para la eternidad.

El obispo escribe a la Sra. de Chantal, a la que sus asuntos le habían obligado a ir a Borgoña:

«Os suplico, mi queridísima hija, estad muy unida a Jesucristo, a nuestra Señora, a vuestro buen ángel en todos vuestros asuntos, para que su gran número no os turbe ni su dificultad os agobie. Haced uno tras otro lo mejor que podáis, poned toda vuestra atención en ellos, pero suavemente. Si Dios quiere que os salgan bien, le bendeciremos; si no lo quiere, también le bendeciremos. Os debe bastar el haber puesto toda vuestra buena fe buscando el éxito, pues nuestro Señor y nuestra razón no exigen los resultados ni sus consecuencias, sino que piden nuestra fiel y franca dedicación, nuestro empeño y diligencia, porque todo esto depende de nosotros, pero el éxito no. Dios bendecirá vuestra buena intención en este viaje y en

la empresa que os habéis propuesto de poner orden en los asuntos de esa casa en bien de vuestro hijo, y os recompensará, o con los buenos resultados o con una santa humillación y resignación».

Y algunos días después insiste: «Bendito sea Dios, que os ha conducido al lugar donde os llamaban los asuntos que Él os había confiado. Queridísima hija, ofreced los trabajos y dificultades que vais a sufrir allí para gloria de la divina Majestad, por cuyo amor los padecéis; ocupaos de los negocios de la tierra con los ojos fijos en el cielo».

Esa era la actitud constante del Santo. Un día que había predicado en París ante la reina, le dice a la Sra. de Chantal:

«Sí, hija mía, he predicado esta mañana ante la reina y todos sus grandes; pero no lo he hecho con mayor cuidado, mayor afecto ni mayor gusto que en mi pobre y pequeña Visitación. ¡Oh, hija mía! La real presencia del Rey y de la Reina del cielo eclipsan ante los ojos de nuestro corazón todas las grandezas de la tierra». Refiriéndose a una señora inconsolable por la pérdida de su hijo, escribe:

«Compadezco infinitamente a esta buena señora; es, sin duda, de muy buen natural, pero ese buen natural no está en ella suficientemente dominado por lo sobrenatural». Detesta la prudencia de la carne porque nos impide arrojarnos a ciegas en brazos de la divina Providencia. Por ello, nos pide que despertemos nuestra fe. «Para afianzar nuestro amor por el soberano bien, despertemos nuestra fe, porque la prudencia de la carne y las especulaciones de nuestra razón nos perjudican y nos impiden arrojarnos a ciegas en brazos de la divina Providencia. Creemos que como no valemos nada, el Señor no se preocupa por nosotros: ¿no veis aquí la astucia de la prudencia humana que nos engaña haciéndonos perder nuestra perfecta confianza? No hagamos a su divina Majestad esa ofensa; Dios no es como los hombres, que solamente se preocupan de lo que para ellos tiene utilidad. Un alma fiel dirá: la fe me enseña que el Señor sostiene y acoge a los que en Él confían. Por tanto, a Él quiero confiarme y abandonarme».

Nos enseña a purificar nuestra intención a fin de sobrenaturalizar lo que la prudencia humana nos había sugerido: «Cuando la prudencia humana se entromete en nuestros planes, es difícil hacerla callar porque es maravillosamente inoportuna y se mezcla violenta e insolentemente en nuestros asuntos, muy a pesar nuestro. ¿Qué hacer en estos casos para purificar la intención? Estudiemos nuestro deseo para ver si es legítimo, justo y piadoso; y si lo es, pensemos y propongámonos cumplirlo, no ya para obedecer a la prudencia humana, sino para cumplir con él la voluntad de Dios... No lo haréis ya por prudencia humana, aunque haya sido ella la que ha excitado la voluntad, sino porque habréis visto que era agradable a Dios. Así la voluntad divina se infunde en la humana y la corrige».

El obispo desconfía siempre de la prudencia humana cuando se trata de discernir sobre las cosas de la gracia:

«Estoy totalmente de acuerdo con vuestro parecer y el de nuestro buen Padre Binet en lo referente a la Hna. María Radegunda. Una joven podrá ser de tan mal natural como se quiera, pero, si obra, aunque sea en sus fallos, según la gracia y no según la naturaleza, es digna de ser acogida con amor y respeto, como templo del Espíritu Santo. Lobo por naturaleza, pero oveja por la gracia. ¡Oh, querida Madre!, temo mucho a la prudencia natural en el discernimiento de las cosas de la gracia, y si la prudencia de la serpiente no está impregnada de la sencillez de la paloma, del Espíritu Santo, es totalmente venenosa». Su convicción era clara y su resolución firme: «He hecho grandes propósitos de descansar enteramente en Dios, de seguir tras su Providencia con toda serenidad y de no tener en cuenta la prudencia natural, sobre todo en cosas que dependen de la gracia del cielo, como las vocaciones de las Hermanas, las fundaciones de casas y la dirección de las mismas. Sed muy valiente, hija mía, Dios es nuestro Todo y sostiene el cordel que nos conduce por los laberintos y dificultades que la prudencia humana levanta en esta vida mortal; todo es para el bien de los que le aman»

Y es que cuanto más avanza, mejor ve la certeza de las máximas del Evangelio y más saborea el consuelo que ellas dan. Escribe así a la Madre de Chantal:

«¿Qué puedo deciros? Solamente, mi queridísima hija, que me parece que mi alma está un poco más sólidamente establecida en la esperanza que siempre ha tenido de poder gozar un día de los frutos de la muerte y resurrección de nuestro Señor, que desde la semana santa hasta ahora, me parece que no sólo me ha hecho ver con más claridad, sino con certeza y consolación espiritual que llegan a lo más profundo del alma, las verdades y máximas evangélicas, repito, más clara y suavemente que nunca. Y me admiro de que habiendo tenido siempre en tan gran estima las máximas y la doctrina de la Cruz, las haya descuidado en la práctica. ¡Oh, mi queridísima Madre!, si yo volviese a este mundo con mis actuales sentimientos, no

creo que toda la prudencia de la carne y de los hijos del siglo pudieran debilitar la certidumbre que tengo de que esa prudencia es una verdadera quimera y una verdadera necesidad»."

Por eso recomienda con energía a sus hijas espirituales:

«Guardaos de la prudencia humana, que para nuestro Señor es locura»."

Él se deja guiar por el espíritu del Evangelio y por eso quiere que la Visitación acoja a personas de constitución débil y de poca salud. Pero la prudencia humana ¿podrá comprender esta visión sobrenatural tan llena de caridad?:

«Sobre este punto que me escribís, de la recepción de jóvenes, existe el gran peligro de apoyarse demasiado en la prudencia humana, de basarse mucho en lo natural y poco en la gracia de Dios. Me cuesta trabajo impedir que se haga tanto caso de la constitución débil y los achaques corporales. Quisiéramos que no entraran al festín ni los tuertos, ni los cojos, ni los enfermos. En suma: que es muy difícil combatir en contra del espíritu humano y a favor de la debilidad y la caridad pura».<sup>3</sup>

«Recibid a las menos fuertes, creedme, mi queridísima Madre; la prudencia humana es enemiga de la bondad del Crucificado».

Esto causa un vivo dolor al obispo y se comprende el movimiento de impaciencia que por poco se le escapa ante esa constatación: « ¡Ay!, escribe a la Madre de Chantal, no es cierto que en absoluto me haya disgustado en la parte superior de mi alma por las observaciones que me habéis enviado sobre las constituciones; pero, en un primer momento, al ver lo de excluir a las enfermizas, que es cosa tan contraria a mi espíritu y a mis sentimientos, dije con una inconsiderada espontaneidad: quien deje que se imponga la prudencia natural echará a perder la caridad»."

En el corazón del obispo la prudencia humana jamás echa a perder la caridad. Tiene un gesto magnífico respecto a una pobre mujer a la que un monasterio, en el fervor de su reforma, se ha negado a recibir: «No quieren recibir a esta alma pecadora, aunque sinceramente arrepentida, en esta Religión reformada. Veo que todo el mundo rechaza a los pecadores, menos nuestro Señor; pero, a imitación suya, quiero que sea recibida en alguno de nuestros monasterios».

La imitación de nuestro Señor es la regla que guía constantemente a san Francisco de Sales. Está totalmente penetrado del espíritu de Jesús; vive del pensamiento de que la Sangre de Cristo nos ha merecido, además de la gloria de la vida cristiana, la felicidad eterna; y ahí es adonde quiere que elevemos nuestras miradas.

«Todo pasa, queridísima hija; después de los pocos días que nos quedan de esta vida mortal, vendrá la eternidad sin fin. Poco debe importarnos, pues, el tener comodidades o incomodidades aquí, con tal de que seamos felices toda la eternidad. Que esta eternidad santa que nos espera sea vuestro consuelo; y también el ser cristiana, hija de Jesucristo, regenerada con su Sangre, pues sólo en esto está nuestra gloria: en que el divino Salvador ha muerto por nosotros»."

«Continuad con el alma puesta en lo alto, sin mirar a este mundo más que para despreciarlo, ni al tiempo más que para aspirar a la eternidad».

Así aceptaremos cristianamente nuestras pruebas:

«Hija mía, caminamos hacia la eternidad, ya casi tenemos un pie en ella; con tal que esa eternidad sea feliz para nosotros, ¿qué importa que estos instantes transitorios nos sean penosos? ¿Cómo es posible que sabiendo que nuestras tribulaciones de tres o cuatro días producen eternos consuelos no queramos soportarlas? En fin, mi queridísima hija: lo que no es para la eternidad es tan sólo vanidad»."

¡Nuestra vida terrena no es sino un puente que nos permite pasar a la vida celestial!

«¡Oh, qué felices son los que no ponen su afecto en una vida tan engañosa e incierta como ésta! Y la miran solamente como una tabla para pasar a la vida celestial: en ésta es en la que debemos poner nuestras esperanzas y nuestras aspiraciones»."

Debemos vivir y debemos amar con vistas a la eternidad:

«Queridísima hija, cuanto más avanzo en esta vida perezosa, más despreciable la encuentro; y cada vez más amable la santa eternidad a la que aspiramos y que es la única razón de que nos amemos. Vivamos solamente para esa vida, mi queridísima hija, pues sólo ella merece el nombre de vida y en su comparación la vida de los grandes de este mundo es una miserable muerte».

Esta visión de fe, tan consoladora, debe ser en nosotros lo suficientemente viva como para hacernos amable la muerte de nuestros amigos. «Mirad: la muerte de nuestros amigos es ciertamente amable porque mediante de ella van a poblar el cielo y aumentar la gloria de nuestro Rey. Un día, que Dios sabe,

iremos con ellos; mientras tanto, aprendamos con afán el cántico del santo amor para poderlo cantar más perfectamente en esa sagrada eternidad».

El obispo se ejercita en cantar el «cántico del amor», cuya expresión más perfecta es la del abandono filial a la voluntad divina y anima a las almas que le son más queridas a hacer lo mismo. ¿No es éste el medio más seguro para arribar a buen puerto?

«¡Oh, Madre mía, qué alegría para un alma entregada a Dios caminar con los ojos cerrados, guiada por la soberana Providencia! Porque sus razones y sus juicios son impenetrables, pero siempre dulces, suaves, útiles para quienes se confían a ella. No queramos sino lo que Dios quiere. Dejémosle conducir nuestra alma, que es su barca, y Él la guiará a buen puerto».

Y san Francisco de Sales no sabe cómo expresar el gozo que inunda su alma, colmada por los dones del Espíritu Santo y desbordante de amor. «Si supierais cómo trata Dios a mi corazón, le agradeceríais su bondad y le suplicaríais que me diera el don de consejo y fortaleza para llevar bien a cabo las inspiraciones de sabiduría y de entendimiento que me da. Mi corazón está, sobre todo, lleno de un infinito deseo de ser sacrificado para siempre al puro y santo amor de mi Salvador».

### ***Entregarse a Dios en un total abandono: paz y santa indiferencia***

Cuando una persona está animada de tales sentimientos, las contradicciones la dejan con paz y los diversos acontecimientos en una santa indiferencia. La paz es el fruto del abandono filial a nuestro Padre de los cielos.

A una de sus dirigidas que se inquietaba por las calumnias que le habían levantado, le escribe san Francisco de Sales:

«Esas nieblas no son tan densas que no las pueda disipar el sol. Y Dios, que os ha coriducido hasta ahora, os tendrá de su santa mano; pero tenéis que arrojaros con total abandono en los brazos de su Providencia, pues éste es el momento oportuno para ello. Confiarse a Dios en medio de la paz y la dulzura de la prosperidad, casi todos saben hacerlo, pero entregarse a Él en las borrascas y tempestades es lo propio de sus hijos; quiero decir, entregarse a Él con total abandono».

Este confiado abandono en la divina Providencia es el que no cesaba de recomendar a la Madre de Monthoux, superiora de la Visitación de Nevers, entre «las borrascas y tempestades» que sacudían a esa reciente fundación. Es una historia curiosa:

Las carmelitas se habían establecido en Nevers el 8 de diciembre de 1619. Y «entre sus amigos se despertó algo así como una pequeña envidia contra las Hijas de la Visitación». No les ahorraron ni las burlas ni las críticas; y llegaron incluso a las calumnias. Con un magnífico espíritu de fe, san Francisco de Sales escribe a la superiora:

«Alabo a Dios, mi queridísima hija, porque esta pobre y pequeña Congregación de siervas de la divina Majestad está siendo calumniada. ¡Ay!, lamento los pecados de los calumniadores, pero la ofensa recibida es una de las mejores señales de la aprobación del cielo, pues ¡de cuántas maneras quiso ser calumniado nuestro Salvador para que nosotros entendiéramos este secreto! ¡Oh, qué bienaventurados son los que padecen persecución por la justicia!».

Y la anima a «ajustar» su voluntad «a esa resignación e indiferencia que tanto amamos y alabamos». Él sabe «que, a veces, los siervos y siervas de Dios tienen tentaciones humanas». Sin embargo, se asombra de «los efectos de la prudencia humana», tan «opuesta a ese dulce reposo que los hijos de Dios deben tener en la Providencia celestial».

«Se diría que el establecimiento de las casas religiosas y la vocación de las almas se hace por los artificios de la prudencia natural. Ciertamente creo que, en cuanto a las paredes y al techo, la industria puede ser natural; pero, la vocación, la unión de las almas que han sido llamadas, su multiplicación... o es cosa sobrenatural, o no vale nada en absoluto».

Por tanto, hay que permanecer en paz, alegrarse de ver cómo se abren las flores con la bendición divina, sea en el jardín que sea, y ponerse en manos de Dios.

«Pero, queridísima hija, hay que permanecer en paz, en suavidad, en humildad, en amor no fingido, sin quejarse, sin abrir los labios. ¡Oh!, si tenemos un espíritu de entera dependencia en el cuidado paternal que Dios tiene hacia nuestra Congregación, veremos con gusto multiplicarse las flores de otros jardines y bendeciremos a Dios como si fuese en el nuestro. ¿Qué puede importarle a un alma, verdadera amante del Esposo celestial, que sea servido de una forma o de otra? Quien no busca sino el beneplácito de su Ama-

do, goza con todo lo que a Él le hace gozar. Creedme, el bien que es verdadero no teme disminuir por el aumento de otro bien verdadero». ¡Qué hermosas palabras! Y ¡cómo nos elevan por encima de la mezquina envidia, tan corriente en esta pobre humanidad! ¡Qué nobleza revelan en ese gran corazón, todo penetrado del más puro amor! Y ¡qué abandono en Dios...!

«Sirvamos bien a Dios y no digamos: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?; ¿de dónde vendrán las Hermanas? Ese cuidado es cosa del Dueño de la casa y la Señora se ocupará de amueblarla; nuestras Casas son de Dios y de su Santísima Madre».

Siempre indulgente y atento hacia sus religiosas, da muestras de generosa humildad: «Disimulemos con amor todas esas pequeñas mañas humanas, mi queridísima hija; inculcad todo lo que podáis a nuestras queridas Hermanas, a quienes saludo con toda el alma, el espíritu de una verdadera y muy humilde generosidad».

Sin embargo, la malevolencia no se apacigua. Se sigue despreciando a esa pobre Congregación, recién nacida, y que al contrario de las grandes órdenes religiosas, no tiene ni clausura ni votos solemnes (sic)." Y el noviciado de la Visitación continúa vacío. San Francisco de Sales anima así a sus hijas:

«Si esas buenas gentes desprecian nuestro instituto porque les parece menor que el suyo, están obrando en contra de la caridad, según la cual los fuertes no desprecian a los débiles, ni los grandes a los pequeños. Ciertamente, son más importantes que vosotras; pero, ¿acaso los serafines desprecian a los ángeles? Y en el cielo, donde está el modelo que debemos seguir, ¿los grandes santos desprecian a los menores? En última instancia, el que más ame será el más amado y el que haya amado más será más glorificado. Amad mucho a Dios y, por su amor, a todas las criaturas, sobre todo a las que os desprecien, y no os entristezcáis por ello» ¿Por qué se iban a apenar las Hermanas? Les basta con permanecer humildes y confiadas en Dios. «Ejercitaos en la humildad, en la debilidad; dejad que digan y hagan. Si Dios no edifica la casa, en vano trabajarán los que la construyen; y si Dios la edifica, en vano trabajarán los que quieren derruirla. Dios sabe cuándo y con qué almas poblará ese monasterio».

Él mismo conservaba siempre en todas sus dificultades una total confianza en la Providencia.

«El monasterio de Nevers irá bien una vez que se apacigüen todas esas borrascas. No hay que preocuparse de si éstas o aquéllas entrarán en él. Dios, que ha plantado este arbusto, sabe bien cuáles son los pájaros que cantarán en él sus alabanzas».

La santa indiferencia, que es, por tanto, la disposición habitual del alma así abandonada, supone, en el renunciamiento y olvido de sí misma, una generosidad que puede llegar hasta el heroísmo.

«Queréis una cruz, pero queréis elegirla vos misma; que sea corriente, material y de esta manera o de la otra. ¿Qué es eso, hija mía? No, no. Yo deseo que vuestra cruz y la mía sean enteramente la Cruz de Jesucristo, en cuanto a su imposición y elección. Dios sabe lo que hace y por qué lo hace; sin duda, para nuestro bien... Y cuanto más de Dios sea una Cruz más la debemos amar»."

La perfección de la sencillez nos hace adherirnos de tal manera a la voluntad de Dios que ya no deja sitio a los deseos personales.

«No digo que no me apene que tengáis fiebre, confiaba el obispo a la Sra. de Chantal, pero no os preocupéis de mi pena, pues ya me conocéis: yo sé sufrir sin sufrir todo lo que Dios disponga de vos o de mí. No hay que replicar ni acobardarse. Confieso delante del cielo y de los ángeles que os quiero como a mí mismo, pero esto no me impide la firme decisión de aceptar plenamente la voluntad divina. Nosotros queremos servir a Dios en este mundo, en cualquier parte y con todo lo que somos. Si Él juzga mejor que estemos en este mundo o en el otro, vos o yo, o ambos, que se cumpla su santa voluntad».

Debemos descansar en la divina Providencia con gusto, con una confiada serenidad.

«Dilatad vuestro corazón, hacédle descansar a menudo en los brazos de la divina Providencia. Todo lo que nos sucede, menos el pecado, nos viene, sin duda, de la voluntad de Dios. Pero esta misma voluntad, que nos envía las enfermedades espirituales o corporales, quiere que también nos sirvamos de los remedios que ella nos da y que estemos dispuestos a recibir la curación o la continuación del mal, como a Él mejor le plazca. Debéis adorar con frecuencia a la Providencia divina y en toda ocasión poner os en sus manos»."

La razón es muy sencilla: ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que somos de Dios.

«¡Dios mío!, mi queridísima hija, debemos poner nuestra vida y cuanto somos a la total disposición de la divina Providencia; puesto que ya no nos pertenecemos, sino que somos de Aquél que para hacernos suyos ha querido, de forma tan amorosa, ser del todo nuestro».



Llegados a este grado de sencillez en el que nuestra voluntad está plenamente adherida a la divina, nos pareceremos a la estatua cuyo «razonamiento» nos hace oír san Francisco de Sales:

«Si una estatua colocada en un nicho en medio de una sala, pudiese hablar y se le preguntase: ¿por qué estas aquí? Respondería: porque mi dueño me ha puesto aquí. Y ¿por qué no te mueves? Porque él quiere que esté aquí, inmóvil. Y ¿para qué sirves? ¿Qué provecho sacas de estar así? No estoy aquí para utilidad mía sino para servir y obedecer la voluntad de mi dueño. Pero, ¿si ni siquiera lo puedes ver! No, pero él me ve y se goza de que yo esté donde él me ha colocado. Y ¿no querrías tener movimiento, para poder acercarte a él? No, a no ser que él me lo mande. Entonces, ¿no deseas nada? No, porque estoy donde mi dueño me ha puesto, y sus deseos son el único contento de mi ser.»

Esta actitud de perfecta sencillez la resumía el Santo en una fórmula que le gustaba repetir a sus Hijas de la Visitación:

«Yo digo que no hay que pedir nada ni rehusar nada, sino abandonarse en los brazos de la divina Providencia, sin distraerse en otros deseos sino en el de querer lo que Dios quiere para nosotros... Toda la perfección consiste en la práctica de este punto».

A una joven superiora que solicitaba su consejo para ejercer bien su cargo, le escribía: «No pidáis nada, no rehuséis nada en la vida religiosa; ésa es la santa indiferencia, que os mantendrá en la paz de vuestro Esposo eterno y es el único consejo que deseo practiquen todas nuestras Hermanas».

Esa fue en efecto su suprema recomendación y como el último adiós a sus Hijas de la Visitación de Lyon, «en el día de san Esteban por la tarde, antevíspera de su bienaventurada muerte». «¿Me preguntáis lo que yo deseo dejaros grabado en el corazón, para así ponerlo en práctica? ¿Qué os diré, mis queridísimas hijas? Os repito esas dos queridas palabras, que tantas veces os he recomendado: Nada pedir, nada rehusar. En esas dos palabras está dicho todo, pues es un consejo que encierra en sí la práctica de la perfecta indiferencia».

E inspirándose en el misterio de la Natividad del Señor, que se había celebrado la víspera, continúa: «Mirad al pobrecito Jesús en el pesebre y ved cómo recibe la pobreza, la desnudez, la compañía de animales, las inclemencias del tiempo, el frío y todo lo que su Padre permite que le suceda. Nada se ha escrito de que extendiera sus manos buscando el pecho de su Madre, se abandonaba del todo a su cuidado y solicitud; tampoco rechazaba los pequeños alivios que Ella le daba. Aceptaba los servicios de san José, la adoración de los Magos y de los pastores, y todo con la misma indiferencia. Tampoco nosotros debemos desear ni rehusar nada sino sufrir y recibir igualmente todo lo que la Providencia de Dios permita que nos suceda. Que Dios nos conceda esta gracia».

Se adivina fácilmente que la escalada que conduce hasta las serenas cimas del abandono es dura. Que hace falta constancia para una renuncia generosa y a veces heroica, que nos lleve a despojarnos de nosotros mismos y nos reduzca a la sencillez que nos une íntimamente con Dios.

A una de sus dirigidas, cuyos ánimos tenía que sostener -y le decía que necesitaba «ánimo duradero»- san Francisco de Sales le escribía así:

«Lo mismo que los que caminan por la cuerda llevan en su mano la pértiga de contrapeso, para equilibrar su cuerpo en todos los movimientos que precisa ese ejercicio tan peligroso, debéis vos caminar firmemente asida a la Cruz de nuestro Señor entre los peligros en que las diversas situaciones y circunstancias os coloquen; de manera que todos vuestros movimientos estén equilibrados por el contrapeso de la única y simplicísima voluntad de Aquél al que habéis consagrado todo vuestro cuerpo y todo vuestro corazón».

Para avanzar por el camino del amor puro, debemos sostener con firmeza la Cruz de nuestro muy amado Salvador. Ella dará seguridad a nuestro caminar mediante el contrapeso de la única y amabilísima voluntad de Dios

## 5- HUMILDAD Y DULZURA CONSIGO MISMO

### *Sapricio y Nicéforo*

«Estudad bien esta lección porque es la única lección de nuestro soberano Maestro: Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón»

En el año 260 de nuestra era, bajo los emperadores Valerio y Galo, vivían en Antioquía un sacerdote, Saprício, y un laico, Nicéforo, unidos desde hacía mucho tiempo por una estrecha amistad que un día se rompió repentinamente por un disgusto. Y la amistad se tornó odio, odio terrible como suele suceder entre personas que han estado íntimamente unidas. Sin embargo, Nicéforo sintió pronto remordimientos. Por tres veces, a través de amigos comunes, hizo llegar a Saprício sus excusas, que éste no quiso aceptar. Entonces fue él en persona a arrojarse a sus pies y le dijo: «Padre mío, os suplico que me perdonéis, por amor de nuestro Señor».

Pero su sincero esfuerzo se estrelló contra el desprecio de Saprício. Llegó una persecución. Saprício, apresado y sometido a tortura, mostró tanto valor en medio de los tormentos que el gobernador, irritado por su constancia, le condenó a muerte. Cuando lo conducían al suplicio, Nicéforo corrió a su encuentro, y, postrado en tierra, le suplicó: «Mártir de Jesucristo, perdonadme porque os he ofendido». Saprício seguía inquebrantable, y Nicéforo, dando un rodeo, volvió a encontrarse ante él para tratar de conmoverlo. Su incansable perseverancia asombraba a los verdugos, que decían: «jamás hemos visto un loco semejante; si este hombre va a morir, ¿para qué necesitas su perdón?». Y Nicéforo respondió: «No sabéis lo que pido al confesor de Jesucristo». En efecto, estos hombres eran incapaces de entender las exigencias de una conciencia cristiana; no comprendían el deseo de Nicéforo de no separarse de Saprício estando enemistados porque ignoraban las palabras que el Señor había pronunciado: «Si al presentar tu ofrenda ante el altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda y vete primero a reconciliarte con tu hermano».

Ya en el lugar del suplicio, Nicéforo renovó su apremiante petición: «Os lo ruego, mártir de Jesucristo, perdonadme; porque está escrito: «pedid y se os dará». El sacerdote permaneció inflexible, obstinado en su orgullo, tanto que el Señor no quiso aceptar su ofrenda, y, en el momento de arrodillarse para que le cortaran la cabeza, Saprício sintió que le faltaba el valor. En vano le seguía suplicando Nicéforo que fuera fiel al Señor; Saprício renegó de su fe. Y por orden del gobernador, Nicéforo fue ejecutado en su lugar. Su dulzura y su humildad le valieron la gloria del martirio, mientras que el sacerdote, duro y orgulloso, cayó en la vergüenza de la apostasía.

¿No os parece que, bien pensado, este caso no es extraño, sino muy humano? San Francisco de Sales lo ha hecho notar muchas veces: estamos dispuestos a las grandes ocasiones, que se presentan raras veces, si es que se presentan; y descuidamos las pequeñas, tan numerosas cada día, de cumplir sencillamente con nuestro deber. Saprício tuvo mucho valor en los tormentos, pero, obstinado en su terquedad, no pudo consentir en olvidar una injuria y en hacer un gesto de reconciliación fraterna. ¿No pensáis que si su corazón hubiera estado lleno de humildad y dulzura -que siempre van juntas- no hubiera concedido enseguida ese perdón, que su amigo de manera tan emocionante le imploraba?

Pero es que éstas son virtudes difíciles y raras, pues suponen un sincero conocimiento y un perfecto dominio de sí; y el destello divino que se refleja en la frente de quien las posee, revela su valor y su encanto. Porque ellas, en efecto, tienen su fuente en el Corazón de Cristo: «Venid a Mí, que soy manso y humilde de corazón». San Francisco de Sales se hace eco de esta invitación del Maestro. Escuchemos sus enseñanzas sobre la humildad y la mansedumbre, antes de aplicarnos las lecciones que nos da sobre la humildad y, más aún, acerca de la dulzura para con nosotros y los demás.

### ***Humildad y dulzura de corazón***

«De entre todas las virtudes -escribía a la Sra. de Chantal-, os recomiendo las dos más queridas de nuestro Señor, las que tanto desea que aprendamos de Él: la humildad y la dulzura de corazón; pero poned atención en que sean virtudes del corazón, recordando lo que ya os he dicho: que es una de las grandes astucias del diablo el conseguir que muchos se entretengan en decir palabras y dar muestras externas de las virtudes; pero, como no examinan los afectos de su corazón, creen que son mansos y humildes sin serlo en absoluto».

No descuidemos este aviso del santo obispo. Procuremos que de verdad sean «virtudes del corazón» y que estén sólidamente arraigadas en nosotros. Hacerse ilusiones es fácil, pero muy peligroso, puesto que san Francisco de Sales nos asegura que «la dulzura y la humildad son las bases de la santidad». Por eso nos invita a practicar estas dos virtudes y a cultivarlas con esmero. Escribe a una de las destinatarias de sus cartas: «Sed humilde y dulce con todos».

Y a otra: «Cultivad cuidadosamente la humildad y la dulzura interior. Sin cesar os deseo mil bendiciones, y especialmente que seáis humilde, suave y... muy dulce».

Nos pide que nos mantengamos firmes en estas dos virtudes, evitando los escollos en los que ellas podrían tropezar. «Hay que mantenerse firmes en estas dos queridas virtudes: la dulzura para con el prójimo y la amabilísima humildad para con Dios... Hay que arrancar de cuajo el afán de preferencias y privilegios, pues nunca se tienen tantos honores como cuando se los desprecia; y además nos turban el corazón y nos hacen caer en faltas de dulzura y de humildad». «En suma, hay que tener el corazón dulce para con el prójimo y humilde para con Dios». Así estaremos seguros, si lo pedimos con confianza, de recibir el socorro del cielo en todas nuestras dificultades.

«En la soledad podemos sentirnos repentinamente asaltados; en el mundo no nos faltarán dificultades; para todo necesitamos mucho ánimo, pero el cielo está dispuesto a socorrer en todo a los que confían en Dios y con humildad y dulzura imploran su paternal ayuda». Por este camino, que nada tiene de extraordinario, van hacia las cimas de la santidad las almas que Dios llama a la vida de perfección. Así se lo afirmaba él a la joven y ardiente abadesa de PortRoyal, Angélica Arnauld:

«Sin embargo, decid a esta hija tan amada que os he encomendado y por la que tengo tanto interés, que persisto en decirle que Dios la quiere llevar a un excelente género de vida por el cual bendecirá a la infinita bondad que la ha mirado con tan buenos ojos. Pero también debo decirle que el camino que deberá seguir en esta vocación no es en absoluto extraordinario; porque consiste, mi muy querida hija, en una dulce, pacífica y firme humildad; y una humilde, pacífica y firme dulzura».

Lo mismo deseaba para las almas que son totalmente de Dios:

«Nada puede dañar a los que están resueltos a amar a Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas. Y vuestro corazón es así, mi querida hija; que Dios lo bendiga para siempre y lo conserve en la santa humildad y dulzura interior». Aunque estas dos virtudes están muy unidas una a la otra en estrecha dependencia, la preeminencia es, sin embargo, de la humildad:

«La humildad hace nuestro corazón dulce», asegura san Francisco de Sales, porque esta virtud «es la primera y el fundamento de las demás». «Nunca -nos dice- llegaremos a la altura de la perfección del amor de Dios sin habernos rebajado profundamente por la humildad. Nuestro Señor estima tanto la humildad que no tiene dificultad en permitir que caigamos en pecado con tal de sacar de esto una mayor humildad». Y añade: «Nuestro Señor ama tanto la humildad que prefiere correr el riesgo de que perdamos todas las demás virtudes con tal de que la conservemos».

Todas las demás virtudes están situadas entre estos dos extremos: la perfección del amor de Dios y la humildad, incluso si ésta ha sido originada por el pecado. Y de estas dos emanan todas como de su fuente.

«La humildad y la caridad son las dos cuerdas clave, las otras van unidas a ellas y es necesario que se apoyen en esas dos: una es la más grave y la otra la más aguda. La conservación de un edificio depende enteramente de los cimientos y del tejado. Si nuestro corazón está ejercitado en la humildad y la caridad, las otras virtudes vendrán a él sin dificultad. Son las madres de las virtudes, que las siguen como los pollitos a las gallinas».

No tengamos miedo al esfuerzo necesario para adquirir la humildad. «Cuanto más trabajo os cueste la santa humildad, más gracia os proporcionará». Sobre este punto, el pensamiento del obispo está claro: «Quien desee muchas gracias ha de sentir humildemente de sí y no envanecerse». «El gran secreto para mantener mucha devoción es tener mucha humildad».

«El sagrado don de la oración está preparado en la mano derecha del Salvador, que lo derramará en vuestro corazón tan pronto como éste se vacíe de sí mismo, es decir, del amor de vuestro cuerpo y de vuestra propia voluntad. O sea, cuando seáis humilde».

Efectivamente, la humildad es la actitud más apropiada para nuestra condición de pobres criaturas, tanto para esperar los beneficios divinos como para aceptar los designios de la Providencia.

«Hay que esperar, orar, confiar; y sobre todo, humillarnos ante su divina Majestad». «En una palabra, hay que tener los ojos fijos en la Providencia, cuya dirección tenemos que aceptar con toda la humildad de nuestro corazón».

Así anima vivamente él a las almas que se han puesto bajo su dirección, a que se ejerciten en la humildad. Entre los consejos que da a una dama del mundo están los siguientes:

1. Haréis un acto de humildad cada día, saludando por la mañana, o dando las buenas noches a alguno de vuestros servidores, mientras interiormente hacéis un acto por el que reconocéis en esa persona a alguien que, como vos, ha sido redimida por nuestro Señor.
2. Siempre que podáis, trataréis familiarmente, con sencillez, a vuestra doncella»

A otra de sus dirigidas le escribía:

«Mientras tanto, mi querida hija, humillaos a menudo ante Dios y ante toda criatura por amor de Dios. Y como el amor fiel se reconoce en las ocasiones, aprovechad bien todas las que se os presenten para ser amable con quienes son de inferior clase social; tratadlos afablemente; usad para con ellos palabras corteses y cordiales. Mi querida hija, no hay que tener demasiado en cuenta la condición de cada uno en esta vida; en realidad, somos lo que somos ante Dios; la humildad será lo único que se considere cuando todos tengan la condición de hijos de Dios. Feliz vos, si sentís repugnancia en familiarizaros, igualaros y uniros a ciertas personas, porque al sobreponeros, vuestra humildad será más excelente. Sed valiente y tened el corazón elevado hacia Dios; no os maravilléis de sentiros débil porque si invocáis a Dios, Él será vuestra fortaleza para llevar a cabo diligentemente el deseo que tenéis de no vivir más que para Él». ¡Cuánto goza su corazón cuando encuentra en un alma esa querida virtud!

«Soy y seré en adelante del todo y sin reserva vuestro humilde y afectísimo servidor, que os desea un cúmulo de gracias de nuestro Señor y, sobre todo, que progreséis continuamente en la santísima dulzura de caridad y en la sagrada humildad de la amabilísima sencillez cristiana. No puedo dejar de deciros que he encontrado muy dulces las palabras de vuestra carta cuando decís que vuestra casa es de las corrientes y nada más; esto es muy de apreciar en un tiempo en el que los hijos del siglo presumen tanto de sus casas, de sus apellidos y de sus ascendientes».

A la priora del carmelo de Chartres, asustada por su cargo, le predica la confianza sobrenatural, fundada en la humildad: «Os digo que seréis fiel si sois humilde. -¿Y podré serlo?. -Sí, si lo queréis. -Claro que lo quiero. - Pues ya lo sois. -Veo claro que no soy. - Pues mucho mejor, porque eso ayuda a serlo más. No seáis tan sutil, caminad sencillamente y, puesto que Dios os ha encargado de sus almas, encargadle a Él la vuestra, para que sea Dios quien lleve esa carga y os lleve a vos y a ella. Su corazón es muy grande y quiere que el vuestro tenga sitio en él. Descansad en Dios, y, cuando caigáis en faltas o tengáis defectos, no os asustéis, sino que, después de humillaros ante Dios, recordad que la fuerza divina se muestra más gloriosa en nuestra debilidad. En una palabra, hija mía, vuestra humildad tiene que ser animosa y valiente, por la confianza que debéis tener en Aquél que os ha elegido para el cargo. Y para cerrar el camino a las muchas réplicas que la prudencia humana, disfrazada de humildad, suele hacer en esas ocasiones, recordad que el Señor no quiere que le pidamos nuestro pan de cada año, ni de cada mes, ni de cada semana, sino el de cada día. Esforzaos en hacer bien lo de hoy, sin pensar en el mañana; y al día siguiente, haced lo mismo; no discurráis sobre lo que tendréis que hacer mientras estéis en el cargo, haced vuestra tarea día tras día y no deis oídos a vuestras preocupaciones, pues vuestro Padre celestial, que hoy se ocupa de vos, también mañana y pasado mañana se preocupará de guiaros si, a la vista de vuestra incapacidad, lo esperáis todo de su Providencia».

Ni el sentimiento de nuestra imperfección ni las dificultades que encontremos en nosotros mismos, deben impedirnos dar prudentes consejos a quienes nos los pidan:

«¡Hija mía!, si solamente pudiesen ayudar a las almas aquéllos que no tienen dificultades en su tarea y que son perfectos, vos no tendríais ahora un padre en mí. Nunca debemos dejar de aliviar a otros, aunque nos encontremos nosotros mismos en vacilaciones y dudas. ¡Cuántos buenos médicos hay que no están sanos! ¡Cuántos cuadros preciosos salidos de las manos de pintores muy feos! Así que, cuando vuestras Hijas acudan a vos, decidles con toda claridad y en caridad todo lo que Dios os inspire; no las dejéis salir vacías de vuestra presencia».

Él mismo encontraba su descanso en la humildad. Cuando se conocieron, ¡con cuánta admiración hablaba la baronesa de Chantal del obispo de Ginebra! Y esto le disgustaba a él.

«Hija mía, voy a escribir a vuestro suegro, según vuestro deseo; pero vos no escribís según el mío, ni a mi madre ni a la Sra. de Charmois cuando decís 'nuestro bueno y santo obispo', porque donde esas señoras leen santo obispo, deberían leer 'tonto obispo'. Sé bien que en tiempos de san Jerónimo se llamaba santos a todos los obispos, por su cargo; pero ahora ya no es así» 1

Parece que la Sra. de Chantal no hizo caso de esta observación, porque en otra carta, el obispo se expresaba así:

«Por lo que veo, va a ser preciso que yo os prohíba emplear la palabra 'santo' cuando habléis de mí, porque es mucho más la apariencia que la realidad. Aparte de que, canonizar santos no es cosa vuestra». Esta prohibición tampoco surtió efecto, lo cual entristeció al obispo:

«Hija mía, aunque soy muy vanidoso, no me estimo tanto como vos me estimáis. Me gustaría que me conocieseis bien; no dejaríais de tener total confianza en mí, pero dejaríais de estimarme. Y diríais: he aquí un junco que me da Dios para que me apoye; me apoyo con seguridad, puesto que Dios así lo quiere,

pero el junco en sí, no vale nada. Ayer, después de leer vuestra carta, anduve dando unas vueltas y con los ojos llenos de lágrimas al ver lo que soy y en lo que se me estima. Veo lo que me estimáis y me parece, hija mía, que esta estima que os da tanta satisfacción es un ídolo». Pensáis quizá que él se siente tentado de vanidad al ver a tantas almas que recurren a sus luces. Pues todo lo contrario. Esos testimonios de confianza le empujan a la humildad y le sirven de estímulo para tratar de merecer la estima que se le muestra. «No creáis en absoluto que me haya pasado por la cabeza el pensamiento de que vais buscando la excelencia de mi persona, pues, aunque esa idea es muy propia de mi miseria, no me viene en esas ocasiones. Todo lo contrario; quizá no haya nada más a propósito para encaminarme hacia la humildad y me admiro de que muchos siervos y siervas del Señor tengan tanta confianza en la opinión de una persona tan imperfecta como yo. Y eso me da ánimo para tratar de ser tal como me creen, y espero que Dios, que me da la amistad de tantos hijos suyos, me concederá también la suya santísima, por su misericordia, después de hacer la penitencia que corresponde a lo que he merecido».

Estaba tan profundamente anclado en esta virtud que cuando el cardenal de Retz, en 1619, le propuso aceptar ser su coadjutor en París, permaneció indiferente ante esta oferta y a los honores que llevaba consigo. Y confió sencillamente a la Madre de Chantal:

«Mi alma sintió un gran placer en no mirarlos siquiera y en no tenerlos más en cuenta de lo que los hubiera tenido en el trance de la muerte, cuando todo lo del mundo parece solamente humo».

Quería que la Visitación estuviera impregnada de este espíritu de humildad.

«Venid en buena hora con nuestras Hermanas de la Visitación, decía a una persona inquieta y que ardía en deseos de entrar en el monasterio. Pero daos cuenta de que la casa en la que vais a entrar es una Congregación pequeña, aún mal alojada, y en la que todo es pobre, humilde y modesto, salvo los deseos de las que están en ella, que son nada menos que llegar a la perfección del divino amor». Y añadía: «El verdadero espíritu de nuestra pobre Visitación es considerarse muy sencilla y pequeña y no estimar nada más que tener a Dios contento al ver esa sencillez. Por tanto, la Visitación estima y honra todas las otras formas de vivir en Dios y, como digo, se considera entre las otras Congregaciones como las violetas entre las flores: baja, pequeña, de colores menos vivos, pues le basta con que Dios la haya creado para servirle y para que dé un poco de buen olor a la Iglesia». La Visitación debería tener una humildad tan profunda que hasta llegase a aceptar con gusto dejar de ser ella misma y desaparecer, si tal fuese el beneplácito divino. Hace saber a la superiora del monasterio de Lyon, donde el cardenal de Marquemont sueña con introducir importantes cambios en la Congregación fundada por san Francisco de Sales, lo siguiente: «Si Dios quiere, en vista de todo esto, que esta Congregación cambie de nombre, de estado y de condición, os atenderéis a su beneplácito y toda la Congregación os seguirá; pues de cualquier forma que Dios sea servido en esa comunidad en que ahora le servís, estaréis satisfecha. Sí, mi queridísima hija, ése es el espíritu que debe reinar en nuestra Congregación, pues es el espíritu perfecto y apostólico. Si ella pudiera contribuir a que se estableciesen muchas otras Congregaciones de buenas siervas de Dios sin lograr establecerse ella misma, con eso sería mucho más agradable a Dios, pues estaría menos expuesta al amor propio». Y tiene que poseer una humildad tan sincera que no tenga dificultad en reconocer la excelencia de las otras órdenes.

El obispo aseguraba a la R.M. María de Jesús, priora del Carmelo de Orleans, que siempre serían honradas y respetadas por las Hijas de la Visitación, «según la regla que yo les he inculcado tan a menudo, de que es preciso que cada cual cultive la viña en la que está, con fidelidad y cariño, por amor de Aquel que nos ha enviado; sin que, por ello haya que dejar de conocer y reconocer francamente la mayor excelencia de las otras, y, según eso, tenerles toda reverencia y veneración».

Con admirable delicadeza expresaba san Francisco de Sales su pensamiento al cardenal de Lyon. Como éste le preguntase un día cuál era su proyecto al fundar una congregación de mujeres, cuando ya había tantas fundadas, el obispo respondió:

«Es para dar a Dios hijas de oración y almas tan interiores que sean dignas de servir a su infinita Majestad y adorarla en espíritu y en verdad. Dejando a las grandes órdenes ya establecidas en la Iglesia que honren a nuestro Señor mediante excelentes ejercicios y resplandecientes virtudes, quiero que mis Hijas no tengan otra pretensión que la de glorificarle por su humildad; que este pequeño Instituto de la Visitación sea como un pobre palomar de inocentes palomas, cuyo cuidado y ocupación es meditar en la ley del Señor, sin dejarse ver ni oír del mundo; que vivan escondidas en el hueco de la peña y en lo secreto de los escarpados escondrijos, para dar allí a su Amado, en vida y en muerte, pruebas del dolor y del amor de sus corazones, con su delicado y humilde gemido».

Esa era la humildad que deseaba para aquélla a la que miraba como «la piedra fundamental» del edificio espiritual que proyectaba levantar para gloria de Dios: «Deseo que seáis extremadamente humilde en todas vuestras obras. Tratad humildemente con todos siempre, sin preocupación por ser ensalzada y alabada, sino deseando ser despreciada y rechazada. Y hasta que no hayáis llegado a ese grado de humildad, no penséis haber sacado provecho. Somos de verdad siervos inútiles; no hay mejor ejercicio que despreciarse a sí mismo. Mirad como un beneficio para vuestra alma los ultrajes e injurias que se os hagan, y alegraos por ellos. No os atribuyáis el mérito de las buenas acciones, sino llevad todo a los pies de Jesucristo, que es su autor. De lo contrario le estaríais sustrayendo su gloria. No queráis ser tenida por humilde, sino por vil y poca cosa».

### ***La dulzura consigo mismo***

San Francisco de Sales escribía a la Sra. Bourgeois, abadesa de Puits d'Orbe:

«La humildad hace que no nos turbemos por nuestras imperfecciones, recordando las de los demás; pues, ¿por qué íbamos a ser nosotros más perfectos que los otros? Y hace también que no nos turbemos por las imperfecciones de los demás al acordarnos de las nuestras; pues, ¿por qué nos va a parecer raro que los demás tengan imperfecciones, teniendo nosotros tantas? La humildad nos suaviza el corazón respecto a los perfectos e imperfectos: con aquéllos, por reverencia; con éstos, por compasión. La humildad nos hace recibir las penas con resignación, sabiendo que las merecemos; y los bienes con reverencia, sabiendo que no los merecemos».<sup>9</sup>

Y así, la humildad nos lleva a la dulzura, virtud característica de la santidad de san Francisco de Sales.

«No creo, afirmaba santa Juana de Chantal, que se pueda expresar con palabras la exquisita dulzura que Dios derramó en su alma, en su rostro, en sus ojos, en sus palabras». Uno de sus amigos decía: «Siempre se ve al obispo de Ginebra con un rostro tan dulce y tan sereno que llena el corazón de devoción». Y otro, añadía:

«Me parecía que toda la mansedumbre que puede haber en un hombre estaba concentrada en él. Nunca me cansaba de verle y oírle por lo dulce y agradable que era; no hacía ni decía nada que no se inspirase en la dulzura de nuestro Señor». Su amigo, el obispo de Belley, veía en él la encarnación de la dulzura: «Parecía que esta virtud se hubiera personificado y que él era la dulzura misma más que un hombre dotado de esta virtud».

La dulzura supone el dominio de sí mismo. Admiramos cómo se manifiesta hasta en el porte del obispo, sin desmentirse jamás:

Su amigo, Mons. Camus, llevado por una curiosidad piadosa, aunque indiscreta, había mandado hacer agujeros en la puerta del apartamento donde se alojaba el obispo de Ginebra cuando venía a su casa, para «poder observarle estando retirado en su habitación y ver cómo se comportaba en el estudio, en la oración, en la lectura, en la meditación, al sentarse, al andar, al escribir, o sea, en las situaciones comunes, en las que al estar solos nos solemos permitir algunas licencias.

Jamás vi, afirmaba, que infringiera la más pequeña ley de la modestia, igual solo que acompañado, y acompañado igual que solo. La igualdad de su compostura corporal era semejante a la de su corazón... Cuando rezaba, se diría que estaba en presencia de los ángeles y de todos los bienaventurados, inmóvil como una estatua y con porte muy respetuoso. Incluso me fijé si, descuidadamente, cruzaba las piernas; si apoyaba la cabeza sobre el codo: nunca. Siempre una gravedad acompañada de dulzura, que llenaba de amor y de respeto a quienes le miraban»

Y bien sabemos cómo se esforzaba por mantener la igualdad de ánimo. Un día vio a una joven que llevaba en la cabeza un cubo de agua y dentro de él había puesto un trozo de madera; quiso saber la razón y ella le explicó que era para detener el movimiento del agua e impedir que se derramara al caminar. «Desde ahora, pensó el obispo, tenemos que poner la Cruz en medio de nuestros corazones para que ese madero detenga el movimiento de los afectos y así no se derramen fuera, con las inquietudes y turbaciones del espíritu».

Para conservar el alma en la «suavidad y mansedumbre» entre las contrariedades, disgustos y dificultades diarios, se necesita una mortificación continua del espíritu y del corazón. Desde muy pronto, Francisco de Sales tuvo empeño en ejercitarse en el dominio propio. Había domado la violencia de su carácter de tal modo que lo creían «lento y tardo por naturaleza». Su solicitud por el equilibrio y la mesura, que tanto favorecen a la suavidad, le llevaba, aunque poseía un «estómago robusto» y una

«constitución predispuesta para una larga vida», a la «prudencia en cuidar su salud para el servicio de Dios y a la moderación en las comidas». Por el orden y cuidado que ponía en sus asuntos, pudo asegurar a la Sra. de Chantal (sic) que, buscando bien, encontraría «un recibo» extraviado, porque él «jamás había perdido ningún papel importante». Y finalmente, en cuanto a la serenidad que ponía en sus ocupaciones, preguntaba: «¿No debemos hacer todo con un cuidado diligente, pero con dulzura, con tranquilidad, con paciencia?».

Se comprende que un hombre así, siempre unido a Dios, siempre y enteramente entregado, con total abnegación, con la más exquisita caridad para quienes le rodeaban, tuviera empeño en recomendar -y es éste un punto esencial de sudirección espiritual- que practiquemos en toda circunstancia la dulzura para con nosotros mismos. «Mantengamos nuestro corazón en suavidad», escribía a la M. de Chantal. El secreto para ello es recibir con benevolencia las molestias que nos causan las exigencias de nuestro estado de vida, la miseria de nuestra condición humana y las pruebas que Dios nos envía.

### ***Dulzura en las exigencias de nuestra vocación***

Faltamos a la dulzura para con nosotros mismos porque no aceptamos las exigencias de nuestro estado de vida. La Sra. Brúllart, casada y madre de familia, está convencida de que no es posible santificarse en el matrimonio. De ahí la irritación sorda que bulle en su corazón y las repugnancias que la revuelven. El obispo trata de persuadirla de que la santidad no es privilegio del claustro y que debe aspirar a ella adaptándose suavemente a su vocación.

«Quisiera que consideraseis, le escribía, cuántos santos y santas han vivido en vuestra vocación y estado, y todos se han adaptado con una gran dulzura y resignación, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento: Sara, Rebeca, santa Ana, santa Isabel, santa Mónica, santa Paula y otras cien mil. Eso debe animaros; encomendaos a ellas en vuestras oraciones».

Pero, en realidad, ¿cuál es la idea que tiene la Sra. Brúllart sobre la santidad? ¿No persigue acaso un ideal de perfección según sus propias preferencias, en lugar de someterse humildemente al orden establecido por Dios? San Francisco de Sales le muestra su error:

«No hay que juzgar las cosas según nuestro gusto, sino según el de Dios. Eso es lo importante: si queremos ser santos siguiendo nuestra voluntad, no lo seremos jamás; tenemos que serlo según la voluntad de Dios».

Tal es, en frase feliz, la ley general; veamos ahora la aplicación particular:

«La voluntad de Dios es que, por amor a Él, obréis libremente así: que améis francamente las obligaciones de vuestro estado. Digo que las améis realmente, las queráis, no por lo exterior y que puede estar relacionado con la sensualidad en sí, sino por lo interior, porque Dios lo ha mandado, porque bajo esa pobre corteza se cumple la santa voluntad de Dios. Y ¡cuántas veces nos equivocamos en esto!».

Y para que no se engañe en adelante, el obispo insiste: «Os digo una vez más que no hay que fijarse en la condición exterior de las acciones, sino en la interior, es decir: si Dios lo quiere o no».

Preocupado por iluminar con la luz de los principios santos a esta alma generosa y recta, le sigue diciendo:

«No os fijéis nunca en la naturaleza de las cosas que hagáis, sino fijaos en lo que valen, a pesar de lo mezquinas que son, pues son queridas por la voluntad de Dios, ordenadas por su Providencia, dispuestas por su sabiduría. En resumen, si a Dios le son agradables y así lo vemos, ¿cómo pueden desagradarnos a nosotros?»

Y saca esta conclusión:

«Cuidad, mi queridísima hija, de ser cada día más pura de corazón. Esta pureza consiste en valorar todas las cosas y pensarlas en el peso del santuario, que no es otro que la voluntad de Dios». Hemos llegado al punto crucial: la voluntad de Dios. Es la regla suprema. Tenemos que someterle toda nuestra conducta y todos los afectos de nuestro corazón. «Os suplico que tengáis ánimo; acostumbraos poco a poco a vuestra voluntad a que siga la de Dios dondequiera que os conduzca; que se sienta firme cuando vuestra conciencia le diga: Dios lo quiere; y poco a poco, esas repugnancias tan fuertes que sentís se irán debilitando y pronto acabarán por desaparecer».

«Hay que amar lo que Dios ama: Él ama nuestra vocación, amémosla nosotros también sin entretenernos en pensar en las de los demás; cumplamos con nuestro deber; llevar cada uno su cruz no es demasiado». Hay cruces mucho más pesadas que las nuestras; los santos han hecho sacrificios mucho más duros que los que a nosotros se nos piden. Su ejemplo tiene que estimular nuestra generosidad.

«Antes de hacer o de disponeros a hacer algunas de las cosas de vuestra vocación que os resulten molestas, pensad que los santos hacían con alegría cosas mayores y más enojosas: unos, sufrieron el martirio; otros, el desprecio del mundo. San Francisco y muchos religiosos contemporáneos nuestros han besado repetidamente las llagas y úlceras de leprosos y enfermos; unos se han retirado al desierto; otros han sufrido en galeras con los soldados; y todo esto para hacer algo agradable a Dios. ¿Acaso nosotros hacemos cosas tan difíciles?».

Pero todas estas consideraciones serían inútiles si a ellas no añadiera la oración. Hay que pedir a Dios a menudo la gracia de amar la propia vocación y de llenarse de espíritu de fe para disponerse a servirle humildemente en todo lo que repugna a la naturaleza:

«Quisiera que frecuentemente durante el día, invocaseis a Dios implorando el amor a vuestra vocación y que dijeseis como san Pablo en su conversión: Señor, ¿qué queréis que haga? ¿Deseáis que os sirva en lo más vil de vuestra casa?»

Aún me tendría por demasiado feliz: con tal de serviros, no me preocupo de lo que sea. Y si hay alguna cosa que os disguste especialmente, decidle: ¿Queréis que haga esto? Señor, ni de esto soy digna; lo haré con gusto. Y de ese modo os humillaréis mucho. Y ¡qué tesoro ganaréis! Mucho mayor de lo que podáis pensar».

San Francisco de Sales indica a su dirigida el modo de conseguir ese tesoro: convencerse de que Dios quiere que le sirva en el estado de vida que tiene y que, en consecuencia, por amor de Él, se esfuerce en amar mucho su vocación y todos los deberes que ella comporta. Así no tendrá ni impaciencia, ni inquietudes, ni repugnancias:

«El remedio sería convenceros y empapar vuestro espíritu en la idea de que Dios quiere que le serváis allí donde estáis y mediante los ejercicios propios de ese estado y los actos que de él dependen; y una vez persuadida, tenéis que enamoraros de vuestro estado y de las obligaciones del mismo, por amor de quien así lo quiere. Pero, querida hermana, esto no hay que pensarlo como de pasada; estos pensamientos tenéis que incrustarlos bien dentro del corazón; y mediante retiros y cuidados especiales, lograréis que esta sabrosa verdad os resulte grata a vuestra mente. Creedme, todo lo que sea contrario a este consejo, no es sino amor propio».

El Santo resumía así sus consejos: «Servid a Dios con mucho ánimo y lo más que podáis, en los ejercicios de vuestra vocación... rebajaos con gusto a aquello cuya corteza parece menos brillante, si veis que Dios lo quiere; pues de cualquier manera que se haga la voluntad de Dios, no importa que sea por acciones elevadas o bajas. Suspirad con frecuencia para que vuestra voluntad esté unida a la de Dios...

Mi querida hermana, avanzad siempre y con suavidad. Si Dios quiere que corráis, Él dilatará vuestro corazón, pero por nuestra parte, quedémonos con esta lección: Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón».

### ***Dulzura en las miserias de nuestra condición humana***

Faltamos a la dulzura para con nosotros mismos porque no aceptamos la miseria de nuestra condición humana. Nuestras imperfecciones y nuestras faltas nos irritan; nos exaspera nuestra mediocridad y nuestras repetidas debilidades llenan de amargura y de despecho nuestro corazón.

San Francisco de Sales nos sitúa frente a la realidad, contra la que sería inútil rebelarse.

«Nos gustaría ser perfectos, pero, hija mía, hay que tener paciencia por ser de la naturaleza humana y no de la angélica».

«Os gustaría más no tener fallos que veros llena de imperfecciones. A mí también, pues eso querría decir que ya estaríamos en el paraíso».

Tenemos que aceptar nuestras miserias sin asombrarnos.

«No deben asombrar vuestras debilidades y miserias: Dios ha visto muchas, y su misericordia no rechaza a los miserables, sino que les hace el bien; y levanta el trono de su gloria sobre su miseria».

«No os asombréis nunca de veros miserable y llena de mal humor... no os asombréis de esas importunidades y violencias que sentís... No, hija mía, no os asombréis por eso».

Pero, ¿cómo es posible que tengamos la sincera voluntad de ser enteramente de Dios y que a la vez estemos llenos de miserias, que al ir tras el bien nos deslicemos por la pendiente del mal? Es porque hay dos hombres en nosotros: uno que fabrica magníficos sueños de perfección y otro que los echa por tierra; uno que trata de escalar las cimas y otro que se esfuerza por detenerlo y lo hace rodar hasta abajo. Esto lo explica san Francisco de Sales con gracia a la Hna. Petra María de Chátel. Esta religiosa de la Visitación,



ecónoma de su monasterio, era, al parecer, muy sensible a las advertencias que se le hacían, por lo que experimentaba «molestos sentimientos de pena y de despecho». Y san Francisco de Sales le escribía así: una es una tal Petra que, como en otro tiempo san Pedro, su patrono, es débil y se resiente y se revuelve airadamente si se la toca; esa Petra María es la hija de Eva y, por tanto, tiene mal genio. La otra es una Petra María que tiene muchos deseos de ser toda de Dios y para eso, ser sencillamente humilde y humildemente dulce para con el prójimo. Y ésta es la que querría imitar a san Pedro, que era tan bueno después que lo convirtió nuestro Señor. Esta Petra María es hija de la gloriosa Virgen María y por consiguiente de muy buen natural. Y las dos jóvenes, de madres distintas, luchan entre sí, y la que no vale nada es tan mala que algunas veces a la buena le cuesta trabajo defenderse, y entonces le parece a la buena que la mala es más fuerte. Pero eso no es así, mi querida Petra María, la mala no es más fuerte que vos, pero es más apegada a sus ideas; quiere hacerse notar, es perversa, engañosa y terca; y, cuando os ve llorar, está contenta porque perdéis el tiempo y se conforma con ello cuando no puede conseguir que perdáis la eternidad».

No nos asombremos de nuestras miserias, y, puesto que vienen del fondo mismo de nuestro ser, soportémoslas con paciencia. San Francisco de Sales insiste en ello.

«Tenemos que tener paciencia con nuestro modo de ser y no asombrarnos».

«Tened paciencia con vos misma y con vuestras imperfecciones». «Tened paciencia con todos, pero sobre todo con vos misma. Quiero decir que no os turbéis por vuestras imperfecciones y que siempre tengáis el valor de levantaros de ellas: me alegro de que cada día empecéis de nuevo; no hay nada mejor para avanzar en la vida espiritual que volver a empezar, sin creer nunca que ya se ha hecho bastante».

«Es imposible que hayáis dominado tan pronto vuestra alma y que ya de entrada la tengáis en vuestras manos. Contentaos con lograr de vez en cuando alguna victoria sobre vuestra pasión dominante. Hay que soportar a los demás, pero lo primero, soportarse a sí mismo y tener paciencia por ser imperfecto»

Nos será tanto más fácil ser pacientes con nuestras imperfecciones cuanto mejor comprendamos el provecho espiritual que nos procuran nuestras miserias, pues nos enseñan la humildad. «Sabed que la virtud de la paciencia es la que mejor nos asegura la perfección, y, si tenemos que tenerla con los demás, también deberemos tenerla con nosotros mismos... Hay que sufrir las propias imperfecciones para conseguir la perfección; quiero decir, sufrirlas con paciencia, sin amarlas y acariciarlas; la humildad se alimenta con este sufrimiento».

«Os quejáis de las muchas imperfecciones y defectos que se mezclan en vuestra vida a pesar del deseo que tenéis de la perfección y pureza en el amor de Dios. Os respondo que no es posible desprendernos del todo de nosotros mismos. Mientras estamos aquí abajo, tenemos que soportarnos hasta que Dios nos lleve al cielo; y, al soportarnos, no estamos cargando con nada que valga la pena. Por tanto, hay que tener paciencia y no creer que algún día nos vamos a ver libres de tan malos hábitos, contraídos por el poco cuidado que hemos tenido de nuestra salud espiritual. Dios ha curado a algunos de repente, sin que les quedara ninguna huella de sus anteriores enfermedades. Así lo hizo con la Magdalena, que en un instante dejó de ser un pozo de agua corrompida y se convirtió en manantial de agua de perfección y ya nunca más volvió a ser agua turbia. Pero el mismo Dios dejó en varios de sus queridos discípulos muchos rastros de sus anteriores malas inclinaciones después de su conversión, para mayor provecho de ellos: buena prueba es el bienaventurado san Pedro, quien, después de la primera llamada, tropezó muchas veces en imperfecciones y cayó miserablemente una vez por sus negaciones.

Dice Salomón que la criada que de pronto se convierte en señora es una gran insolente. Habría asimismo mucho peligro de que el alma que sirvió mucho tiempo a sus pasiones y afectos se volviera vana y orgullosa si en un momento se convirtiera en dueña de sí misma. Tenemos que ir adquiriendo poco a poco y paso a paso este dominio en cuya conquista los santos y santas han empleado decenas de años. Necesitáis tener paciencia con todo el mundo, pero, sobre todo, con vos misma».

A una de sus hijas, a la que su evidente falta de dulzura enerva e irrita mucho, le escribe: «Vamos a hablar un poco acerca del corazón de mi queridísima hija: Si estuviera ante un ejército enemigo, ¿podría hacer maravillas cuando ante la sola vista de una niña mal educada y sin seso se turba tantísimo? No os inquietéis, queridísima hija; nada hay más molesto que el fastidio que producen muchas pequeñas incomodidades que agobian y que importunan continuamente. Y nuestro Señor permite que en estas ocasiones nos sintamos débiles, para que nos humillemos y sepamos que cuando hemos superado ciertas tentaciones grandes, no ha sido por nuestras fuerzas, sino por la ayuda de la bondad divina». Y san

Francisco de Sales no se cansa de recordarnos nuestra debilidad incurable y de exaltar la bondad de Dios, que se digna aceptar nuestros pobres esfuerzos. «Hay que confesar la verdad: somos pobres gentes que no podemos hacer nada bien. Pero Dios, infinitamente bueno, se contenta con nuestros pequeños servicios y se complace en que preparemos nuestro corazón».

¿Y en qué consiste la «preparación de nuestro corazón»? Nos lo explica el obispo: «Cuando nuestro corazón, en su meditación piensa en lo que debe dar a Dios, es decir, cuando hace sus proyectos de servir a Dios y honrarle, de servir al prójimo, de mortificar sus sentidos interiores y exteriores y demás propósitos, entonces hace maravillas. Se prepara y dispone para que sus actos tengan un grado de perfección admirable. Sin embargo, toda esa preparación es nada en comparación con la grandeza de Dios, que es infinitamente más grande que nuestro corazón».

Pero qué lejos de su puesta en práctica quedan los deseos que suscitan en nuestro corazón esas maravillosas «preparaciones».

«Un alma que considera la grandeza de Dios, su inmensa bondad y dignidad, no puede conformarse con una gran preparación, por maravillosa que sea. Tiene que ofrecerle también una carne mortificada y sin rebeliones, una atención a la oración exenta de distracciones, una dulzura de trato sin amargura, una humildad sin ningún arranque de vanidad. Todo esto está muy bien; es una magnífica preparación; pero, aún falta algo para cumplir nuestro deber de servir a Dios. Después hay que ver si se cumple lo planeado; porque en la práctica nos quedamos cortos y vemos que todas esas perfecciones no pueden ser en nosotros ni tan grandes ni tan absolutas. Podemos mortificar la carne, pero no tan perfectamente que se sofoque toda rebelión; nuestra oración tendrá distracciones, y así irá ocurriendo en todo lo demás». ¿Debemos «inquietarnos, turbarnos, agitarnos, afligirnos» por esta radical impotencia nuestra para servir a Dios perfectamente? Sería un error «querer ser ángeles», puesto que la perfección a realizar debe ser propiamente humana, que nunca se logra sin tropiezos y sin sacar provecho de nuestros propios fallos, para que nos ayuden a santificarnos.

«Voy a deciros una cosa y la debéis retener bien: muchas veces nos entretenemos en ser ángeles buenos, y, mientras tanto, dejamos de ser buenos hombres y buenas mujeres. Nuestras imperfecciones nos acompañarán hasta el sepulcro. No nos es posible caminar sin pisar tierra; no hay que echarse en ella ni revolcarse, pero tampoco debemos soñar con volar porque todavía somos pollitos que aún no tienen alas. Vamos muriendo poco a poco, y lo mismo deben ir muriendo nuestras imperfecciones de día en, día». Y, arrebatado por un soplo de lirismo, ensalza las riquezas que nuestras imperfecciones encierran: «¡Queridas imperfecciones -exclama-, que nos hacen reconocer nuestra miseria, nos ejercitan en la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y diligencia y que no son impedimento para que Dios tenga en cuenta esa perfecta preparación de nuestro corazón! ». Por tanto, debemos aborrecerlas y amarlas a la vez. «Aborreced vuestras imperfecciones porque son imperfecciones, pero amadlas porque os hacen ver vuestra nada y vuestra insignificancia y porque son objeto para el ejercicio y la perfección de la virtud y merecer la misericordia de Dios».

Más exactamente, no amemos nuestras imperfecciones, sino la humildad que nos proporcionan.

«No hay que amar las imperfecciones, pero sí la humildad que nos proporcionan. No debemos dejarnos turbar y agobiar por nuestras miserias, sino tratar de salir de ellas con paz. Dichoso desprecio que mis imperfecciones y defectos me aportan, yo os amo; detesto el mal, pero me gozo de la vergüenza que me causa. En esta vida debemos cargar con nosotros mismos, y hacerlo tranquilamente. Pero, ¿qué es lo que soportamos cuando nos soportamos a nosotros mismos? Algo que nada vale, lo cual no debe asombrarnos». Esto tampoco debe desanimarnos, ni hacernos dudar del amor que Dios nos tiene.

«Nuestras imperfecciones no deben agradarnos; hemos de decir con el Apóstol: "¡Oh, miserable de mí!, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?" No deben tampoco asombrarnos ni quitarnos el ánimo. De ellas debemos sacar sumisión, humildad y desconfianza en nosotros mismos; pero no desánimo ni aflicción del corazón, ni mucho menos desconfianza del amor de Dios hacia nosotros; porque Dios no ama nuestras imperfecciones y pecados veniales, pero nos ama a nosotros a pesar de ellos. Tampoco la madre ama la debilidad y las enfermedades de su hijo, pero no sólo no deja de amar al niño por eso, sino que lo ama más tiernamente y con compasión; y así Dios no ama nuestras imperfecciones y pecados veniales, pero no deja de amarnos tiernamente. David estaba en lo cierto cuando le decía al Señor: `ten misericordia, Señor, porque soy débil».

Sería un error entristecernos por nuestras imperfecciones, pero tenemos que tratar de corregirnos. Para eso acudiremos a la oración y deberemos poner orden y moderación en nuestras ocupaciones, de modo que aseguremos algún tiempo a lo largo del día, para dedicarlo a nuestros ejercicios de piedad.

«No os enojéis ni os asombréis de ver vivas aún en vuestra alma todas esas imperfecciones que me confiáis. ¡No!, os lo suplico... pues, aunque haya que rechazarlas y detestarlas para corregirse, no se debe uno afligir con aflicción deprimente, sino con una aflicción valiente y tranquila, que genera un firme y sólido propósito de enmienda; y este propósito, decidido con paz y con madura reflexión, nos hará elegir los verdaderos medios para llevarlo a la práctica; entre estos medios, creo que la moderación de los afectos ordinarios es muy útil. No digo que se dejen totalmente, sino que se moderen, pues esta moderación nos hará encontrar tiempos libres para la oración, para la lectura espiritual, para elevar muchas veces el corazón a Dios, para enderezar de vez en cuando nuestro talante interior y nuestra actitud cordial de paz, dulzura y humildad. Pero el gran secreto en esto es saberse aprovechar de todo».

Hemos de luchar siempre con dulzura contra nuestros defectos e imperfecciones, impulsados más por el amor que por la necesidad de combatir. La abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld, se había quejado al obispo de Ginebra de tener pensamientos de vanidad, y éste le escribió:

«Hija mía, os veo enredada en pensamientos de vanidad; vuestro espíritu es fértil y sutil y da pie a estas sugerencias; pero, ¿por qué os preocupáis? Cuando venían las aves a picotear en el sacrificio de Abraham, ¿qué hacía él? Con una rama las espantaba del holocausto. ¡Hija mía!, una pequeña reflexión sobre alguna palabra de la Cruz espantará todos esos pensamientos, o por lo menos impedirá que os hagan daño. Repito que hay que luchar para desecharlos por amor y no por necesidad de combatir.»

Pero no nos hagamos ilusiones. Nuestros progresos serán lentos y siempre precarias nuestras victorias:

«Tened la paciencia de ir paso a paso, hasta que tengáis piernas para correr o, mejor, alas para volar. Estad contenta de ser todavía una pequeña larva; pronto seréis una hermosa abeja». Ciertamente, es tarea a largo plazo la de nuestra santificación y que nuestra actividad natural podría a veces estorbar.

«Os conozco bien, y sé que lleváis en el corazón una invariable resolución de vivir toda para Dios; pero sé también que vuestra viveza natural os hace caer en una serie de arrebatos. No creáis, hija mía, que la obra que hemos emprendido en vos se puede hacer tan pronto. Los cerezos dan pronto su fruto porque las cerezas duran poco; pero las palmeras, que son las reinas de los árboles, tardan cien años en dar sus dátiles, según se dice. Sólo hace falta un año para lograr una vida mediocre, pero nosotros aspiramos a la perfección, y para ésta, hija mía, se necesitan, de ordinario, muchos años». ¿Muchos años? ¡Toda la vida tendremos que seguir con incansable esfuerzo buscando la perfección! San Francisco de Sales nos lo ha advertido, pero no es inútil que lo repita.

«Seguís con las mismas cosas que antes, me decís, y yo os contesto: En primer lugar, que debéis soportaros con dulzura, humillándoos mucho ante Dios, pero sin pena ni desánimo. Segundo: tenéis que renovar los propósitos de enmienda que habéis hecho antes y, aunque hayáis comprobado que a pesar de vuestras resoluciones seguís teniendo las mismas imperfecciones, no dejéis de procurar la enmienda, apoyándoos en la ayuda de Dios. Toda la vida seréis imperfecta y tendréis mucho que corregir, por lo que tenéis que aprender a seguir incansablemente en este ejercicio».

«Hay que someter la naturaleza a la gracia y no asombrarse por las dificultades que van saliendo al paso; porque siempre es preciso un continuo anonadamiento, y en este ejercicio hay que perseverar hasta el fin de nuestra vida, que es cuando veremos terminada nuestra tarea, si hemos perseverado, pero no antes.

Tenemos que ir tejiendo nuestra perfección poco a poco, ya que nunca la encontramos totalmente hecha a no ser que, por un milagro, nuestro Señor la conceda en un instante, como hizo con san Pablo...

En fin, no tenemos que asombrarnos ni acobardarnos por nuestros fallos e inconstancias, sino, con dulzura y paz, humillarnos, y elevar el corazón a Dios para proseguir en esta santa empresa, confiando y apoyándonos en Él, que desea darnos todo lo que para ella necesitamos y sin pedirnos a cambio nada más que nuestro consentimiento y nuestra fidelidad».

Y si nos faltase esa fidelidad y, a pesar de nuestra firme resolución y la lealtad de nuestro esfuerzo, cayésemos en alguna falta, aceptaremos humildemente esa humillación y enseguida nos levantaremos para continuar la marcha por el buen camino. Es éste un punto esencial en la dirección espiritual salesiana, tan profundamente humana, siempre rebotante de confianza y de optimismo generoso y muy alentadora.

«No debemos asustarnos de las muchas caídas por debilidad, dice el Santo; pero sí debemos, por una parte, detestar la ofensa que Dios recibe, y por otra, tener una cierta humildad gozosa que se alegra al ver y reconocer nuestra miseria». Y en este mismo sentido escribe:

«Mirad tanto vuestras faltas como las de los demás con compasión más que con indignación, con más humildad que severidad». «Hay que tener paciencia en lugar de amargarse por el descontento que se siente al caer en una falta».

Y explica la razón de esto a una de sus dirigidas:

«Hay dos cosas que debemos mantener unidas: un gran amor al bien y al exacto cumplimiento de nuestros ejercicios de oración y de virtudes; y nunca turbarnos, inquietarnos ni asombrarnos si cometemos faltas. La primera depende de nuestra fidelidad, que debe ser total y crecer cada minuto; la segunda depende de nuestra debilidad, que nos acompañará durante toda nuestra vida mortal. Queridísima hija, al caer en una falta, examinemos enseguida nuestro corazón y preguntémosle si sigue teniendo una viva y total resolución de servir a Dios; espero que nos responda que sí y que sufriría mil veces la muerte antes que separarse de esta resolución. Sigamos preguntándole: ¿por qué entonces esos tropiezos, por qué eres tan cobarde? Y él responderá: me cogió por sorpresa... no sé cómo... pero estoy muy pesaroso. ¿Qué vamos a hacer sino perdonarlo? Pues no ha faltado por infidelidad, sino por debilidad».

En la **Introducción** se extiende largamente sobre este punto:

«Aunque lo razonable es que nuestras faltas nos den pena y disgusto, debemos cuidar de que esa pena no sea amarga, malhumorada, despechada y colérica. Porque caen en otra gran falta los que, habiéndose encolerizado, se enfadan por haberse enfadado, se apenan por haberse apenado y se indignan por haberse indignado. Con lo cual tienen el corazón agriado y destemplado por la cólera; y aunque parezca que la segunda cólera acaba con la primera, lo cierto es que sirve de paso a otro nuevo estallido de cólera en cuanto se presente la ocasión. Además, esa cólera, indignación y amargura contra sí mismo tienden al orgullo y proceden del amor propio, que se turba e inquieta al vernos imperfectos».

Ya hemos descubierto la llaga de nuestro corazón. Sólo la humilde dulzura podrá curarla. «En cuanto a mí -continúa san Francisco de Sales-, si tuviera, por ejemplo, mucho empeño en no caer en el vicio de la vanidad y, sin embargo, hubiera tenido una caída grande, no reñiría a mi corazón diciéndole: ¿Ves qué miserable y abominable eres? Después de tantos propósitos te has dejado llevar de la vanidad. Muérete de vergüenza y no levantes los ojos al cielo. ¡Ciego, desvergonzado, traidor y desleal para con tu Dios! Y otras cosas semejantes. Sino que le corregiría razonando y compadeciéndole: Vaya, ¡pobre corazón mío!, ¡ya estamos otra vez en la fosa de la que habíamos resuelto escapar! ¡Levantémonos y dejémosla para siempre! Pidamos la misericordia de Dios y esperemos que ella nos ayude para ser de ahora en adelante más firmes y vayamos por el camino de la humildad. ¡Ánimo! Desde hoy estemos vigilantes, Dios nos ayudará y haremos mucho». Y termina:

«Levantad, pues, el corazón cuando esté caído, suavemente, humillándoos mucho ante Dios al conocer vuestra miseria, sin asombraros de la caída, ya que no es nada extraño que la debilidad sea débil y la miseria miserable. Detestad, sin embargo, con toda el alma, la ofensa que habéis hecho a Dios, y, confiando en su misericordia, con mucho ánimo volved al camino de la virtud que habíais abandonado».

No cesa de aconsejar eso en sus cartas:

«Ya desde por la mañana, preparad vuestra alma para la tranquilidad; tened gran cuidado a lo largo del día de recordárselo a menudo y de no dejarla de la mano. Si os viene algún disgusto, no os asustéis ni os entristezcáis; al daros cuenta, humillaos ante Dios y tratad de recuperar la paz de vuestro espíritu. Decid a vuestra alma: ¡ay!, hemos dado un mal paso; prosigamos ahora con más cuidado. Y haced lo mismo cada vez que caigáis».

La abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld, era demasiado exigente consigo misma: «Querida hija, sois demasiado severa con esa pobre joven; no hay que hacerle tantos reproches ya que está llena de buenos deseos; decidle que por muchas veces que caiga, nunca se asombre, ni se indigne contra sí misma. Que mire más bien a nuestro Señor, que desde el cielo la contempla como un Padre a su hija, todavía muy pequeña, para ayudarla en sus primeros pasos, y le dice: `Muy bien, hija mía', y, aunque ella se caiga, la anima... se acerca y le tiende la mano. Si la niña es humilde y se sabe niña, no se asustará de haber caído porque no habrá sido de muy alto».

Por el contrario, la Hna. Roget merece ser elogiada; por ese camino de dulzura, de alegre humildad, marcha segura hacia la santidad. El obispo le escribe: «Hay que ser muy valiente para superar todos esos

pequeños disgustos y la tristeza que los produce. Sé muy bien que sois muy fiel en esto y que, si dais un mal paso, enseguida os levantáis con humildad, con dulzura y sin turbaros; así es como debéis hacer, querida hija, para llegar a la perfecta santidad, que es lo que pretendéis».

### ***Dulzura en nuestras pruebas***

Por último, corremos un gran riesgo de no tener dulzura para con nosotros mismos en las pruebas que Dios nos envía. Si nos descuidamos, con facilidad nos irritaremos por el fastidio de la enfermedad, por la desolación de las arideces espirituales, por los dardos de la maledicencia y de la calumnia. ¿La enfermedad? Quiere san Francisco de Sales que tengamos un cuidado razonable de nuestra salud. Escribe a la abadesa de Puits d'Orbe: «Cuidad vuestra salud para que os sirva para servir a Dios». Y a la abadesa de Port-Royal: «Dormid bien. Poco a poco volveréis a esas seis horas que deseáis. Comer poco, trabajar mucho, tener muchas preocupaciones y rehusarle al cuerpo el sueño es como querer que rinda mucho un caballo enflaquecido al que no se le da pienso».

No puede aprobar que uno se prive de dormir: «Empiezo por vuestras horas de acostaros y levantaros. ¿Por qué hacéis eso, hija mía?, le escribe a la Sra. de Chantal. No hay que agobiar el espíritu a fuerza de castigar el cuerpo; san Francisco se lo decía a sus discípulos. Yo lo hago, es cierto, pero es por pura necesidad; cuando no es así, duermo muy bien, todo lo que me es necesario y quiero que vos hagáis lo mismo. La presente carta la escribí a media noche, pero hacía tiempo que no trasnochaba tanto. No hay que fatigarse de esa manera por poca cosa, sobre todo siendo mujer, pues luego uno no vale nada a lo largo del día».

Tampoco quería oír que se descuidara un catarro:

«Estáis muy acatarrada, queridísima hija, y yo muy apenado de que lo estéis. Guardaos del sereno y también del sol, os lo suplico».

Aconseja a una de sus dirigidas «frecuentar la oración»:

«Hacedla todos los días -le escribe-, una hora por la mañana antes de salir, o bien, antes de cenar, pero no la hagáis después de la comida ni después de la cena, pues podría dañar vuestra salud».

Lo que aconseja a los otros, trata de practicarlo él mismo. Tranquilizaba a la Sra. de Chantal asegurándole que en adelante tendría más cuidado en administrar sus fuerzas: «¿Sabéis qué voy a deciros? Que en adelante tendré más cuidado con mi salud, aunque es mucho mejor de lo que merezco. Gracias a Dios, me siento muy fuerte ahora, pues he suprimido las largas vigiliadas de la noche en las que solía escribir mucho, y cuido más mi alimentación».

Y en 1621, cuando la Sra. de Chantal convalecía de una grave enfermedad, le escribió: «Debéis de haber estado muy enferma, ya que vuestro corazón no pudo disimular su imposibilidad de dar suficiente fuerza al cuerpo para ir a Bourges. Cuidad ese cuerpo porque es de Dios, queridísima Madre. Lo que no se puede hacer hoy, se hará mañana, y lo que no se puede hacer aquí, se hará en el cielo».

Y añadía: «En cuanto a mí, yo he reglamentado las comidas y no escribo por la noche porque mis ojos no lo pueden soportar, ni tampoco mi estómago. Si no llego a viejo, no será por culpa mía».

Saboread los cariñosos consejos que le prodiga cuando ella está alarmada por el estado de salud de una novicia:

«Descargad la cabeza llorando, descansad convenientemente y distraeos lo que podáis; tomad frecuentemente uvas maceradas al vino en agua caliente; en fin, cuidaos bien y no os preocupéis por mí, que cuando algo me pase ya lo diré».

Si Dios nos envía la enfermedad, conservaremos la paz aceptando sobrenaturalmente la prueba y plegándonos a la voluntad divina.

«No basta con querer lo que Dios quiere; hay que quererlo de la forma y en las circunstancias que Él quiere. Por ejemplo, en la enfermedad hay que querer estar enfermo, pues así lo quiere Dios, y de esta manera y no de otra, y en este lugar, y ahora, y entre las personas que Dios quiere. En fin, en todas las cosas nuestra ley ha de ser la santísima voluntad de Dios».

A una enferma le escribe: «Estad contenta con querer todo lo que Dios quiere que seáis».

Y a otra: «No os preocupéis de no poder servir a Dios como queréis, pues, si os adaptáis a las incomodidades, le serviréis como Él quiere, que es mucho mejor». ¿Las sequedades? No nos asombremos de encontrarlas a lo largo de nuestra vida espiritual. «Veo que todas las estaciones del año están reunidas en vuestra alma: tan pronto sentís el invierno de muchas esterilidades, distracciones, disgustos y fastidios, como sentís las rosas del mes de mayo, con el olor de santas florecillas; o tenéis los ardores del deseo de

agradar a nuestro Dios. Sólo falta el otoño, pues, según decís, no veis muchos frutos. Pero a menudo sucede que, después de trillado el trigo y pisados los racimos, resulta que la cosecha y la vendimia han sido mucho mejores de lo que prometían. Os gustaría que siempre fuera primavera y verano. ¡No, hija mía!, tiene que haber vicisitudes externas e internas. Sólo en el cielo habrá siempre primavera en cuanto a belleza; habrá siempre otoño en cuanto al gozo; siempre verano en cuanto al amor. Y no habrá invierno. Pero aquí es necesario el invierno para practicar la abnegación y otras mil pequeñas y hermosas virtudes que se ejercitan en el tiempo de la esterilidad. Vayamos a nuestro paso; con tal de que nuestro corazón sea bueno y esté decidido, sin duda vamos bien».

Si seguimos siempre a nuestro paso lento, siendo fieles a los ejercicios de piedad y a nuestros buenos propósitos, por muy penosa que sea la marcha, nuestras frialdades no nos alejan del Señor.

«Vuestras frialdades, queridísima hija, no os deben asombrar, con tal de que tengáis un verdadero deseo del calor y que el frío no os haga apartaros de vuestras pequeñas prácticas. ¿No nació el Niño Jesús en lo más crudo del invierno? ¿Y por qué no se le heló el corazón? Me parece que el frío de que me habláis no relaja nuestras resoluciones, sino que es solamente un cierto cansancio y dejadez de espíritu que nos hace avanzar con dificultad por el camino que hemos emprendido y del que no queremos apartarnos nunca, hasta que llegemos al puerto. ¿Verdad, hija mía?»

Además, las sequedades son para nosotros más provechosas que los consuelos:

«¡Ay, hija mía, cuánto nos gusta la dulzura, la suavidad y la deliciosa consolación! Pero la aspereza de la sequedad es más fructífera. Y aunque a san Pedro le gustó tanto el monte Tabor y huyó del Calvario, éste le fue más provechoso que aquél y la sangre derramada en éste es más deseable que la claridad esparcida en el otro. El Señor os trata ya como a una mujer valiente; vivid así. Mejor es comer el pan sin azúcar que el azúcar sin pan».

«Trabajad fielmente, queridísima hija, con la parte superior de vuestra voluntad entre esas tinieblas y sequedades; una onza del trabajo hecho en esas circunstancias vale más que cien libras del que se hace entre consuelos y sentimientos agradables, y, aunque éste sea más dulce, el otro es mejor».

Es que los consuelos son dulces a la naturaleza; pero las dificultades y las contradicciones nos conducen junto a Cristo en su dolorosa agonía de Getsemaní: «Si no tenemos las ternuras y emociones del corazón, los gustos y sentimientos en la oración, las suavidades interiores en la meditación, ya nos ponemos tristes; si tenemos algunas dificultades en obrar bien, si surge un inconveniente ante nuestros justos proyectos, enseguida nos apresuramos a vencer todo eso y a deshacernos de la inquietud. ¿Por qué obramos así?

Indudablemente porque preferimos nuestras consolaciones, nuestros gustos, nuestras comodidades.

Quisiéramos orar en un baño de agua de rosas y ser virtuosos comiendo dulces, y nos olvidamos de mirar al dulce Jesús que, postrado en tierra, suda sangre y agua lleno de angustia por el terrible combate que se agita en su interior entre las inclinaciones de la parte inferior del alma y las resoluciones de la superior.» Tener dulzura consigo mismo en esos momentos de sequedad supone una gran energía; no es una sensiblería necia, sino firme, robusta y vigorosa:

«Hay mucha diferencia entre la ternura del corazón que deseamos porque nos consuela y la firmeza de corazón, que debemos desear porque es la que nos hace verdaderos servidores de Dios.» "Esta firmeza de corazón nos impedirá irritarnos ante el mal que intenten hacernos con maledicencias y calumnias.

¿Por qué alterarse ante palabras mal intencionadas?

«No son más que cruces de palabras, tribulaciones que se lleva el viento y cuyo recuerdo se va al mismo tiempo que su sonido. Hay que ser muy delicado para no aguantar ni el zumbido de una mosca. ¿Quién nos ha dicho que somos irreprochables...? ¿Qué mal nos hacen cuando tienen mala opinión de nosotros?

¿No la debemos tener también nosotros mismos? Esas personas no son adversarios nuestros, sino partidarios, porque se unen a nosotros para destruir nuestro amor propio. ¿Por qué vamos a enfadarnos con quienes vienen a ayudarnos contra un enemigo tan poderoso?».

He aquí cómo ayuda a soportar la pena a una de sus hijas espirituales, muy afligida por las críticas de que era objeto:

«¿Pensáis que el mundo va a creer esas tonterías? Quizá a algunos les diviertan; quizá otros sospechen algo; pero recordad que si nuestras almas son buenas y se resignan en manos de Dios, todos esos ataques se disiparán como el humo, y, cuanto más fuerte sea el viento, antes desaparecerán. Como mejor se cura el mal de la calumnia es no haciéndole caso, despreciando el desprecio y demostrando por nuestra firmeza que no estamos a su alcance...Postraos ante el Crucificado y ved las injurias que Él recibió; suplicadle, por la dulzura con que las aceptó, que os dé la fuerza de soportar esas astillitas que como a

servidora fiel os han tocado en suerte... Bienaventurados los que son injuriados y calumniados, porque Dios los honrará» .

También él iba a saborear esta bienaventuranza. Durante su estancia en París, en 1619, aprobó el proyecto de boda de su amigo Guillermo de Foras con una joven viuda de dieciocho años, Ana Le Beau. Dicho casamiento disgustaba mucho a los familiares de la viuda, que hubieran querido para ella un magistrado. Sin embargo, el enlace se celebró poco después de dejar el obispo la capital. Y enseguida se desencadenó la tormenta contra él. El Sr. de Foras declaró más tarde en el proceso de canonización: «Se inventaron siniestras conjeturas sobre el inocente afecto con que el obispo me honraba, hicieron correr por todo París mil falsedades contra su honor, diciendo que era él quien había manejado este asunto, llevándolo a cabo con poca buena fe, a base de persuasiones y sorpresas engañosas, contrarias a su aparente sencillez y a la santidad de vida de la que tenía fama».

«En cuanto a mí -escribía el obispo a la Madre de Chantal a propósito de esta boda-, he contribuido solamente en aquello que no podía rehusar a la verdad sobre las cualidades del Sr. de Foras, y no debía negar su amistad».

Y como ella se alarmara por esos malévolos rumores que podían perjudicar a la reputación del obispo, éste le escribió:

«La suprema Providencia sabe bien cuál es la medida de la reputación que necesito para llevar bien a cabo el servicio en el que ella me ha colocado, y ni quiero más ni menos que lo que ella quiera para mí». Y confiaba a un amigo suyo: «Me he alargado un poco con vos para desahogarme; no es que me hayan afectado mucho las censuras y los vituperios que han lanzado contra mí por este asunto, pues sé que ante Dios no tengo culpa; pero me da tristeza ver soliviantarse tantas pasiones por algo que a mí me ha dejado casi indiferente. Quienes me conocen bien saben que no quiero nada con apasionamientos ni violencias; y las faltas que cometo son por ignorancia. Pero sí quisiera recobrar ante esas personas el prestigio de mi ministerio. No quiero ni más vida ni más reputación que la que Dios quiere que yo tenga, y siempre será demasiada para mis méritos»

Le gustaba citar esta frase de san Gregorio: «Si vuestro corazón está en el cielo, los vientos de la tierra no podrán agitarlo en absoluto».

Sobre el valor de los juicios del mundo tiene desde hace tiempo una opinión muy clara:

«Si el mundo nos desprecia, alegrémonos porque tiene razón, ya que nosotros mismos reconocemos que somos despreciables; si nos estima, despreciemos su estima y sus juicios, porque es ciego. Preocupaos poco de lo que diga el mundo. Que os tenga sin cuidado; despreciad su aprecio y su desprecio y dejadle que diga lo que quiera, bueno o malo».

Porque, en realidad, «somos lo que somos ante Dios».

Y, en última instancia, tenemos que ampararnos en la Cruz en tiempo de contradicciones:

«¿Sabéis lo que hacen los pastores en Arabia cuando ven los relámpagos, oyen los truenos y notan el aire cargado de rayos? Se cobijan con el ganado bajo los laureles. Cuando nosotros veamos que las contradicciones o las persecuciones nos amenazan con algún gran disgusto, debemos cobijarnos con todos nuestros afectos e inclinaciones bajo la santa Cruz, confiando vivamente que todo redundará en provecho de los que aman a Dios».

Todas nuestras penas debemos mirarlas a través de la Cruz:

«No os voy a decir que no miréis vuestras penas, pues sois pronta a la réplica, y me diréis que ellas se encargan de que se las mireis por la fuerza del dolor que causan; pero sí os diré que sólo las miréis a través de la Cruz y así las encontraréis pequeñas, o por lo menos tan agradables que llegaréis a amar más el sufrimiento que el goce de las consolaciones que están lejos de él».

Porque el amor de Cristo crucificado hace nuestras cruces ligeras y suaves.

«Plantad en vuestro corazón a Jesús crucificado, y todas las cruces del mundo os parecerán rosas. Los que tienen clavada alguna espina de la corona de nuestro Señor, que es nuestra Cabeza, apenas sienten los otros pinchazos».

Entonces, ¿qué podría turbar la paz de un corazón que está seguro del amor de su Dios? «Nada sale de esas manos divinas sino para el bien de las almas que le temen, ya para purificarlas, ya para acrisolarlas en su santo amor. Mi queridísima hija, seréis muy dichosa si recibís con un corazón lleno de amor filial lo que nuestro Señor os envía con un Corazón que cuida paternalmente de vuestra perfección».

Esto supone vivir con el corazón en alto, con pensamientos generosos y magníficos, y decidido a sufrir todo por Dios.

«Yo suelo decir a todas las almas que se dirigen a mí, y muy especialmente os lo digo a vos, que sois tan particularmente mi hija, que hay que elevar el corazón a lo alto, como dice la Iglesia en el Santo Sacrificio. Fomentad en vos pensamientos generosos y magníficos, que os mantengan muy unida a esa eternidad y a esa sagrada Providencia, que ha preparado esta vida mortal solamente con vistas a la vida eterna. Un corazón así, elevado, es siempre humilde, pues está establecido en la verdad y no en la vanidad; es dulce y pacífico porque no se preocupa de lo que pueda turbarle. Pero decir que es dulce y pacífico no es decir que no tenga dolores ni penas. No, mi querida hija, yo no digo eso; digo que los sufrimientos, las penas, las tribulaciones, en ese caso van acompañadas de una resolución tan firme de sufrirlas por Dios, que toda esa amargura, por amarga que sea, es con paz y tranquilidad».

San Francisco de Sales dirigía un día estas líneas a una de sus hijas:

«Mi queridísima hija: cada vez que veáis que vuestro corazón se ha alejado de la dulzura, tenéis que cogerlo suavemente con la punta de los dedos y volverlo a poner en su sitio; y no a golpes, como se dice, ni bruscamente. El corazón necesita ser ayudado en sus enfermedades y a veces hasta necesita ser acariciado; y hemos de atar nuestras pasiones y nuestras inclinaciones con cadenas de oro, que son las del amor, para que todo en él esté ordenado según el beneplácito de Dios».

No se podría decir nada mejor. Es una gran empresa, laboriosa y difícil, el tratar de conservar en cualquier circunstancia la dulzura para con uno mismo.

Con su profundo conocimiento de la naturaleza humana y su penetración psicológica; con su tacto y sus manos llenas de suavidad, que nunca ofenden ni hieren la susceptibilidad de nadie, Francisco de Sales regula los movimientos de nuestro corazón y los modera, sujetándolos con las cadenas de oro del amor. Porque sólo el amor divino es lo suficientemente fuerte para, con una dulzura inviolable, preservarnos del despecho, de la cólera, del obstinado orgullo, de la irritación, de la exasperación y de la rebelión sorda; y hacer que estemos sin cesar abandonados «a merced de la voluntad de Dios».

## 6.- HUMILDAD Y DULZURA CON EL PRÓJIMO

### *La flor de la caridad*

«Procurad adquirir la suavidad de corazón para con el prójimo».

En su Introducción a la vida devota san Francisco de Sales trata sobre «la dulzura para con el prójimo», que él llama «la flor de la caridad».

En efecto, «el que es dulce -escribe en una de sus cartas- no ofende a nadie y soporta y aguanta de buen grado a los que le hacen mal. El que es dulce sufre con paciencia los golpes y no devuelve mal por mal. El que es dulce no se turba jamás, sino que impregna todas sus palabras en la humildad y vence el mal con el bien».

No nos cansemos de contemplar y de escuchar a aquél que es, de entre todos los santos, el que más se ha empeñado en reproducir la mansedumbre y la benignidad de Cristo. Su ejemplo y sus enseñanzas serán para nosotros una luz benéfica. Lo mismo si vemos cómo acoge san Francisco de Sales a la gente en su obispado, que si leemos su correspondencia, admiraremos la dulzura amable y paciente, siempre igual, para con todos. Adquirida a costa de un prolongado esfuerzo, y cuidada con esmero, como una gran virtud, se alimenta de la caridad de este obispo de tan gran corazón. Delicada y alegre, indulgente y compasiva, no abdica nunca de su firmeza. Si la practicamos, nos conducirá muy lejos en el camino de la santidad, mediante el renunciamiento escondido bajo el velo de una sonrisa.



## ***En el obispado de Annecy***

Acerquémonos al obispo de Ginebra. No vacilemos en entrar a su obispado de «Nécy, su querido Nécy». La puerta estaba siempre abierta para todos los que vinieran a llamar. Los criados habían recibido órdenes «de no despedir a nadie que le quisiera hablar. Y si por una urgente necesidad hubiera que despedirlos, les exigía que lo hicieran con tanta afabilidad que los visitantes no temieran volver».

¡Con qué elegancia recibía a las personas distinguidas! «Así como no hay nadie que se preocupe menos de los honores que yo, decía, tampoco hay nadie que quiera tributar tantos a los demás como yo». Una vez prodigó grandes atenciones al criado de un caballero, y, como se lo hicieran notar, replicó: «Yo no entiendo de estas cosas del mundo, sólo me fijo en que todos tienen el sello del cristiano».

De hecho no era solamente a las personas de calidad a las que acogía así, sino a cuantos se le aproximaban; y eran muchos los que le confiaban sus penas, porque sabían que «todo el que se dirigía a él, volvía consolado».

Los de su casa lo ponían en guardia contra «las rusticidades y simplezas» de esos visitantes humildes, a lo que él respondía: «¿Y nosotros, qué somos?». Le insistían: «Hacéis mal en sufrir esas molestias». Y él decía: «Pero, ¿qué queréis que haga? Hay que dar consuelo a quienes vienen a buscarlo».

En una ocasión se excusó ante una noble señora de haberle hecho esperar por «escuchar durante todo el tiempo que ella lo deseó» a una pobre mujer que acababa de perder a sus hijos y desahogaba su pena con él. «Amo mucho a estos pobres aldeanos, confesaba, ¡son almas tan buenas, tan sencillas, tan llenas de temor de Dios!».

¡Con qué dulzura abría sus brazos a los más grandes pecadores! Sus amigos se escandalizaban por ello. Uno llegó a decirle: «Sin duda que Francisco de Sales irá al paraíso; pero el obispo de Ginebra, no lo sé; temo que su dulzura le juegue una mala pasada». «¡Ah!, respondió él, más vale tener que dar cuentas por demasiada dulzura que por demasiada severidad. ¿Es que Dios no es todo amor? Dios Padre es el Padre de las misericordias; Dios Hijo toma el nombre de Cordero; Dios Espíritu Santo se nos muestra bajo la forma de una paloma, que es la dulzura misma. Si hubiera algo mejor que la mansedumbre, Jesucristo nos lo habría dicho, y sin embargo no nos dijo que aprendiéramos de Él más que dos lecciones: la mansedumbre y la humildad de corazón. ¿Queréis impedirme aprender la lección que Dios me ha dado? ¿Sois más sabio que Dios?».

Le objetaban: «Son apóstatas, hombres perdidos, indignos de vuestro cariño». «¡Ay!, respondía, ¡sólo Dios y yo amamos a esos pobres pecadores! ¿Me queréis hacer olvidar que son ovejas mías, queréis que niegue mi compasión a aquellos por quienes Jesucristo ha dado toda su sangre? ¿Y con quién ejerceré yo la misericordia si no es con los pecadores...? Quien ame el rigor, que se aleje de mí, porque yo no quiero tenerlo»

Jamás se apartaba de esta dulzura tan admirable; ni siquiera cuando se presentaba ante él alguien arrebatado de cólera. Como aquel caballero que, considerándose ofendido por el obispo, entró en el patio del obispado llevando a sus perros, que ladraban sin cesar, «tocó el cuerno en son de desprecio y burla» y luego subió a encontrarse con él y le injurió, llegando hasta poner la mano en la empuñadura de su espada. O ese otro comendador de Malta, que, contrariado por el fracaso de un candidato al que él patrocinaba en un concurso, se presentó ante el obispo sin quitarse el sombrero, le lanzó a la cara las injurias más groseras y salió bruscamente. A los indignados testigos de esta escena, el Santo les dijo solamente: «Tengo que agradecerle que me haya evitado el trabajo de oponer mis razones a su indignación». Analizando la dulzura de san Francisco de Sales, descubrimos un maravilloso conjunto de esas pequeñas virtudes, modestas y escondidas, que crecen al pie de la Cruz, como él decía, y que estimaba tanto: la humildad, la paciencia, la cortesía respetuosa, la estima sincera de los demás, ligadas todas entre sí por el amor sobrenatural que tenía a las almas y le mantenía siempre al servicio del prójimo, con una perfecta abnegación.

Incluso al servicio de sus criados... Dijo un día a uno de ellos que, sorprendido por la llegada de su amo, había echado lejos pluma, tintero y papel:

-«Amigo mío, al entrar vi que estabais escribiendo. ¿Qué escribáis? ¿No soy lo suficiente amigo vuestro como para que me hagáis una confidencia?».

El pobre muchacho, todo confuso, tendió el papel al obispo, que lo leyó y dijo:

-«No entendéis nada de estas cosas».

Luego se sentó y se puso a escribir. Cuando hubo terminado, le devolvió el papel al criado, diciéndole:

-«Tened, copiadlo, firmad y enviadlo y veréis lo bien que sale todo».

Algunos días más tarde, una joven viuda, muy halagada por la delicadeza con que el criado le pedía la mano, fue a consultar con el obispo, el cual la animó al matrimonio.

Pero aún hay algo mejor. El obispo tenía un ayuda de cámara al que no le gustaba acostarse tarde. Pero tampoco consentía en retirarse pronto cuando su señor, por sus muchas ocupaciones, tenía que prolongar la velada. Francisco de Sales le invitaba a irse a descansar para que no se le hiciera larga la espera.

-«¿Me tomáis por un dormilón y un perezoso?», refunfuñaba el criado.

Y entonces el obispo se daba prisa en terminar para no importunar al sirviente.

A la hora de levantarse, ocurría otro tanto. Si le llamaba, venía con aire de queja por haber dormido poco. Si no le llamaba... sucedía como aquella mañana en que, entrando bruscamente en el despacho del obispo, que estalla absorto en su trabajo, con la precipitación de quien ha dormido hasta saciarse y tiene los ojos hinchados por el sueño sin poder soportar la luz del día, le preguntó:

-«¿Quién os ha vestido?». Le contestó el obispo:

-«Pues yo, yo mismo me he vestido; ¿o es que no soy ya mayorcito y lo suficientemente fuerte para ello?».

-«Y ¿tanto os costaba llamarme?», gruñó el criado.

-«Os aseguro que os he llamado varias veces; incluso he ido a vuestro cuarto, y estabais tan profundamente dormido y tan a gusto que no he querido despertaros».

-«Muy bien, encima os burláis de mí».

-«Amigo mío, no lo he dicho por burla sino para reírnos un poco. Estad tranquilo que, puesto que así lo queréis, otra vez no me vestiré sin vos. Os despertaré y os haré levantar».

¿Os habéis fijado en el tono, la dulzura de la voz de san Francisco de Sales ya trate con sus criados, o reciba visitas descorteses; ya acoja a pobres pecadores o consuele a los afligidos; ya converse con gente importante o con humildes aldeanos?

Una vez, alguien se admiraba de la moderación con que había reprochado a un joven su conducta culpable. Y contestó: «Me daba miedo derramar en un cuarto de hora este escaso licor de mansedumbre que estoy tratando de recoger desde hace veintidós años, como preciado rocío, en el vaso de mi corazón». ¡Qué imagen tan deliciosa, admirable a la vez por su delicadeza y por su realismo! Hay personas que sólo saben pronunciar frases agrias, porque tienen en el corazón un licor amargo y corrosivo que envenena todas sus palabras. En los labios del obispo de Ginebra, por el contrario, todo es dulzura y suavidad porque, antes de salir de su boca, sus palabras han pasado por ese mar de mansedumbre con la cual, como rocío refrescante, se ha esforzado en llenar el vaso de su corazón.

Pidamos a san Francisco de Sales que nos enseñe la dulzura a nosotros, que tantas veces acogemos a los demás de malos modos, somos duros con los que vienen a pedirnos algo, damos contestaciones secas, hacemos reflexiones desagradables...

### ***La dulzura de corazón para con todos***

«No perdáis ninguna ocasión, por pequeña que sea, de practicar la dulzura de corazón para con todos». No olvidemos este consejo. Y, para intentar seguirlo con mayor fidelidad, tratemos de descubrir por qué carecemos de dulzura con los demás. ¿Por qué? Porque nosotros estamos descontentos; descontentos de nosotros mismos y descontentos de los otros, que nos parecen antipáticos o importunos.

¡Descontentos de nosotros mismos! Bien sabe el Santo que, en efecto, muy a menudo tenemos motivos para estarlo y que esto nos predispone contra el prójimo. Por eso nos recomienda llenarnos de amor de Dios y que, sean cuales sean nuestros contratiempos, permanezcamos siempre apacibles y dulces con los otros.

«¿Qué puedo deciros, mi querida hija, sino lo que tanto os he repetido? Que continuéis con vuestro plan de vida lo mejor que podáis por amor a Dios, haciendo muchos actos de amor interiores, e incluso exteriores, conformando lo más posible vuestro corazón a la santa dulzura y serenidad: dulzura hacia el prójimo, aunque os sea desagradable y molesto; serenidad para con vos misma, aunque os sintáis tentada o afligida, aunque os veáis miserable».

Esta serenidad para con nosotros mismos nos ayudará a soportar con paz al prójimo. El prójimo nos resulta a veces antipático, sin que en multitud de ocasiones sepamos decir por qué. Su aspecto, su postura, el tono de su voz, no nos cae bien. Otras veces sí que tenemos razones para encontrarle desagradable: sus tics nos enervan, nos lastiman sus salidas de tono, sus incorrecciones al hablar o al actuar. San Francisco de Sales apela a nuestro espíritu de fe:

«Hay que mirar al prójimo en Dios; ...después de implorar el amor de Dios, siempre hay que pedir el del prójimo, especialmente el de aquellos hacia los que nuestra voluntad no siente ninguna inclinación». ¿Cuándo llegará el día en que nos sintamos empapados de dulzura y suavidad hacia nuestros prójimos? ¿Cuándo veremos las almas de nuestro prójimo en el sagrado pecho del Salvador? ¡Ay! Quien mire a su prójimo fuera de ese pecho divino, corre el peligro de no amarle ni pura ni constante ni igualmente. Pero ahí, en ese lugar, ¿quién no le amará?, ¿quien no lo soportará?, ¿quién no sobrellevará sus imperfecciones?, ¿quién lo considerará fastidioso?».

«Sobre todo -insiste- es preciso tener un corazón bueno, dulce y cariñoso hacia el prójimo, especialmente cuando nos parece pesado y desagradable, ya que entonces no tenemos otra razón para amarlo sino el respeto al Salvador, lo que, sin duda, hace al amor más excelente y más digno, puesto que es más puro y más libre de condicionamientos efímeros».

Esta visión sobrenatural nos la recuerda san Francisco de Sales siempre que nos exhorta a ser dulces con el prójimo y a soportarle con amor fraternal.

«Trabajad por adquirir la suavidad de corazón para con el prójimo, considerándolo como obra de Dios, y que un día, si le place a la bondad celestial, gozará también del paraíso que nos está preparado. Y si el Señor lo soporta, debemos soportarlo también nosotros con cariño y con gran compasión de sus flaquezas espirituales».

Impulsados por estos motivos de fe, combatiremos fielmente nuestras impaciencias, reprimiremos nuestros brotes de cólera, dominaremos las aversiones y repugnancias mediante la practica de la dulzura.

«Combatid fielmente vuestras impaciencias, ejercitando, con ocasión o sin ella, la mansedumbre y la dulzura con aquellos que os son más molestos, y Dios bendecirá vuestro propósito».

«Tratad con extrema dulzura y caridad al prójimo y a las Hermanas, sobre todo a aquéllas que, por sus imperfecciones de carácter, falta de gracias naturales o mal comportamiento os ocasionan alguna aversión o disgusto».

«Sed buena con el prójimo y, a pesar de las rebeldías y los brotes de ira, pronunciad a menudo estas divinas palabras del Salvador: Yo amo, Señor, Padre Eterno, a estos prójimos, porque Vos los amáis, me los habéis dado por hermanos y hermanas y deseáis que los ame como Vos los amáis. Sobre todo amad a esas queridas Hermanas con las cuales la mano de la divina Providencia os ha asociado y ligado con un vínculo celestial. Soportadlas, queredlas y llevadlas dentro de vuestro corazón».

«No dudo que sintáis aversiones y repugnancias en vuestro espíritu; pero, mi queridísima hija, éstas son otras tantas ocasiones para ejercitar la verdadera virtud de la dulzura; porque hay que cumplir bien, santa y amorosamente nuestros deberes para con el prójimo, aunque sea con disgusto».

No dejemos nunca entrar en nuestro corazón sentimientos de odio, y seamos lo suficientemente dueños de nosotros mismos para retener la lengua y no permitírnos quejas y lamentos sin fin respecto a quienes nos han censurado.

«Sobre todo, hay que combatir el odio y los disgustos con el prójimo y abstenerse de una imperfección pequeña, pero muy dañina, de la cual poca gente se abstiene. Y es que, cuando censuramos al prójimo o nos quejamos de él (cosa que no debiera sucedernos sino muy raramente), no terminamos nunca, sino que volvemos a empezar una y otra vez y repetimos nuestras quejas y lamentos sin cesar, lo cual es signo de un corazón rencoroso que todavía no tiene la verdadera salud. Los corazones fuertes y grandes no se quejan sino por graves motivos y, ni siquiera por ellos guardan resentimiento o, al menos, no lo hacen con turbación ni agitación» .

Cuidemos de seguir estos consejos de san Francisco de Sales, aunque no se nos pague con la misma moneda, puesto que la llama del amor puro y desinteresado hacia el prójimo se aviva en nuestros corazones en el Corazón de Cristo.

«Nuestro gran bien, nuestra dicha en la perfección, sería no tener el menor deseo de ser amados por las criaturas. ¿Qué os puede importar que os amen o no? Si en alguna ocasión os parece que no os aman, seguid vuestro camino sin entreteneros en considerarlo. Tenemos que amar al prójimo e interesarnos por él, a cada uno en su orden, como quiere nuestro Señor, haciendo todo lo posible por darle gusto y ayudarle, pues así lo quiere Dios. Si Dios quiere que seamos correspondidos, será un gran consuelo y una bendición de Dios; si su bondad no lo quiere así, debemos contentarnos con el amor del Corazón de nuestro Señor, que es tan grande».

Aun siendo simpático, el prójimo puede irritarnos por sus importunidades, sus opiniones diferentes a las nuestras y en especial, si es de nuestra familia o de nuestro entorno, por sus olvidos o incluso por sus demostraciones de afecto.

Sus «inoportunidades». El obispo no disimula que «las incursiones que nuestros amigos hacen en nuestra libertad son muy molestas»; y escribe: «pero, en fin, hay que soportarlas, después llevarlas y, en último término, amarlas como muy queridas contradicciones» .

Estamos sumergidos en un trabajo que reclama toda nuestra atención y vienen a distraernos por tonterías; nos sacan de nuestra concentración por futilidades, nos distraen con preguntas ociosas.

«Amad la santa virtud de la tolerancia y de la santa comprensión» escribía san Francisco de Sales; y con su condescendencia acostumbrada vemos cómo se adapta a todos los estados de ánimo y cómo se esfuerza por responder a cuanto se le pide. Una religiosa de la abadía de Sainte-Catherine tiene algún escrúpulo en rezar el padrenuestro para que se le quiten sus dolores de cabeza:

«El padrenuestro que rezáis por el dolor de cabeza no está prohibido; pero ¡por Dios, hija mía!, yo no tendría valor de pedir a nuestro Señor que, por el dolor que Él tuvo en su cabeza, se me quitase el mío. ¿Es que Él ha sufrido para que nosotros no suframos? Santa Catalina de Siena, al ver que su Salvador le ofrecía dos coronas, una de oro y otra de espinas, le dijo: Quiero el dolor para este inundo, lo otro será para el cielo. Yo querría que la coronación de espinas del Señor me sirviese para obtener una corona de paciencia en mi dolor de cabeza...

Vivid completamente entre las espinas de la corona del Salvador, y, como el ruiseñor en el arbusto, cantad, hija mía: ¡Viva Jesús!».

Una de sus Hijas de la Visitación se entristece y se inquieta por no tener el don de lágrimas. «No tengo nada que deciros, querida hija, sobre lo que me escribís de que no tenéis lágrimas. No, hija mía, nada tiene que ver aquí el corazón, ya que eso no os sucede por falta de resoluciones ni de vivos deseos de amar a Dios; es falta de capacidad de emocionarse, cosa que no depende en absoluto de vuestro corazón, sino de otra clase de disposiciones que nosotros mismos no podemos procurar; lo mismo que en este mundo, querida hija, nos es imposible hacer que llueva cuando queremos o impedir la lluvia cuando no la queremos, así tampoco está en nuestra mano llorar por devoción cuando la emoción nos embarga, o no hacerlo cuando carecemos de ella. En general no sucede esto por culpa nuestra, sino por la Providencia de Dios, que quiere que caminemos por tierra árida y por desierto, y no en medio del agua, para que nos acostumbremos a los trabajos y rigores».

Una señora cuyo nombre ignoramos, le preguntó la manera de ahuyentar el sueño que le perturbaba en la oración:

«No os inquietéis por ese adormecimiento, contra el cual hay que hacer dos cosas: una, cambiar a menudo de postura en la oración, como cruzar las manos, juntarlas, abrirlas y estirarlas; ponerse de pie, arrodillarse con una rodilla y luego con la otra, cada vez que nos asalta el sueño. La segunda cosa es pronunciar palabras en voz alta, entremezcladas con vuestra oración, con más o menos frecuencia, según os asalte el sueño».6

Esto no ocurría de ningún modo con la Sra. de Chantal; pero, bendita sea esta señora desconocida, pues gracias a ella tenemos estas líneas que enriquecen tan originalmente la espiritualidad de san Francisco de Sales. ¡Que sea bendita y que duerma en paz!

Algo más importante es lo que cuenta una religiosa de la Visitación de Lyon: «Nuestras Hermanas disfrutaban de esa santa alegría que suele ser propia de un alma que nada tiene que reprocharse y que nada niega a Dios. El enemigo las tentó por el lado de la alegría. Les entró la risa en el coro durante el Oficio». La superiora, la Madre Favre, se inquietó y lo consultó con el obispo. He aquí su respuesta: «La tentación de reír en la iglesia y en el Oficio es mala, aunque parezca cosa de broma y sin importancia, porque después de la caridad, la virtud de la religión es la más excelente; pues, así como con la caridad damos a nuestro Señor el amor que le es debido, según nuestras posibilidades, la religión le rinde el honor y la reverencia que merece y, por tanto, las faltas que se cometen contra ella son muy graves. Es cierto que en lo que decís no veo gran pecado, pues lo hacen contra su voluntad, pero no hay que dejarlo pasar sin alguna penitencia. Cuando el enemigo no logra vencer nuestras almas, trata de conquistar nuestros corazones; lo que le interesa es que perdamos el tiempo, que se disipe nuestro espíritu y que alguien se escandalice. Pero, cuidado, querida hija, de no atemorizar a esas buenas Hermanas, porque podrían pasar de un extremo al otro, lo cual no conviene» .

El prójimo también puede parecer importuno cuando no comparte nuestras ideas. Y entonces nos acaloramos en la discusión y defendemos nuestro criterio con terquedad. Francisco de Sales no se obstinaba. Tenía como regla «no contradecir nunca a nadie, a no ser que hubiera pecado o un perjuicio grande en no hacerlo». Decía:

«Cuando es necesario contradecir a alguien o dar una opinión en contra de alguien, hay que hacerlo con gran dulzura y destreza, sin ánimo de violentar a nadie, pues nada se gana actuando con aspereza... La razón humana puede ser persuadida pero no forzada. Si se la fuerza, se rebela». Por eso, mejor que la discusión con los protestantes, que pronto se convertía en apasionamiento, prefería la simple exposición de la doctrina cristiana. Es verdad que ponía en ello tal ardor, tal acento de amor que conmovía los corazones, inclinándoles así a aceptar la verdad. Sobre este punto escribía a la Sra. de Chantal:

«Cuando predicaba yo en París, en la capilla de la reina, sobre el día del juicio (lo cual no se presta a discusión), una señorita llamada 'mademoiselle Perdreauville', que había venido a escucharme por curiosidad, cayó en las redes, y, tras el sermón, tomó la resolución de instruirse, y tres semanas después trajo a toda su familia a confesarse conmigo, y fui padrino de confirmación de todos ellos. Ya veis, un sermón que no fue pensado para ir contra la herejía, se ve que inspiraba contra ella, porque Dios me concedió ese don para bien de esas almas. Desde entonces siempre digo que quien predica con amor está predicando contra los herejes, aunque no pronuncie ni una palabra contra ellos».

En el mismo sentido, le decía en otra carta: «Debemos influir en la gente como lo hacen los ángeles, mediante movimientos delicados, sin violencia».

Donde más expuestos estamos a sentirnos molestos y a faltar a la dulzura es en casa, con nuestra familia, con los nuestros, con los que viven con nosotros. Es precisamente allí donde menos nos vigilamos y donde disminuimos nuestra tensión y nuestro esfuerzo. Basta un olvido de un criado para precipitarnos en la cólera; incluso el demasiado celo que ponen por sernos agradables o el afecto que nos demuestran, nos excita los nervios; y, por poco que estemos cansados o no nos encontremos bien, nos volvemos insostenibles y odiosos para los que nos rodean.

Y él ¿qué hacía? Una tarde de invierno, su criado se olvidó de encender las luces de sus habitaciones y de la escalera, por la que el obispo acompañó, a oscuras, a un gran señor que había venido a visitarle. Se contentó con decir al criado olvidadizo: «¿Sabéis, mi querido amigo, que dos cabos de vela nos hubiesen valido esta noche diez escudos de honra?».

Una de sus hijas espirituales -y seguimos en la intimidad de la familia- le escribió una vez una carta desbordante de admiración y con exageradas alabanzas. ¡No hay nada que le irrite más! Y le va a demostrar su descontento. Ved su respuesta:

«Queridísima hija: Sabed que tengo una hija que me escribe diciendo que mi ausencia le aumenta sus dolores; que si no se contuviera, sus ojos derramarían tantas lágrimas como gotas caen del cielo, para llorar mi partida; y otras cosas semejantes. Pero aún sigue mucho más adelante, porque dice que no soy un hombre, sino alguna divinidad enviada para hacerse amar y admirar y, lo que es peor de todo, añade que seguiría diciendo más cosas, si se atreviera. ¿Qué decís de todo esto, mi querida hija? ¿No creéis que hace mal en hablar así? ¿No son palabras excesivas? Sólo las puede excusar el amor que me tiene, que es del todo santo, pero expresado en términos mundanos. Decidle, mi querida hija, que, nunca, bajo ningún pretexto, se debe atribuir la divinidad a las miserables criaturas; y que pensar, además, que se pueden decir aún elogios mayores, es un pensamiento desordenado; o que, al menos, son desordenadas las palabras que así lo expresan; que hay que poner más cuidado en evitar la vanidad en las palabras que en los cabellos y en los vestidos. Decidle que en adelante su lenguaje sea sencillo y no rebuscado. Pero decídselo tan dulce, amable y santamente, que le caiga bien esta reprimenda, pues sale del corazón más que paternal que vos conocéis, como hija queridísima de mi corazón, hija en la que he puesto toda mi confianza».

Y si la alabanza inmoderada nos exaspera, ¿qué decir del sufrimiento?

A una enferma le decía: «Animo, hija mía, que vuestro amor no sea solamente fuerte, sino también tierno, dulce y suave para aquellos que os rodean. Yo digo por experiencia que las limitaciones físicas no nos quitan la caridad pero pueden quitarnos la dulzura para con el prójimo si no estamos muy en guardia». Si debemos tener «la dulzura de la miel» para con los extraños, también es preciso que en nuestro comportamiento habitual tengamos «la dulzura de la leche» para con los que viven con nosotros; «en lo que faltan mucho quienes en la calle parecen ángeles y en casa demonios».I

A una madre de familia le escribía:

«Haced con particular cuidado todo lo que podáis por adquirir la dulzura con los vuestros, o sea, en vuestra casa; no digo que haya que ser blando ni flojo, sino dulce y suave. Tenéis que pensar en esto al llegar a casa, al salir de ella, por la mañana, al mediodía, siempre; que sea éste vuestro principal cuidado, durante algún tiempo, dejando un poco de lado lo demás».

Y a otra: «Procurad ser dulce y afable con todo el mundo y, sobre todo, en casa... Soportad las imperfecciones de todos, pero principalmente las de los de casa».

Y una vez más: «Esforzaos en practicar la humilde dulzura que debéis a vuestro marido, y a todo el mundo, porque es la virtud de las virtudes que tanto nos ha recomendado nuestro Señor».

En el mismo sentido escribía a una señora: «Todas las mañanas, deberíais pedir a Dios que os diese la verdadera dulzura de corazón que Él desea para las almas que le sirven; y tomar la resolución de practicar esta virtud especialmente con las dos personas con quienes estáis más obligada. Debéis ejercitaros en esto, recordándolo cien veces al día y encomendando a Dios este buen deseo; creo que lo que más necesitáis para someteros a la voluntad de Dios es ser cada vez más dulce, poniendo vuestra confianza en su bondad. Qué feliz seréis, querida hija, si hacéis esto, porque Dios habitará en vuestro corazón y en él reinará con toda paz. Pero si cometieseis alguna falta, no perdáis el ánimo, recobraos enseguida, como si no hubieseis caído. Esta vida es corta y se nos ha dado para ganar la otra; y la emplearéis bien si sois dulce con esas dos personas con las que Dios os ha puesto».

### ***El precio de la dulzura***

¡Es posible que os moleste un modelo tan perfecto; quizá, como excusa para no imitarlo de cerca, os digáis: ¡al fin y al cabo, él era un santo...!

¿No sabéis que san Francisco de Sales tuvo que luchar para conseguir esta perfecta dulzura? Alguna vez se le escapó el genio, como «el día de nuestra Señora», cuando el sacristán tocó la campana antes de que hubiese acabado el sermón. «Esa fue una falta más, dijo, entre otras muchas». Y pudo confesar: «No hay vez que me haya enfadado, por mucha razón que tuviera, sin que después haya tenido que reconocer que hubiera hecho mucho mejor en no encolerizarme»

Incluso cuando ya las lecciones de la experiencia y el trabajo secreto de la gracia le habían llevado a una indiferencia y a un desprendimiento casi absoluto, como refleja esta confesión: «Quiero pocas cosas, y las que quiero, las quiero poco. Apenas tengo deseos y si volviera a nacer, quisiera no tener ninguno», incluso entonces, se le ocasionaba casi un movimiento de impaciencia si, olvidando la regla que él dio en otro tiempo a la Sra. de Chantal -«hay que hacerlo todo por amor, nada por fuerza»-, se pretendía convencerle de que el mérito de nuestros actos se mide por su dignidad o por la dificultad en su ejecución, y no por el amor que los inspira y anima. Dice Mons. Camus: «Siempre que se le decía: hay mucho más mérito en hacer esto que esto otro; esta acción es de mayor mérito que esa otra... sin hacer mención de la caridad, fruncía el ceño y demostraba su disgusto y su pena».

San Francisco de Sales tuvo que vigilar constantemente su naturaleza. Él mismo nos cuenta que una vez, a causa de una injuria, había sentido «hervir la cólera en su cerebro como el agua en un puchero sobre el fuego»; y que otra vez, «con ocasión de un enfado muy fuerte y muy justo, se vio forzado a tomar las riendas de su cólera con las dos manos, para pararla».

No le faltaban ocasiones de ejercitar la dulzura conteniendo una irritación que nos hubiera parecido muy justificada. Cuando la construcción del monasterio de Annecy, unos bribones «con mucha impertinencia, expulsaban a pedradas a los obreros y les hacían otras muchas faenas pesadas». Uno llegó, incluso, a dar golpes a los andamios con un hacha. Advirtieron de ello al obispo, que acudió enseguida. «Amigo mío, suplicó por tres veces al descarado, os ruego no sigáis». Y como el otro no hacía caso, Francisco le cogió el hacha de las manos y con voz firme le dijo que iba a «hacerle saber hasta dónde llega el poder de un obispo». El incidente dio mucho que hablar, hasta el punto que Francisco tuvo que escribir a uno de sus amigos:

«Os aseguro que me he reído de buena gana al leer al final de vuestra carta que os habían dicho que yo estaba irritadísimo y que había dicho todo eso que me contáis... Soy un pobre hombre, sujeto a pasiones, pero, por la gracia de Dios, desde que soy pastor no he dicho nunca una palabra de cólera apasionada a mis ovejas. Es cierto que al ver cómo se resistían estos pobres N N, amenacé a uno con su superior y al otro con N; pero no hice nada más que lo que tenía que hacer y lo repetiría en ocasión similar. Yo estaba realmente alterado, pero contuve mi emoción y he confesado mi debilidad a nuestra Madre, quien en esta ocasión, igual que me sucedió a mí, tampoco tuvo ninguna palabra acalorada».

También le confesó que «había tenido que sujetar su corazón con ambas manos,... para que no se le escapase ningún movimiento ni ninguna palabra que no fuesen según justicia y razón».

Y es que sabía el valor de la dulzura, que nos hace semejantes al Corazón de Cristo, nos gana la simpatía de cuantos se nos acercan y edifica a todos los que nos ven. Por eso exhorta sin cesar a la estima y a la práctica de esta virtud. A una de sus hijas, que tenía «el corazón propenso a arrebatos», le escribe: «Procurad tener cada vez más en vuestro corazón el espíritu de dulzura y de tranquilidad, que es el verdadero espíritu de Jesús».

Y a la abadesa de Puits d'Orbe, que piensa reformar su monasterio:

«Os recomiendo sobre todo el espíritu de dulzura, que es el que roba los corazones y gana las almas».

A una señora:

«Hay que tener una dulzura sin límites para con el prójimo, hasta la simplicidad, y jamás utilizar la revancha con los que nos han hecho algún mal. Si perdonamos por eso alguna cosa, creed que el Señor nos recompensará muy bien.»

A propósito de su hijo Celso Benigno, escribía a la M. de Chantal:

«Quien pudiera persuadirle de que la dulzura y la cortesía son incomparablemente más honorables que la violencia y el orgullo, lo dispondría para hacer grandes maravillas».

Y refiriéndose a las religiosas que están a su cargo, después de haberle pedido que «se deje manejar enteramente por Aquél que se digna tener cuidado de ella», el obispo añade:

«Preocupaos únicamente de agradecerle por esta total dependencia y confianza en su amor y por la suave vigilancia que debéis poner en hacer avanzar a sus queridas esposas en la pureza de su servicio, mediante una santa observancia, estando vos extremadamente atenta a ser dulce y paciente, sin miedo de excederos en estas santas virtudes. Sed generosa, alegre y suave en esta práctica, y en ella encontraréis abundantes gracias de nuestro Señor» .

¡Y qué poder de edificación tiene esta virtud tan poco frecuente!

«Había diez doncellas y solamente cinco tenían el aceite de la dulzura misericordiosa y la mansedumbre. Este equilibrio, esta dulzura y bondad de corazón es mucho más rara que la perfecta castidad, pero por eso mismo es más deseable. Os la recomiendo, queridísima hija, porque de ella, igual que del aceite en la lámpara, depende la llama del buen ejemplo y no hay nada que edifique tanto como una mansedumbre caritativa».

### ***El “corazón de carne” de S. Francisco de Sales***

Quizá esta igualdad en la dulzura sonriente, esta constante suavidad, esta serenidad que ninguna nube ensombrece, acaben al final irritándoos un poco; querríais un santo más próximo a nosotros, más real, o al menos más enérgico, según vuestro parecer.

Pero antes, fijaos que la dulzura de san Francisco de Sales no muestra, en absoluto, debilidad ni afectación; al contrario, es muy viva, siempre delicada y a menudo jovial. ¿Sabéis cómo invitaba a la M. de Chantal a pensar en nuevas fundaciones?

«La razón humana no puede comprender cómo nuestras pobres, humildes y pequeñas violetas de la Visitación sean tan solicitadas para muchos jardines. Venid, querida Madre, a buscar aquí esas plantitas de bendición, y transplantadlas a otros lugares para gloria de nuestro dulce Jesús, al que suplico os bendiga».

En otra ocasión, indicaba:

«Vais a formar un nuevo enjambre de abejas, y ellas, en su nueva colmena, formarán un hogar para el divino amor, más delicioso que la miel». Decía:

«Os ruego, queridísima Madre, que preparéis cariñosamente a nuestras abejitas para que hagan su salida al comenzar el buen tiempo y vengán a trabajar en la nueva colmena para la que el cielo ya está preparando su rocío».

¿Os gustaría conocer algunas de esas «abejitas»?

Una es «la Hna. Francisca Margarita... Es una buena persona, prudente, constante y verdadera sierva de nuestro Señor; su rostro tiene una expresión un poco seca e indiferente, pero tiene un corazón muy bueno; es de pocas palabras, pero delicada. Ni ella ni yo damos rodeos.»

«La Hna. Paula Jerónima es muy buena, sirve para todo, tiene mucho espíritu y entereza; posee tantas cualidades como la salvia».

«La Hna. Francisca Agustina es una ‘oveja’ muy observante y devota».

En cuanto a la Hna. Francisca Gabriela, «es un vaso bien pulido, vacío y dispuesto a recibir grandes gracias celestiales, porque es un alma recta, un alma desnuda y vacía de todo lo de este mundo, que no tiene pensamientos ni deseos, sino sólo para Dios».

«La pobre Hna. María Magdalena es muy buena, pero no sé cuándo podremos sacarla de sí misma».

«La Hermana N. nos ha dado mucho trabajo y todavía sigue... Le hice una seria corrección, con tanto vinagre como aceite, y se la repetiré, con otras palabras, tan a menudo que le hará efecto, con la gracia de Dios».

Ciertamente, la dulzura de san Francisco de Sales tiene su fuente en su gran corazón, en su «corazón de carne», tan «tierno y cariñoso para con sus amigos».

Como él mismo decía: «Pienso que no hay persona en el mundo que quiera más cordialmente, más tiernamente y para hablar claro, más amorosamente que yo».

Por eso, no debemos extrañarnos de la emoción contenida que dejan ver las líneas finales de una carta que dirigió a la Madre Favre, superiora de la Visitación de Lyon:

«¡Mi queridísima hija, cuántas bendiciones os desea mi alma! Saludo a las Hermanas profesas con el corazón que ellas conocen y a nuestras novicias con un corazón que ellas no conocen. ¡Dios mío!, derramad sobre ellas el espíritu de dulzura y de sencillez, de amor y de humildad, de obediencia y de pureza, el espíritu de gozo y de mortificación».

Y prosigue: «Saludo con un corazón del todo paternal a nuestras queridas hijas, a las que cada día amo más y creo que es por el deseo que tienen de servir bien a Dios». Y, como excusándose, dice: «Este comienzo está un poco rebosante de afecto y de palabras cariñosas, pero sabéis bien que refleja la verdad y la variedad del verdadero amor que tengo a las almas».

Y ese amor le hace ponerse enteramente al servicio de ellas. ¡Con qué delicadeza pide que no duden en escribirle tan extensamente como quieran y cuantas veces lo deseen!

«Hija mía queridísima, no seáis tan discreta, con el pretexto del respeto que me tenéis, que dejéis de escribirme cuando vuestro corazón lo desee, pues os aseguro que el mío siempre estará contento de recibir vuestras cartas».

«No me digáis que abusáis de mi bondad por escribirme cartas largas, pues de verdad que las estimo profundamente».

«Sí, estoy muy agobiado de trabajo; pero vuestras cartas, hija mía, no son trabajo sino refrigerio y alivio para mi alma».

«Mi deseo es que si os consuela escribirme, lo hagáis con confianza».

Quiere que le escriban con sencillez: «Escribidme con toda libertad, sincera y sencillamente».

«No andéis con prolegómenos para escribirme; no hay necesidad, puesto que me dedico con tanto gusto a vuestra alma».

«Mi queridísima Hermana: En esta primera carta que os escribo quiero mandaros dos o tres palabras de prólogo que os sirvan para todas las que en adelante os envíe:

1. Que en adelante ni vos ni yo volvamos a hacer ningún prelude; porque el amor que tenéis a Dios será mi prólogo para con vos; y mi deseo de amarle será vuestro prólogo para conmigo.
2. En virtud de este mismo amor, poseído o deseado, estad segura, hija mía, de que vos y todas vuestras Hijas encontrarán siempre un alma abierta y dedicada al servicio de las vuestras.
3. Pero todo ello sin ceremonias, sin artificio, pues aunque nuestras vocaciones sean diferentes en rango, el santo amor al que aspiramos nos iguala y nos une a Él».

En otra ocasión, se inquieta por un largo silencio:

«¿Qué hacéis, hija mía, alejada en ese bello país de Auvernia? Me parece que hace mucho tiempo que no sé una palabra de vos; sin embargo, el amor nunca es mudo, ni siquiera el filial, que tiene siempre algo que decir a su padre». Sabe llevar la iniciativa para sacar a las almas de una somnolencia mohína:

«Esta querida hija que no me escribe, merecería que yo también la olvidase, pero mi afecto no me lo permite». Y sufre si se interpreta mal su pensamiento: «¡Dios mío, qué admirable es esta hija mía! Ha leído mi carta en un sentido distinto del que yo había pretendido».

¡Y con qué bondad trata de curar la llaga de un corazón demasiado susceptible!

«Puesto que ahora es costumbre que sea el padre el que comience una y otra vez las relaciones santas y afectuosas, podéis decir lo que queráis, querida hija, pero es claro que estáis equivocada; mi carta no era tan ácida como para que una joven dulce no la pudiera endulzar estaba llena de paternal confianza. Sin duda, era algo fuerte, pero ¿es eso como para disgustarse? Ya sabéis de dónde procedo; ¿cómo esperar



frutos delicados de un árbol de las montañas y además un árbol tan pobre que como yo? Me atengo a lo queráis pensar de mí, pero por mi parte os digo que seré siempre vuestro y, si no me es posible de otra manera, lo testimoniaré ante Dios en el Santísimo Sacrificio que ofreceré a su bondad» .

Sí, san Francisco de Sales dice la verdad, cuando asegura la fidelidad de su amistad:

«Tengo un corazón tenaz, que jamás suelta su presa».

«Tengo un afecto fuerte y casi inmutable a los que me conceden la dicha de su amistad»

«El que quiera competir conmigo en la amistad, escribe al presidente Benigno Frémyot, tiene que ser muy fuerte, porque yo no la escatimo».

Y más detalladamente le explica al conde de Tournon:

«Ciertamente, señor, no soy delicado, ni amante de ceremonias ni de cumplidos; no, ni siquiera las ofensas me enemistan con nadie, a menos que lleven la intención de romper la amistad (hablo de la amistad, no de la caridad con todos, que es algo que nada debe romper); porque las ofensas que provienen de negligencia, de debilidad, de falta de consideración o, incluso, de un arrebato súbito de cólera, de enfado y de odio, creo que una amistad fuerte debería soportarlas, considerando que nuestra naturaleza está sujeta a esos accidentes».

Ahí se ve sin duda que es un alma grande. ¡Y qué delicada!

Escribiendo a la M. de Chantal, no omite un detalle que haría sonreír dulcemente a la Hna. María Amada de Blonay: «la más pequeña, a la que no olvidaré esta tarde, pues iré a casa de su padre, donde la vi por primera vez, vestida de blanco, con un sombrero de paja».

Hace esta confidencia a la Sra. de la Fléchère: «Nuestra querida Sra. de Chantal os quiere mucho. La última vez que hablé con ella se refirió a vos, pero no recordaba vuestro nombre: 'La querida hermana que tanto os ama', me dijo. ¿Quién sino yo hubiera adivinado por esas palabras que se trataba de vos? ¡Ay, todo es para Dios!: el amor y el corazón que ama. A Él sean el honor, la gloria y la alabanza por siempre».

Y ¿qué decir de la amistad que le une con la Sra. de Chantal? Fue una de las más santas amistades que jamás ha unido a dos corazones humanos.

El obispo ve en ella la mano de Dios y se abandona dulcemente al influjo de este afecto. «Nada os diré de la intensidad de mi amor respecto a vos, solamente que sobrepasa toda comparación; y este afecto es más blanco que la nieve, más puro que el sol: por eso le he soltado las riendas... dejándole correr a su aire».

«Este afecto me parece como un rocío que llena mi corazón sin ruido y sin violencia. Y, si he de decirlo todo, no era tan suave cuando Dios empezó a enviármelo (porque fue Él, sin duda), como lo es ahora, que ya es muy fuerte, y cada día lo parece más, aunque sin sobresaltos ni impetuosidades».

Es tan poderoso, que hace del corazón de Juana de Chantal y del de Francisco de Sales un solo y único corazón; y el obispo presiente el motivo de esta maravillosa unidad:

«Tengo que decir que llevo a nuestra Congregación en el corazón, pues sueño con ella, contra mi costumbre, y al despertar la encuentro allí como una idea fija. Quiera Dios poner en ella su mano buena y poderosa...Sí, el otro día estaba yo encomendando este proyecto a su divina Majestad, y no comprendía cómo se servía para ello de mi corazón y del vuestro, quiero decir de nuestro corazón; pues, aunque la razón no lo quiera, no puedo separar en dos este corazón, ni para mi gozo ni para mi confusión. Seremos muy felices de poder servir así a la bondad divina».

«Necesitamos mucho valor para servir a Dios lo más sincera y valientemente que podamos, pues ¿por qué ha querido hacer de estos dos corazones uno solo, sino para que éste sea extraordinariamente decidido, valiente, animoso, constante y enamorado de su Creador y Salvador?».

Esta amistad no es solamente sana y pura, sino santa y sagrada:

«Buenas tardes, hija mía, toda mía. Me gustaría poder deciros lo que he sentido hoy en la comunión respecto a nuestra querida unidad, pues ha sido algo grande, perfecto, dulce, poderoso, casi a modo de voto y de consagración».

«Mi queridísima Madre, tengo una luz muy particular que me hace ver que la unidad de nuestro corazón es obra del gran Forjador de unidad" y por eso quiero desde ahora no sólo amar, sino querer y honrar esta unidad, como cosa sagrada».

Dios, que así los ha unido, actúa soberanamente en ellos para que sean una sola alma en la prosecución de una misma obra:

«¡Oh Dios!, hija mía, llenemos nuestro corazón de valor y hagamos desde ahora maravillas

para el progreso en este amor celestial. Me doy cuenta de que nunca os envía nuestro Señor profundas inspiraciones sobre la pureza y perfección de vuestro corazón, sin que me las envíe a mí también, para que conozcamos que a un solo corazón le basta una sola inspiración sobre una misma cosa; y así, por una única inspiración, la Providencia nos indica que debemos ser una misma alma para trabajar en la misma obra y por la pureza de nuestra perfección». Y en su agradecimiento, el obispo exclama: «¡Que Dios nuestro salvador sea el todo para nosotros! Nuestro único corazón en Él y por Él es indivisible. ¡Ojalá viva siempre para su santo amor!».

Esta amistad, tan evidentemente sobrenatural y santa, es al mismo tiempo profundamente humana. San Francisco de Sales no piensa en mortificar su deseo cuando recibe carta de la Sra. de Chantal:

«Os contesto dos palabras, le dice en una ocasión, sin haber releído vuestras cartas, que leo siempre con tanto gusto la primera vez, que sólo me queda como un gran consuelo, pero apenas sé lo que he leído».

Y al hacer el elogio de su prima, la Sra. de Charmoisy, dice: es «un alma buena, admirable por su serenidad, que nunca se apresura. No me había hablado de su alma hasta hace unos días».

Y al releer lo que ha escrito, añade a pie de página:

«No digo esto para alabarla, pues me gusta que me escriban y con frecuencia; y prefiero un poco de afán antes que no recibir ninguna carta en tres o cuatro meses. Aclaro esto para que vos, temiendo parecer apresurada, no dejéis de escribirme lo más a menudo que podáis. Hacedlo, hija mía, escribidme siempre». Pero el obispo, que no dispone ni de una hora par él, - no puede escribir a la baronesa con tranquilidad y siempre que quisiera. Y la exhorta amablemente a practicar con él la santa indiferencia.

«Decidme, hija mía, ¿no me es penoso también a mí, no poderos escribir más que como a hurtadillas? Por eso necesitamos tener el mayor espíritu de santa libertad e indiferencia; es bueno para todo, incluso para que un padre tan cariñoso como yo y una hija como sois vos, estén seis o siete semanas sin recibir noticias uno del otro».

Con ese don de simpatía y esa exquisita caridad, el obispo sabe reconfortar perfectamente en las tribulaciones:

«Estoy muy conmovido al saber que no carecéis de diversas amarguras interiores... Tengo un corazón de padre, pero tiene también algo de corazón de madre. Me interesa vuestro adelanto en la piedad sólida, pero ese avance siempre lleva consigo dificultades; son necesarias para ejercitaros en la escuela de la cruz, que es la única que puede perfeccionar nuestras almas. Pero no puedo dejar de sentir ternuras maternas, que me hacen desear los consuelos para mis hijos. Sed valiente, queridísima hija. No sucede lo mismo en los rosales espirituales que en los corporales. Pues en éstos, las espinas duran y las rosas pasan; en aquéllos, las espinas pasarán y perdurarán las rosas».

¡Con qué dulzura sabe sostener y serenar a quienes invita a aceptar la cruz con toda su alma!

«Ciertamente, la humildad, la paciencia, el amor de Aquél que nos envía la cruz, merecen que la recibamos sin quejas; pero, mirad, querida hija, es diferente expresar un dolor que quejarse de él. Por tanto, se puede hablar de él, y a veces es obligación hacerlo, como hay obligación de remediarlo; pero, hay que hacerlo con paz, sin exagerarlo con palabras ni quejas. Es lo que dice la Madre Teresa; porque quejarse no es revelar el mal, sino hacerlo con lamentaciones, gemidos y señales de mucha aflicción. Expresadlo, pues, con sencillez y verdad, sin escrúpulo alguno; pero de tal forma que no deis la sensación de que lo rechazáis, pues hay que aceptarlo de buena gana.

¡Con qué afecto y con qué ingeniosos argumentos modera el celo excesivo de una de sus Hijas que se da sin límites!

«Me han advertido que os estáis agotando de tanto trabajar, que no os desvestís durante varias noches seguidas, que no coméis apenas, que hacéis los oficios más penosos de la enfermería y enseguida corréis al coro para acompañar el canto. Hija mía, hija mía, yo no quiero que seáis tan valiente porque, ¿os figuráis lo que me diría nuestra Madre si en su ausencia le sucediese algo malo a nuestra amadísima Juana Carlota? Seguro que me reprendería como a un padre poco vigilante con su queridísima hija. Haced caso a vuestro pobre padre: descansad, descansad y comed suficientemente; dejad trabajo amorosamente a las otras, y no queráis llevaros todas las coronas, también querrá alguna el querido prójimo. El fervor del santo amor que os impulsa a querer hacerlo todo, también os debe frenar, dejando hacer a las otras algo para su consuelo».

¿Creéis que la Hna. de Blonay se sentiría ofendida por el siguiente «elogio» que le hace el Santo?

«Mi queridísima hija, escribís muy bien, pero, para llegar a ser maestra en el oficio, debéis esforzar vuestra mano durante algún tiempo y escribir así a todos, y no solamente a mí, que soy el que, posiblemente, soportaría mejor que nadie vuestra mala letra».

Tampoco debió quedar resentida la que recibió la siguiente nota:

«Hija mía, debería enfadarme con vos, pero no lo haré porque no puedo, no tengo humor para hacerlo». Y qué alegría tan dulce derramaría sobre el corazón de otra religiosa esta respuesta del obispo, que, sin duda, releería con frecuencia:

«Pero, querida hija, ¿me tenéis envidia porque yo predico por el mundo las alabanzas de Dios? ¡Oh, qué gran gozo es para el corazón el publicar la bondad de lo que se ama! Pero si deseáis predicar conmigo, os ruego que lo hagáis siempre, pidiendo a Dios que ponga en mi corazón palabras según su Corazón y vuestros deseos. ¡Cuántas veces sucede que decimos cosas hermosas porque algún alma buena las está impetrando para nosotros! Y esa alma buena, al hacerlo, también está predicando; y con la ventaja que, al no saberlo ella, no corre peligro de envanecerse. Nos parecemos a los órganos, en los que quien articula los fuelles realmente lo hace todo y nadie le alaba. Rogad por mí frecuentemente, hija mía, y estaréis predicando conmigo».

Y si, por uno de esos celos tan femeninos, alguna de sus dirigidas se le queja de no ocupar un lugar privilegiado -el primero de todos- en el corazón del obispo, pronto se sentirá tranquilizada y satisfecha al leer:

«No, hija mía, no temáis sorprenderme, yo entiendo bien vuestras palabras: vuestras quejas no tienen acritud, son dulzuras de un niño con su padre; si están aderezadas con vinagre, es para que tengan mejor sabor. Quejaos siempre que queráis, hija mía, para que tantas veces como os parezca que no sois mi muy particularmente querida hija, pueda yo por mi parte contestaros que lo sois y lo seréis para siempre invariablemente; para mí será un auténtico placer repetiros esta verdad». Nos hace sonreír, pero se percibe claramente que no hay ironía ni engaño en sus palabras, sino la expresión amable y gozosa de un sentimiento de exquisita lozanía. En cuanto san Francisco de Sales se inclina sobre un alma, la mete en su corazón y la «quiere» con un afecto muy tierno y absolutamente sobrenatural.

«Os querré toda mi vida», escribía a la señora que padecía de sueño en la oración. Cuánta estima del precioso don de la amistad se encierra en estas líneas:

«Soy de la opinión del P. Binet en cuanto a nuestra Hna. des Gouffiers, pero ¡cómo quisiera volver a ganar su corazón!, pues creo que no encontrará otro que la quiera como el mío; y no se deben abandonar las amistades que sólo Dios nos da».

Nada en el mundo debería romper esas amistades:

«No es posible que una amistad verdadera y sólida pueda terminar jamás».

«Amar mucho y poder dejar de amar mucho, son dos cosas incompatibles. Las amistades de los hijos del mundo son de naturaleza mundana: el mundo pasa y todas sus amistades pasan; pero la nuestra es de Dios, en Dios y por Dios».

Eso es precisamente lo que la hace imperecedera. «Una cualidad que tienen las amistades que el cielo nos da, es la de no perecer nunca, lo mismo que la fuente de donde ellas brotan tampoco se agota; y ni la presencia las alimenta ni la ausencia las hace languidecer y morir, pues su fundamento está en todas partes, porque es Dios». Por eso puede afirmar a la Sra. de Chantal: «Sabéis bien, mi querida Madre; que la santa unidad que Dios ha hecho es más fuerte que toda separación y que la distancia de los lugares no tiene poder sobre ella. Que Dios os bendiga por siempre con su santo amor. El nos ha dado un solo corazón, único en espíritu y en vida».

El corazón de san Francisco de Sales está hecho a imagen del Corazón de Cristo. Siempre pensó que la Visitación debía procurar el beneficio de la vida religiosa a aquéllas que no podían pensar en las grandes órdenes ya existentes, demasiado austeras para las naturalezas débiles, e imposibles para las enfermas. Y escribe a la Madre de Chantal:

«Mucho me place que améis a las cojas, jorobadas, tuertas e incluso ciegas, con tal que ellas lleven recta intención; pues serán hermosas y perfectas en el cielo. Y si perseveramos en la caridad para con las que tienen imperfecciones corporales, Dios se encargará de enviar, contra la prudencia humana, muchas hermosas y agradables hasta a los ojos del mundo».

«La joven del brazo corto debe ser admitida, si no tiene el cerebro corto, porque esos defectos físicos no son nada ante Dios».

«Mi opinión será siempre que no se deje nunca de recibir en la Congregación a personas enfermas, a menos que se trate de las enfermedades señaladas en la Regla, lo que no es el caso de esta joven, pues, aunque no puede utilizar sus piernas, sin ellas puede cumplir todos los ejercicios esenciales de la Regla: obedecer, rezar, cantar, guardar silencio, coser, comer y, sobre todo, tener paciencia con las Hermanas que la llevan, cuando no las vea dispuestas o prontas a hacer esa caridad; porque tendrá que llevar con paciencia a las que la llevan a ella, si a esas Hermanas no las mueve el espíritu de caridad. Si puede hacer un bien a las que la cuiden, no veo nada que impida recibirla, si no tiene dañado el corazón; amo a esa pobre joven con toda mi alma».

También acoge las miserias morales aun en casos en que otros estarían tentados de perder la esperanza. Ciertamente, la «desgraciada joven» que él pide a la Sra. de Chantal sea recibida en su monasterio de Annecy, ha causado mucho escándalo y les ha defraudado mucho, a pesar de su compasiva caridad. ¡No importa! La experiencia ha enseñado al obispo a «no ser duro con las almas esquivas mientras quede esperanza de ganarlas por la dulzura».

«He pensado en esta pobre joven de la que os escribí; y creo que si quiere hacer un retiro para decidirse, debemos no sólo recibirla, sino, si es posible, animarla. ¡Quién sabe si Dios tendrá piedad de ella y la perdonará! Su mala índole no me sorprende nada porque nuestro Señor, a veces, saca hijos de Abraham de las piedras. La conversión no depende de la naturaleza, sino de la gracia. Sé que os va a ocasionar incomodidades, pero benditas sean las incomodidades que nos vienen por acoger al extraño con hospitalidad espiritual. Me acuerdo de san Pedro, príncipe de los penitentes, que fue muy dulce con los pecadores cuando ya él había dejado de serlo». Como a pesar de sus nuevos extravíos, la joven había sido recibida otra vez en la Visitación, esto dio lugar a habladurías, sin que faltaran apreciaciones severas ni protestas indignadas. El obispo reprueba ese alboroto:

«Se equivoca el mundo al interpretar mal la obra de caridad que las Hermanas de la Visitación han pensado hacer con ella. Dios ha ocultado el futuro a los hombres, y, si únicamente debiéramos servir a las almas que van a perseverar, nos resultaría ciertamente difícil distinguir unas de otras. Debemos impedir el mal del prójimo, aunque sólo fuera por una hora».

### ***La firmeza en la dulzura***

Pero tengamos cuidado, esta extrema indulgencia nunca llegará a la debilidad. La dulzura de san Francisco de Sales, por ser virtud cristiana, siempre va acompañada de firmeza. La mayoría de las veces, esa firmeza va envuelta en suavidad y escapa a las miradas superficiales; pero cuando el deber lo exige, aparece.

En los comienzos de su episcopado, para cortar en seco discusiones por cuestiones de precedencias, envió esta nota al Deán del Capítulo de nuestra Señora de Annecy:

«Señor Deán: es mi expreso deseo, que no admite réplica, que vuestros chantres, el subdiácono que me asignéis y el turiferario sean canónigos, a pesar de vuestras costumbres, porque los de mi iglesia tienen esa dignidad. Lo ordeno así a vuestro Capítulo y a vos en virtud de la santa obediencia y bajo pena de excomunió*latae sententiae*. En fe de lo cual, firmo la presente».

Los canónigos se apresuraron a obedecer y el obispo nunca tuvo que perder su sonrisa con ellos.

Esta misma firmeza es la que inspira su decisión, cuando, en concurso, tiene que otorgar un beneficio eclesiástico con cura de almas. Siempre lo concederá por los méritos, y nunca por las influencias.

En 1615, en un concurso para un curato, descartó a un caballero recomendado por el duque de Saboya, Carlos Manuel. Este candidato «actuaba con una insolencia insoportable, por ser de la nobleza». En el examen tenía que «explicar el pasaje del Evangelio donde la madre de los hijos de Zebedeo pidió a nuestro Señor para ellos que los sentara a uno a su derecha y al otro a su izquierda, a lo que nuestro Señor respondió: «No sabéis lo que pedís». El pobre candidato no supo explicarlo, y no logró decir ni una palabra acertada, pero habló sin embargo con insolencia y presunción, como si fuera el más capaz del mundo. El buen obispo le dijo: «Caballero, me voy a servir de las mismas palabras de nuestro Señor: No sabéis lo que pedís. No creo que podáis desempeñar bien el cargo de cura de almas con esa poca capacidad que tenéis, y, por tanto, me es imposible conferiros el beneficio, porque no regalo los beneficios, sino que los doy a los más preparados».

Luego escribió al duque de Saboya: «Monseñor, en cuanto a la recomendación que plugo a vuestra Alteza hacerme respecto al Sr. de Chatelard, que es para mí una orden, hubiera sido mi mayor deseo poder otorgarle el beneficio que pretendía. Pero, por una parte, no está en mi mano disponer de él, pues el que

confiere el nombramiento es el Capítulo de mi iglesia; y, por otra, ni el indicado Capítulo ni yo mismo podemos de ninguna manera apartarnos de las ordenanzas del Concilio de Trento, que hemos jurado observar, las cuales no nos permiten conferir los beneficios eclesiásticos sino mediante concurso, al más capacitado y, de no hacerlo así, nos expondríamos a caer en desgracia de nuestro Señor y a la condenación. Este beneficio, Monseñor, no dará al sacerdote más que cincuenta ducados de ganancia y el trabajo de la cura de almas es muy grande por la cantidad de personas que dependen de él, y, como tienen mucho trato con Alemania, necesitan un pastor que cuide de edificarlos y de que conserven la fe. Deseo toda clase de felicidad al dicho Sr. de Chatelard, que afirma amar el servicio de la iglesia; pero en cuanto a beneficios, se los deseo de otra clase que los de cura de almas, y espero que no le faltarán si os place seguirle favoreciendo».

Y aún hay más, pues el obispo no duda en recordar a los príncipes sus deberes cuando parecen haberlos olvidado. Con valor y nobleza admirables, suplica al duque de Nemours que no condene en su corazón, sin antes haberlos escuchado, a algunos altos personajes, y a sus hermanos, que han sido injustamente acusados ante él. «Vuestra Excelencia ha recibido acusaciones contra estos pobres afligidos y contra mis hermanos. Si se ha limitado a escuchar las acusaciones, ha hecho bien. Pero si las ha aceptado en su corazón, me tendrá que perdonar que, siendo además de su humilde servidor, su afectísimo aunque indigno Pastor, le diga que ha ofendido a Dios y está obligado a arrepentirse, incluso aunque tales acusaciones fueran ciertas; porque ninguna palabra en perjuicio del prójimo debe ser creída antes de ser probada y no puede ser probada sin antes oír a las partes. Quienquiera que os hable de otra manera, traiciona vuestra alma».

Conoceréis vosotros mismos si os ponéis bajo la guía de un director, cuya suavidad a pesar de todo os atrae, la firmeza que se esconde bajo esa inalterable dulzura. Ya lo veis por la manera en que recomienda a sus Hijas de la Visitación que tengan energía en la conquista de las virtudes, por ejemplo, de la dulzura: «¿Es necesario ser dulces? ¡Sin duda! Aunque la cólera perturbe mi corazón y lo desconcierte, aunque mi cabeza eche humo por todas partes, aunque mi sangre hierva como una olla puesta al fuego, no por eso dejaré de ser todo lo amable y dulce que pueda; y todas las razones que la naturaleza me presente para descargar mi ira, las estrangularé y no escucharé ni una».

He aquí lo que escribió a la superiora del monasterio de Moulins, que estaba sufriendo turbaciones espantosas:

«Nunca habéis sentido tanta pena ni tanto dolor de corazón como en esta turbación. Bendecid a Dios, permaneced humilde y animosa y no os canséis de sufrir mucho».

Mirad cuál era el espíritu en el que deseaba que se formase a las novicias:

«Inculcadles, en lo posible, a esas almas que están a vuestro cargo, un espíritu de humilde pero valiente sencillez y mucho amor a la Cruz para que sean agradables a Aquél que quiere hacerlas sus esposas» .

Quiere también que las Hermanas tengan una piedad generosa:

«He dicho a nuestra Hna. des Gouffiers que desde hoy me esforzaré en poner generosidad en la devoción de las Hermanas y en quitarles la ternura que solemos tener para con nosotros mismos, esas sensiblerías que nos impiden la paz y nos hacen desear particularidades espirituales e interiores, que excusan nuestros enojos y halagan nuestras inclinaciones».

No le gusta que se prodiguen las dispensas: «Una obediencia muy agradable a Dios es no desear dispensas sin grave necesidad. Nuestra Señora no las pidió para que su Hijo naciera antes de tiempo, ni para hablar con Él antes de la edad en que los niños suelen hablar».

Prefiere a las penitencias corporales, las mortificaciones espirituales, que son mucho más difíciles.

Cuando Jacobina Coste le pidió «licencia para prepararse y acostumbrarse a ser religiosa, ayunando a pan y agua todo el adviento y yendo descalza todo el invierno», el obispo le respondió que él desearía «que las hijas de nuestra Congregación llevasen los pies bien calzados, pero el corazón muy descalzo y desnudo de afectos terrenos; que tuviesen la cabeza bien cubierta y el espíritu bien descubierto por una perfecta sencillez y por el despojo de la propia voluntad».

Desea que se ejerciten en las necesarias renunciaciones, procurando hacerlo con alegría: «Sed siempre fiel a Dios y a vuestra alma. Corregíos siempre de algo, pero no lo hagáis a la fuerza; tratad de hacerlo con gusto, como hacen los amantes del campo, cuando podan los árboles de sus huertos».

Al poco de conocerse, escribe a la Sra. de Chantal: «Cuánto deseo vuestro consuelo, mi querida hija; lo deseo, por supuesto, si es la voluntad de su divina Majestad, porque si Él os quiere en la cruz, yo lo acepto. Y vos también, mi querida hija, ¿no es verdad? Estoy seguro. ¿Acaso no están las cruces de Dios

llenas de dulzura y consuelos? Sí, con tal de morir en ellas, como hizo el Salvador. ¡Animo, hija!, muramos en la Cruz si es necesario» .

A la baronesa no le faltaron las penas, y ella sentía, sin duda, alivio al contarlas. En una carta a ella dirigida, el obispo le dice:

«Acabo de interceder por vos ante nuestro Señor, en la santa Misa, mi queridísima hija, pero no me he atrevido a pedirle que os libere totalmente, pues si le place desollar la ofrenda que se le presenta, no seré yo quien desee que no lo haga... Haréis muy bien en mirar únicamente a nuestro Señor crucificado y declararle vuestro amor y vuestra total resignación, por seca, árida e insensible que ésta sea, sin deteneros a considerar y examinar vuestra pena, ni siquiera para contármela a mí».

Probad a poner en práctica la abnegación que supone el ejercer las virtudes que serenamente enumera en un breve párrafo del Tratado del amor de Dios: «La condescendencia con los caprichos de los demás; el soportar actuaciones y modales de mala educación del prójimo; las victorias sobre nuestros propios malos humores y pasiones; el renunciar a nuestras pequeñas inclinaciones; el esfuerzo contra nuestras antipatías y repugnancias; la confesión dulce y cordial de nuestras imperfecciones; el esfuerzo continuo por mantenernos ecuanímenes; el amor a nuestra pequeñez; la benigna y amable acogida que hacemos cuando se nos desprecia y se censura nuestro modo de ser, nuestra vida, nuestro trato, nuestras acciones... todo esto es más fructífero para uestra alma de lo que pensamos, siempre que vaya acompañado del amor celestial».

Si sois dóciles, el obispo de Ginebra os conducirá suavemente a la más alta santidad, sin tropiezos ni perder el aliento jamás, por el total renunciamiento.«¿No os había anunciado, hija mía, que os iba a despojar de todo?» . Y santa Juana de Chantal respondía: «¡Oh, Dios mío!, ¡qué fácil es dejar todo lo que nos rodea externamente!; pero, despojarnos de la propia piel, de la carne, de los huesos y penetrar hasta lo íntimo de la médula, que creo. es lo que hemos hecho, es algo tan grande y difícil que es imposible sin la gracia de Dios».Sólo en el cielo se conocerá la multitud de almas que san Francisco de Sales ha ganado para Dios, conduciéndolas por esos 'camino floridos' al fervor, e incluso hasta la perfección de la vida cristiana y al heroísmo de la santidad.

Esta «dulzura incomparable con la cual, sin violencia alguna, sometía todo a su voluntad». Admiraba a su amigo el obispo de Belley. Este decía un día a otro santo prelado, refiriéndose al de Ginebra: «Hace lo que quiere y de una manera tan suave pero a la vez tan firme, que nada se le resiste. Caen mil a su izquierda y diez mil a su derecha. Todo cede a su persuasión; logra el objetivo que se propone, con dulzura y tenacidad; diríais que apenas toca un asunto y ya está concluido.» El otro le respondió: «Es esa misma dulzura la que le hace tan poderoso»¿Cómo resistir, ciertamente, ante el encanto seductor de una virtud tan amable? San Francisco de Sales lo sabía bien. Por eso, solía decir que «se atraen más moscas con una cucharada de miel que con cien barriles de vinagre» y que «si el espíritu humano se rebela contra el rigor, mediante la suavidad se pliega a todo».Y resumía así sus experiencias: «Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra, o, lo que es lo mismo, serán dueños de los corazones y todas las voluntades estarán en sus manos».

Leed, en último término, otra admirable carta, de la misma época y para la misma destinataria, y convendremos en que no tiene nada de ñoña esa «compasión dulce y suave» que sabe encontrar tales acentos para cantar la inmolación de la esposa que Cristo asocia a su Cruz:

«La verdad es que os tengo compasión, pero una compasión dulce y suave, dada la esperanza que me embarga de ver renovada vuestra juventud por estas aflicciones interiores. Sabéis que no se ofrecía ningún sacrificio de la antigua Ley, sin que la víctima fuese desollada. Así, vuestro corazón tiene que ser desollado vivo para ser ofrecido en holocausto viviente a nuestro Dios. Hay que resignarse y renunciar a consuelos externos e internos, del cuerpo y del corazón: ¿qué puede importarnos todo eso, con tal de que Dios nos ame? Y nos ama, mientras que en lo más profundo del alma nos agarremos a Él. ¡Animo, hija mía! Este viento tempestuoso nos conducirá a buen puerto. Adiós, querida hija; os digo que seáis toda de Dios, en cuerpo, alma y corazón. Él se ha hecho todo nuestro: su cuerpo, en cruz; su corazón, en angustias; su alma, en tristeza y todo lo que había en Él. Aceptó sufrirlo todo para unirse a su esposa. ¡Dios mío! ¿se pueden acaso comparar con éstos nuestros sufrimientos? Es razonable que la esposa sufra algo para testimoniar sus recíprocos amores y unirse a su Esposo. Jesucristo está en la cruz; el que quiera besarle tendrá que subir a ella y lastimarse con las espinas de su corona». El obispo sabe que «la Cruz es la puerta real para entrar en el templo de la santidad y el que la busque por otra parte no hallará ni una brizna de ella». Por eso, escribe:

«Hay que permanecer constante y firme junto a la cruz, incluso en la cruz, si Dios quiere que estemos en ella. Dichosos los crucificados porque serán glorificados».

Y juzga «vano y vil» al corazón «que hace su nido en árbol distinto al de la cruz»

Se podría extraer de su correspondencia una serie de pensamientos semejantes, de una exigencia tal que impresiona mucho.

«Las virtudes que crecen en la prosperidad suelen ser débiles e inconsistentes, y las que han nacido entre aflicciones son fuertes y firmes. Como se suele decir, «los mejores vinos crecen entre las piedras».

«El bien que se hace sin dificultad no parece ser de la misma especie que el bien de los antiguos cristianos».

«Sin embargo, es seguro que esa buena obra" no se hará sin algunas contradicciones, pues sin ellas, no sería buena ».

«Las tribulaciones no serían tribulaciones si no afligieran y los servidores de Dios no están libres de ellas, porque la felicidad les está reservada para la vida futura». «Las tribulaciones son más preciosas que el oro y que el descanso, para las almas que Dios ha escogido». «En resumen: siempre será cierto que los que aspiran a tener parte con Jesús glorificado, deberán antes tenerla con Jesús crucificado».

## 7.-LA PAZ INTERIOR (primera parte)

### ***Hay que vivir con paz siempre y en todo***

«Nuestro Señor nos dará su paz cuando nos sometamos a vivir con mansedumbre en la guerra».

San Francisco de Sales escribía en 1605 a la abadesa de Puits d'Orbe:

«Hay que vivir con paz siempre y en todo. Si tenemos una pena interior o exterior, debemos recibirla con paz. Si nos llega una gran alegría, hay que recibirla con paz, sin estremecernos por ello. Si hay que huir de un mal, que sea con paz, sin turbarnos; de no hacerlo así, podríamos caernos al huir, dando facilidad al enemigo para matarnos. Si hay que hacer el bien, hagámoslo con paz, pues si nos apresuramos, cometeremos muchas faltas. Hasta la penitencia hay que hacerla con paz; decía un penitente: mi amargura se me volvió paz».

En esa misma carta el obispo indicaba a la abadesa el medio de mantenerse continuamente en paz:

«Hagamos tres cosas, mi queridísima hija, y tendremos paz: tengamos la recta intención de querer en todo el honor de Dios y su gloria, hagamos de nuestra parte, con este fin, lo poco que podamos, según el consejo de nuestro padre espiritual, y dejemos que Dios cuide de lo demás. Quien tiene a Dios por objeto de sus intenciones y hace lo que puede, no tiene por qué atormentarse, ni turbarse, ni temer. ¡No, no! Dios no es tan terrible para con los que ama. Se contenta con poco porque sabe bien que no tenemos mucho. Sabed, mi querida hija, que en la Escritura se llama a nuestro Señor ***Príncipe de la Paz***, y, por tanto, allí donde Él es el dueño absoluto, todo está en paz. Pero también es cierto que antes de traer la paz a un lugar, trae la guerra, separando al corazón y al alma de sus más queridos, cercanos y ordinarios afectos, como son el desmesurado amor de sí mismo, la confianza en sí mismo, la complacencia en sí mismo y otros afectos semejantes.

Cuando nuestro Señor nos separa de estas pasiones tan queridas y acariciadas, parece que nos desuella el corazón en vivo, por lo que sentimos mucha amargura y casi no se puede impedir que se resista uno con toda el alma, porque esa separación es dolorosa. Sin embargo, esa resistencia del espíritu es con paz, y, aunque agobiados por la pena, nuestra voluntad sigue resignada ante la de nuestro Señor y la tenemos allí, clavada a su divino beneplácito y sin dejar nuestra tarea y nuestros trabajos, sino haciéndolos con mucho ánimo».

Esa página contiene en resumen todo un tratado sobre la paz interior. Nos señala su fuente, que es Cristo, y nos hace entender claramente que la renuncia, tan indispensable a la pureza de intención que no busca sino el honor y la gloria de Dios, es una condición imprescindible para esa paz interior.

Pidamos al obispo de Ginebra que nos amplíe estas líneas tan sustanciales y sigamos el plan que ellas nos trazan. Lo que atormenta y turba al alma que tiene a Dios como único objetivo son las inclinaciones depravadas de su naturaleza caída: el orgullo, la sensualidad, el amor a la comodidad, la avaricia y el apego a los bienes del mundo, consecuencias todas del amor desordenado de sí mismo, del cual exige Dios que apartemos nuestro corazón y nuestra alma, por ser tentaciones del demonio; ciertos defectos que nos repliegan sobre nosotros mismos: escrúpulos, pensar demasiado en sí, vanos temores respecto al futuro, una malsana «complacencia en sí mismo» que hace desaparecer la confianza en Dios e impide abandonarse a Él. Y a todo esto añadamos el fruto sutil de la «confianza en sí mismo» que es el apresuramiento natural, al cual san Francisco de Sales mira como «la peste de la devoción» y el obstáculo más corriente contra la paz interior.

### ***La paz nace de la humildad***

Las tendencias depravadas que llevamos dentro: orgullo, sensualidad, apego a los bienes de la tierra..., constituyen poderosos obstáculos para la paz interior, si no estamos vigilantes para mortificarlas.

¿Cómo podría tener paz el orgulloso, si tiene el alma agitada sin cesar por movimientos de ambición, envidia, susceptibilidades, celos?

«La paz nace de la humildad», escribía san Francisco de Sales a una de sus hijas espirituales, a la que declaraba sin rodeos:

«Hay que suavizar y quebrantar ese corazón, mi queridísima hija, y cambiar nuestro orgullo por humildad y resignación» para tener paz.

El alma generosa que no retrocede ante esta difícil tarea, verá sus esfuerzos generosamente recompensados por la paz que disfrutará:

«Tenéis que trabajar por conquistar la santa humildad que el mundo no conoce, como no conoce la paz que ella da» .

Quizá penséis que no conocéis el orgullo, -el orgullo que se complace pensando en la propia excelencia y que no tiene más que dureza y desprecio para los demás-. Pero, ¿sois verdaderamente humildes? No lo sois pues no aceptáis la miseria de vuestra condición humana; os turbáis por las críticas malintencionadas y las calumnias; no estáis desprendidos de toda voluntad propia y de todo deseo personal.

Creéis pertenecer a una especie superior a la de la humanidad pecadora, puesto que os sorprende y apena la vista de vuestras imperfecciones y faltas. Qué acertadas reflexiones las que san Francisco de Sales hace en una carta a la Sra. Bourgeois, abadesa de Puits d'Orbe, que le había consultado acerca de «la paz y la humildad»:

«Lo que nos turba es el amor propio y la estima que tenemos por nosotros mismos. ¿Qué significa que nos turbemos, nos asustemos y nos impacientemos cuando caemos en alguna imperfección o pecado? Significa que creíamos ser algo bueno, seguro y firme; por eso, al constatar que no es así y que hemos caído de bruces, nos sentimos engañados y, por ello, turbados, ofendidos e inquietos. Si hubiéramos sabido lo que somos, en lugar de quedarnos estupefactos por vernos en tierra, nos asombraríamos de haber podido mantenernos en pie». ¡Qué venda nos pone en los ojos el gran aprecio que hacemos de nuestra excelencia personal! «El amor por nosotros mismos nos ofusca a menudo: hace falta tener los ojos bien cerrados para no decepcionarnos al ver lo que somos».

El Santo tenía en singular estima a la Sra. de la Fléchère, de la que había dicho: «Aunque no tuviera más que esta perfecta oveja en mi redil, me compensaría ser Pastor de esta desolada diócesis. Después de la Sra. de Chantal creo que no he encontrado un alma más fuerte en un cuerpo femenino, más inteligente y con una humildad más sincera». A esta oveja perfecta le decía:

«No está bien que sintáis inquietud y pena al conocer vuestra nada, pues, aunque la causa es buena, sus efectos no lo son. No, hija mía, el conocimiento de esa nada no os debe turbar, sino suavizar, humillar y rebajar; el amor propio es el que nos hace impacientarnos al vernos viles y abyectos. Os suplico, por nuestro común amor, que es Jesucristo, que viváis consolada y tranquila en medio de vuestras debilidades. Yo me glorío de mis debilidades, dice el gran san Pablo, a fin de que la fuerza de mi Salvador habite en mí. Sí, porque nuestra miseria sirve de trono para que la bondad soberana de nuestro Señor sea reconocida».



A otra de sus dirigidas escribía:

«No nos aflijamos si nos oprime el peso de nuestras malas inclinaciones; amemos la abyección que de ello nos viene. No sabéis la fuerza que tiene la humildad: cambia en oro el plomo de nuestras debilidades; la humildad es la que opera esta santa metamorfosis. Procurad que ese saludable bálsamo reine siempre en vuestra alma».

Permaneceremos, pues, en paz en medio de nuestras debilidades aceptando humildemente nuestra miseria natural. Sabemos muy bien que el amor propio que llevamos dentro y que nos hace preferirnos orgullosamente a los demás, puede ser mortificado pero jamás arrancado de nuestros corazones; contentémonos con vigilar sus movimientos y poder, alguna vez, rechazarlos.

«El amor propio puede ser mortificado en nosotros; pero no muere jamás. Por eso, de vez en cuando, echa retoños que prueban que, aunque lo hayamos cortado por el tronco, las raíces siguen allí. Esa es la causa de que no nos consuele como debería consolarnos el ver que otros obran bien. Lo que nosotros no tenemos, no nos gusta; en cambio, lo que vemos en nosotros nos parece hermoso, porque nos amamos tierna y amorosamente. Si tuviéramos la verdadera caridad, que nos hace tener un solo corazón y una sola alma con el prójimo, nos consolaría mucho verle hacer el bien...No nos asombremos de encontrar en nosotros el amor propio, pues está ahí, agazapado. Algunas veces, duerme como un zorro y de repente se lanza sobre las gallinas. Por eso hay que vigilarlo constante y pacientemente, y defenderse de él con suavidad. Y si alguna vez nos hiere, la manera de curarnos será desdecernos de lo que él nos ha hecho decir y reparar lo que nos ha hecho hacer».

Como sus raíces penetran hasta las fibras más íntimas de nuestro ser, nunca podremos dominar completamente esos primeros movimientos que produce en nosotros. Pero podemos tratar de moderar su vehemencia y disminuir su frecuencia mediante una vigilancia activa, solícita por nuestro progreso en la virtud e inspirada en el amor de Dios.

«El amor propio, la estima de nosotros mismos, la falsa libertad de espíritu, son raíces que no pueden ser fácilmente arrancadas del corazón humano, pero se puede impedir que den sus frutos, que son los pecados. Porque sus instigaciones, sus arrebatos, sus brotes, es decir, sus primeros ímpetus o primeros movimientos, nunca se pueden impedir del todo mientras estemos en esta vida mortal, aunque sí se pueden moderar y hacerlos disminuir en número y ardor mediante la práctica de las virtudes contrarias, y, sobre todo, del amor de Dios. Por tanto, hay que tener paciencia, y poco a poco ir enmendando y arrancando nuestros malos hábitos, domando nuestras aversiones y venciendo nuestras inclinaciones y nuestro temperamento según los casos; pues, muy querida hija mía, esta vida es una continua guerra».

Y en esta continua guerra contra los extravíos de nuestra naturaleza, tenemos que conservar la serenidad de espíritu, sin que nos asombren sus miserias. A lo mejor un simple rechazo es preferible a una lucha a viva fuerza.

«No permitáis que vuestro espíritu se detenga a considerar esas miserias; dejad hacer a Dios, que de ahí sacará sin duda algo bueno. No reflexionéis sobre lo que de vuestra naturaleza se mezcla en vuestros actos. No penséis en vuestros brotes de amor propio; con rechazarlos dos o tres veces al día, basta. Y no los rechazéis a viva fuerza; un pequeño `no'es suficiente».

No nos inquietemos tampoco por esos accesos de cólera que nos asaltan con fuerza, ni por la amargura que queda cuando hemos sufrido violentos ataques. Nos basta con procurar tranquilizar nuestro espíritu.

«He visto, queridísima hija, vuestro arrebato de cólera y repugnancia frente a los que os tratan con aspereza. Tenéis que serenar vuestro espíritu, pues eso es algo que sabemos de memoria: sabemos que nuestra naturaleza hierve con acritud de mil maneras cuando somos atacados, y nuestro amor propio nos sugiere muchos sentimientos malos contra los que nos atacan. Pero, gracias a Dios, al fin resistimos, y no nos dejamos llevar del mal; nos tambaleamos, pero al menos no caemos del todo. Es una buena ocasión para humillarnos, para confundirnos un poco y para practicar la aceptación de nosotros mismos. Permaneced, pues, en santa paz».

Una vez que nos hemos dado a Dios, la paz y la alegría que la acompaña no disminuyen jamás por las imperfecciones que se nos escapan y que tanto sentimos:

«Mantened el ánimo levantado, os lo suplico, queridísima hija, por la confianza que debéis tener en nuestro Señor, que tanto os ha amado al daros tantos humildes atractivos a su servicio, y os ama porque continúa dándooslos, y os amará al daros la santa perseverancia. De verdad que no entiendo cómo las almas que se han entregado a la divina bondad no están siempre alegres. Porque, ¿hay mayor dicha que

ésa? Ni las imperfecciones nos deben turbar, porque no queremos tenerlas ni poner en ellas jamás nuestro afecto. Por tanto, quedaos en paz, con dulzura y humildad de corazón».

Ni siquiera los pecados deben alterar la paz de nuestra alma, porque «todo se convierte en bien para aquéllos que aman a Dios». No se cansa uno de leer esa página en la que se siente el soplo poderoso de una fe que nos alza del abismo de nuestra miseria para echarnos, llenos de confianza, en la misericordia del Dios de toda bondad.

«Todo se convierte en bien para aquellos que aman a Dios. Y, en verdad, si Dios puede y sabe sacar bien del mal, ¿cómo no lo va a hacer con aquellos que sin reserva se han dado a Él? Sí, incluso los pecados - Dios nos libre de ellos- se convierten, por la divina Providencia, en un bien para los suyos. Nunca hubiera llegado David a una humildad tan grande si no hubiera pecado; ni la Magdalena hubiera alcanzado ese gran amor a su Salvador si Él no le hubiera perdonado tantos pecados; y nunca se le hubieran perdonado si no los hubiera cometido.

Ya veis, querida hija, qué gran artífice de la misericordia es Dios: quiere convertir nuestras miserias en gracia y convierte en antídoto para nuestras almas a la misma víbora de nuestras iniquidades. Por eso, decidme, ¿qué no hará con nuestras penas, con nuestros trabajos, con las persecuciones de que somos objeto? Cuando os llegue un disgusto, sea cual sea, decid a vuestra alma que si ella ama mucho a Dios, todo se le convertirá en bien. Y, aunque no veáis cómo os puede llegar ese bien, seguid segura de que llegará. Si Dios os echa el barro de la ignominia en los ojos es para daros una vista mejor y para que contempléis un espectáculo maravilloso. Si Dios os derriba, como a san Pablo, al que hizo caer por tierra, es para levantaros a mayor gloria»."

### ***El desprecio de las críticas y de las calumnias***

También procede del orgullo la turbación que nos causan las críticas y calumnias.

¿Las críticas? Cuando con prudencia hemos decidido llevar a cabo un proyecto que ya habíamos confiado a Dios, no nos dejemos influir por los juicios más o menos benévolos que se hagan de nosotros.

«Nada se hace en este mundo sin que protesten los espíritus estrechos y malévolos; y de todo, aun de las mejores cosas, sacan inconvenientes cuando quieren murmurar».

«El mundo hablará, ¿y qué dirá? Nada que merezca la pena para los que no lo miran sino para despreciarlo, y que no consideran el tiempo sino como un medio de lograr la eternidad».

En cuanto a las calumnias, no nos preocupemos de sus mordeduras. El mejor remedio para este mal es el silencio. «En esas circunstancias, el silencio cura más en una hora que el resentimiento en un año». Y aún es mejor el desprecio. Sobre todo, no se os ocurra nunca entablar un proceso para reparar el mal que ha sufrido vuestra reputación. «Que esa buena señora me crea y que no se le ocurra entablar un pleito por esas historias, ya que sería multiplicar el mal en lugar de sofocarlo. Una mujer que tiene bien fundamentado su honor, no lo pierde nunca; nadie cree esas malignas difamaciones, ni a esos chismosos: se los tiene por unos maliciosos. El mejor medio para reparar las ruinas que ocasionan es despreciar sus lenguas, que son los instrumentos de que se valieron, dando como respuesta una santa modestia y compasión». «Tengo una experiencia reciente de la inutilidad o, mejor dicho, del daño que traen consigo los pleitos en estos casos, en una de las más virtuosas señoras del Máconnais, que quedó muy mal por no haber seguido mi consejo y escuchar la impetuosidad de la pasión de sus padres. Creedme, mi querida hija, el honor de las personas de bien está en las manos de Dios, que algunas veces permite sea atacado para ejercitarnos en la paciencia, pero nunca lo deja caído en tierra sino que lo levanta enseguida».

San Francisco de Sales siente «una aversión profunda... por los pleitos, las contiendas y las disputas.»

Llega hasta aprobar que se entregue a quien la reclama injustamente, una suma de dinero que no le corresponde, pues piensa que nunca se compra demasiado caro el bien de la paz.

«Puesto que el R. Padre y vos misma -escribe a la Sra. de Chantal- veis bien dar la cantidad que me decís, también yo lo apruebo porque es más conforme a la dulzura que nuestro Señor quiere para sus hijos... La paz es tan santa mercancía que merece ser comprada muy cara».

Si se pensara en las molestias y daños que causa un proceso, se vería claramente que es preferible siempre «despreciar el desprecio».

«En resumen, querida hija, mi deseo al querer disuadiros de que prosigáis ese mal pleito no se basaba en desconfiar de vuestro derecho, sino en la aversión y mala opinión que tengo de todos los procesos y litigios. Verdaderamente, muy buenos tienen que ser los resultados para que compensen los gastos, las

amarguras, las preocupaciones, la disipación del corazón, los comentarios que despiertan y multitud de otras cosas desagradables que suelen aportar. Sobre todo, considero molestos e inútiles, por no decir perjudiciales, los procesos por injurias o incumplimiento de promesas, si no existe un interés real en ellos; porque los pleitos, en lugar de acallar las injurias, las publican, las propagan y las prolongan; y en lugar de conseguir el cumplimiento de tales promesas, logran exactamente lo contrario. Como veis, queridísima hija, yo creo que el desprecio y la muestra de generosidad que se dan al desdeñar la debilidad y la inconstancia de quienes no cumplen la palabra dada, es el mejor remedio de todos. La mayoría de las ofensas se rechazan mejor por el desprecio que por ningún otro medio; la vergüenza es entonces para el ofensor, no para el ofendido»

Y ¿cómo conservar la paz del alma transgrediendo las máximas del Evangelio? La Sra. des Gouffiers era una antigua religiosa del Paraquet, muy adicta a la Visitación. Esta señora «de muy buen natural... pero muy aficionada a las grandezas y dignidades» y con un carácter que «apenas encontraba una persona a su gusto... muy pronta para sacar faltas y muy sensible cuando le decían las suyas», siempre estaba pleiteando con sus parientes. Como tenía «enorme dificultad a toda sumisión», san Francisco de Sales no conseguía calmarla en su afición a los pleitos. Y acerca de ella escribe así a la Sra. de Chantal:

«Hablamos mucho de ser hijos evangélicos, pero apenas se encuentra alguien que tenga para con las máximas del Evangelio la estima debida. Tenemos demasiadas pretensiones y proyectos, queremos demasiadas cosas: queremos tener los méritos del Calvario y las consolaciones del Tabor al mismo tiempo, los favores de Dios y los favores del mundo.

¡Pleitear! No, de ninguna manera. Al que te quiera quitar la túnica dale también el manto. ¿Qué piensa ella? Cuatro vidas tuyas no bastarían para solucionar su caso por medio de la justicia. Que muera de hambre y sed de justicia, así será bienaventurada. ¿Es posible que sus hermanas no le quieran dar nada? Y si es así, ¿cómo pueden los hijos de Dios querer tener todo lo que les corresponde cuando su Padre Jesucristo no quiso nada de un mundo que le pertenecía? ¡Dios mío!, le deseo todo bien pero sobre todo la dulzura y la paz del Espíritu Santo; que esté segura de mis sentimientos para con ella, ya que puedo decir que sé que son según Dios. ¿Qué necesidad hay de tanto trajín por una vida tan pasajera y de poner marcos dorados a una imagen de papel? Le digo paternalmente mi opinión porque la quiero, en verdad, extraordinariamente; y lo digo delante de nuestro Señor, que sabe que no miento».

Él mismo, cuando llega el caso, perdona de todo corazón, disimula y desprecia la ofensa: «En cuanto a mí, yo no me querellé y perdoné de corazón la insolencia que, sin duda, fue premeditada y sin que yo hubiera ofendido ni a los amos ni a los criados; pero sé a ciencia cierta que hay que disimular mucho y olvidar todas las ofensas; es la manera de mantener la paz y de ganar los corazones más desconsiderados».

### ***La abnegación de la propia voluntad y la mortificación de los deseos***

Si fuéramos verdaderamente humildes, no nos empeñaríamos en apegarnos a nuestra propia voluntad, sino que gustosamente nos plegaríamos a los puntos de vista del prójimo y viviríamos abandonados en Dios, mortificando incluso nuestros deseos. ¡Y qué paz tendríamos!

¿Cómo pueden aspirar a la perfección las religiosas que no consienten en abandonar sus preferencias personales? No es posible la paz para quien no quiere obedecer. Bien lo sabe el demonio; por eso nos empuja a la austeridad de vida y nos hace despreciar la renuncia de la voluntad propia y la mortificación del corazón.

«Al maligno no le preocupa que nos desgarramos el cuerpo, con tal de que hagamos nuestra propia voluntad; lo que él teme no es la austeridad, sino la obediencia. Y ¿qué mayor austeridad que tener la voluntad continuamente sujeta y obediente? Permaneced en paz. Sois muy amante de esas penitencias voluntarias, si es que se puede llamar penitencia a lo que es obra del amor propio. Cuando tomasteis el hábito, después de muchas oraciones y consideraciones, pareció bueno que entraseis en la escuela de la obediencia y de la renuncia de vuestra voluntad, y no que permanecieseis abandonada a vuestro propio juicio y a vos misma. No vaciléis, permaneced donde nuestro Señor os ha puesto. Es cierto que ahí tenéis muchas mortificaciones de corazón al veros tan imperfecta y tan digna de ser corregida y reprendida continuamente. Pero ¿no es la mortificación del corazón y el conocimiento de vuestra propia pequeñez lo que debéis buscar? Me decís que no podéis hacer cierta penitencia que quisierais. Pero decidme, mi queridísima hija, ¿qué mejor penitencia puede hacer quien comete muchas faltas que la de sufrir una continua cruz y la abnegación de su amor propio?».

La Madre Favre tenía razón al ser intransigente en este punto:

«Hacéis bien, querida hija, en no permitir cortapisas ni condiciones; porque si se admitiera a personas de esta clase, pronto la Congregación se llenaría del más sutil y por tanto más peligroso amor propio que puede haber. Una pondría como condición comulgar todos los días; otra, oír tres misas; otra, hacer cuatro horas de oración, y otra, servir siempre a los enfermos, y así, cada una seguiría su capricho o su presunción en vez de seguir a nuestro Señor crucificado. Las que entran deben saber que la Congregación está solamente para servir de escuela y de guía hacia la perfección y que a ella encaminará a todas las jóvenes por los medios más convenientes, que serán los que no escojan. `El que se gobierna a sí mismo, dice san Bernardo, tiene a un loco por gobernante'... Que esa joven viva en paz poniéndose en brazos de su Madre, que la ayudará y la conducirá por el buen camino».

¡Qué difícil y qué poco frecuente es mantenerse en el perfecto desprendimiento!

«Me asombran esas Hermanas que se apegan tanto a sus cargos; ¡qué pena, mi queridísima hija! Quien únicamente está apegado al Maestro le sirve siempre alegre y siempre igual en cualquier cargo... Y me asombra aún más esa otra Hermana que no está contenta donde está. Los que están sanos, no tienen dificultad con el clima, pero hay quien no puede vivir sino cambiando siempre de aires. ¿Cuándo llegará el momento en que sólo busquemos a Dios?».

«Siento mucho que nuestra Hermana Juana María tenga el capricho de cambiar de Casa. ¿Cuándo llegará el día en que nada queramos sino que dejemos el cuidado de todo lo que necesitemos a quien corresponde? Pero no hay remedio: la propia voluntad está frenada por la obediencia, y sin embargo no se le puede impedir que proteste y que tenga caprichos; hay que soportar esa debilidad. Pasará mucho tiempo antes de que nos despojemos completamente de nosotros mismos y de nuestro pretendido derecho a juzgar lo que nos conviene y a deseirlo. ¡Cuánto admiro al Niñito de Belén, que sabía tanto, que podía tanto y sin decir palabra se dejaba manejar, fajar, sujetar y envolver como querían!».<sup>3</sup>

En lo que a él respecta, vivía en paz. Veamos cómo acoge la recomendación que le hace la Sra. de Chantal de mantenerse en la humildad:

«¡Oh, mi querida hija! Qué alegría me disteis el día que me recomendasteis la santa humildad. Sabed que cuando el viento se encierra en nuestros valles, entre nuestras montañas, marchita las florecillas y arranca los árboles; así que yo, que estoy colocado en sitio muy elevado por mi cargo de obispo, estoy expuesto a muchas más molestias. ¡Oh Señor, salvadnos! Mandad a los vientos de la vanidad que se apacigüen y vendrá una gran calma».

Nunca se aferraba a su modo de ver y con gusto posponía sus sentimientos para seguir los del otro. «No creo saber tanto que no me sea muy fácil o, incluso extremadamente fácil, renunciar a mis ideas y seguir las de aquéllos que tienen motivos para saber mucho más que yo. Y no me estoy refiriendo solamente a esa buena Madre" sino también a otra menos importante».

La paz va inundando su alma en la medida de su abnegación. Leed la carta que escribe a la Madre Favre, superiora del monasterio de la Visitación de Lyon, informándola de qué está conforme y con una humildad sin igual, con el parecer de Monseñor de Marquemont, y que acepta que la Visitación, que él hubiera deseado se quedase en simple Congregación, modesta y sin clausura, se convierta en una Religión formal, o sea, una Orden religiosa aureolada por el venerable resplandor que confieren la clausura y los votos solemnes.

«Lo importante es que he aceptado todo esto con una dulzura, una tranquilidad y una suavidad sin igual. Y no sólo mi voluntad, sino mi juicio ha aceptado con facilidad someterse y rendir el homenaje debido a ese digno prelado, porque ¿qué pretendo yo con todo esto sino que Dios sea glorificado y que su santo amor se difunda más abundantemente en los corazones de esas personas que se sienten felices de haberse entregado enteramente a Él? Las Congregaciones y las órdenes no son diferentes ante su divina Majestad y para el Señor los votos de unas tienen tanta fuerza como los de las otras. El nombre de Congregación, al no ser tan importante ni tan honorífico, me gustaba más. Pero con gusto (ya veis, hija mía, que lo digo humildemente) acepto que sea una Orden religiosa, con tal de que sus Constituciones sean lo suficientemente flexibles como para poder recibir en ella a personas débiles, para que las viudas encuentren allí un lugar de retiro y las mujeres del mundo un refugio para avanzar en el servicio de Dios».

Si San Francisco de Sales goza así de la dulzura de la paz es porque jamás ha buscado otra cosa que la gloria de Dios; y ésa es también la meta a la que quiere que todos tendamos. En ese sentido, escribe así:

«En suma, no hay que querer las cosas malas, hay que querer poco las buenas y querer sin límites el único bien divino, que es Dios mismo».

Y por supuesto, sin aferrarnos a los que solamente son medios para servirle.

«Ciertamente, no hay que querer más que a Dios, absoluta, invariable e inviolablemente; pero los medios de servirle no debemos quererlos demasiado porque si se nos impidiese emplearlos, no nos crearían demasiados problemas. Hay que querer poco todo lo que no es Dios».

Censura a una religiosa que tiene todas sus delicias en la oración, y teme no poder contentarse con media hora al día, si se le mandara.

«Cuánta previsión demuestra al decir que quizá por poco tiempo resistiría con solamente media hora de oración, pero que no podría acostumbrarse a ello si fuera para siempre. La verdadera sierva de Dios no se preocupa del mañana: hace fielmente lo que Él le pide hoy; mañana hará lo que le pida y lo mismo pasado mañana, sin decir esto ni lo otro. Así es como hay que unir la voluntad, no a los medios de servir a Dios, sino a su servicio y a su beneplácito. No os preocupéis del mañana ni digáis: ¿qué comeremos, con qué nos vestiremos, de qué viviremos? Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todo eso. Buscad únicamente el Reino de Dios y se os dará todo lo demás. Y esto se aplica tanto a lo espiritual como a lo temporal. Por tanto, que esa joven adopte un corazón de niño, una voluntad de cera y un espíritu desnudo y despojado de toda afición, menos la de amar a Dios; y los medios para amarle le deben ser indiferentes».

Además de la propia voluntad, también se oponen a la paz interior los deseos inconsiderados que surgen en nosotros. Sobre todo en los comienzos de una fervorosa vida espiritual es cuando el alma apasionada por la perfección, se ve invadida y como agobiada por una multitud de deseos. Deberá disciplinarlos, regularlos y tratar de llevar a cabo los que estén a su alcance y sean aptos para conducirla a la práctica de las virtudes necesarias a su estado de vida.

«Cuando el alma ha dejado las concupiscencias y se ha purificado de sus inclinaciones malas y mundanas, como una persona hambrienta, al encontrar objetos espirituales y santos, se llena de tantos deseos y con tal avidez que acaba agotada... Si no ponéis en práctica algunos de esos deseos, se os irán multiplicando cada vez más, enredarán vuestro espíritu y no sabréis cómo libraros de ellos. Hay, pues, que hacerlos efectivos. ¿Pero en qué orden? Primero, los más visibles y externos, que están más en nuestras manos: por ejemplo, nadie dice que no debéis tener deseo de servir a los enfermos por amor de nuestro Señor, de hacer servicios bajos y sencillos en la casa, por humildad; esos son deseos básicos, sin los cuales los otros deben ser tenidos por sospechosos y despreciables. Pues bien, ejercitaos en la puesta en práctica de esos deseos, que la ocasión no os faltará. Es algo que está en vuestro poder y debéis hacerlo, ya que vano sería proyectar cosas que no están a vuestro alcance o que son muy remotas dejando de hacer las más fáciles. Así que ejecutad fielmente los deseos bajos y serviles de la caridad, los de la humildad y otras virtudes y veréis qué bien os va. Magdalena tiene que empezar por lavar los pies del Señor, besarlos y enjugarlos, luego tendrá íntimos diálogos con Él en el secreto de la meditación, y tendrá que derramar el unguento sobre el cuerpo de Jesús antes de derramar el bálsamo de su contemplación sobre su divinidad. Es buena cosa desear mucho, pero hay que poner orden en los deseos y después llevarlos a cabo, cada uno en su momento oportuno y según vuestras posibilidades».

Por lo demás, no debemos inquietarnos por no realizar todos nuestros deseos; aspiremos siempre a mayor perfección, sin jamás estar satisfechos de nosotros mismos.

«Ningún siervo de Dios puede dejar de tener este deseo: ¡Oh, cómo quisiera servir mejor a Dios! ¡Ay!, ¿cuándo le serviré según mis deseos? Y como siempre podemos mejorar, parece que la puesta en práctica de tales deseos no encuentra otro impedimento que nuestra falta de resolución; pero eso no es así, porque también es gran obstáculo la condición de esta vida mortal en la que siempre nos es más fácil desear que hacer. Por eso los deseos son buenos y nos hacen mejores, inflamando nuestro corazón y animándolo a avanzar». Porque encienden el corazón y lo animan a avanzar es por lo que san Francisco de Sales continuamente expresa mil deseos, como se lo escribe a la Sra. de Chantal:

«Me parece que me porto muy bien y cumplo cuidadosamente vuestros consejos respecto a mi salud. En cambio, no hago gran cosa por mi santidad, que es lo que más os interesa; solamente mil continuos deseos y algunas oraciones particulares a fin de que al Señor le plazca que sean útiles y fructíferos para nuestro corazón, y casi ordinariamente me encuentro lleno de una dulce confianza en que su divina bondad nos escuchará. Y como de verdad lo deseamos, de verdad lo obtendremos. Porque este gran Amigo de nuestro corazón no lo llena de deseos sino para colmarlo de amor, lo mismo que no llena de

flores los árboles sino para luego colmarlos de frutos. ¡Oh Salvador de nuestra alma!, ¿cuándo seremos tan ardientes en vuestro amor como lo somos en desearlo?».

Del mismo modo que su voluntad, regula sus deseos únicamente para la gloria de Dios.

«Mi mayor deseo será lo que redunde en mayor gloria de Dios»

Y la paz de Dios, que sobrepasa a todo sentimiento, y la alegría que es inseparable de ella, exultan en su corazón:

«¡Dios mío, qué buena cosa es no vivir sino en Dios, no trabajar más que en Dios, no gozarse más que en Dios!»'.

Y es que ama a Dios sobre todas las cosas: «Si tuviéramos una sola fibra de nuestro corazón que no fuera para Él y de Él, la arrancaríamos enseguida». Y aún más enérgicamente: «Si yo sospechara que en mi corazón había un solo movimiento de amor que no tendiese a Dios o que estuviese consagrado a otro amor que no fuera el divino, haría todo lo posible por arrancar incluso con mis entrañas ese sentimiento infiel e ilegítimo de mi corazón; y no lo toleraría ni un solo instante».

Por eso puede escribir a la Sra. de Chantal: «Querida hija, tenemos que construir nuestra morada o tabernáculo en el santo amor, porque no hay nada bueno para nosotros sino amar sin medida al Amor eterno»".

### ***Amistades buenas y amistades malas***

**Tanto** el orgullo del espíritu como la concupiscencia de la carne, si no son enérgicamente reprimidas, impiden la paz interior. Las amistades sensuales y el amor a nuestra comodidad son, a este respecto, el doble peligro que nos señala san Francisco de Sales.

«La amistad que se basa en la comunicación de placeres sensuales es grosera y no merece el nombre de amistad, lo mismo que la que se funda en cualidades frívolas y vanas, que también dependen de los sentidos».

Si queremos mantener la paz de nuestra alma, no tengamos más que amistades verdaderas y puras.

«Así como la miel que se extrae de las flores más delicadas es la mejor, así el amor que brota de una exquisita comunicación es el más excelente. Hay en Heraclea del Ponto una miel venenosa que produce locura en quienes la comen porque procede del acónito, que abunda en esa región; del mismo modo, la amistad fundada en el intercambio de bienes falsos y viciosos, es falsa y perjudicial».

Por tanto, ¡cuánto importa discernir entre las verdaderas y las falsas amistades!

«Se puede distinguir la amistad mundana de la que es santa y virtuosa como se distingue la miel de Heraclea de la otra: aquélla es más dulce al paladar que la corriente porque el acónito le da mayor dulzura. También las amistades mundanas están cargadas de palabras melosas, zalamerías lisonjeras y apasionadas alabanzas sobre la belleza, la gracia y otras cualidades sensuales; por el contrario, la amistad sagrada emplea un lenguaje sencillo y franco y no puede alabar más que la virtud y la gracia de Dios, que es el único fundamento en el que se apoya».

La miel de Heraclea trastorna al que la come; la falsa amistad trastorna el espíritu, hace que las personas vacilen en la castidad y en la devoción. Y todo esto las conduce a miradas afectadas, melindrosas, coquetas e inmoderadas, a caricias sensuales, a suspiros desordenados, a ridículas quejas de no ser amado, a pequeños pero atrayentes modales rebuscados, galanterías, besos y otras familiaridades y favores totalmente incorrectos, todo ello presagio seguro, indudable, de inminente peligro para la honestidad. En cambio, los ojos de la amistad santa son sencillos y castos, sus caricias son puras y francas y no suspira sino por el cielo, ni tiene familiaridades más que para el espíritu, y solamente se queja cuando Dios no es amado, señal infalible de su pureza.

La miel de Heraclea enturbia la vista, y la amistad mundana enturbia la razón, de modo que los que están atacados por ella creen obrar bien cuando están obrando mal y piensan que sus excusas, pretextos y palabras son verdaderas razones. Temen la claridad y aman las tinieblas; en cambio, la amistad santa tiene ojos limpios y, lejos de esconderse, se muestra con gusto ante las gentes de bien.

En fin, la miel de Heraclea deja mucho amargor en la boca, y las falsas amistades acaban por quedarse en sólo palabras carnales y hediondas; o si son rechazadas, en injurias, calumnias, imposturas, tristeza, confusión y celos, que acaban en el embrutecimiento y en el furor. En cambio, la amistad casta siempre es pura, educada y amable y es cada vez más, una perfecta unión de espíritus, imagen viva de la bienaventurada amistad que existe en el cielo»."

En una carta a la Sra. Chantal, san Francisco de Sales evocaba así la pureza, la fecundidad espiritual, la paz de «las amistades cimentadas en la sangre del Cordero»:

«Ciertamente, el amor puro enlaza los corazones sin tocar los cuerpos. Así, san Gregorio Nacianceno y san Basilio se amaban mutuamente con ese amor que, como un río caudaloso de agua clara, va regando los campos por distintos cauces, sin ruido, sin estragos, sin oleaje; discurre mansamente, no se desborda, va regando sin inundar, y no hace ruido. De igual modo, quien posee el perfecto amor al prójimo querido por Dios, lo manifiesta de distintas maneras: le ayuda de palabra, de obra y con el buen ejemplo; está atento a proveerle de cuanto necesite; se alegra de su dicha y felicidad temporales, pero mucho más de su progreso espiritual; le procura bienes temporales en tanto en cuanto puedan servirle para su felicidad eterna; le desea los principales bienes de la gracia, las virtudes que según Dios, le pueden perfeccionar; y ello por todos los medios lícitos y con mucho afecto, pero con gran serenidad de espíritu, sin alteración alguna, con purísima caridad, sin pasión de tristeza o indignación por los sucesos adversos.

Y así como el coral mientras está bajo el agua es un arbusto lleno de musgo verdoso y sin belleza y en el momento en que se saca se vuelve rojo y brillante, así la amistad sumergida en los objetos de los sentidos, no tiene ni belleza ni bondad, pero cuando se siente atraída hacia Dios en espíritu y en caridad, encuentra en Él su perfección» .

Si hubiéramos tenido la desgracia de probar la miel emponzoñada de Heraclea, «¿qué remedio contra este género y hormigueo de necios amores, locuras e impurezas?»: «En cuanto notéis los primeros síntomas, cortad por lo sano dándoles la espalda y, con absoluta detestación de esta vanidad, corred a la Cruz del Salvador, tomad su corona de espinas, rodead con ella vuestro corazón para que esas inmundas larvas no se le puedan acercar. Guardaos de llegar al menor acuerdo con ese enemigo. Y no digáis: lo voy a escuchar, pero no haré nada de lo que él me diga; le prestaré el oído, pero no le daré el corazón. Filotea, tenéis que ser severa en tales ocasiones: el corazón y los oídos están muy relacionados entre sí, y lo mismo que es imposible detener un torrente que se precipita montaña abajo, tampoco es fácil que el amor que ha entrado por los oídos no penetre enseguida en el corazón».

«...Porque si habéis caído ya en las redes de esos amores locos, ¡oh Dios mío, qué difícil os va a ser desprenderos de ellas! Poneos ante su divina Majestad, reconoced en su presencia la enormidad de vuestra miseria, vuestra debilidad y vuestra vanidad. Y luego, con toda la fuerza de vuestro corazón, detestad esos amoríos recién comenzados, abjurad de la vana profesión que habéis hecho de ellos, renunciad a todas las promesas que ellos os hicieron, y con gran fuerza de voluntad, detened vuestro corazón y resolved no volver a entrar jamás en esos juegos y charlas amorosas».

«...Con toda fuerza grito a quien haya caído en esas trampas de amoríos: cortad, rasgad, romped; sin deteneros a descoser esas locas amistades, tenéis que rasgarlas. No hay que deshacer los nudos sino romperlos o cortarlos, porque los cordones o cintas no valen nada; no hay que malgastar el tiempo en un amor tan contrario al amor de Dios».

Es el precio que hay que pagar para conquistar la paz.

«Si lográis detestar vuestro mal como merece, no tendréis ya otro sentimiento sino el de un extremado horror a ese infame amor y a todo lo que con él se relacione; y hacia lo que habéis abandonado ya no tendréis otro afecto, sino una pura caridad en Dios. Pero si vuestro arrepentimiento hubiera sido imperfecto y os quedasen aún malas inclinaciones, procurad la soledad interior de vuestra mente, entrad en ese silencio de vuestra alma lo más que podáis y con mil ímpetus, impulsos reiterados, renunciad a todas vuestras inclinaciones, renegad de ellas con toda el alma; leed más que de ordinario libros santos, confesaos más a menudo y comulgad. Tratad con humildad y sencillez de todas esas sugerencias y tentaciones con vuestro director si es posible, o al menos con alguien muy fiel y prudente; y no dudéis de que Dios os librerá de esas pasiones si perseveráis en estos ejercicios» .

Era muy necesario subrayar el peligro de las falsas amistades, que son la ruina de la paz interior. Para establecer bien esa paz en nuestra alma, es necesario dominar esos fondos de sensualidad que nos hacen aprehender y probar todo aquello que enturbia la quietud de nuestra vida: agitaciones, preocupaciones, contrariedades, cruces, agobios. Conservemos la paz en las tormentas:

«Que vuestro corazón esté tan firme y elevado que sepa conservar su paz y su tranquilidad en toda clase de tormentas». Porque «la tranquilidad que no se ejercita en las tempestades es vana y engañosa» .

Por eso, «en todos los acontecimientos hay que mantenerse en paz en la voluntad de Dios, de la que debe depender la nuestra».

Conservemos la paz en medio de las dificultades. Es cierto, sin embargo, que basta poca cosa para inquietarnos. El Santo lo confiesa con amena sencillez:

«¿Querréis creer mi buena hija que esta misma noche me he inquietado por un asunto que ni merecía la pena que hubiese pensado en él? Y eso me ha hecho perder dos horas de sueño, cosa que no suele sucederme. Pero aún más: yo mismo me burlaba de mi debilidad porque veía tan claro como el día que todo eran preocupaciones de niño; pero no había medio de salir de ello».

La paz, que es un bien precioso, se fortalece en las dificultades.

«No os asombréis de tener dificultades porque, hija mía, ¿hay algo que valga la pena y que no cueste trabajo y esfuerzo? Lo que hace falta es firmeza en seguir aspirando a la perfección del santo amor, para que el amor sea perfecto, pues todo amor que no aspira a la perfección ya no es perfecto».

El amor de Dios es el que nos hará afrontar valientemente todas las penas y la paz nos vendrá cuando triunfemos de los obstáculos que pretenden hundir nuestro valor:

«No es verdadera paz la que rehúye los trabajos que son para la gloria de Dios».

«Os alegráis de que al fin se haya ido esa molesta joven. Es preciso que el soldado haya luchado mucho en la guerra para disfrutar luego de la paz. Nunca tendremos la verdadera dulzura y caridad, si no las hemos ejercitado entre repugnancias, hastío y desgana. La verdadera paz no consiste en no luchar, sino en vencer: los vencidos ya no luchan y, sin embargo, no tienen la verdadera paz. ¡Ánimo, pues! Deberemos humillarnos mucho por ser todavía tan poco dueños de nosotros mismos y por amar tanto la comodidad y el descanso».

Guardemos la paz en las contrariedades.

San Francisco de Sales está convencido de que «uno de los medios ordinarios de que se sirve la divina Providencia con aquellos que destina a su gloria, es hacer que nazcan las espinas antes que las rosas».

La Madre Favre se espantaba sólo de pensar en ir a fundar en Turín una casa de la Visitación, y el obispo la animaba a descansar en la confianza en Dios y en procurar su gloria:

«Veis claramente, queridísima hija, que Dios os llama a muchos trabajos, a la propia abnegación y a cosas difíciles para que, sin distinción de lugares, naciones y personas, cooperéis a la extensión de su gloria pura y simplemente, sin otro interés que el de complacerle. Y eso os debe servir de descanso, queridísima hija, de modo que cada día se vaya ensanchando vuestro corazón y vuestro valor aumente al confiar totalmente en el socorro del cielo, porque la divina Providencia nunca emplea a nadie en cosas grandes y difíciles sin asistirle al mismo tiempo en la medida necesaria».

¡Y qué cosecha de bendiciones podemos recoger en tiempo de contradicciones!

«¡Animaos! Vivid en paz, sufrid en paz, esperad en paz; y Dios, que es el Dios de la paz, hará triunfar su gloria en medio de esta guerra humana. Cosechad cuando es el momento, recoged las bendiciones que vienen de las contradicciones y así aprovecharéis más en un día que si trabajáis diez en otra estación».

También hemos de permanecer en paz cuando algo nos aflige, tenga o no remedio.

«En los acontecimientos que afligen el corazón hay que tratar de buscar el remedio y comportarse dulce y apaciblemente; los que no tienen remedio debéis soportarlos como una mortificación que os envía nuestro Señor para probaros y haceros enteramente suya, manteniendo siempre vuestro corazón lleno de paz y dulzura. Pongamos nuestra dicha en Jesucristo Crucificado y caminemos con paz y paciencia por estos espinosos caminos que nos llevan al puerto».

Y en esos espinosos caminos en los que se ve abiertamente contrariada, está la paz que debe conservar la Hna. Paula Jerónima:

«Me escribía la Hna. Paula Jerónima que algunas Hermanas, buenas siervas de Dios, la contrarían abiertamente; le he mandado una nota diciendo que conserve la paz. Siempre tendré presente, con la ayuda de Dios, esta máxima: que no hay que vivir según la prudencia humana, sino según la fe del Evangelio. No os defendáis, queridos hermanos, dice san Pablo. Tenemos que combatir el mal con el bien, la acritud con la dulzura y permanecer en paz; y no cometer jamás la falta de despreciar la santidad de una Orden o de una persona cuando han caído en un error por celo inmoderado».

También hay que soportar con paciencia al prójimo. ¡Soportar al prójimo! Es ésa una virtud difícil, pero es necesario, con toda justicia, practicarla.

«¡Oh Dios mío!, ¿cuándo arraigará en nuestros corazones la tolerancia con el prójimo? Es la última y más excelente lección de la doctrina de los santos; feliz el que la aprende. Nos gusta que toleren nuestras miserias, que siempre parecen muy dignas de ser toleradas; y las del prójimo nos parecen cada vez más pesadas y difíciles».



Y esa tolerancia nos trae la paz, si sabemos practicarla con espíritu de fe y si es preciso, incluso con el heroísmo de una perfecta abnegación.

«Cuando nos resulte muy pesada la carga de una persona que nos molesta en grado sumo, inmediatamente debemos ofrecer a Dios esa cruz y aceptarla de todo corazón, dispuestos a llevarla toda la vida si a Él le place; después, seguir con suave contento en ese sufrimiento y mirar a esa persona con honor y respeto, como puesta por Dios para que nos ejercitemos en todas las virtudes y considerando la gracia que nos hace Dios de que podamos sacar provecho de las faltas de los otros. Y si esa persona algún día mejorara, deberíamos ser doblemente dulces para con ella sin jamás hablarle del pasado. Aunque estuviera en nuestra mano librarnos de esa cruz, no lo deberíamos hacer».

Lejos de turbar su paz, las contradicciones la aumentaban.

«Estoy rodeado de pequeños contratiempos y secretas contradicciones, que me llenan de la más dulce y suave tranquilidad, y me presagian, a mi parecer, el pronto establecimiento de mi alma en su Dios, lo cual creo que es, no solamente la mayor, sino la única ambición y pasión de mi corazón».

La suavidad y la paz divina que embargan su alma se transparentan en la respuesta que da a una carta en la que los RR. PP. Barnabitas se niegan a cederle un terreno que, sin perjudicar en nada a su colegio, le hubiera venido muy bien al monasterio de la Visitación de Annecy:

Respecto al jardín, querido Padre, no he vuelto a pensar en él. Sigo creyendo que lo que proponíamos no suponía ningún inconveniente para el colegio, sino que, por el contrario, os convenía, pues lo hubiéramos pagado bien; pero, gracias a Dios, no soy amigo de discusiones ni de herir a nadie con mis palabras.

Nuestras Hijas de la Visitación tendrán que contentarse con menos comodidad en el edificio que construyen, pero se conformarán de buena gana y creo que puedo decir que hasta muy contentas, ya que no se puede hacer otra cosa mejor. Además, ellas saben muy bien que no es nada extraño que las fieles esposas de Aquél que no tuvo ni dónde reclinar su cabeza en este mundo, carezcan de comodidades.

Como sabéis, querido Padre, la Madre que dirige este nuevo rebaño está tan acostumbrada a vivir en el monte Calvario que cualquier otra morada terrestre le parece siempre demasiado buena. Por tanto, ella no se siente molesta porque sabe que las peregrinas que vivirán en ese monasterio sólo pasarán en él la noche de esta vida tan corta y, con la ayuda de Dios, estarán tan atentas a prepararse un lugar en la hermosa ciudad permanente que todo lo demás les importará poco.

En fin, querido Padre, somos hijos de la Providencia, y Dios tendrá cuidado de sus siervas según su beneplácito. Hay que tener paciencia: Qui seminant in lacrimis, in exultatione metent'. Los rosales dan primero espinas y luego vienen las rosas».

Lo mismo sucede en la vida espiritual. Por eso permaneceremos en paz en medio de las pruebas interiores, como son las sequedades.

«Permaneced en paz en medio de vuestras sequedades y esperad pacientemente el rocío de los consuelos celestiales... Tratad de propagar el buen olor en medio de los prójimos allí donde os encontréis, para dar ocasión a que alaben al Perfumista" celestial, en cuya tienda o boutique'1 vivís».

En ese estado, tan penoso para la naturaleza, la generosa fidelidad en los ejercicios de piedad aumenta la fuerza y el vigor del alma.

«Tengo el consuelo de leer en vuestra carta, mi querida hija, que, a pesar de vuestra desgana y tristeza, habéis perseverado en vuestros ejercicios sin apenas descuidarlos; ya que con tal de que lo que se haga sea por amor de Dios, aunque sin sentimiento ni gusto, el alma no deja de fortificarse y vigorizarse en su parte superior y espiritual».

Además, «el grado más elevado de la santa resignación es contentarse con estos actos desnudos, secos e insensibles, ejecutados por la sola voluntad superior, como sería el supremo grado de abstinencia contentarse con no comer jamás sino con disgusto, de mala gana, y no sólo sin gusto ni sabor».

Haríamos mal, por eso, si nos turbáramos. «No os turbéis al veros en sequedad y esterilidad... ¡Qué dicha servir a Dios en el desierto, sin maná, sin agua, sin más consuelo que el de ser guiados por Él y el de sufrir por Él!»

No nos preguntemos por la causa de nuestras sequedades; es cosa que no debe inquietarnos nunca.

«No perdamos el tiempo buscando el motivo de nuestras sequedades y esterilidades, pues nunca lo podríamos adivinar; nos basta con humillarnos de veras y aceptar ese sufrimiento, ya sea que nuestro Señor nos lo haya enviado en castigo por alguna falta o para probarnos y hacernos más enteramente suyos».

«Hacéis demasiadas consideraciones y exámenes para saber de dónde proceden las sequedades que sentís. Ni siquiera cuando son causadas por vuestras faltas tenéis que inquietaros, sino rechazarlas con sencilla y dulce humildad y luego ponerlos en las manos de nuestro Señor para que os ayude a llevar esa pena o para que os la perdone, como Él quiera. No hay que ser tan curiosa y querer saber la procedencia de tan diversos estados por los que pasamos en esta vida; hay que someterse a todo lo que Dios dispone y detenerse ahí». Tanto más, que la falta de consuelos no es indicio de menor amor de Dios.

«Decís bien, queridísima hija, que esas tentaciones os vienen porque no sentís ternura hacia Dios en vuestro corazón, pues es verdad que si tuvieseis esa ternura, ya tendríais consolación y, si tuvierais consolación, ya no sufriríais. Pero, hija mía, el amor de Dios no consiste en consuelos ni ternuras; de no ser así, nuestro Señor no hubiera amado a su Padre cuando estaba triste hasta la muerte y exclamaba: ¡Padre mío, Padre mío!, ¿por qué me has abandonado? Y precisamente entonces estaba haciendo el mayor acto de amor que es posible imaginar».

También nosotros debemos mantenernos en paz cuando nuestro cuerpo se siente desasosegado por su debilidad y hace languidecer al espíritu; es una buena ocasión para progresar en el amor divino.

«No hay que asombrarse si vuestro cuerpo, desasosegado por su debilidad, influye en el espíritu y lo hace languidecer en su parte inferior. Basta con que vuestra voluntad se mantenga firme y decidida a ser siempre fiel. Somos de Dios, y Él nos protegerá y nos hará progresar cada vez más y más en su santo amor y en el verdadero desprecio de nosotros mismos».

«Señora, como estáis encinta, me imagino que la melancolía de vuestro carácter se valdrá de esto para entristeceros esta temporada y al veros triste, os preocuparéis. Os ruego que no lo hagáis. Si os veis poco ágil, si todo os parece negro, no perdáis en ningún momento la paz; y aunque os parezca que todo cuanto hacéis está hecho sin gusto, sin sentimiento, sin fuerzas, seguid abrazada a Jesús crucificado, entregándole vuestro corazón, consagrándole vuestra alma con todos sus sentimientos tales como son, por muy débiles que os parezcan. La bienaventurada Ángela de Foligno decía que nuestro Señor le había revelado que nada le agradaba tanto como lo que se le ofrecía a la fuerza; es decir, lo que da una voluntad decidida, luchando contra la debilidad de la carne, a pesar de las resistencias de la parte inferior, en medio de sequedades, tristezas y vacío interiores. ¡Dios mío!, querida hija, qué feliz os sentiréis si sois fiel en vuestras resoluciones, en medio de las cruces que se os presenten, a Quien tan fielmente os amó hasta la muerte y muerte de Cruz».

Sequedades, tristezas, vacío interior, noche del espíritu, nada de todo eso turbará nuestra paz, porque esos estados, si bien nos privan de ver a Cristo, no nos privan de su presencia.

«Al morir nuestro dulce Jesús, toda la tierra se cubrió de tinieblas. Pienso que la Magdalena, que estaba con vuestra Madre Abadesa», sufriría mucho porque no podía ver a su amado Señor pura y totalmente, sino que solamente podía entreverlo allá en la cruz, y, alzándose, fijaba ardientemente sus ojos en Él, pero no lograba ver más que cierto resplandor pálido y confuso; y, sin embargo, estaba tan cerca de Él como antes. No os preocupéis, todo va muy bien. Habrá tantas tinieblas como queráis, pero sin embargo estamos cerca de la luz, tantos momentos de impotencia como os plazca, pero estamos a los pies del Todopoderoso. ¡Viva Jesús! No nos separemos jamás de Él, ni en las tinieblas ni en la luz».

Efectivamente, tenemos que ejercitarnos con humildad en permanecer junto a Cristo, siguiéndole fielmente en tinieblas o en luz.

«Hace poco vi a una viuda que seguía al Santísimo, y, mientras las otras personas llevaban hermosos hachones de cera blanca, ella portaba una candelita que quizá había fabricado ella misma; el viento se la apagó. Eso ni la acercó ni la alejó del Santísimo, y no dejó de llegar al mismo tiempo que los otros a la Iglesia».

Conservemos la paz en medio de las cruces. La Cruz nos colmará de bendiciones si la amamos.

«Llevad dulce y amorosamente vuestra cruz, que, según creo, es lo suficientemente grande como para colmaros de bendiciones, si la amáis». Sabemos con seguridad que ella nunca sobrepasará nuestras fuerzas y que nuestro Señor nos ayudará a llevarla.

«En fin, quizá nuestro Señor quiera llevarnos en adelante entre espinas... Tened ánimo, porque con tal que nuestro corazón le sea fiel, no nos cargará con más de lo que podemos y llevará la carga con nosotros cuando vea que con toda buena voluntad ofrecemos nuestros hombros».

¿Y cuáles son las mejores cruces? Aquellas en las que ha habido menos elección por nuestra parte y que nos son más molestas, porque nos obligan a una mayor generosidad en nuestro amor al Crucificado.

«Nunca se ha sabido con seguridad de qué madera estaba hecha la Cruz de nuestro Señor; y yo creo que es para que amemos igualmente todas las cruces que Él nos envía, sean de una madera o de otra, y que no digamos: esta cruz no es grata porque no es de tal madera o de tal otra. Las mejores son las más pesadas, y las más pesadas son las que más le cuesta llevar a la parte inferior de nuestro corazón. Las que nos encontramos por la calle son excelentes, pero aún son mejores las de nuestra casa en la medida que son más molestas, son mejores que los cilicios, las disciplinas, ayunos y todo lo que la austeridad ha inventado. En ellas es donde se ve la generosidad de los hijos de la Cruz y de los que moran en el sagrado monte Calvario. Las cruces que nosotros nos hacemos o inventamos suelen ser algo blandas, puesto que en ellas hay mucho nuestro y, por tanto, son menos crucificantes. Humillaos, pues, y recibid con gozo las que os son impuestas a pesar vuestro. La longitud de la cruz es la que le da su valor, ya que no hay más dura pena que la que dura. Sed fiel hasta la muerte y recibiréis la corona de gloria. Amáis al Crucificado: ¿qué habéis de querer entonces, sino estar crucificada, puesto que el amor iguala a los amantes?». ¡Qué buena acogida daríamos a las cruces si tuviéramos el olfato espiritual más fino!

«Tengo para mí que, si tuviéramos el olfato un poco más fino, podríamos percibir que todas las aflicciones vienen embalsamadas y perfumadas de mil buenos olores; pues, aunque de por sí tengan olor desagradable, al venir salidas de las manos, o mejor, del seno y del corazón del Esposo, que no es otra cosa que perfume y bálsamo Él mismo, nos llegan repletas de toda suavidad».

Así es como amaremos de verdad a Cristo crucificado.

«Un corazón que estima y ama mucho a Jesús crucificado, ama igualmente su muerte, sus penas, sus tormentos, sus salivazos, sus vituperios, su pobreza, su sed, su hambre, sus ignominias y cuando le llega alguna pequeña participación, se goza y la abraza amorosamente. Todos los días deberíais considerar, no en la oración sino en otro momento, por ejemplo al pasear, a nuestro Señor y los trabajos que pasó por nuestra Redención, pensando en la dicha que sería para vos participar en ella. Viendo en qué momento puede llegaros ese bien, o sea, todo lo que os pueda ocurrir que vaya en contra de vuestros deseos, especialmente de aquellos que os parezcan más justos y legítimos. Y luego, con un gran amor a la Cruz y pasión de nuestro Señor, debéis exclamar con san Andrés: ¡Oh Cruz buena, tan amada por mi Salvador!, ¿cuándo me recibiréis en vuestros brazos?»

¡Qué paz tendríamos en nuestros corazones! ¡Cómo se suavizarían nuestros sufrimientos! «Solamente con mirar a nuestro querido Jesús crucificado se pueden suavizar en un momento todos nuestros dolores, que no son sino flores en comparación de sus espinas»

Animémonos, al menos, pensando que el amor de Dios crece en las tribulaciones mucho más que en medio de los gozos y veamos la corona de espinas que hiere nuestra frente como la prenda de la corona de gloria que la aureolará en el cielo.

«Me da mucho consuelo veros recibir con tanta dulzura las pruebas que hago en servicio de vuestra alma, y, al ver en ella las señales de muchas gracias celestiales, no puedo sino amarla tierna y firmemente. Y por ello le deseo cada vez más que avance mucho en el santo amor de Dios, que es la bendición de las bendiciones. Sabéis, hija mía, que el fuego que Moisés vio en la montaña representaba este santo amor; y lo mismo que aquellas llamas crecían entre espinas, así el ejercicio del sagrado amor se mantiene mucho más con las tribulaciones que con los gozos. Por tanto, es buena ocasión para que conozcáis que nuestro Señor desea que crezcáis en su amor, ya que os da una salud deficiente y muchas otras dificultades.

¡Dios mío!, queridísima hija, ¡qué dulce es ver a nuestro Señor coronado de espinas en la Cruz y coronado de gloria en el cielo! Eso nos anima a recibir las contradicciones con amor, sabiendo que por la corona de espinas llegaremos a la corona de felicidad. Vivid siempre muy cerca y unida a nuestro Señor, y no tendréis ningún mal que no se convierta en bien» .

### ***El desprendimiento de los bienes de este mundo***

También impide la paz interior el apego a las riquezas y a los bienes de este mundo.

Por eso, san Francisco de Sales aconseja a su Filotea mantenerse desprendida de toda afición a los bienes terrenales y su corazón abierto al cielo, como el nido del martín pescador.

«El martín pescador hace su nido como una bola, que tiene una pequeña abertura por arriba; lo pone a la orilla del mar, y es tan resistente e impermeable que, aunque le lleguen las olas, nunca puede penetrar el agua; como siempre tiene la abertura hacia arriba, permanece en el mar, sobre el mar y señor del mar. Así tiene que estar vuestro corazón, querida Filotea, abierto únicamente hacia el cielo e impenetrable a las riquezas y cosas caducas; si las poseéis, no tengáis el corazón puesto en ellas; que esté

por encima de todo eso y que en medio de las riquezas esté sin ellas y las domine. No, no pongáis vuestro espíritu, que es del cielo, en los bienes de la tierra; que siempre sea superior a ellos, que esté por encima de ellos y no en ellos».'

Indudablemente, debemos cuidar los bienes que nos pertenecen, con una solicitud a la vez diligente y serena.

«Los bienes que poseemos no son nuestros: Dios nos los ha dado para que los cultivemos y quiere que los hagamos fructíferos y útiles; por eso le agrada que nos ocupemos de ello. Pero nuestro cuidado ha de ser mayor y más exquisito que el que los mundanos tienen de sus riquezas, pues ellos se afanan sólo por amor de sí mismos, mientras que nosotros tenemos que trabajar por amor a Dios. Y como el amor de sí mismo es violento, turbulento y agitado, lo que se hace por él está lleno de turbación, disgustos e inquietud; como el amor a Dios es dulce, apacible y tranquilo, todo lo que se hace por él, incluso el cuidado de

los bienes del mundo, es amable, dulce y agradable».

Y ¿cómo saber que nuestro corazón no está apegado a las riquezas? Por el modo de aceptar el vernos privados de ellas.

«Si os veis empobrecida, mucho o poco, por alguna adversidad como, por ejemplo, a causa de tormentas, fuego, inundaciones, sequías, robos, pleitos, ¡oh!, entonces es el momento de practicar la pobreza, recibiendo con dulzura la disminución de recursos, adaptándose con paciencia y constancia a ese empobrecimiento. Esaú se presentó a su padre con las manos cubiertas de vello y Jacobo hizo lo mismo; pero como el vello de las manos de Jacobo no estaba en su piel sino en los guantes, se lo podía quitar sin dañarla ni despellejarla. Al contrario, el de las manos de Esaú estaba en su piel, que era velluda por naturaleza, y, si se lo hubieran querido arrancar, le habrían hecho mucho daño; hubiera gritado y se habría defendido.

Cuando tenemos mucho amor a nuestros bienes y la tempestad, los ladrones o los abogados quisquillosos nos despojan de algunos, ¡qué quejas, qué turbaciones, qué impaciencias! Pero si nuestros bienes los cuidamos del modo que Dios quiere y no los llevamos en el corazón, al quedarnos sin ellos no perderemos el juicio ni la tranquilidad. Así pasa con la ropa del hombre y la de los animales; éstos la llevan pegada a su carne, mientras que el hombre la lleva encima, de modo que puede ponérsela o quitársela cuando quiere».

El obispo de Ginebra soportaba con mucha paciencia este género de empobrecimiento. Daremos solamente un ejemplo:

«La princesa Cristina de Francia le había regalado un anillo que tenía un brillante de gran precio. En sus visitas a caballo por las montañas de los Alpes, al quitarse el guante, se le salió la joya de su dedo. Hasta la primera parada no se dio cuenta de que no tenía el anillo. En lugar de inquietarse, bendijo a Dios por dos razones: «la primera, para evitar el peligro de complacerse en una joya tan hermosa; la segunda, porque quizá la Providencia haría que la encontrara alguna persona muy necesitada, que así podría pasar holgadamente el resto de sus días, con lo cual estaría mucho mejor empleada que en él».

Siempre se había preocupado por conservar su corazón despegado de las riquezas. Las rentas de su obispado estaban lejos de ser copiosas; y así se lo escribía a la Madre de Chantal el 28 de febrero 1620: «Confieso con toda verdad que no estoy muy sobrado de bienes; pero no tengo necesidades, ni tampoco ocasión ni inclinación alguna por hacer algo indigno de mi condición y profesión para procurármelos. Examinó mi corazón muchas veces por miedo de que la vejez me vaya volviendo avaro; pero veo que, muy al contrario, la edad me va liberando de preocupaciones y aleja de mí toda tacañería, toda previsión mundana y desconfianza de tener lo necesario». Con tal desprendimiento, ¿cómo no iba a saborear el santo obispo la dulzura de la paz?

## 7.-LA PAZ INTERIOR(segunda parte)

### *Las tentaciones*

«Todo lo referente a vos, dejádselo a la Providencia; que ella gobierne y disponga de vuestro cuerpo, espíritu, vida, alma y de todo, según su santísima voluntad, sin pensar, querer, discernir, ni temer cosa alguna. Vivid día a día y dejad el resto a nuestro Señor. Desechad las tentaciones, tensiones, conjeturas de futuro y cosas semejantes, burlándoos de ellas. Caminad en paz».

A veces las tentaciones turban profundamente a las almas delicadas y resueltas a ser enteramente de Dios. Esta fue una de las pruebas de la baronesa de Chantal. El 14 de octubre de 1604, es decir, en cuanto hubo aceptado ser el director espiritual de esta alma generosa, san Francisco de Sales le escribe:

«Me pedís un remedio para las fatigas que os causan las tentaciones que el maligno os pone contra la fe y la Iglesia... En estas tentaciones hay que adoptar la misma postura que con las de la carne: no discutir ni mucho ni poco, sino hacer lo que hacían los hijos de Israel con los huesos del cordero pascual, que no intentaban romperlos, sino que los echaban al fuego. Nunca contestar al enemigo, ni darse por entendido; ya puede chillar lo que quiera a la puerta, ni siquiera hay que preguntar quién es.

Está bien, me diréis, pero es muy molesto, y el ruido que hace no deja que los que están dentro se entiendan unos a otros. No importa, paciencia, es necesario hablarse por señas; hay que prosternarse ante Dios y quedarse allí a sus pies; Él comprenderá bien, por esta humilde postura, que sois suya y que le estáis pidiendo socorro, aunque no podáis hablar. Y sobre todo, permaneced dentro con mucha firmeza y no abráis la puerta de ninguna manera, ni para ver quién es, ni para echar al importuno; ya se cansará de chillar y os dejará en paz. A lo que me contestaréis: ya es hora de que se vaya» .

Pero es que el importuno no se cansó tan pronto de gritar, y, unos días después, el obispo escribía así a la baronesa:«Tened mucho valor y mucho ánimo; que el estrépito no os lo haga perder, especialmente ni en las tentaciones contra la fe. Nuestro enemigo es un gran alborotador, pero no os preocupéis porque no os podrá dañar, yo lo sé muy bien. Burlaos de él y dejadle hacer; no le contestéis, sino hacedle muecas, pues todo esto no es nada. También gritaba a los santos y les armaba buenos alborotos. Y, ¿qué sacó con ello? Ahí los tenéis, ocupando el lugar que el miserable perdió».]

El obispo insiste:

«Teméis mucho la tentación. Eso está mal. Estad segura de que todas las tentaciones del infierno no lograrían manchar a un alma que no las quiere: dejadlas correr. El apóstol san Pablo las tuvo terribles, y

Dios no quiso quitárselas, y eso, por amor. ¡Ánimo, hija mía, ánimo!; que vuestro corazón sea todo de su Jesús, y dejad que ese mastín ladre a la puerta lo que quiera».

Y como ella no conseguía suficiente dominio para burlarse del enemigo y escupirle a la cara, Francisco de Sales la tranquiliza desvelándole la táctica del infame alborotador, a la que, con la confianza puesta en la Virgen, tiene que oponer la firmeza de su resolución, la calma y la paciencia.

«No, no os asombréis de nada, burlaos de los asaltos de vuestro enemigo... No tenemos que asustarnos de sus estruendos: como no nos puede hacer ningún mal, quiere al menos darnos miedo y que con el miedo venga la inquietud y con ella el cansancio; y una vez cansados, que nos rindamos. Pero sigamos tranquilos porque, como los pollitos, nos hemos cobijado bajo las alas de nuestra querida Madre. No tengamos más temor que el de Dios, y éste, amorosamente. Que nuestras puertas estén bien cerradas, cuidemos de que no destruyan la muralla de nuestras resoluciones y vivamos en paz. Dejemos al enemigo que merodee, dando vueltas y revueltas, que rabie de furia; otra cosa no puede hacer. Creedme, hija mía, no os atormentéis por las sugerencias que os hace el enemigo. Se necesita un poco de paciencia para aguantar su estruendo y su algarabía, que resuena en los oídos del corazón; más que eso no nos puede dañar».

Y el obispo se divierte contándole que él piensa dormir muy bien por la noche a pesar del croar de las ranas.

«¿Sabéis, hija mía, lo que se me ocurre? Os lo digo ahora porque me divierte mucho. Estoy en Viu, que es territorio que pertenece a mi obispado. Aquí, antiguamente, estaban obligados, por ley, a hacer callar a las ranas de las lagunas y de los alrededores mientras el obispo dormía. Opino que era una ley muy dura, y no pienso exigirles que la cumplan. Que croen cuanto quieran; con tal de que no me muerdan los sapos, si tengo sueño no dejaré de dormir por culpa de ellas. No, hija mía, y aunque estuvierais vos aquí, tampoco haría yo nada por hacer callar a las ranas; os diría que era preciso no temerlas ni inquietarse, ni pensar en su ruido. Hacía falta que os contara esto para deciros que me dan ganas de reír».

Por fin la Sra. de Chantal logró despreciar las tentaciones lo suficiente para no enfrentarse con ellas. Pero seguía temiéndolas; era demasiado sensible a sus ataques.

«Han vuelto vuestras tentaciones, le escribe san Francisco de Sales, y aunque no les replicáis ni una palabra, os siguen presionando. No les replicáis, y eso está muy bien, hija mía, pero pensáis demasiado en ellas, las teméis demasiado, os asustan demasiado; de no ser por esto, no os harían ningún daño. Sois demasiado sensible a las tentaciones. Amáis la fe y no quisierais tener un solo pensamiento contra ella; por eso, en cuanto os roza uno, os entristecéis y os turbáis. Tenéis demasiado celo por la pureza de vuestra fe y os parece que cualquier cosa la puede oscurecer. ¡No, no, hija mía!, dejad que el viento corra y no confundáis el susurro de las hojas con el estruendo de las armas».

Pasa con las tentaciones como con las abejas, que si por miedo las queremos espantar, es cuando nos pican.

«Hace poco estuve cerca de un panal de abejas y algunas se me posaron en la cara. Me iba a llevar la mano para espantarlas, pero un aldeano me dijo: no tengáis miedo ni las espantéis, que no os harán nada. Si las tocáis, os picarán. Le creí, y ni una sola me picó. Creedme, no temáis a las tentaciones, ni las toquéis, y no os harán daño; seguid vuestro camino sin entreteneros con ellas».

El consejo es fácil, pero la práctica no; y el obispo cambia el modo de recomendar la serenidad y la paz a la Sra. de Chantal:

«Hija mía, cómo me gustaría que tuvierais la piel del corazón un poco más dura para que las pulgas no os impidiesen dormir». «Tenéis una manera de ser tan sensible y tan celosa respecto a lo que habéis decidido, que todo lo que roce por el lado contrario os hace sufrir mucho». «Sois admirable, hija mía, pues no os contentáis con que vuestro árbol esté plantado muy hondo, sino que quisierais que no se moviera ni una sola hoja».

En este mismo sentido escribía a la abadesa de Puits d'Orbe, en un estilo cuyo ritmo de calma apacible se opone a los esfuerzos repetidos y rabiosos del enemigo que asaltan al alma:

«No os turbéis, hija mía muy querida; no hay que dejarse llevar ni por la corriente ni por la tempestad. Que el enemigo rabie en buena hora a la puerta, que la aporree y la empuje, que grite, que aülle y haga todo lo malo que quiera. Estamos seguros de que no podrá entrar en nuestra alma más que por la puerta de nuestro consentimiento. Mantengámosla bien cerrada, comprobando a menudo si lo está, y no nos preocupemos de lo demás, pues nada hay que temer».

Es la pura verdad. Si tenemos cerrada con llave la puerta de nuestro consentimiento, no tenemos nada que temer de la furia del demonio ni de la violencia de las tentaciones.

«Aun cuando la tentación de algún pecado, sea el que fuere, durara toda nuestra vida, no dejaríamos de ser agradables a la divina Majestad con tal de que nos desagrade y no consintamos en ella», escribe san Francisco de Sales en su *Introducción a la vida devota*, y cita el ejemplo de santa Catalina de Siena, que un día estuvo varias horas sufriendo tentaciones impuras; parecía que el infierno se había desatado contra ella. Y, una vez apaciguada la tempestad y recuperada la calma, se le apareció Jesús y le dijo: «Catalina, hija mía». «¡Mi bueno y dulce Jesús! -exclamó ella-, ¿dónde estabas mientras mi alma sufría estos tormentos?». «Estaba en tu corazón; no sentías mi presencia, pero estaba allí con mi gracia».

Ciertamente, se necesita valor para resistir, porque la tentación puede llegar a ser muy seductora, obsesionante. Y es imposible no sentir, y a veces muy vivamente, su atractivo malsano, Pero sentir no es consentir.

«Así que es necesario ser muy valiente, Filotea, en medio de las tentaciones, y no darse nunca por vencido mientras nos desagraden, teniendo muy en cuenta la diferencia que hay entre sentir y consentir, pues se pueden sentir aunque nos disgusten, pero no se pueden consentir sin que nos agraden, porque el placer ordinariamente es como un escalón para llegar al consentimiento».

Pero, ¿cómo explicar el placer-la delectación, que dice san Francisco de Sales- que nos causa la tentación y la enojosa complicidad que encuentra en nosotros hasta en el mismo momento en que nos esforzamos en resistirla?

«En cuanto al deleite que puede seguir a la tentación, es debido a que hay dos partes en nuestra alma, la inferior y la superior, y la inferior no siempre sigue a la superior, sino que va a su aire; sucede a veces que la parte inferior se complace en la tentación, sin el consentimiento de la superior, y hasta en contra suya. Es el combate y la guerra que describe el apóstol san Pablo, cuando dice que su carne lucha contra su espíritu, y que existe una ley de los miembros y una ley del espíritu; y otras cosas semejantes».

Tampoco eso nos debe turbar. Las tentaciones más violentas, las que más nos excitan, por importunas que sean, nunca llegan a apagar en nuestra alma el fuego de la caridad divina si nuestra voluntad permanece fija en Dios.

«¿Habéis visto alguna vez, Filotea, un gran brasero cubierto de ceniza? Si al cabo de diez o doce horas, se va a buscar fuego, apenas si se encuentra un poco en el centro; y eso con mucho trabajo. Sin embargo, allí había fuego, puesto que se lo encuentra, y con ese poquito que queda se pueden reavivar los carbones ya apagados. Igual le sucede a la caridad, que es la vida de nuestra alma, cuando vienen las tentaciones grandes y violentas: la tentación lanza su delectación a la parte inferior que, al parecer, cubre toda el alma de cenizas y reduce el amor de Dios al mínimo, pues ya no se le encuentra sino en lo más hondo del corazón, en lo más íntimo del alma; de tal forma que parece que ni allí lo hay, y cuesta mucho trabajo encontrarlo. Sin embargo, realmente está, ya que, aunque todo sea confusión en nuestra alma y en nuestro cuerpo, tenemos la resolución de no consentir al pecado ni a la tentación, y la delectación agrada al hombre exterior, pero desagrade al interior, y aunque ronde por todas partes a nuestra voluntad, no está dentro de ella: por eso se ve que tal delectación es involuntaria, y siendo así, no puede ser pecado».

¿Qué hacer, pues, cuando nos asaltan las tentaciones? ¿Qué actitud tomar? ¿Qué táctica adoptar? Ya lo sabemos bien. La actitud es la paz en el dominio de sí; la táctica es el desprecio que desdeña combatir a la tentación o disputar con ella, y la aleja mediante actos de amor de Dios.

«No os esforcéis nunca por vencer las tentaciones, pues ese esfuerzo las fortificaría. Despreciadlas, no les hagáis caso. Imaginad a Jesucristo crucificado entre vuestros brazos y sobre vuestro pecho, y decidle cien veces besándole en el costado: aquí está mi esperanza; ésta es la fuente viva de mi felicidad. ¿Qué buscáis en la tierra sino a Dios? Y ya lo tenéis. Seguid firme en vuestras resoluciones. Sin reflexionar sobre vuestro mal ni replicarle, caminad resueltamente. No, Dios no podrá perderos mientras, para no perderle, viváis en vuestras resoluciones. Que se hunda el mundo, que todo esté en tinieblas, humo y confusión. Dios está con nosotros. San Francisco de Sales habla aquí especialmente de las grandes tentaciones. Para las que son insignificantes, simplemente aconseja burlarse de ellas.

«Os ruego que os burléis de todas esas tonterías de vanagloria que os salen al paso cuando hacéis una obra buena; son solamente moscas, que lo único que pueden hacer es molestaros. No os detengáis a examinar si habéis consentido o no; simplemente seguid con lo que estabais haciendo como si no se refiriera a vos».

Esa misma enseñanza la encontramos en la *Introducción a la vida devota*, en el capítulo en que el obispo nos indica «cómo hay que resistir las pequeñas tentaciones que continuamente nos importunan»:

«En cuanto a esas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de pena, de envidias, de celos, de amoríos y trampas semejantes que, cual moscas y mosquitos, se nos ponen ante los ojos y tan pronto nos pican en la mejilla como en la nariz, como no hay medio de librarse de ellos, lo mejor es no prestarles atención; no pueden dañarnos, aunque sí molestarnos, si estamos decididos a querer servir a Dios.

Despreciad, pues, esos pequeños ataques, y no os dignéis ni siquiera pensar en lo que os quieren decir; dejadles zumar y revolotear alrededor vuestro como moscas, y aun cuando vengan a picaros y los veáis a veces detenerse en vuestro corazón, no hagáis más que espantarlos, pero sin luchar contra ellos ni replicarles, sino haciendo cualesquiera actos contrarios, sobre todo de amor de Dios».

Y San Francisco de Sales se complace en subrayar el bien que nos hacen estos actos de amor, que nos apaciguan a nosotros y descorazonan al enemigo:

«Este es el mejor medio de vencer al enemigo, tanto en las pequeñas como en las grandes tentaciones; porque el amor de Dios al contener en sí las perfecciones de todas las virtudes, y más excelentemente que las virtudes mismas, es también el mejor remedio contra los vicios. Y si nos acostumbramos a recurrir a ese amor en las tentaciones, ya no nos veremos obligados a mirar ni examinar las tentaciones que haya, sino que, al sentirnos tentados, nuestra alma se sosegará con ese remedio, que es tan espantoso para el espíritu maligno que, cuando ve que sus tentaciones nos llevan al amor de Dios, inmediatamente cesa de tentarnos» .

Además, las tentaciones nos son muy provechosas, pues nos ponen a prueba y fortifican nuestra virtud.

«He visto vuestra tentación. Queridísima hija, es necesario tener tentaciones; a veces turban al corazón, pero nunca logran derribarlo si está en guardia y es decidido. Humillaos mucho, sin asombraros. Los lirios que crecen entre espinos son más blancos y las rosas que se crían junto a los ajos son más olorosas. Quien no ha sido tentado, ¿qué puede saber?» .Y también nos enseñan la humilde desconfianza en nosotros mismos y la necesidad de la oración y de una constante vigilancia.

«Ya veis, querida hermana, que muchas veces, a los enemigos que creíamos ya vencidos, los vemos aparecer por el lado que menos esperábamos. Recordemos a Salomón, el hombre más sabio del mundo, que había hecho tantas maravillas en su juventud, estaba tan seguro de su virtud y tan confiado en su vida pasada, que cuando menos lo esperaba, le sorprendió el enemigo, como suele ocurrir a menudo. Esto nos enseña dos lecciones: una, que debemos desconfiar de nosotros mismos, sin perder el santo temor, y recurriendo al socorro del cielo continuamente; la otra: que el enemigo puede ser vencido, pero no muerto; y, si a veces nos deja en paz, es para atacar luego con más fuerza».

Lejos de descorazonarnos, tenemos que ponernos a curar suavemente las heridas que nos ha causado, sin asombrarnos de ser víctimas de sus ataques, y pidiendo ayuda a nuestro Salvador con mucha fe.

«No os desaniméis por eso, querida hermana, sino que, sin dejar la atenta vigilancia, dedicaos cuidadosamente y sin prisas a sanar vuestra alma del mal que os hayan podido ocasionar esos ataques, humillándoos profundamente ante nuestro Señor, sin asombraros nada de vuestra miseria. Ciertamente, sería digno de asombro que no estuviéramos expuestos a esos ataques y miserias. Estas pequeñas sacudidas, mi querida hermana, nos hacen volver sobre nosotros mismos, considerar nuestra fragilidad y pedir ayuda a nuestro Protector. San Pedro caminaba seguro sobre el agua; se levantó viento y las olas parecían tragárselo; entonces exclamó: ¡Señor, sálvame!, y nuestro Señor, cogiéndole la mano, le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?". En medio de las turbulencias de nuestras pasiones, entre los vientos y tormentas de las tentaciones, es cuando acudimos al Salvador, que permite que seamos tentados solamente para movernos a recurrir a Él invocándole con más ardor».

Conservemos, pues, siempre nuestra confianza en Dios y con tanta más firmeza cuanto más vivamente sintamos nuestra miseria. Estemos seguros de que nos hará vencer las tentaciones con tal que queramos serle fieles, desconfiando de nuestras fuerzas e implorando su ayuda en los momentos de peligro. Así se lo decía san Francisco de Sales a un caballero:

«Señor, nunca debemos dudar de apoyarnos en Dios cuando sintamos dificultades para librar nos del pecado, o cuando en las ocasiones y tentaciones desconfiamos de poder resistirlas. Oh, no, señor, la desconfianza en las propias fuerzas no es falta de resolución, sino un verdadero reconocimiento de nuestra miseria. Es un sentimiento mejor desconfiar de poder resistir las tentaciones que el creerse seguro y suficientemente fuerte, con tal de que lo que no se puede esperar de sus propias fuerzas se espere de la gracia de Dios...Os suplico, señor, que acalléis todas las oposiciones que os suscite vuestro espíritu; no



hace falta más respuesta sino que deseáis ser siempre fiel y esperáis que Dios os lo conceda sin necesidad de probaros para ver si lo sois, porque esas pruebas son engañosas; ya que muchos son valientes cuando no ven al enemigo, pero no lo son en su presencia. Y, al contrario, hay muchos que temen el ataque, pero, llegado el momento, tienen valor. No debemos temer al temor».

### ***Escrúpulos, cavilaciones sobre sí mismo, miedo al futuro***

La paz interior también se puede perturbar por ciertos defectos de nuestro carácter, como son los escrúpulos, la manía de mirarse a sí mismo, el temor al futuro, que encogen y angustian el alma; o el apresuramiento, que impide la serena posesión de sí mismo.

El primer director espiritual de la baronesa de Chantal, un religioso que, cuanto menos, era algo extraño, la había obligado a hacer cuatro votos: «primero, que le obedecería; segundo, que no cambiaría nunca de director; tercero, que guardaría en absoluto secreto todo lo que él le dijera, y cuarto, que no trataría de su intimidad sino con él». Es fácil adivinar la angustia que debieron causar estos absurdos lazos a la baronesa, hasta el momento en que los rompió Francisco de Sales, al que había conocido en Dijon durante la cuaresma de 1604 y al que con frecuencia había visto en casa de su hermano, Monseñor Frémyot, arzobispo de Bourges. Esto sucedió en la peregrinación a san Claudio, donde habían concertado encontrarse, el 24 de agosto de 1604. Al día siguiente de su llegada, el obispo dijo a la baronesa: «Me he estado ocupando de vuestro asunto toda la noche. Esos cuatro votos sólo sirven para destruir la paz de una conciencia. Es ciertamente la voluntad de Dios que yo me encargue de dirigiros espiritualmente y que vos sigáis mis consejos». Y le entregó el reglamento de vida que había escrito para ella.

Desde sus primeras cartas, se esforzó el obispo por establecerla en la paz, liberándola de todo escrúpulo. «Si os dan mucha devoción las oraciones que hasta ahora habéis hecho, no las cambiéis, os lo ruego; y si alguna vez dejáis algo de lo que yo os mando, que no os entren escrúpulos, porque a continuación os pongo con letras destacadas la regla general de lo que ha de ser nuestra obediencia: ***Hay que hacer todo por amor, nada por fuerza; hay que amar más la obediencia que temer la desobediencia.*** Os dejo el espíritu de libertad. No el que excluye la obediencia, porque ésa es una libertad de la carne, sino el que excluye la angustia, los escrúpulos y los apresuramientos. Puesto que amáis mucho la obediencia y la sumisión, quiero que si por razones justas y caritativas dejáis en alguna ocasión de hacer vuestros ejercicios, lo toméis como una especie de obediencia y supláis con amor el ejercicio omitido».

Era, sin duda, una dirección muy tranquilizadora, que trataba siempre de dilatar a la Sra. de Chantal en la paz, desechando toda exigencia injustificada en la búsqueda de la perfección.

«También apruebo... que sigáis con vuestras labores manuales, como hilar y cosas así, en los momentos en que no tengáis nada más importante que hacer; y que vuestros trabajos estén destinados a las iglesias o a los pobres; pero no lo digo de manera tan rigurosa que os creáis en obligación de dar el equivalente en dinero a los pobres si hacéis algo para vos o los vuestros. Porque siempre han de reinar la santa libertad y la naturalidad, sin otra ley ni cortapisa que la del amor. Y cuando éste nos inspire hacer algo a favor de los nuestros, no se debe creer que es algo mal hecho, ni es necesario pagar una multa, como sería vuestro deseo. Lo que el amor nos dicte, sea para un pobre o para un rico, siempre estará bien y será agradable a nuestro Señor. Creo que si me entendéis correctamente, veréis que digo la verdad y que combato por una buena causa cuando defiendo la santa y caritativa libertad de espíritu que, ya sabéis, honro singularmente, con tal que sea verdadera, y se aparte de la disolución y el libertinaje, que no son sino una máscara de la libertad».<sup>31</sup>

En ese mismo sentido escribía a una persona inclinada a un rigor excesivo:

«Creo que no debemos atraer amarguras a nuestros corazones como hizo nuestro Señor, ya que no podemos controlarlos como Él. Basta con que las suframos pacientemente. Por ello, no debemos ir siempre en contra de nuestras inclinaciones cuando no son malas, y habiéndolas examinado hemos visto que son buenas».

Sin cesar pide la sencillez en el ejercicio de las virtudes:

«Deseo leáis el *Camino de Perfección de la bienaventurada santa Teresa*, porque os ayudará a comprender lo que yo tantas veces os he repetido: que no hay que ser demasiado puntilloso en el ejercicio de las virtudes, sino ir directamente, sinceramente, sencillamente, al viejo estilo francés, con libertad, de buena fe, grosso modo. Porque me dan mucho miedo la angustia y la melancolía. No, hija mía, deseo que

tengáis un corazón ancho y dilatado para ir por el camino de nuestro Señor, pero a la vez humilde, dulce y sin inquietud».

Como los escrúpulos dificultan los movimientos del alma, impiden la libertad y la alegría en el servicio de Dios y destruyen la paz. Ved lo que pide a una de sus dirigidas, a la cual quiere ver progresar por el camino de la perfección: «Servid a Dios con alegría y en libertad de espíritu».

Pero para esto, tenemos que prohibirnos esas vueltas sobre nosotros mismos que turban inútilmente nuestra conciencia. San Francisco de Sales es muy preciso a este respecto. A una persona que estaba muy inquieta por sus confesiones pasadas, él la tranquiliza, explicándole que ha declarado suficientemente sus faltas:

«Por lo demás, mi querida hija, ese gran temor que hasta ahora os ha angustiado tan cruelmente, desde hoy tiene que terminar, ya que tenéis toda la seguridad que se puede tener en este mundo, de haber expiado vuestros pecados por el sacramento de la penitencia. No, no hay que poner en duda que las circunstancias de vuestras faltas hayan sido suficientemente expresadas; porque todos los teólogos están de acuerdo en que no es necesario decir todos los pequeños detalles relacionados y derivados de los pecados: el que dice: he matado a un hombre, no necesita precisar que antes sacó la espada, ni que dio muchos disgustos a sus parientes, ni que escandalizó a quienes lo vieron, ni el desorden que produjo en la calle donde le mató; pues todo eso se comprende sin necesidad de decirlo; basta con decir que mató a un hombre por estar encolerizado, o haciéndole caer en una emboscada por venganza, si era seglar o eclesiástico, y luego dejar el juicio a quien os escucha. Quien dice que ha prendido fuego a una casa, no necesita decir detalladamente todo lo que había dentro, hasta con que diga si había gente o no.

¡Oh, queridísima hija, quedaos en paz. Vuestras confesiones han sido buenas a más no poder. Desde ahora preocupaos por vuestro progreso en la virtud, sin pensar en los pecados pasados sino para humillaros dulcemente ante Dios y bendecir su misericordia, que os los ha perdonado mediante los divinos sacramentos».

Otra, incapaz de discernir si ha cumplido con su deber, se atormenta con la duda de haber ofendido a Dios. El obispo para en seco esas penosas incertidumbres, dándole una regla de conducta muy precisa: «Cuando estemos en duda de si hemos cumplido con nuestro deber en alguna circunstancia y, por tanto, de si hemos ofendido a Dios, tenemos que humillarnos, rogar a Dios que nos perdone y que nos dé más luz en otra ocasión, tenemos que olvidar totalmente lo sucedido, y seguir nuestra vida; porque andar indagando con curiosidad e intranquilidad sobre si hemos actuado bien, es ciertamente obra del amor propio, que nos hace desear saber si somos buenos allí donde el puro amor de Dios nos dice: por falso o cobarde que hayas sido, humíllate, apóyate en la misericordia de Dios, pídele perdón y, con una nueva promesa de fidelidad, sigue adelante en el camino hacia tu progreso espiritual».

Una tercera persona considera por menudo todo lo que ha hecho por amor al Señor. El obispo no quiere semejantes exámenes:

«¡Qué felices somos por querer amar a nuestro Señor! Amémosle, pues, hija mía; no nos metamos a considerar demasiado por menudo lo que hacemos por su amor, con tal de que estemos seguros de no querer hacer nunca nada sino por su amor».

Otra, en fin, anda siempre con temor de no obrar suficientemente bien; para conservar la paz, le basta con obrar con amorosa fidelidad. «Vivid siempre en esta confianza, con una amorosa fidelidad para con el amado Salvador y sin temor de no haber obrado suficientemente bien. No, hija mía, confesando vuestra bajeza e impotencia, dejad vuestro cuidado espiritual a la bondad divina, que acepta nuestras pequeñas y pobres luchas cuando las hacemos con humildad, confianza y fidelidad amorosa. Y llamo amorosa a la fidelidad por la cual no quisiéramos omitir, a sabiendas, nada de lo que creemos ser más agradable al Esposo, porque nos preocupamos más de agradarle que de temer sus castigos».

Los temores del futuro nos quitan la paz tanto como las cavilaciones sobre nosotros mismos. San Francisco de Sales nos muestra la vanidad de esos temores.

«Querida hermana, no hay que crearse temores inútiles. Es suficiente con recibir los males que de cuando en cuando nos vienen, sin preverlos con la imaginación». Nos pide que superemos esos temores inútiles mediante la confianza en Dios, fuente única de paz. ¿Es que Dios no es nuestro Padre?

«Siendo hija de tal Padre, ¿qué teméis? Sin su Providencia no se caerá un solo cabello de vuestra cabeza. Es curioso que, con un Padre así, tengamos otras preocupaciones que no sean las de amarle mucho y servirle. Preocupaos de vuestra persona y de vuestra familia en la medida que Él quiere, y no más, y así veréis cómo Él cuida de vos. A santa Catalina de Siena le dijo: "Piensa en Mí y Yo pensaré en ti"».

«Que vuestro corazón esté lleno de valor y vuestro valor lleno de confianza en Dios; porque quien os ha dado los primeros atractivos de su sagrado amor, nunca os abandonará si vos no le abandonáis jamás».

«Espero que Dios os fortalecerá cada vez más; y a ese pensamiento o tentación de tristeza por temer que vuestro fervor y solicitud actual va a durar poco, respondedle de una vez por todas que los que confían en Dios jamás serán confundidos y que, tanto lo espiritual como lo corporal y material, se lo habéis dejado al Señor y Él se cuidará de alimentarlos. Sirvamos bien a Dios en el día de hoy; mañana, Dios proveerá. A cada día le basta su trabajo; no os preocupéis del mañana, porque Dios, que reina hoy, también reinará mañana» .

San Francisco de Sales nos asegura, además, que «la medida de la Providencia divina para con nosotros es la confianza que en ella tenemos».¿Por qué hemos, pues, de inquietarnos cuando nos imponen una tarea difícil?

«Queridísima hija, con la ayuda de Dios haremos mucho; pero necesitamos una humildad valiente para rechazar las tentaciones de desconfianza en la santísima confianza que tenemos en Dios. Debéis estar segura de que como el cargo os lo han impuesto aquéllos a quienes debéis obedecer, lo llevará el Señor junto con vos, colocándose a vuestra diestra».«Junto a nuestra Madre vos seréis la primera en mis oraciones y en mis preocupaciones; preocupaciones, sin embargo, muy dulces, porque confío mucho en el cuidado de la divina Providencia para con vuestra alma, que será muy feliz si abandona en ese seno de amor infinito todos sus temores».

Así pues, una superiora evitará toda inquietud, toda amargura, toda pena porque está convencida de que Dios le dará las gracias necesarias para el cumplimiento de los deberes de su cargo, y se entregará a sus hijas con la gozosa abnegación del amor maternal.

«Si hasta ahora la preocupación por vuestro gobierno y el temor del futuro cargo de superiora os ha tenido un poco inquieta haciéndoos cambiar frecuentemente de modo de pensar, ahora que sois madre de tantas hijas tenéis que permanecer tranquila, serena y siempre igual, descansando en la divina Providencia, que nunca os hubiera puesto a todas esas hijas en vuestros brazos ni en vuestro regazo sin daros al mismo tiempo un socorro, una ayuda, una gracia suficiente y abundante que os sostenga y apoye...¿Creéis que un Padre tan bueno como Dios os iba a encargar que criaseis a esas hijas sin daros leche, manteca y miel en abundancia? No hay que dudar de esto. Fijaos en estas dos o tres palabras que mi corazón va a decir al vuestro: No hay nada que agote tanto la leche del pecho materno como las penas, las aflicciones, las melancolías, las amarguras y desazones. Vivid gozosamente con vuestras hijas.

Mostradles un seno espiritual hermoso y accesible, para que acudan a él alegremente... No digo, hija mía, que seáis adúladora, zalamera ni irónica, sino dulce, suave, amable, afable. En fin, amad a vuestras hijas con un amor maternal, cordial, que las nutra y las guíe, y lo haréis todo siendo toda para todas: la madre de todas, comprensiva con todas. Ésa es la única condición que se basta por sí sola y sin ella ninguna es suficiente».

¿Por qué hemos de temer las cruces, adversidades y accidentes de esta vida? «Mantengámonos bien firmes en nuestra confianza para con la divina Providencia porque si os depara cruces también dará fortaleza a vuestros hombros para que carguéis con ellas».«¿Qué os ha faltado? Mirad, querida hija, nuestro señor envió a los Apóstoles a todas partes sin dinero, sin bastón, sin sandalias, sin alforjas, con una sola túnica, y al volver les preguntó: Cuando os envié así, ¿os faltó algo? Y ellos contestaron que no. Hija mía, cuando aún no teníais tanta confianza en Dios y os llegaron las penas, no os derribaron, ¿verdad? Me diréis que no. ¿Y por qué no vais a tener valor para superar las otras adversidades? Dios hasta ahora no os ha abandonado, ¿cómo os va a abandonar precisamente ahora cuando más que nunca queréis ser suya? No temáis al mal que os pueda llegar del mundo, pues quizá no os venga; y en todo caso, si os viniera, Dios os fortalecería. Él mandó a san Pedro andar sobre las aguas, y san Pedro, al ver el viento y la tormenta, tuvo miedo y el miedo le hizo hundirse y pidió socorro a su Maestro, que le dijo: hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Y, tendiéndole la mano, le sacó a flote. Si Dios os hace caminar por las olas de la adversidad, no dudéis, hija mía, no temáis. Dios está con vos; tened ánimo y os libraré».

«No queráis prevenir de antemano los accidentes de esta vida por el temor; hacedlo con una total esperanza de que, a medida que se vayan presentando, pues sois de Dios, Él os libraré. Os ha protegido hasta ahora; seguid bien cogida a la mano de su Providencia y os ayudará en toda ocasión; y cuando no podáis caminar, os llevará en brazos. ¿Qué debéis temer, querida hija, teniendo a Dios, que nos ha asegurado tanto que todo se convierte en bien para los que le aman? No penséis en lo que sucederá mañana, porque el mismo Padre eterno que os cuida hoy os cuidará mañana y siempre: Y, o bien no os enviará ningún mal, o si os lo envía, os dará un valor invencible para soportarlo. Permaneced en paz, querida hija; borrad de vuestra mente cuanto pueda turbaros y decid frecuentemente a nuestro Señor: Oh Dios, Vos sois mi Dios, confío en Vos; me ayudaréis y seréis mi refugio, y yo nada temeré, pues no sólo estáis conmigo, sino en mí y yo en Vos. ¿Qué puede temer un hijo en brazos de tal Padre? Sed como un niño, mi queridísima hija, y, como sabéis, los niños no piensan en tantos asuntos, tienen quien piense por ellos; sólo se sienten fuertes si están junto a su padre. Haced vos lo mismo, querida hija, y conservaréis la paz».

En una palabra: tenemos que vivir en esa paz que nos da la confianza en la divina Providencia, incluso cuando los acontecimientos no responden a lo que esperábamos.

«No os asombréis aunque aún no veáis avanzar ni vuestros asuntos espirituales ni los temporales... Dios mantiene escondido en el secreto de su Providencia el momento y la manera de escucharos; y quizá una manera excelente de escucharos sea no escuchar vuestros propios planes sino los suyos».

Pero, ¿no hay nada que pueda turbar la paz de un alma asentada en la santa indiferencia, enteramente abandonada al Señor y que imita con su total desprendimiento el despojo y la desnudez de su Esposo crucificado?

«No os inquietéis por los males y penas que os puedan venir, porque, una de dos, o el Señor no permitirá que os lleguen, o bien os dará la fuerza para soportarlos si os los envía. Dejad alma y cuerpo entre sus benditas manos, abandonaos a Él, perdeos en Él, amadle a Él, y que todo lo que no sea Él os resulte indiferente. Y en el cielo sabréis lo feliz que es el alma que ha vivido despojada de todo lo del mundo para rendir homenaje al despojamiento total y a la desnudez de su Esposo clavado en la cruz, y muriendo para enriquecer y engalanar a sus amadas esposas».

### ***La excesiva solicitud natural***

En fin, la mortificación de nuestra excesiva solicitud, tanto en nuestros asuntos como en la devoción, nos hará profundizar en la paz.

La *Introducción a la vida devota*, en uno de sus capítulos nos dice: «Hay que tratar los asuntos con diligencia, pero sin afán ni preocupación». Subrayemos algunos pensamientos:

«No os afanéis en exceso en vuestra tarea, porque la demasiada solicitud turba la razón y el juicio, e incluso nos impide hacer bien aquello que tanto nos interesa».

«Cuando nuestro Señor reprendió a santa Marta, le dijo: Marta, Marta, tú te preocupas y te turbas por muchas cosas. Ved que si no hubiera hecho más que estar solícita en el trabajo, no se hubiera turbado, pero, como estaba inquieta y preocupada, se afanaba con prisa y se inquietaba. Y por eso la reprendió el Señor».

«Un trabajo hecho con impetuosidad y apresuramiento nunca sale bien... Por tanto, recibid con paz los asuntos que os vengán y tratad de hacerlos con orden, uno después de otro».

Encontramos en la correspondencia del obispo estos mismos consejos. San Francisco de Sales nos pide que mantengamos nuestro corazón «tranquilo entre la multiplicidad de asuntos que se nos presentan». Estos trabajos no pueden salir bien, sino con la ayuda de Dios. Pongamos en ellos, pues, toda nuestra diligencia, pero con sosiego, sin atormentarnos; en la eternidad veremos que todas esas cosas no eran sino futilidades y bagatelas. Pero, ¿se puede describir mejor la vanidad de los negocios de este mundo y la locura de nuestro afán por lograr buenos resultados?

«No creáis que el éxito de vuestros negocios pueda deberse a vuestro trabajo; solamente se debe a la ayuda de Dios y, por lo tanto, descansad en su asistencia, sabiendo que hará siempre lo que es mejor para vos, con tal que por vuestra parte pongáis una moderada diligencia. Digo moderada, porque la diligencia que es violenta estropea el corazón y también los asuntos, pues no es diligencia sino apresuramiento y turbación. Por Dios, señora, pronto estaremos en la eternidad, y entonces veremos que los afanes de este

mundo son poca cosa y qué poca importancia tenía que se realizasen o no; sin embargo, ahora nos preocupamos como si fuesen cosas importantes. De pequeños, ¡con qué afán juntábamos pedacitos de tejas, de madera, de barro, para hacer casas y pequeños edificios! Y si alguien nos los deshacía, nos llevábamos un gran disgusto y llorábamos; pero ahora vemos que todo aquello no era nada. Lo mismo nos sucederá un día en el cielo, y veremos que todo lo que tanta importancia tenía para nosotros en el mundo, eran sólo niñerías. Con esto no quiero decir que se descuiden esas pequeñeces y bagatelas, pues Dios nos las confía para ejercitarnos; pero sí digo que no hay que tomarlas con demasiado calor ni ardor. Hagámonos como niños, puesto que lo somos; pero sin pasarnos al otro extremo. Y si alguien nos estropea nuestras casitas y nuestros planecitos, no nos agitemos por ello. Al caer la tarde en la que tendremos que ponernos bajo cubierto-hablo de la muerte-, de nada nos valdrán esas casitas; entonces tendremos que refugiarnos en la casa de nuestro Padre».

La inquietud estropea nuestros asuntos y también es muy perjudicial para nuestra piedad. «Guardaos del desasosiego, que es la peste de la devoción», afirma san Francisco de Sales. ¡Con qué realismo denuncia los males que trae esa calamidad!

«La inquietud que tenéis en la oración y que va unida a un gran desasosiego por encontrar algo que os pueda calmar y satisfacer vuestro espíritu, basta para impedirnos encontrar lo que buscáis. Se pasará cien veces la mano y la mirada sobre una cosa y no se verá nada si se busca con excesivo ardor. De este vano e inútil apresuramiento no podréis sacar más que cansancio de espíritu y como consecuencia, esa frialdad y ese entorpecimiento del alma. No sé qué remedios necesitaríais, pero creo que, si consiguiésteis libraros del desasosiego, ganaríais mucho; porque es uno de los grandes obstáculos para la devoción y la verdadera virtud. Nos hace creer que nos impulsa hacia el bien, pero en realidad nos desanima; que nos hace correr, pero es sólo para que tropecemos. Por eso tenemos que guardarnos de él siempre, pero sobre todo en la oración».

También hemos de poner empeño en desterrar las prisas en nuestro esfuerzo de santificación. El aborrecimiento sereno y tranquilo de nuestros defectos nos permitirá irlos atenuando: «Aborrezcamos nuestros defectos, pero serena y tranquilamente, sin despecho ni turbación; ciertamente, necesitamos ejercitar nuestra paciencia para verlos, y sacar el provecho de un santo rebajamiento de nosotros mismos. De no hacerlo así, hija mía, vuestras imperfecciones, que tan sutilmente veis, os turbarán de modo aún más sutil, con lo cual siguen ahí, pues no hay nada que más alimente nuestros defectos que la inquietud y el afán ansioso por librarnos de ellos».

Además, no conseguiremos en un día, ni mediante violentos esfuerzos, esa perfección a la que debemos aspirar.

«No veréis que las viñas se poden a fuerza de hachazos, sino lentamente, con la podadora y sarmiento tras sarmiento. Yo vi una escultura en la que el artista había trabajado durante diez años hasta dejarla perfecta, y con el cincel y el buril poco a poco le iba quitando todo lo que estorbaba a la justa proporción. Es imposible que en un día lleguéis a donde aspiráis; hoy consigo esto, mañana algo más y paso a paso nos haremos dueños de nosotros mismos, lo que no será pequeña conquista.

Os suplico que perseveréis con confianza y sinceridad en este santo empeño. De él depende vuestro consuelo a la hora de la muerte, la dulzura en esta vida presente y la seguridad de la futura. Sé que la empresa es grande, pero mayor será la recompensa».

También hemos de esforzarnos por moderar nuestros deseos. ¿Quién no ha experimentado en los comienzos de una vida de fervor el deseo inquieto y ansioso de la perfección, contra el cual san Francisco de Sales ponía en guardia a santa Juana de Chantal?

«El pájaro que está asido a una rama solamente siente su falta de libertad cuando quiere volar, y lo mismo cuando todavía no tiene alas: sólo ve su impotencia cuando intenta volar. Mi querida hija, puesto que todavía no tenéis alas y vuestra impotencia es una barrera para vuestros esfuerzos, el mejor remedio es no debatiros, no apresuraros por querer volar. Esperad con paciencia a tener alas para volar como las palomas».

El obispo, que tiene un conocimiento exacto del alma de la baronesa, le hace comprender que la razón del malestar interior que experimenta es su prisa por llegar a la perfección.

«Mucho me temo que tengáis demasiado ardor para llegar a la meta, que os apresuréis y multipliquéis los deseos con demasiada viveza. Veis la belleza de las luces, la dulzura de las resoluciones, y os parece que ya casi las tenéis; y ver el bien tan de cerca os suscita un apetito desmesurado que os empuja y os hace

saltar, pero para nada. Pues el dueño os tiene atada a la rama, o bien, todavía no tenéis alas, y mientras tanto os debilitáis con ese continuo aleteo del corazón y vuestras fuerzas decrecen continuamente. Está bien que hagáis pruebas, pero moderadas, sin tanto ardor, sin tanta agitación...».

La exhorta, pues, a una espera más paciente: «Ánimo, deteneos, no os apresuréis; veréis que os encontráis mejor y que vuestras alas se van fortaleciendo más fácilmente. Ese desasosiego es un defecto... una falta de resignación. Estáis resignada, mas con un `pero' porque quisierais esto o lo otro y os agitáis por tenerlo. Un simple deseo no es contrario a la resignación; pero el jadear del corazón, el batir las alas, la agitación de la voluntad, la multiplicidad de impulsos... todo eso es, sin duda, falta de resignación. Sabéis bien lo que tenéis que hacer. Debemos conformarnos con no volar, puesto que aún no tenemos alas».

Y concluye:

«No os inquietéis con vanos deseos, ni os inquietéis por no inquietaros... Seguid despacito vuestro camino, porque es bueno».

Sigamos ese prudente consejo que nos da el obispo, si queremos subir sin perder el aliento y con paso seguro, por el empinado sendero que conduce a la santidad.

«Para caminar bien, tenemos que poner atención en seguir bien el camino que tenemos más cerca, e ir haciendo bien cada jornada sin entretenernos en desear hacer la última, mientras que debemos hacer la primera» .

Él mismo se aplica esa doctrina y se esfuerza en controlar sus más legítimas impacencias. Así lo confiesa a la Sra. de Chantal:

«He estado diez semanas enteras sin recibir ni una sola noticia vuestra... Y lo bueno es que mi santa paciencia iba perdiendo terreno en mi corazón, y creo que la hubiera perdido del todo si no hubiese recordado que no tenía más remedio que conservarla para tener derecho a predicarla a los demás».

¡Cuánta paz se siente cuando se dominan los afectos suficientemente, para que no sigan la natural impetuosidad ni la propia voluntad, sino únicamente el impulso del Espíritu Santo!

«¡Qué dicha, querida Madre, ser todo de Él, que, para hacernos suyos, se ha hecho todo nuestro! Pero para eso tenemos que crucificar nuestros afectos, especialmente aquellos que llevamos más dentro y que más nos conmueven, cuidando siempre de frenar los actos que de ellos proceden, para no hacerlos impetuosamente ni por propia voluntad, sino por la del Espíritu Santo».

San Francisco de Sales no olvida recomendarnos la mortificación de nuestra actividad, para lograr tener paz mediante el perfecto dominio propio.

«Acostumbraos a hablar con mesura, a caminar con mesura, a hacer todo lo que hagáis con moderación y mesura. Y veréis como en tres o cuatro años habréis corregido esa súbita espontaneidad. Pero no os olvidéis de hacer todo con serenidad; y hablad suavemente en las ocasiones en las que el tiempo no os apremie y cuando no haya apariencia de temer la precipitación, por ejemplo al acostaros, al levantaros, al sentaros, al comer, cuando habléis con las Hermanas Ana, María o Isabel; es decir, siempre y en todas partes, sin permitirnos olvidarlo. Estoy seguro de que mil veces al día fallaréis y que vuestro carácter tan activo os jugará malas pasadas, pero eso no importa con tal de que no sea voluntario ni deliberado y que, en cuanto os deis cuenta de esos movimientos, procuréis refrenarlos».

El realismo del obispo de Ginebra en la dirección de las almas se manifiesta en esos humildes detalles de nuestra vida diaria, hasta los cuales no duda en descender. Había conocido en Grenoble, cuando en 1617 predicó allí la cuaresma, a la esposa del segundo presidente del Tribunal de Cuentas del Delfinado, la Sra. Le Blanc de Mions . Se interesó enseguida por esta alma generosa, que a su vez, sintió por él un gran aprecio desde el primer momento. Es gracioso imaginarse al uno frente a la otra. El obispo, según su amigo Camus, obispo de Belley, «de carácter lento y pesado», yendo «con pies de plomo en todo y apresurándose con mesura, según el lema de César» y «con gran aversión por la precipitación y la impetuosidad» . Ella, por el contrario, viva y ardiente, entusiasta, impetuosa, impulsiva, y con una intuición tan rápida que llegaba al fondo de la cuestión cuando penas se la habían empezado a exponer. Retenida en el mundo por los lazos de un matrimonio que era la causa de su tormento, había conocido en Lyon a la Sra. de Chantal y la Visitación y al momento comprendió que el claustro era la patria de su alma. Había pedido y obtenido el favor de ser considerada como una hija adoptiva del monasterio y utilizar como nombre de religión: «Hna. Bárbara María». En cuanto el obispo se marchó de Grenoble, una vez terminada la predicación cuaresmal, ella recurrió a sus consejos. No tenemos la carta que le envió, pero sí la del obispo respondiendo diferentes preguntas que le hacía.

Estaba inquieta por su oración. Era incapaz de meterse a la lentitud complicada de los métodos, y de entrada, ya agotaba el tema, porque con una ojeada abarcaba todos los puntos. Y ponía tanta atención que acababa con dolor de cabeza.

Francisco de Sales la tranquiliza: que se relaje en este ejercicio, «si empezase a trabajar el cerebro y eso os produjese dolor de cabeza», que acorte su duración: «Para acomodar tan útil ejercicio a la rapidez y la incomparable prontitud de vuestro carácter, será suficiente que empleéis en media hora cada día, o un cuarto de hora».

Sin embargo, tiene que esforzarse por dominar su excesiva vehemencia.

«Como tenéis un espíritu tan activo e inquieto, que no podéis parar, tengo que deciros que es imprescindible sosegarlo y lograr que sus movimientos poco a poco sean más lentos, de modo que actúe con sosiego y tranquilidad según las circunstancias. Y no creáis que el sosiego y la tranquilidad impiden la prontitud de la obra; al contrario, ayudan a que salga mejor».

Y con su amable condescendencia, el santo obispo enseña a su penitente a moderar su paso en el ritmo ordinario de la vida cotidiana.

«Podríais hacerlo así: por ejemplo, puesto que en esta miserable vida tenéis necesidad de comer, empezad por sentaros despacio y permaneced sentada a la mesa hasta que hayáis comido lo conveniente a vuestro cuerpo. Al ir a acostaros, quitaos la ropa sin prisas. Al levantaros, hacedlo sosegadamente, sin movimientos bruscos, sin gritar ni apremiar a las que os sirven. Y así iréis moderando vuestro carácter, reduciéndolo poco a poco a la santa medianía y moderación. En cambio, a quienes tienen un carácter flojo y perezoso, habría que decirles: daos prisa, que el tiempo vuela. Pero a vos os digo: no os apresuréis tanto, porque la paz, la tranquilidad, la dulzura de carácter son preciosas, y el tiempo se aprovecha más cuando se emplea sosegadamente».

Después de estas lecciones, ¿podrá ella seguir empolvándose el cabello? Claro que sí, sin duda alguna.

«No hay que enredarse el espíritu en esas telas de araña. Los 'cabellos del espíritu' de esta señora son aún más finos que los de su cabeza y por eso se siente incómoda. No hay que ser tan puntillosa... Decidle que siga de buena fe entre las hermosas virtudes de la sencillez y la humildad en vez de irse a los extremos y andarse con tantas sutilezas de razonamientos y consideraciones. Que puede tranquilamente empolvase la cabeza; así hacen los hermosos faisanes, que se empolvan el penacho para que no aniden en él los piojos».

Poquísimas veces se encuentran semejantes consideraciones en los tratados de espiritualidad. Pero cuánta sabiduría supone llevar así, con mano firme, hasta el punto esencial, la paz interior a quien corría el peligro de malgastar su esfuerzo en detalles fútiles.

Vamos a ver ahora el alma más amada de san Francisco de Sales, la hija de su alma y de su corazón, a quien ha hecho Madre de la Visitación.

Le ha enseñado el valor de la moderación, que mortifica la actividad natural; y el valor de las cosas pequeñas cuando se pone en ellas amor. La ha formado en la renuncia de la propia voluntad y en la práctica de la obediencia. Y ella jamás quiso dispensarse de los humildes oficios que realizan las Hermanas, por turno, en las comunidades.

A los casi setenta años y en vísperas de dejar Annecy-adonde ya nunca regresaría-, para visitar otras casas, se ocupa en barrer. Así consta en la tabla que señala los oficios del día. Mientras realiza este trabajo, no se da cuenta de que una Hermana «la estaba esperando a la puerta para unas cartas urgentes».

La observa mientras termina de recoger el polvo, «pero con tanto esmero y tiempo para hacerlo bien», que se asombra y termina por impacientarse, exclamando: «Madre mía, parece que estáis recogiendo perlas, por el cuidado con que lo hacéis». La Sra. de Chantal le contesta suavemente: «Es más que eso lo que estoy recogiendo, hija mía, y si supiéramos lo que es la eternidad, valoraríamos más el recoger polvo en la casa de Dios, que perlas en el mundo».

«La Hermana se fue inmediatamente a escribir estas palabras, temiendo perder una sílaba» . ¡Cuánto se lo agradecemos! Esa actitud y esas palabras de la Santa son para nosotros una lección preciosa. Deberíamos recoger amorosamente las joyas con que el cielo adornará nuestra gloriosa corona, bajo la mirada de Dios, lejos de toda agitación, en la paz. Es la suprema exhortación del Santo: «Mantened ese corazón vuestro en el justo gozo de sentirse en paz con Dios; paz que no tiene precio en este mundo, ni tampoco recompensa, ya que ha sido comprada por los méritos de la sangre de nuestro Salvador y os merecerá el paraíso eterno si la conserváis bien. Hacedlo, pues, hija mía, y a nada temáis tanto como a lo que os la

pueda quitar. Y lo haréis así, lo sé bien, porque pediréis a Dios que os siga dando la gracia, y sé que llevaréis a la práctica todo lo que yo os he aconsejado».

## 8.-LA IRRADIACIÓN DE LA PAZ

### ***El método “suave” de S.Francisco de Sales***

«El espíritu de paz, de tranquilidad, de suavidad y de igualdad, es el espíritu de Dios y de edificación que os deseo de todo corazón, para que permanezca siempre en vos».

En 1619 san Francisco de Sales dirigía las siguientes líneas a una joven viuda que vino de París, donde llevaba una vida muy mundana, para retirarse a la Visitación de Moulins:«Al despedirme, pensé deciros que había que suprimir perfumes y aderezos, pero me contuve, según mi método, que es suave, para dar lugar a que, poco a poco, los ejercicios espirituales, como suelen hacer, vayan moviendo a las almas que se consagran enteramente a su divina bondad. Porque soy, ciertamente, muy amigo de la sencillez, pero siempre dejo la podadera con la que se cortan los retoños inútiles en las manos de Dios. Él os irá impulsando, querida hija, para que dejéis esos polvos, esos papeles dorados... ¡Bendita sea siempre su misericordia!».

Se concibe fácilmente que tal director, atento a no apresurar la obra de la gracia en las almas y tan confiado en la acción del Espíritu Santo, nunca tenía una intervención indiscreta que turbase a quienes se habían puesto en sus manos; al contrario, con su método suave, dilataba su corazón y les comunicaba una dulce seguridad que profundizaba en ellos el beneficio de la paz divina.

Unos meses más tarde, a propósito de la joven viuda a la que habían acogido como bienhechora en Moulins, escribe a la M. de Chantal con divertida indulgencia:

«La señora du Tertre ejercita ahí su vanidad muy honorablemente, con su cuarto tapizado y su cama de seda; pero hay que tener un poco de paciencia; porque tengo esperanza de que irá mejorando».Pidamos a san Francisco de Sales que nos enseñe a irradiar sobre los que nos rodean la dulzura y la paz. Nos exhortará a cultivar, con espíritu de suavidad, una virtud oscura y de mucho mérito, la paciencia, porque es la guardiana de la paz a nuestro alrededor, y, sobre todo, cuando la alegría la ilumina, se convierte en la piedra de toque de la verdadera santidad.

### ***Cómo conservar la santa tranquilidad de corazón***

Para comprender el valor que San Francisco de Sales da a la paz, nos basta con leer estas líneas, que escribió a una de sus dirigidas:

«Vuestra querida alma va bien, puesto que desea avanzar en el santo amor de nuestro Señor... y como el amor sólo habita en la paz, tened mucho cuidado de conservar la santa tranquilidad de corazón que tantas veces os he recomendado. ¡Qué felices somos, querida Hermana, de tener contratiempos, penas y sinsabores! Porque son los caminos del cielo, con tal de que se los consagremos a Dios».

Pero para avanzar por estos «caminos del cielo», nosotros, que estamos pegados a la tierra, tenemos que practicar ciertas «virtudes pequeñas», propias de nuestra pequeñez, pues, como dice el refrán, *a vendedor pobre, cesto pequeño*. Estas son las virtudes que se practican más bien bajando que subiendo, y por eso se adaptan mejor a nuestras piernas: la paciencia, el aguantar al prójimo, el servicio, la humildad, la dulzura, la afabilidad, la tolerancia de nuestra imperfección».Observemos que en esta lista, la paciencia está colocada en primer lugar; y todas las «pequeñas virtudes» que la acompañan, la suponen y se apoyan en ella.Tenemos, pues, que ejercitarnos en ser pacientes para conservar la paz entre la multitud de nuestros quehaceres.

Es un continuo martirio el de la multitud de ocupaciones. Así como las moscas molestan a los que viajan en verano mucho más que el propio viaje, la diversidad y multitud de asuntos son más molestos que los mismos asuntos.

«Tenéis mucha necesidad de paciencia, y espero que Dios os la concederá si se la pedís con constancia y os esforzáis por practicarla fielmente, preparándoos cada mañana mediante un punto especial de vuestra



meditación y tomando con empeño el recordar este consejo a lo largo del día, tantas veces como se os haya olvidado».

Y continúa:

«No perdáis la menor ocasión de ejercitar la dulzura con todos».

Y es que la dulzura de corazón tiene que impregnar nuestra paciencia. Ésa es una de las más urgentes recomendaciones de san Francisco de Sales:

«Hay que ser animoso y perseverante en dulzura y paciencia», escribe.

«Cuidad mucho la dulzura. No os digo que améis lo que debéis amar porque sé que lo hacéis. Pero sí os digo que seáis equilibrada, paciente y dulce. Y que reprimáis las salidas de tono de vuestro carácter, demasiado vivo y ardiente»

También hay que dominar el carácter, para conseguir, al precio de un largo esfuerzo, la dulzura serena y apacible. En forma indirecta se dirige san Francisco de Sales a la abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld, cuando escribe:

«Su prontitud natural es la causa de todos sus males, porque ella misma estimula su vivacidad y ésta estimula su prontitud. Decidle de mi parte que su mayor cuidado ha de ponerlo en ser sencilla, dulce y tranquila, y para ello debe hacer todos sus actos exteriores con más sosiego: su porte, su paso, sus ademanes, sus manos e incluso su lengua y sus palabras. Y que no le choque no conseguirlo en un instante. Para domesticar a un caballo y que aprenda el paso y admita la brida y la montura, hacen falta años».

San Francisco de Sales sonrío ante nuestra impaciencia por alcanzar la perfección después de haber leído libros que nos animan a ello. «*La Introducción a la vida devota* es una obra muy agradable y muy indicada para vos, queridísima hija. Lo que os perturba es que queríais ser de golpe como ella enseña. Sin embargo, la misma *Introducción* os dice que ajustar vuestra vida a esas enseñanzas no es cosa de un día sino de toda nuestra vida, y que no nos asombremos en absoluto de las imperfecciones en que caigamos mientras estemos empeñados en esta empresa. Hija mía, la devoción no es algo que se consigue a fuerza de brazos; claro que hay que poner mucho esfuerzo, pero lo más importante depende de nuestra confianza en Dios; hay que esforzarse sencillamente pero con cuidado».

Sí, la confianza en Dios será la que siempre sostenga y fecunde nuestro esfuerzo sosegado y paciente. Y el Santo se llena de gozo cuando encuentra un alma «enteramente dedicada al amor de Dios», y la anima a cultivar el espíritu de dulzura, de suavidad y de paz.

«Mucho me contenta saber que vuestra alma está totalmente dedicada al amor de Dios y que deseáis avanzar en él poco a poco con toda clase de santos ejercicios. Pero os recomiendo, sobre todo, el de la santa dulzura y suavidad en las ocasiones que tantas veces os presenta esta vida. Permaneced tranquila y serena con nuestro Señor en vuestro corazón».

Para esto, la multitud de molestias y dificultades nos es muy provechosa, porque nos ejercita en soportar todo dulcemente, bajo la mirada de Dios y por amor a Él.

«La multitud de molestias que os proporcionan los quehaceres de vuestra casa... os servirán muchísimo para hacer virtuosa vuestra alma, si os esforzáis por sobrellevar todo con espíritu de dulzura, paciencia y mansedumbre. Que vuestro corazón esté bien preparado para todo esto y pensad a menudo que Dios os está mirando con ojos de amor cuando os acosan las dificultades y preocupaciones, para ver si las lleváis según su beneplácito. Por tanto, aprovechad bien esas ocasiones, practicando su amor; y si alguna vez os impacientáis, no os desaniméis, sino volved inmediatamente a la dulzura. Bendecid a los que os afligen y Dios os bendecirá, mi querida hija».

Y si la prueba parece demasiado pesada y nuestra paciencia se acaba, contemplemos a Cristo en los sufrimientos de su vida mortal y sentiremos una gran paz.

«La verdad es, queridísima hija, que nada nos puede dar una tranquilidad más profunda en este mundo que contemplar a nuestro Señor en todos los sufrimientos que padeció desde su nacimiento hasta su muerte; veremos en ellos tantos desprecios, calumnias, pobreza e indigencia, humillaciones, penas, tormentos, desnudez, injurias y toda clase de amarguras, que en su comparación comprenderemos que hacemos mal en llamar aflicciones, penas y contradicciones a las pequeñas contrariedades que nos salen al paso, y que no hay motivo para desear la paciencia por tan poca cosa, ya que para sobrellevar todo lo que nos pasa bastaría un poco de moderación».

## ***La paciencia y el espíritu de dulzura en el claustro y en la familia***

Si nos es tan necesario cultivar la paciencia en espíritu de suavidad, es sobre todo porque asegura a nuestro alrededor un clima de paz, tanto en el claustro como en la familia. Es evidente que en el claustro ha de reinar la paz para que sea posible la obra de Dios en las almas. El monasterio es como un «taller de perfeccionamiento» en el que el martillo del escultor, con sus repetidos golpes, va quitando todo lo que afea a la estatua -estatua viviente- y acentúa su semejanza con el modelo divino.

«¿Sabéis lo que es un monasterio? Es la escuela de la corrección exacta, donde cada alma tiene que aprender a dejarse corregir, limar y pulir, para que una vez lisa y suave, pueda adherirse más perfectamente a la voluntad de Dios. La señal más evidente de la perfección es querer ser corregido, pues el primer fruto de la humildad es hacernos conocer que tenemos necesidad de ella».

Muy bien. Pero el continuo esfuerzo hacia la perfección y la corrección que le alienta y estimula pueden causarnos cansancio, amargura y hastío y con ello amenazar la paz. Porque dejarse continuamente «corregir, limar y pulir» es muy duro; la naturaleza grita, y a veces, en el corazón arde la rebeldía. ¡Qué mano tan suave se requiere para amaestrar a las almas en la práctica de las virtudes! «¡Oh, hija mía!, -escribe san Francisco de Sales a la Hna. de Blonay, maestra de novicias de la visitación de Lyon-, Dios os ha hecho la gran misericordia de inclinar vuestro corazón a la afable tolerancia del prójimo y de derramar el bálsamo de la suavidad de corazón hacia los demás en el vino de vuestro celo... Era lo único que os faltaba, mi querida hija; vuestro celo era bueno, pero tenía el defecto de ser un poco amargo, un poco afanoso, inquieto, exigente. Ahora está purificado de todo eso y en adelante será dulce, benigno, afable, apacible, tolerante»."

Las novicias subirán con suavidad; con alegría, con paz, por los senderos a menudo difíciles de la perfección. Y es que guiar a las almas es un arte extremadamente delicado, ya que, como san Francisco de Sales hace notar, «el espíritu humano va buscando su comodidad y ama su propio juicio; por eso no es extraño que se reciban con disgusto las opiniones de otro, por santas que sean».

Y en otro lugar dice:

«El espíritu humano está hecho así, se irrita contra el rigor, pero la suavidad lo pliega a todo. La palabra amable amortigua la cólera, lo mismo que el agua apaga el fuego. No hay tierra tan ingrata que no dé fruto si se la trata con bondad».

El obispo de Ginebra aconseja con paciencia atenta y condescendiente a la [Sra. de Beauvilliers](#), abadesa de Montmartre, que le ha confiado su proyecto de reformar el monasterio. Y sobre ese proyecto le escribe:

«Creo que vuestro proyecto tiene la puerta abierta. Sólo os suplico, señora (y perdonad la llaneza y confianza con que os trato), que, como esta puerta es estrecha y difícil de cruzar, os toméis la molestia y la paciencia de conducir a vuestras Hermanas una tras otra por ella. Pues pretender que pasen todas juntas y de prisa, no me parece que se pueda conseguir. Unas no son tan rápidas como otras; hay que tener consideración con las de mayor edad, pues no pueden adaptarse tan fácilmente; ya no son ágiles, pues los nervios de su espíritu, igual que los de su cuerpo, ya están entumecidos. El cuidado que debéis poner en esta santa obra tiene que ser dulce, amable, compasivo, sencillo y bondadoso. Vuestra edad, y pienso que vuestra propia complexión, lo requieren. Porque el rigor no se aviene con los jóvenes. Creedme, señora, el mejor de los cuidados es el que más se parece al que Dios tiene con nosotros, que es un cuidado lleno de tranquilidad y de calma y que ni en su mayor actividad tiene la menor conmoción, y que, siendo uno solo, es complaciente y se hace todo para todos».

La Sra. Bourgeois tiene los mismos proyectos de reforma para su abadía de Puits d' Orbe. El obispo la felicita, la anima y no le oculta la dificultad de la empresa, que exige, junto a una dulzura siempre amable y humilde, una perseverancia valiente. Admiraremos la prudencia de sus consejos:

«En cuanto a la reforma de vuestra casa, mi querida hija, es preciso que tengáis un corazón grande y firme...Guardaos bien de dar ni poco ni mucho ninguna alarma de querer reformar porque eso haría que todos los espíritus quisquillosos se pusieran en guardia contra vos y se resistiesen. ¿Sabéis lo que tenéis que hacer? Que ellas mismas se reformen bajo vuestra dirección y que se adhieran a la obediencia y a la pobreza. ¿Pero cómo se lleva eso a cabo? Id poco a poco, dad tiempo al tiempo para ganaros esas jóvenes plantas que tenéis ahí, e inspirarles el espíritu de obediencia. Para ello, usad tres o cuatro recursos:

El primero será que con frecuencia les pidáis hacer cosas pequeñas, fáciles y sencillas, y esto delante de las demás; y luego se las alabáis moderadamente, enseñándolas a obedecer con palabras amables: como

por ejemplo: mi querida hermana, o hija, y parecidas. Y antes de mandarles algo, preguntarles: si os rogase que hicieseis esto o lo otro, ¿lo haríais por amor a Dios?

El segundo es proporcionarles libros propios para ello...

El tercero, mandarles tan suave y amablemente que la obediencia se les haga agradable. Y una vez que han obedecido, añadid: que Dios os recompense esta obediencia. Y así manteneos muy humilde...

Cuando encontréis dificultades y contradicciones, no os enfrentéis, sorteadlas con la mayor destreza que podáis y ceded. Si con dulzura y con tiempo no todas se someten, tened paciencia y avanzad lo que podáis con las sumisas. No mostréis que queréis vencer; excusad a la una porque parece no encontrarse bien, a la otra por su edad y en lo posible no les digáis que han cometido una desobediencia...

El esfuerzo tiene que ser constante; los grandes proyectos no se llevan a cabo sino a fuerza de paciencia y de tiempo. Lo que en un día crece, al siguiente perece. Ánimo, pues, hija mía. Dios estará con nosotros».

No solamente eran las religiosas quienes solicitaban los consejos de san Francisco de Sales. Muchas señoras del mundo también acudían a él.

Una de ellas -muchas veces nombrada en estas páginas- es precisamente la hermana de la abadesa de Puits d'Orbe, la Sra. Brúllart, casada con el primer presidente del Parlamento de Borgoña. La Sra. Brúllart se irrita por la vulgaridad de su estado, cuyas servidumbres y sus humildes deberes no logra aceptar. De ahí su impaciencia, que pone en peligro la paz de su hogar. Francisco de Sales le escribe:

«Hija mía, me parece que no me expliqué bien en mi última carta sobre lo que esperaba de vos, con respecto a esas pequeñas, pero frecuentes, impacencias que tenéis en vuestro hogar. Ahora os digo que pongáis especial cuidado en ser dulce y que, al levantaros por la mañana, al salir de la oración, al volver de la misa o de la comunión y siempre que os enfrentéis con las tareas domésticas, tenéis que estar atenta a emprenderlas con dulzura, vigilando incesantemente vuestro corazón, para ver si sigue tranquilo, y si no lo está, tranquilizarlo enseguida».

La Sra. Brúllart le hace caso, y su director la anima con delicadeza:

«¡Qué consuelo he tenido al saber que vuestro marido recibe cada vez más la dulzura y suavidad de vuestra compañía! Es una de las virtudes propias de las casadas y la única que san Pablo indica» .23

El obispo se imagina las renunciaciones que esto supone, y hasta se le escapa una exclamación llena de admiración ante semejante virtud.

«¡Ay, hija mía, qué agradables son para Dios las virtudes de una mujer casada! Porque, sin duda han de ser fuertes y excelentes para poder seguir en esa vocación»."

Y es que el estado de matrimonio es un continuo ejercicio de mortificación; no se lo oculta a una joven poco agraciada por la naturaleza y que parece ir inconscientemente hacia un porvenir penoso.

«Si el marido que os proponen es aceptable, hombre de bien y de carácter condescendiente, podéis aceptarlo. Digo condescendiente, porque esta corta estatura lo requiere así de su parte y por la vuestra que subsanéis ese defecto con una gran dulzura, un sincero amor y una humildad muy resignada. En una palabra: la verdadera perfección del espíritu cubre enteramente los defectos físicos...

El matrimonio es un estado que requiere más virtud y constancia que ningún otro; es un perpetuo ejercicio de mortificación, y para vos quizá lo será más de lo corriente. Tenéis, por tanto, que disponeros a ello con todo esmero para conseguir sacar de ese tomillo, que es planta de jugo amargo, la miel de un santo trato. Que el dulce Jesús sea para siempre vuestra dulzura y vuestra miel y haga así suave vuestra vocación».

A otra de sus dirigidas, a la que están empujando hacia el matrimonio, por el que no siente el menor atractivo, le declara:

«Las almas que no tienen clara vocación al matrimonio, por felices que sean en él, encuentran tantísimas ocasiones de ejercitar la paciencia y la mortificación que a duras penas soportan tan pesada carga. ¿Cómo os arreglaríais vos yendo a él de tan mala gana? En otros casos he comprobado que las cargas se van aligerando poco a poco, pero tratándose del matrimonio nunca lo he visto».

Y, ¿qué decir si además el matrimonio ha de vivir con los padres? Entonces sí que la paciencia y la dulzura son necesarias para conservar la paz.

«Comprendo muy bien, hija mía, que es difícil llevar una casa en la que también viven los padres, porque nunca he visto que ellos, sobre todo las madres, dejen enteramente las riendas a sus hijas, aunque a veces sería conveniente. Os aconsejo que hagáis con la mayor dulzura y prudencia posibles lo que se os encargue, sin romper nunca la paz con los padres; es mucho mejor que las cosas vayan menos bien con tal

de que esas personas a las que tanto debemos estén contentas. Además, si no me equivoco, vuestro modo de ser no es discutiendo. Vale más la paz que una fortuna. Lo que comprendáis que podéis hacer con cariño, debéis procurararlo; lo que sea ocasión de disputas, se debe evitar cuando se trata de personas tan dignas de respeto.

No dudo que sentiréis muchas repugnancias y rechazos en vuestro espíritu; pero, querida hija, serán otras tantas ocasiones de ejercitar la verdadera virtud de la dulzura. Porque hemos de hacer bien, santa y amorosamente lo que debemos a cada uno, aunque sea sin el menor gusto».

En todo caso, para mantener la paz en el matrimonio, hay que procurar soportarse mutuamente. Y para que esto sea más fácil, tratar de tener siempre un carácter igual.

«Una de las más censurables condiciones de las criaturas es ser inmortificadas, es decir, estar sujetas a diferentes humores: unas veces, triste y melancólico otras colérico, otras sonriente, otras serio, otras exigente. Y, al revés, es una inestimable perfección tener un carácter dulce, igual, que pone buena cara a cualquier hora y en cualquier momento. Ciertamente, aunque es casi imposible conservar siempre ese equilibrio en medio de las dificultades de esta vida mortal, tenemos al menos que procurar adquirir ese bien inestimable de la igualdad y, cuando uno nota que empieza a intranquilizarse, es preciso, ante todo, cambiar de humor haciendo lo contrario, humillándonos ante el Espíritu Santo, pidiéndole su auxilio e impidiendo, al menos, que durante ese mal momento se nos escape la pasión por la lengua o por los ataques exteriores».

Es fácil de adivinar que conservar la igualdad de humor es costoso y no se consigue de golpe.

«Tratad, querida hija, de mantener vuestro corazón en paz mediante la igualdad de humor. No digo mantenerlo en paz, sino intentadlo; que ésa sea vuestra principal preocupación, y evitad las ocasiones en las que la turbación os impida controlar inmediatamente la variedad de vuestros estados de ánimo» .

También hay que evitar estarse quejando, y si nos asalta un movimiento de impaciencia, tan pronto como nos demos cuenta, volver a la paz y dulzura.

«Cuidad de no dejaros llevar por las lamentaciones, obligad a vuestro corazón a sufrir con tranquilidad. Y si os asalta la impaciencia, en cuanto os deis cuenta, volved a la paz y a la dulzura».

Como no somos ángeles y tenemos mucho genio y muchos nervios, siempre hay el peligro de que estallen. Debemos, por ello, observar fielmente el consejo que el prudente director da a los esposos de que nunca se encolericen los dos al mismo tiempo. Su hogar será así el templo de la paz, en el que habite el Espíritu Santo.

«Es muy necesario que tengáis tanta paciencia el uno con el otro, que nunca os encolericéis los dos a la vez y de repente, para evitar disensiones y peleas. Las abejas huyen de los lugares donde hay eco, ruidos o gritos; el Espíritu Santo no entra en una casa donde hay discusiones, reprensiones, gritos y altercados».

El capítulo de la Introducción a la vida devota donde se hacen estas reflexiones, contiene útiles consejos para los casados- que les convendría leer de nuevo, como invita san Francisco de Sales:

«Os ruego que veáis lo que digo en la Introducción a la vida devota sobre la dulzura y la suavidad, que tanto hay que cuidar en el matrimonio».

### ***Hacer la devoción amable para todos***

Las faltas contra la «dulzura y suavidad que tanto hay que cuidar en el matrimonio» a veces provienen de la práctica indiscreta de una piedad mal entendida.

Desde Grenoble, donde estaba predicando la cuaresma en 1617, Francisco de Sales escribe a la Sra. de Chantal:

«Nunca he visto una gente más dócil que ésta de aquí, ni más inclinada a la piedad; sobre todo las señoras, porque aquí, como en todas partes, los hombres dejan a las mujeres el cuidado del hogar y de la devoción».

Es muy corriente que las mujeres prefieran las dulzuras de la devoción a las fastidiosas tareas domésticas. Ése era precisamente el caso de la Sra. Brúllart. San Francisco de Sales le dice que debe evitar con cuidado que los ejercicios externos de caridad a los que es bueno darse, no sean nunca ocasión de contrariedad para su familia, en la que su devoción debe tener un rostro amable y atractivo.

«Os aconsejo que os toméis alguna vez la molestia de visitar los hospitales, consolar a los enfermos, escuchar sus males, compadeciéndolos y rezar por ellos al socorrerlos. Pero en todo esto tened mucho

cuidado de no molestar ni a vuestro marido, ni a vuestros criados, ni a vuestros padres, por vuestra excesiva permanencia en las iglesias, vuestros retiros demasiado largos y el abandono del cuidado de vuestro hogar; ni se sientan molestos porque critiquéis las acciones de los demás o mostréis demasiado desdén de las conversaciones en las que no se observan exactamente las reglas de la devoción. Porque en todo eso es preciso que la caridad domine y nos ilumine para ser condescendientes con la voluntad del prójimo en todo aquello que no sea contrario a los mandamientos de Dios». Y prosigue el obispo:

«No solamente tenéis que ser devota y amar la devoción, también tenéis que hacerla amable a los demás. Y lo conseguiréis si la hacéis útil y agradable. Los enfermos que consoléis caritativamente se aficionarán a la devoción; lo mismo vuestra familia, si ve que estáis más atenta a sus necesidades, que sois más dulce en las diversas situaciones de la vida diaria, más amable cuando reprendéis y así en todo. Vuestro marido hará lo mismo, si observa que a medida que se acrecienta vuestra devoción sois más cordial con él y más cariñosa. Vuestros padres y amigos, si ven en vos más franqueza, más aguante, más condescendencia con lo que ellos quieren, que no será contrario a lo que quiere Dios. En resumidas cuentas, es muy importante hacer que nuestra devoción sea atractiva».

Lograr que la devoción sea atractiva es de las cosas más importantes para el corazón del obispo de Ginebra, y continuamente se lo recuerda a esta alma de buena voluntad:

«Recordad lo que tantas veces os he dicho: haced honor a nuestra devoción; hacedla muy amable a todos los que os conocen, sobre todo a vuestra propia familia; debéis conseguir que todos hablen bien de ella». Para lograr eso, ella (la Sra. Brúllart), no vacilará en aceptar sacrificios que le parecen duros, como por ejemplo privarse alguna vez de la comunión o dejar un confesor al que aprecia.

«Cuando podáis comulgar sin molestar a vuestros dos superiores, hacedlo siguiendo el parecer de vuestros confesores; pero, si tenéis temor de molestarles, contentaos con una comunión espiritual; y creedme, esa mortificación, esa privación de Dios le agrada mucho a Él y os lo pondrá muy dentro del corazón».

«Puesto que a vuestro marido no le gusta que acudáis a N, no os empeñéis en ir; como no tenéis gran cosa que consultar, cualquier confesor os valdrá, por ejemplo el mismo de vuestra parroquia, el señor N, y, si se presenta la ocasión, id al de las buenas carmelitas».

Por encima de todo tiene que cuidar de no irritar a su marido queriéndole llevar, por un celo indiscreto, a mayor devoción. No cabe duda de que el matrimonio ideal, el que vive en una maravillosa atmósfera de paz, es el que describe el obispo en su *Introducción*:

«No hay unión mayor ni más fructuosa entre el marido y la mujer que la que se hace con la santa devoción, a la cual se deben estimular recíprocamente. Hay frutas, como el membrillo, que por la aspereza de su zumo no son agradables sino en confitura; hay otras que, por su blandura y delicadeza, no se pueden guardar sino confitadas, como son las cerezas y albaricoques. Así, las mujeres deben desear que sus maridos estén endulzados con la devoción, porque sin ella, el hombre es un animal de carácter severo y áspero y de modales duros. Y los maridos deben desear que sus mujeres sean devotas, porque la mujer sin devoción, es sumamente frágil y está expuesta a caer o mancillar su virtud».

Aunque alaba el deseo de su dirigida de ver a los suyos muy avanzados en el servicio a Dios, le pide que modere su ardor, porque si el deseo no se pone en práctica con dulzura y suavidad, será perjudicial para ella y contraproducente para aquellos a quienes querría ayudar.

«En cuanto al deseo que tenéis de ver a los vuestros muy avanzados en el servicio de Dios y en el deseo de la perfección cristiana, lo alabo enteramente y, como me pedís, añadiré a las vuestras mis pobres oraciones y súplicas a Dios. Pero, señora, tengo que deciros la verdad: siempre temo que estos deseos que no son esenciales para nuestra salvación y perfección vayan mezclados con alguna sugerencia de nuestro amor propio y de nuestra propia voluntad; por ejemplo, que pensando demasiado en esos deseos que no son necesarios, no nos quede sitio en el alma para otros pensamientos que nos son más imprescindibles y útiles, como la propia humildad, la resignación, la dulzura de corazón, etc. O bien, que pongamos tanto ardor en esos deseos que nos causen inquietud y agitación; o, por fin, que no los sometamos tan perfectamente a la voluntad de Dios como sería conveniente.

Mucho temo eso en tales deseos; por eso os suplico que cuidéis de no caer en ese inconveniente, sino que sigáis ese santo deseo con dulzura y suavidad, sin importunar a aquellos a quienes deseáis llevar a la perfección, sin decírselo siquiera; porque, creedme, si se dieran cuenta, el asunto se retrasaría en lugar de ir hacia adelante. Por tanto, con el ejemplo y con la palabra hay que sembrar en ellos sencillamente todo

lo que pueda inducirlos a vuestro deseo, y sin que parezca que queréis instruirlos o ganároslos, hacer nacer poco a poco santas inspiraciones y pensamientos en su alma. Así ganaréis mucho más que de cualquier otra forma, sobre todo si a ello añadís la oración».

El obispo insiste para que ella ceda con humilde deferencia a la voluntad seguramente tiránica, de su padre y de su marido, a los que, sin duda ha exasperado con su celo impaciente:

«¡Ay, Dios mío, qué padre y qué marido tenéis! Ya veis, están un poco celosos de su mando y dominio, pues los creen violados en cuanto se hace algo sin su autorización y mandato. ¡Qué le vamos a hacer! Permitámosles ese pequeño rasgo tan humano. Quieren ser los amos. ¿No es eso? Tienen razón respecto a la asistencia que les debéis. Pero estos buenos señores no se dan cuenta de que para el bien del alma hay que creer a los directores y médicos espirituales y, salvados los derechos que tienen sobre vos, tenéis que procurar vuestro bien interior por los medios que juzguen convenientes quienes están puestos para guiar las almas. No obstante esto, hay que condescender mucho, soportar sus pequeñas manías y ceder cuanto se pueda sin quebrantar nuestros buenos propósitos. Amoldarse así será muy del agrado de nuestro Señor. Ya os lo he dicho otras veces: cuanto menos vivamos según nuestro gusto y cuanto menos de propia elección haya en nuestros actos, más habrá de bondad y de sólida devoción. Hay veces que es preciso dejar a nuestro Señor para dar gusto a los demás por amor a Él. Y no, no puedo contenerme, querida hija, y dejar de deciros lo que pienso; sé que os parecerá bien todo lo que proviene de mi sinceridad. Acaso hayáis dado vos misma motivo a que ese bondadoso padre y ese bondadoso marido se mezclen en las cosas de vuestra devoción y se irriten. ¿Quién sabe? A lo mejor os habéis precipitado y afanado excesivamente y habéis querido obligarlos también a ellos, agobiándolos. Si es así, sin duda ésa es la causa de que ellos ahora cada uno tire de su lado. Hay que intentar en lo posible que nuestra devoción no resulte molesta».

La devoción molesta nunca fue del gusto de san Francisco de Sales:

«Ya os lo he dicho, y ahora os lo escribo, señora: no quiero una devoción extravagante, perturbadora, melancólica, molesta, sino una piedad dulce, suave, pacífica, agradable; en una palabra, una piedad totalmente franca, que se haga amar ante todo por Dios y después por los hombres... Fijaos bien y no olvidéis lo que os he dicho: ofreced y entregad en todo momento vuestro corazón a Dios, suspirad por Él, haced agradable vuestra devoción sobre todo a vuestro marido, y vivid alegre en vuestro estado de vida». Admiramos este último inciso. Precisamente porque ama el estado de vida que ha abrazado, la esposa, como abeja vigilante, va fabricando cuidadosamente la miel de la devoción al mismo tiempo que la cera de sus quehaceres domésticos. Agrada así a Dios, contenta santamente a su marido e irradia a su alrededor la dulzura de la paz, tan esencial a la dicha en el hogar.

«Vivid en paz, queridísima hija, marchad fielmente por el camino en que Dios os ha puesto; cuidad de dar santamente gusto a aquél con quien Dios os ha asociado y, cual abejita, fabricad la miel de la sagrada devoción y también, haced la cera de vuestras tareas domésticas; porque, si la primera es muy del gusto de nuestro Señor, que en el mundo comía manteca y miel, la otra es también en honor suyo, ya que sirve para hacer los cirios encendidos de la edificación del prójimo».

### ***Estad alegres***

Esta paz se ilumina por el gozo. Caminar siempre alegremente, ser santamente gozoso, conservar el corazón en paz, todo eso es lo que pide san Francisco de Sales a sus hijas espirituales:

«Aquí estoy escribiéndoos y no sé qué deciros sino que vayáis con alegría por el celestial camino en que Dios os ha puesto... Estad gozosa en el Señor, mi querida hija, y conservad en paz vuestro corazón».

«Permaneced toda en Dios, queridísima hija, vivid santamente gozosa, dulce y apacible». «Vivid generosa y noblemente gozosa en Aquél que es nuestra única alegría». «Vivid alegre, toda llena de Dios y de su santo amor».

Porque Dios nos quiere alegres.

«Vivid gozosa y sed generosa; Dios, a quien amamos y a quien estamos consagrados, nos quiere así».

El obispo de Ginebra desea también el gozo a la Madre de Chantal, a la que está estrechamente unido, en Cristo:

«¡Oh, mi queridísima Madre!, ¡vivid muy alegre, muy animosa, muy dulce, muy unida al Salvador, y que la divina bondad se digne bendecir la santa unidad que ha creado en nosotros y la santifique cada vez más!».

«Madre mía, vivid muy alegre ante Dios y bendecidle conmigo por los siglos de los siglos».

' Y, tras enumerar muchas otras buenas cualidades, como realizándolas todas, anota con evidente satisfacción el ánimo maravillosamente alegre y gozoso de una priora carmelita que le ha edificado:

«En Tours estuve con las madres carmelitas y les hice una exhortación; quedé muy edificado de ver a la superiora, que es hija de la difunta Sra. Acarie, porque es un alma de gran virtud y de un espíritu maravillosamente amable y abierto, gozoso y alegre».

Nada tiene de extraño, pues Dios es el Dios de la alegría.

«Mucho me consuela ver cómo estimáis el gran don de servir a Dios, pues es la señal de que lo abrazaréis fuertemente. Igual me sucede con el contento que dais a los vuestros y con la alegría en que vivís; porque Dios es el Dios de la alegría. Continudad así y perseverad, porque la corona es para los que perseveran».

Pero, ¡cómo no vamos a perseverar en la alegría teniendo la certeza de que Dios nos ama y nos dará la gracia de responder a su amor!

«Vivid alegre, querida hija; Dios os ama y os dará la gracia de que le améis; es la suprema dicha del alma en esta vida y en la eterna».

¡Qué dicha y qué gloria para nosotros, pobres criaturas, tener que amarle y servirle!

«¿No es una felicidad saber que tenemos que amar a Dios y que todo nuestro bien está en servirle, toda nuestra gloria en honrarle? ¡Oh, qué grande es su bondad para con nosotros!».

«Vivid gozosa en el divino Jesús, Rey de ángeles y de hombres».

¡Qué gracia la de habernos entregado a Dios y querer ser enteramente suyos!

«Vivid gozosa en el Salvador, a cuyo servicio tenemos la dicha de habernos consagrado sin reserva alguna».

«Quedad con Dios, señora; vivid alegre, pues estáis consagrada a la alegría inmortal, que es Dios mismo. Ojalá quiera vivir y reinar por siempre en nuestros corazones».

«Vivid alegre, señora y querida sobrina, pues deseáis ser toda de su divina Majestad».

«Que su bondad os conserve, hija mía; pero sed constante, valiente, y gozaos de que Él os haya dado la voluntad de ser toda suya».

Dios es enteramente nuestro, y algún día nosotros seremos perfectamente suyos. Este pensamiento es para el obispo dulzura y fuerza.

«Estoy lleno de esperanza de que Dios, por su bondad, hará que seamos totalmente suyos; esto me colma de gozo y de valor; ¿no es Dios totalmente nuestro?»

Y se asombra de que, siendo de Dios, podamos caer en la tristeza. Las siguientes líneas se las remite a una señora del mundo:

«No entiendo cómo dejáis entrar esa enorme tristeza en vuestro corazón siendo hija de Dios, cuando vivís desde hace mucho en el seno de su misericordia y estáis consagrada a su amor. Vos misma os debéis consolar, despreciando todo pensamiento triste y melancólico; nos lo pone el enemigo con la única intención de cansarnos y molestarnos».

Pide a una religiosa que cultive el espíritu de gozo, que es tan conveniente para la verdadera devoción, y le explica cómo vencer el espíritu de tristeza:

«Despertad frecuentemente en vos el espíritu de alegría y suavidad, y estad segura de que ése es el verdadero espíritu de devoción, y, si a veces os veis atacada por el espíritu contrario, el de tristeza y amargura, elevad con todas vuestras fuerzas el corazón a Dios, encomendádoselo a Él, y enseguida distraeos con ejercicios contrarios, como tener una conversación santa, pero a la vez alegre. Salid a pasear, leed un libro de los que más os gusten y, como recomienda el Apóstol, cantad una canción devota. Haced esto a menudo, pues, además de que os sirve de entretenimiento, estáis sirviendo a Dios. Si empleáis estos medios, cerraréis el paso a toda amargura y melancolía espiritual».

No quiere que la severidad de ciertas lecturas altere nuestra alegría. Así se lo advierte a la abadesa de Port-Royal, Angélica Arnauld, a la que envía un libro del P. Dom Sens, general de los fuldenses, «que contiene mucha y muy profunda doctrina espiritual, llena de máximas importantes».

«Si veis que os aparta de la santa alegría que yo tanto os aconsejo, creed que no es ésa su intención. El autor pretende que esa alegría sea seria y grave, como debe ser. Pero grave no es sinónimo de taciturna, lastimera, sombría, desdeñosa o altanera. Quiero decir que sea santa y caritativa».

El gozo debe acompañarnos en todas nuestras acciones, añadiendo su propia gracia a la del bien que hagamos nosotros.

«Sí, hija mía, os lo digo por escrito y también de palabra: gozad cuanto podáis haciendo el bien, pues es una gracia que se añade a la buena obra: hacerla, y hacerla gozosamente. Al hablar de hacer el bien no pretendo decir que si va mezclado con algún defecto os entreguéis por ello a la tristeza. ¡Por Dios, no! Sería añadir defecto a defecto; quiero decir que, a pesar de ello, perseveréis con perseverancia en querer hacerlo bien, retornando al buen camino tan pronto como reconozcáis haberos alejado y con esa fidelidad viváis siempre alegre».

En pocas líneas traza san Francisco de Sales el retrato ideal del ama de casa:

«No perdáis el espíritu de santa alegría en todos vuestros actos y palabras, pues con ella daréis consuelo a cuantos os vean, para que glorifiquen a Dios, lo cual es nuestra única pretensión».

Conservemos siempre la alegría en nosotros, viviendo abandonados a la voluntad divina.

«Vivid en paz y alegre, o al menos, contenta con todo lo que Dios quiera y haga con vuestro corazón».

Guardemos esa alegría en las renunciaciones que se nos impongan:

«Por lo que veo, estáis practicando la resignación y la indiferencia, ya que no podéis servir a Dios siguiendo vuestro gusto... Aprovechad para mortificaros con alegría y, a medida que os veáis impedida de hacer el bien que queréis, haced con más dedicación el que no queráis. Preferiríais otras renunciaciones a éstas, pero haced éstas, pues tienen más mérito».

Conservemos también la alegría en las pruebas interiores.

«Conservad, mi querida hija, vuestro corazón dilatado ante Dios, estad siempre alegre en su presencia.

Nos ama, nos quiere, es todo nuestro el dulce Jesús; seamos enteramente y solamente de Él; querámosle, y, aunque las tinieblas y las tormentas nos rodeen y las aguas de la amargura nos lleguen al cuello, con tal de que Él nos sostenga, no hay nada que temer».

«Consolad a ese pobre corazón vuestro, mi querida hija, y dadle toda la alegría y la paz que sea posible».

Las penas, las aflicciones, las contradicciones, no deben quitarnos la alegría; son el camino del cielo y nunca faltan a los hijos de Dios.

«Levantad la cabeza al cielo, y veréis que ni un solo mortal de los que allí ya son inmortales ha conseguido estar en ese lugar sino por medio de penas y aflicciones continuas. En medio de esas aflicciones repetid frecuentemente: éste es el camino del cielo; ya veo el puerto y estoy segura de que las tempestades no me impedirán llegar allá».

«Vivid pues, cada vez más y más de este celestial amor de nuestro Señor; a ello os obligan las mil bendiciones que os ha enviado, especialmente el deseo que os ha dado de amarlo y de desearlo. Y vivid gozosa y santamente contenta en ese deseo, incluso en medio de los disgustos y aflicciones, que nunca faltan a los hijos de Dios».

Por eso mismo, la alegría triunfará de todas las dificultades de la vida religiosa:

«Estad alegre, mi querida hija, pues no hay otra verdadera alegría en esta vida mortal sino la de estar en el camino seguro que lleva a la vida inmortal».

El presentimiento de la prueba, siempre tan llena de gracias, no mengua la alegría en el corazón de san Francisco de Sales. Escribe así a la Sra. de Chantal:

«Espero tranquilo una gran tempestad, como os he escrito al principio, y, por lo que a mí respecta, con gozo; y, confiando en la Providencia de Dios, espero que será para su mayor gloria y descanso mío, y para otras muchas cosas».

Conservemos la alegría en la humillación, que es su raíz y fundamento más seguro:

«Vivid lo más alegre que podáis, con la alegría apacible y devota, cuya raíz es el amor a nuestra abyección». En otra ocasión había dicho:

«Estad siempre alegre, con la alegría apacible y devota cuyo fundamento es el amor a la propia pequeñez; procurad tener una dulce y apacible humildad de corazón, que os haga aceptar con gusto toda clase de sufrimientos y humillaciones, como quien no es digno de otra cosa».

Estemos persuadidos de que nuestra abyección, lealmente reconocida, atrae sobre nosotros el amor compasivo de un Dios de bondad inefable. ¿No es ya ése un motivo poderoso de alegría?

«Vivid alegre, nuestro Señor os mira, y os mira con amor y con tanta mayor ternura cuanto mayor sea vuestra debilidad. No os permitáis nunca pensamientos contrarios, y, cuando os vengán, ni siquiera los miréis; apartad la mirada de su iniquidad, y volvedla hacia Dios con valiente humildad, para hablarle de



su bondad inefable, por la que ama nuestra miserable, pobre y abyecta naturaleza humana, a pesar de sus flaquezas».

Tengamos la firme decisión de no ofender a Dios:

«Vos no querríais por nada del mundo ofender a Dios, y ya es suficiente para vivir con alegría».

Y eso aunque estemos expuestos a tentaciones.

«Vivid siempre gozosa, aun en medio de todas vuestras tentaciones».

Incluso si caemos en pecado, tampoco entonces dejemos que se nos vaya la alegría. Nos lo dice el obispo en una página magnífica, transida de emoción contenida, en la que el amor, la paz, la alegría se unen para borrar toda la tristeza del alma, sierva de Aquél que será para siempre nuestro gozo.

«Permaneced en perfecta paz y sosegad vuestro corazón con la suavidad del amor celestial, sin el cual nuestros corazones se quedan sin vida y nuestra vida sin felicidad. No os dejéis llevar nunca por la tristeza, enemiga de la devoción. ¿De dónde le puede venir la tristeza a una persona, sierva de Aquél que será para siempre nuestro gozo? Solamente el pecado debe desagradarnos y apenarnos, e incluso en ese sumo disgusto del pecado debe haber alegría y santo consuelo».

Y el obispo canta las misericordias de Dios, que nos permite esperar la gloria eterna:

«En fin, después de todo, somos demasiado dichosos por poder aspirar a la gloria eterna, por los méritos de la pasión de nuestro Señor, que ha hecho de nuestra miseria un trofeo para su misericordia, a la que sea dada honor y gloria por los siglos de los siglos».

### ***Cómo ser buen cristiano***

La paciencia que nos mantiene en la suavidad, como diría san Francisco de Sales, o sea, en la dulzura de una paz serena y gozosa, revela a la mirada atenta la heroica virtud que se esconde bajo la apariencia de una vida ordinaria y que es, en definitiva, la piedra de toque de la santidad. ¿No es cierto?

Francisco de Sales había conocido en París, en 1602, a una mujer muy célebre y apreciada en el mundo y que tuvo una considerable influencia en la capital, en la sociedad de la época de Enrique IV y Luis XIII: la Sra. Acarie, que con la Madre Ana de Jesús introdujo el Carmelo en Francia, murió carmelita y la Iglesia la ha beatificado con el nombre de María de la Encarnación.

Esta señora contó al Santo una extraña historia, a cuya protagonista, Nicolasa Tavernier, había conocido muy bien. La joven, de origen modesto, «de bajo rango, nos dice el obispo, fue engañada con el más extraordinario engaño que imaginarse pueda». Cuando rezaba el oficio de las horas, el Señor venía a rezarlo con ella «con un canto tan maravilloso que la dejaba arrebatada perpetuamente». Cuando llevaba limosnas a la puerta, el pan se multiplicaba «en su delantal, de manera que si solamente llevaba para tres pobres y se encontraba treinta, había para dar a todos con largueza, y era, además, un pan delicioso».

Logró adquirir reputación de santa incluso a los ojos de su confesor, religioso de «una Orden muy reformada», el cual enviaba de ese pan «a todas partes, para sus amigos espirituales, por pura devoción».

Pero era tal la cantidad de revelaciones de dicha joven, que acabaron por hacerla sospechosa. Para «probar su santidad», la llevaron como doncella a casa de la Sra. Acarie. El Sr. Acarie, su marido, tenía un carácter muy difícil; era de «temperamento intratable, y a menudo ponía a prueba la paciencia de su mujer», según se nos dice. Este señor presumía de conocerse muy bien y afirmaba que sus defectos formaban parte de los designios de la Providencia respecto a su esposa: «Todos dicen que un día será santa, y yo habré colaborado mucho; se hablará de mí cuando la canonicen».

Naturalmente, la mayor parte de su mal humor recaía sobre la Sra. Acarie; pero aún quedaba suficiente para los demás, y demasiado para la pobre Nicolasa. «Así se descubrió que su dulzura y su humildad» eran solamente un «baño externo de oro» y que en ella sólo había «un puñado de falsas visiones», de las que ella misma era la víctima, ya que no se le podía reprochar «ninguna otra falta, sino la complacencia que sentía al imaginarse que era santa y lo que ella añadía simulando y mintiendo para mantener su vana reputación de santidad».

Y es que se necesita una santidad muy verdadera para mantener el alma en esa paz que conserva la serenidad y la luz de la sonrisa en medio de las contrariedades y los disgustos cotidianos, sin jamás exasperarse, ni por la dificultad del mandato, ni por los choques de carácter, ni por los temperamentos opuestos, ni por la disparidad de opiniones o gustos. Entonces es cuando la paz divina llena el alma que ha alcanzado esa cima, y se desborda, y se extiende suavemente, ejerciendo su acción bienhechora por

todas las tierras regadas por sus aguas. Ya lo predijo Yahveh por boca de su profeta: «Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz».

En su visita pastoral de 1606 por el Faucigny, Francisco de Sales tuvo que defender a uno de sus sacerdotes contra los abusos de los grandes terratenientes. Se trataba de «los diezmos y otros derechos» que los señores rurales disputaban al párroco de Samoéns. Las gentes de los contornos se habían puesto unos de parte del párroco y otros del señor del castillo, con lo cual estaba la comarca dividida en dos campos irreconciliables. En la octava de la Asunción, Francisco de Sales predicó en la colegiata, dedicada a la Asunción de la Virgen. Había una multitud considerable.

«¡Mi querido pueblo!, dijo llorando, nuestra gloriosa Madre sube, y nosotros bajamos; ¡Ella muere de amor, y nosotros vivimos de odio!». Repitió muchas veces esta frase, y conmovió de tal modo los corazones, que se apaciguaron las diferencias y volvió la concordia. La gente había comprendido, por la sinceridad de su tono, que hablaba «por impulso divino, sirviendo de órgano al Espíritu Santo».

Ese don de pacificar los ánimos y los corazones, lo concede Dios a aquellos siervos suyos que hacen plenamente real y efectiva la gracia de su adopción divina, viviendo en santidad. «Dichosos los que irradian la paz porque serán llamados hijos de Dios».

¡Ay, la santidad...!, me diréis. Tranquilizaos. La santidad se nos ofrece en las más humildes circunstancias, en los más ínfimos detalles de nuestra vida diaria, y compone su trama con la práctica de «pequeñas virtudes» escondidas y de modesta apariencia.

Pues bien, si queremos reducir a pocas líneas el secreto de la perfección a la que es preciso llegar para irradiar la paz como verdaderos hijos de Dios, no tenemos más que transcribir aquí los consejos que el fundador de la Visitación dirigía a una de sus religiosas :

«Sed toda de Dios y, por el amor que Él os tiene, soportaos a vos misma y soportad todas vuestras miserias. En fin, ser buena sierva de Dios no es estar siempre entre consolaciones y dulzuras, siempre sin resistencias ni repugnancias hacia el bien; porque, según eso, ni santa Paula, ni santa Catalina de Siena, ni santa Ángela hubieran servido bien a Dios. Ser sierva de Dios es ser caritativa con el prójimo, tener en la parte superior del espíritu una inviolable resolución de seguir la voluntad de Dios, es tener humildad y sencillez para fiarse de Él, es levantarse tantas veces como se haya caído, soportarse a sí mismo en sus miserias y tolerar con tranquilidad a los demás en sus imperfecciones»?

Si ponéis empeño en ser buen cristiano -ser «buena sierva de Dios»- siguiendo esta fórmula, sin duda se realizará con creces en vosotros el deseo que os expresa el obispo de Ginebra al despedirse:

.«Otra vez adiós, querida hija. Vivid muy alegre y totalmente segura de nuestro querido Jesús. Amén».